



APÉNDICES
TOMO 1 DEL
TESTAMENTO
DE ROJA



AMAYA FELICES

Lectulandia

Siempre pensé que la complejidad de la historia de La Biblia de los Caídos se beneficiaría con la incorporación de nuevas voces. Así lo indiqué en mi primer escrito, el que figura al inicio del tomo 0. El momento de incorporar a una nueva cronista ha llegado.

No estoy disgustado con la labor realizada hasta ahora por Fernando Trujillo. Después de todo, solo es un mortal. Para él he reservado el puesto de cronista principal y le he encargado transcribir la historia central, el eje en torno al que se articulan el resto de relatos que componen estas crónicas. No obstante, tampoco es justo que se enfrente solo a esta tarea. De ahí que, además de Juan G. Mesa, haya seleccionado a Amaya Felices para unirse al equipo, otra simple mortal, cierto, pero suficiente para lo que espero de ella.

Con esta nueva cronista inicio un nuevo testamento de los apéndices de La Biblia de los Caídos, que no son sino historias complementarias para quienes ansíen mayor conocimiento. Mis instrucciones son claras en cuanto a no tolerar que los apéndices interfieran en la crónica principal, en que la complementen y la amplíen, una vez más, solo para los verdaderos apasionados de esta historia.

Advierto, no obstante, que solo hay un requisito para leer cualquiera de los apéndices: haber leído antes el tomo 0, que ya ha sido divulgado ampliamente desde hace tiempo y está a disposición de quien así lo desee. Es la crónica con que inició todo esto y la que conducirá al final, el punto de partida de un viaje que culminará la obra a la que he consagrado mi vida.

Lectulandia

Amaya Felices

Tomo 1 del Testamento de Roja

La Biblia de los Caídos: Apéndices - 2

ePub r1.0

XcUiDi 02.12.16

Título original: *Tomo 1 del Testamento de Roja*
Amaya Felices, 2016

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com



Apéndices

Sobre los Apéndices de la Biblia de los Caídos

Siempre pensé que la complejidad de la historia de La Biblia de los Caídos se beneficiaría con la incorporación de nuevas voces. Así lo indiqué en mi primer escrito, el que figura al inicio del tomo 0. El momento de incorporar a una nueva cronista ha llegado.

No estoy disgustado con la labor realizada hasta ahora por Fernando Trujillo. Después de todo, solo es un mortal. Para él he reservado el puesto de cronista principal y le he encargado transcribir la historia central, el eje en torno al que se articulan el resto de relatos que componen estas crónicas. No obstante, tampoco es justo que se enfrente solo a esta tarea. De ahí que, además de Juan G. Mesa, haya seleccionado a Amaya Felices para unirse al equipo, otra simple mortal, cierto, pero suficiente para lo que espero de ella.

Con esta nueva cronista inicio un nuevo testamento de los apéndices de La Biblia de los Caídos, que no son sino historias complementarias para quienes ansíen mayor conocimiento. Mis instrucciones son claras en cuanto a no tolerar que los apéndices interfieran en la crónica principal, en que la complementen y la amplíen, una vez más, solo para los verdaderos apasionados de esta historia.

Advierto, no obstante, que solo hay un requisito para leer cualquiera de los apéndices: haber leído antes el tomo 0, que ya ha sido divulgado ampliamente desde hace tiempo y está a disposición de quien así lo desee. Es la crónica con que inició todo esto y la que conducirá al final, el punto de partida de un viaje que culminará la obra a la que he consagrado mi vida.

Al final del presente tomo hay una relación con todos los tomos transcritos de La Biblia de los Caídos.

Ramsey.

Eduardo Rovira no podía creerse la suerte que tenía, pero allí estaba. Por eso, mientras caminaba de vuelta a su hotel, tras asistir a una fiesta en el Meliá, sacó el móvil del abrigo y marcó el número de su prometida. Pasaban de las dos de la madrugada y era el único transeúnte de una calle amplia, iluminada por las altas farolas. Sus manos, sin guantes, se tensaron al salir del cálido refugio de los bolsillos.

—¡Edu!, ¿qué tal ha ido? —le respondió ella algo nerviosa, como si hubiera estado levantada pendiente del teléfono.

El hombre sonrió.

—Perfecto. Ya lo tenemos —contestó con una calma que no sentía mientras el frío invernal condensaba su aliento.

—¿Ha firmado?

—Hemos quedado para hacerlo mañana.

—¡¡¡Sí!!!

El grito de Nadia sonó con fuerza a través del móvil. Eduardo se sentía igual de entusiasmado que ella, aunque durante la velada había contenido su necesidad de proclamar a los cuatro vientos que lo había conseguido. Esta vez no se aguantó.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? —exclamó con la voz cargada de emoción—. Con ella como modelo vamos a triunfar seguro.

—Y no tendremos que cerrar la tienda. Joder, Edu, ojalá no estuvieras a tres horas en coche y pudieras venirte a celebrarlo.

—Tú guarda el champán, que mañana vuelvo a casa. Y le debemos una muy grande a tu hermano.

Lo cierto era que había sido este quien, viendo cómo la tienda de ropa de diseño propio que habían montado parecía condenada al fracaso, le había conseguido invitaciones para una serie de fiestas exclusivas a las que asistía Amianka, la modelo internacional que estaba causando furor en Europa y que llevaba unas semanas en España por una campaña publicitaria de joyas. Eduardo no dudó en aprovechar la oportunidad y viajó a Zaragoza, con la esperanza de que sus diseños le gustaran lo suficiente a Amianka como para que accediera a ser su imagen.

—Y tanto. Lo cierto es que aún no puedo creerme que sea verdad lo que se dice de ella —dijo Nadia.

—¿Que apoya el arte y el talento? ¿Que a veces no le importa bajar el caché para ayudar a auténticos desconocidos?

—Eso.

—Nena, yo tampoco acabo de asimilar la suerte que hemos tenido. Se acabaron los problemas de dinero. Con ella como modelo de nuestras creaciones, lo más exclusivo de Barcelona va a pelearse por comprarlas.

Porque esa había sido su apuesta: una tienda de lujo con diseños exclusivos. El problema había sido que tanto el alquiler del local como los gastos de acondicionamiento y decoración habían acabado con casi todos sus ahorros, a lo que había que sumar que, pese a tener una puerta abierta en pleno Paseo de Gracia,

apenas cosechaban ventas. Pero ahora todo cambiaría gracias a Amianka.

—¿Cómo es? —preguntó Nadia tras unos segundos de silencio.

—Ya te lo dije: muy cordial y simpática. Para nada parece que nade en dinero.

—Y guapa...

—Nena, no empecemos con eso. Ahora no.

No estaba para otra discusión sobre las dichas fotografías que había publicado la prensa rosa, cuando la famosa modelo le había invitado a comer para echar un vistazo a los diseños. Y, aunque las imágenes no mostraban nada que pudiera indicar un interés romántico entre ambos, los periodistas parecían haber encontrado provechoso insinuarlo. Algo que parecía haber alterado un poco a su novia.

—Vale. Tienes razón —suspiró Nadia—. Solo es que Amianka es guapísima y puede tener a cualquier hombre que desee.

—Nena, por favor.

—Vale. Mira, tú firma eso y vuelve aquí mañana. Ya me encargaré yo de quitarte toda imagen de esa rusa de tu cabeza —bufó para a continuación suavizar un poco el tono—. Te echo de menos.

—Y yo a ti. Te quiero.

—Yo también.

La voz de Eduardo se convirtió en un susurro mientras ralentizaba el paso y se demoraba en despedirse de su prometida. La mano le dolía bastante por el frío, pero no le importaba. La vida era perfecta. Lo tenía todo: una mujer, un trabajo que era su pasión y ahora el patrocinio de la modelo más cotizada que le daría a su línea de ropa el empujón que necesitaba.

La sonrisa, esa sonrisa boba que se le había instalado en las comisuras de la boca cuando Amianka le había citado para el día siguiente, no se había movido de allí en toda la noche. Le acompañó cuando colgó el teléfono y devolvió la mano al bolsillo del abrigo. También mientras acababa de recorrer los últimos metros que lo separaban del hotel NH, donde se alojaba esas dos semanas que ya llevaba en la ciudad. Era tan solo un tres estrellas, mucho más barato que el Meliá donde se había celebrado la última fiesta. Sin embargo, había supuesto casi un descalabro para sus ya casi agotados ahorros. Sus padres, que siempre le apoyaron, habían muerto hacía unos años en un trágico accidente de coche, y él había invertido la herencia en fundar aquel negocio.

Saludó al recepcionista al entrar y su cuerpo agradeció el cambio de temperatura. Por lo que le habían contado, en Zaragoza las temperaturas no solían ser tan bajas en noviembre, pero estaban atravesando una ola de frío. Llamó al ascensor y se quitó el abrigo mientras esperaba. Una vez dentro, pulsó el botón de la tercera planta y se dirigió hacia su habitación. Introdujo la tarjeta en la cerradura y abrió la puerta. Se disponía a meterla en el cajetín para que las luces se encendieran, cuando la puerta del baño, que estaba entreabierta, se abrió de par en par a sus espaldas y, justo después, alguien le golpeó en la cabeza. No llegó a verle. Fue tan rápido que apenas

logró, de reojo, percibir el súbito movimiento que hizo que perdiera el conocimiento.

El diseñador despertó en algún momento indefinido de esa misma noche, con la puerta de la habitación ya cerrada y él amordazado y atado a la única silla del cuarto.

Apenas había luz. Le rodeaba una negrura casi absoluta. Entre los escasos huecos de las gruesas cortinas, se colaba una débil luz del exterior. Cuando Eduardo recobró el conocimiento, notó el dolor en la nuca y recordó dónde estaba y qué había ocurrido, se quedó congelado de pánico.

En su boca había algo. Algo esférico que le obligaba a mantenerla abierta, que le inmovilizaba la lengua contra el paladar y que le dificultaba la respiración. Era agobiante. Intentó morderlo, pero apenas logró clavarle los dientes. Además, al tratar de moverse, notó las cuerdas que lo mantenían inmovilizado por piernas, cintura, brazos y hombros.

Eso no estaba bien. Para nada. Él no conocía a nadie que hubiera vivido algo así, pero no hacía falta ser muy listo para saber que quien le hubiera golpeado y atado no podía pretender nada bueno. Una parte de él, una frialdad que le era desconocida hasta entonces, la misma que le había impedido gritar, que le susurraba que mejor que todavía lo tomaran por inconsciente, tomó el mando. Tenía que tranquilizarse. Quizás tan solo era un ladrón, uno a quien Eduardo había sorprendido y que ya se había marchado. Sí, tenía que ser eso.

Pero esa parte de sí no pensaba que fuera tan sencillo. Intento ver algo pero, con la barbilla pegada contra el pecho como estaba, no podía distinguir más que sus piernas y el suelo. Se centró en el oído. No escuchó más que su propia respiración, por lo que parecía estar solo en el cuarto.

Entonces deseó con todas sus fuerzas que solo fuera un robo. Que mañana pudiera estar riéndose de esto mientras abrazaba a su novia.

En vano. Esa inquietante sensación de peligro continuaba allí, impidiéndole creerse sus propias esperanzas, riéndose de él y susurrándole que no iba a tener tanta suerte.

Eduardo siempre había pensado que la fortuna era como la inspiración, un don esquivo que te sonreía si trabajabas duro. Sin embargo, cuando entró en su campo de visión una mano que empuñaba lo que parecía un enorme cuchillo, se dio cuenta de que su suerte era más bien una hija de puta que le había mostrado la felicidad para arrebátarsela de golpe.

Quiso hablar, preguntar el porqué, suplicar clemencia, pero la mordaza le impidió vocalizar cualquier sonido inteligible. El cuchillo se acercó a su pecho y quedó directamente bajo su vista. Parecía no estar muy afilado y, desde luego, no era de cocina, tampoco de acero; por el color más bien podría ser de bronce. Era de manufactura tosca y en el filo parecía que había algo grabado. Con la escasa luz, Eduardo no pudo distinguir si eran letras o números. Habría jurado que la mano estaba cubierta por un guante de látex, similar a los que vendían en los supermercados, y nada más. La penumbra le impedía percibir otros detalles. Tan solo

estaba seguro de que esa mano agarraba un arma blanca y era aterradora.

Tenía miedo pero se forzó a levantar la vista, a mirar hacia el lado del que procedía la mano enguantada, el lugar donde debía de estar el agresor. No llegó a terminar el movimiento. El captor le agarró por la mejilla derecha, clavando sus dedos tanto en esta como bajo su mandíbula, y le obligó a colocar la cabeza hacia el frente. A continuación, la empujó con brusquedad hacia detrás. Tanto la sacudida como el golpe contra el respaldo de la silla hicieron que Eduardo se olvidara de todo durante unos largos segundos, de todo lo que no fuera el dolor que martilleaba en la parte posterior de su cabeza. Apretó con fuerza los párpados y soltó un quejido que la asfixiante mordaza ahogó.

Cuando volvió a recuperar el control de sus pensamientos, decidió no volver a moverse; esa parte calmada de sí mismo que pretendía mantenerlo con vida había vuelto a tomar el control. Quedarse quieto... Era algo sencillo, ya que estaba atado, pero complicado en el momento en el cual el cuchillo se acercó a su pecho y cortó limpiamente la americana y la camisa que llevaba sin siquiera rozarle la piel. Había algo en la fría actitud del atacante, en la profesionalidad con la cual le despojaba de la ropa, que acabó con toda duda que todavía le pudiera quedar a Eduardo sobre si volvería a besar a Nadia.

Ese tipo se movía en silencio, respiraba de un modo tan suave que a Eduardo le costaba oírlo y, sobre todo, no daba la más mínima muestra de emoción. Ni una exhalación más profunda como si le hubiera gustado rajarle la ropa, ni un carraspeo, nada.

En ese momento una humedad en los bajos del pantalón le hizo saber lo que significaba mearse de miedo y el agresor no había hecho más que comenzar.

La mano enguantada acercó la punta del arma a la parte izquierda del pecho, allí donde estaba el corazón, como si estudiara la zona, y Eduardo comenzó a retorcerse con todas sus fuerzas, intentando soltarse de las ataduras y gritar de puro pánico. Ese recurso de su mente que le había hecho mantener la cabeza fría, calibrar las posibilidades de supervivencia, se había esfumado. La realidad lo había reducido a pedazos y tan solo quedaban el miedo, el instinto y la certeza de ese dolor amenazante, terrible y desconocido, que estaba a punto de llegarle. Era como cuando soñaba que caía o que iba a recibir un fuerte golpe. Aterrador, angustiante. La diferencia era que ahora no podía despertarse y que no le quedaba más remedio que vivir la pesadilla.

El asesino —sin duda lo era— continuaba su proceder como si obedeciera a un plan establecido. Encendió la televisión a un volumen que no provocara las quejas a recepción de otros huéspedes pero que sí camuflara el sonido ahogado que salía de la boca amordazada. Introdujo la daga en un frasco que reposaba al lado de la televisión y dejó que el líquido impregnara el filo. Lo dejó escurrir hasta que no goteó y volvió hacia Eduardo. Sin más ceremonia, sin prisas, comenzó a rajarle el pecho mientras sujetaba la silla con la otra mano. Eduardo estaba bien amarrado e inmovilizado, pero

podría reunir fuerzas suficientes como para mover el asiento.

El cuchillo, a pesar de la punta roma, había segado con la presteza de un bisturí la piel y el músculo que cubrían las costillas y estaba arañando el hueso al tiempo que cortaba hacia abajo y en línea recta. Después una curva, después un trazo hacia arriba, otro a la derecha... La mordaza sofocaba los gritos de dolor mientras el asesino continuaba con el macabro protocolo. Entre trazo y trazo, el asesino volvía a introducir el cuchillo en el frasco, como si el arma fuera una grotesca pluma que necesitara más tinta de la que la sangre de la víctima le proporcionaba. Eduardo intentaba, en vano, soltarse. El dolor que se infligía al rozarse con las ataduras no era nada comparado con el de su pecho.

Poco después, el asesino había terminado su dibujo sanguinolento, como si se tratara de una firma personal grabada en la carne y en el hueso. Retrocedió un paso, quizá para admirar su obra.

Eduardo no podía más. El último corte le había dolido tanto que rezó para que lo poseyera la locura, cualquier cosa con tal de olvidarse de esa tortura lacerante. Entonces bajó la mirada hacia su pecho y lo vio. Bajo la sangre que lo cubría había algo, un dibujo, una especie de símbolo, que brillaba con una luz rojiza. Cerró los ojos y dejó de intentar gritar. Susurró para sí el nombre de Nadia como una plegaria, el único consuelo que le quedaba.

Entonces volvió a sentir un fuerte dolor pero esta vez el asesino no estaba usando el cuchillo: había juntado y curvado sus dedos enguantados y los acababa de acercar a su esternón. Una vez allí, con una fuerza que no podía poseer, acababa de hundirlos en su carne para después romper el cartílago que unía el esternón a las costillas. A continuación, curvó más los dedos y tiró de su agarre en las costillas hacia afuera. Estas se abrieron por delante, por donde las manos las forzaban, y acabaron rompiéndose por detrás, allí donde se unían a la columna vertebral.

El asesino apartó las manos, ensangrentadas y con los guantes desgarrados, y cogió la daga. La piel del pecho estaba estirada y mostraba el macabro trazado de una caja torácica abierta. La sangre bañaba la zona donde él podría haber dejado sus huellas. Acercó entonces la punta del cuchillo a esa ancha franja de piel tirante, clavó el arma hasta que dejó de encontrar resistencia y rajó hacia abajo.

Eduardo sufría un dolor tan inhumano que ni siquiera se daba cuenta de lo extraño que era no haber perdido el conocimiento cuando aquel psicópata le había partido las costillas. Y mientras el cuchillo se hundía y desgarraba, Eduardo apretaba la mordaza con toda la energía, todo el pánico que le quedaba dentro, como si así pudiera dejar de sentir el dolor. Cuando ya no sabía si el arma seguía hurgando en su interior o se había retirado, le pareció oír algo, un sonido que no procedía del televisor. El tipo estaba tarareando una melodía alegre, como las que él mismo canturreaba mientras diseñaba su ropa. Volvió a gemir. El torturador no se inmutó; tenía algo más importante en que centrarse. La mano derecha y parte del brazo se introdujeron en la caja torácica abierta. De haber estado algo menos desquiciado,

Eduardo se habría percatado de que el asesino vestía una bata blanca que iba manchándose con sus fluidos vitales.

Los dedos se abrieron camino de nuevo entre la carne sanguinolenta. Quedaban expuestos el corazón y, a cada lado, los pulmones. Por accidente arañó uno de ellos, perforándolo y haciendo que sus alveolos se llenaran de sangre, pero a Eduardo esto apenas le dolió; en realidad, ya era incapaz de reaccionar. Hacía rato que el juicio lo había abandonado a su suerte, a esa tortura que no parecía no tener fin y que iba acompañada de una cancioncilla repetitiva como banda sonora. Por eso, cuando el asesino agarró el corazón que latía y lo arrancó de cuajo, cuando el chorro de sangre que salió de su pecho hizo que la que hasta ese momento lo había impregnado pareciera ridículamente escasa, sus últimos pensamientos no fueron para su prometida. Ni para su negocio de moda. Ni siquiera para su asesino o su puñetera mala suerte. No tuvieron sentido, ni coherencia. Tan solo fueron un reflejo del dolor y la locura que acompañaron a su último estertor.

El asesino, satisfecho con su trabajo, dejó el corazón intacto sobre la mesita del televisor, recogió el cuchillo, se quitó la bata y se cambió los guantes por unos limpios, todo ello con unos gestos precisos, que denotaban su profesionalidad. Después, todavía tarareando, corrió las cortinas, abrió la ventana y se fue por el mismo sitio por el que había venido.

La noche le recibió con su aire frío. Todavía faltaba un par de horas para el amanecer y la calle estaba en silencio.



La camarera llamó a la puerta de la habitación 326 con los nudillos. Como nadie respondió ni estaba colgado el cartelito de «no molestar», abrió la puerta, colocó la tarjeta en el cajetín con un movimiento mecánico y entró. En las manos llevaba sábanas limpias.

Todavía no había encendido la luz pero, a través de la que se colaba a sus espaldas, por el pasillo, se dio cuenta de que había un hombre sentado en una silla, entre la cama y la mesita de la televisión. Tendría los cascos puestos, probablemente, y por eso no la habría oído.

—¿Señor Rovira? —lo llamó.

Conocía su apellido pues ese cliente llevaba allí un par de semanas y alguna vez habían coincidido. Era un joven muy simpático.

—¿Señor Rovira? ¿Me oye? —repitió.

Como esta vez tampoco recibió respuesta, se reafirmó en su idea de que él estaría escuchando música. Así pues, la mujer alargó la mano hacia la pared y dio la luz. Entonces se dio cuenta de que el joven, sentado de espaldas, no solo no llevaba cascos, sino que parecía estar atado a la silla.

—¿Señor Rovira? ¿Se encuentra bien? —le preguntó algo asustada.

Nada. Silencio. La limpiadora se armó de valor, agarró con fuerza las sábanas que llevaba entre las manos, a modo de escudo, y se acercó los pocos pasos que la separaban de esa silla, pasando por delante de la puerta abierta del baño. Notó con más fuerza un olor denso y desagradable que había percibido al entrar al cuarto. Cuando le alcanzó, le tocó en el hombro y volvió a pronunciar su apellido. Fue cuando se percató de que algo iba muy mal. Esa sangre... Mientras su corazón latía con fuerza, logró avanzar para colocarse de frente y poder verlo bien. Las sábanas se le escurrieron de las manos y cayeron al suelo encharcado en rojo.

El señor Rovira estaba muerto. Tenía el pecho abierto y los pulmones a la vista, como en una escena de cine gore. La limpiadora lo contemplaba con los ojos desorbitados, sin poderse creer lo que estaba mirando. De algún modo, logró contener sus ganas de vomitar. Entonces, escuchó un sonido. Venía del cadáver. A pesar de que tenía la boca tapada por una especie de bola negra, parecía que intentaba hablar. El impulso maternal que había en ella pudo más que su horror y se acercó para liberarle de la mordaza. Cuando lo hizo, él le pidió socorro con una voz que a la mujer le costó reconocer como la del joven, una que parecía alargarse con cada sílaba y que silbaba como si tuviera burbujas o líquido en los pulmones.

—Aaaayuuuudaaaa —le suplicó al mismo tiempo que giraba la cabeza hacia su derecha.

La mujer siguió el movimiento con sus ojos. Allí estaba la mesita de la televisión, sobre la cual latía lo que parecía un corazón humano en medio de un charco de sangre.

Fue demasiado para ella. Se desmayó. Cuando despertó, unas horas después, recordó con horrorizado estupor dónde estaba y qué había visto. Se levantó despacio, pues se sentía mareada, y sin mirar atrás salió de la habitación. Al girarse para cerrar la puerta, vislumbró al señor Rovira, en la silla. Las fuerzas volvieron a sus piernas. Gritó, echó a correr y no paró hasta llegar a recepción, donde tardó un buen rato en tranquilizarse. La mujer, con los ojos abiertos de par en par, y el cabello y el uniforme manchados de rojo, no era capaz de contar lo que había pasado; tan solo balbuceaba palabras sueltas como 326, ambulancia y policía.

Algunos compañeros de recepción decidieron subir a averiguar qué ocurría. Una vez allí, llamaron de inmediato al 091.



1

Cuando el vampiro salió de uno de los bares de copas del casco viejo zaragozano, tres hombres establecieron contacto visual entre ellos y asintieron.

—Es él, ¿verdad? —susurró Felipe.

—Sí. Lo tenemos. Esperad a que se aleje un poco y vamos —le contestó un compañero a la derecha, Antón.

Los tres, vestidos con vaqueros y sudaderas, estaban sentados sobre los sucios adoquines de la acera, con la espalda apoyada contra la pared del local. Agarraban un par de botellas de vodka que se habían ido pasando mientras esperaban. Curiosamente, estaban igual de medio vacías que cuando habían llegado allí un par de horas atrás. Sin embargo, ninguno de los jóvenes que les rodeaban y que se habían montado la juerga en la calle se había dado cuenta. Quizás fuera porque, entre las capuchas que ocultaban sus caras y lo exageradamente ancho de sus espaldas, parecía más seguro ignorarlos.

En cuanto el vampiro abandonó el callejón, los hombres dejaron el vodka en el suelo y se pusieron en pie. Antón también tiró el cigarrillo que, sin encender, había estado sujetando entre los dedos. Al levantarse, quedó aplastado bajo la gruesa suela de la bota.

—Ya era hora —masculló.

Siguió a sus dos compañeros hacia el final de la calle y, una vez allí, por las tres o cuatro callejas que recorrió el vampiro hasta salir de la zona de bares.

—¿Estáis seguros de que podemos con él? —preguntó en voz baja Felipe mientras caminaban—. Puede que sea un novato y que no domine las técnicas de lucha, pero sigue siendo un vampiro.

—Ya lo hemos hablado —le contestó Juan, su compañero de la izquierda—. Y precisamente porque es tan peligroso nos hemos preparado tanto. No te preocupes. Es tu primera misión. En cuanto te acostumbres verás que no es para tanto.

—Dicen que su señora puede con siete de nosotros.

—Él no es su señora. Y ahora silencio, novato —le recriminó Antón.

El aludido asintió con la cabeza y continuaron a la zaga del vampiro en silencio. Para pretender pasar como tres jueguistas, marchaban de un modo demasiado marcial. En todo caso Manuel, el vampiro al que perseguían, se había dado cuenta hacía varios minutos de que le iban detrás y, por eso, cuando llegó a una calle estrecha y desierta, dejó de fingir y se dio la vuelta. Encaró a los tres matones que iban a por él.

—Os habéis equivocado de borracho, gilipollas —dijo en cuanto los tuvo a un metro escaso de distancia—. No tengo dinero que podáis robarme, pero me vais a venir genial para la cena.

—No seas necio —repuso Antón, quien parecía ser el cabecilla de los tres. Su voz sonaba firme y su actitud era calmada y segura—. Nadie con dos ojos te tomaría por un borracho. Manuel, estamos aquí para informarte de que ahora le debes cuatro millones a nuestro jefe.

Al vampiro se le congeló por un momento la mueca de superioridad en los labios. Era cierto que él debía dinero; de hecho, estaba en problemas por el contratiempo que había surgido cuando intentaba conseguirlo. Pero debía dos millones, no cuatro. Y, desde luego, no al jefe de unos matones humanos. Les observó con más detenimiento. A pesar de esas ropas holgadas, se notaba que eran fuertes. Muy fuertes. Algo así como unos culturistas cebados con esteroides. Llevaban las manos cubiertas por guantes de cuero y puede que también un peto bajo sus sudaderas, lo que explicaría que no necesitaran abrigo con aquella temperatura de dos o tres grados.

—Magos... —musitó más para sí que para ellos.

Se reprochó no haberse dado cuenta antes.

—Eso es. Y ahora por favor danos el dinero.

—¿Desde cuándo los brujos contratan a magos?

—Fácil. No lo hacen. Pero no estamos aquí para hablar. ¿Tienes el dinero?

—¡Joder! Precisamente de eso quería yo hablar con los brujos... Necesito tiempo.

—Ya te lo han dado.

—Necesito más.

—No creo que encuentres el dinero en bares de copas.

El vampiro frunció el ceño.

—No. Pero necesitaba relajarme un poco después de lo de esa puta.

—Demasiadas evasivas. Vamos —ordenó Antón a sus compañeros.

Manuel sabía muy bien qué significaba aquello: iban a por él y se habían preparado para luchar contra un vampiro. Los muy cobardes... No tenían valor para hacerlo sin trucos. La hinchazón en sus cuellos dejaba claro que los magos no habían escatimado en runas. Por eso, Manuel no lo dudó y se dio media vuelta para echar a correr calle arriba a toda velocidad.

No tuvo suerte. Los magos, que no habían perdido ni una valiosa fracción de

segundo en reaccionar, también estaban corriendo. El cabecilla no tuvo más que impulsarse con cuatro zancadas y lanzarse en plancha a por las piernas del vampiro. Manuel sintió el impacto en la zona lumbar. El mago le había golpeado con el hombro y le estaba agarrando de la cintura con el otro brazo. Aquello le desestabilizó y consiguió tirarle al suelo y dejarle boca abajo. Otro vampiro, uno más avezado en ese tipo de lides, habría sabido cómo reaccionar, cómo hacer para no caerse. Manuel no. Aunque él jamás lo reconocería, durante su vida como humano había sido un bravucón cuando iba en grupo o se enfrentaba a adversarios débiles, pero un cobarde si se encontraba solo. Por eso, se vio sobrepasado cuando el mago le hizo perder al equilibrio; no pudo hacer nada más que soltar un juramento al chocar contra el suelo.

Allí no acabó todo, pues enseguida ya tenía encima a los otros dos. Juan acababa de cogerlo de la cabeza y, con un fuerte golpe seco, le fracturó la nariz al estrellarlo contra los adoquines de la calle. Manuel, atontado, notó cómo el otro mago, Felipe, le cogía las muñecas y se las retorció de manera dolorosa hacia dentro para, a continuación, echárselas hacia atrás y acabar con los brazos estirados a la espalda y las palmas juntas. Juan aprovechó para esposarle las muñecas, los meñiques y los pulgares, estos últimos con unas esposas en miniatura.

Mientras todo esto sucedía en escasos segundos, Antón no se había quedado ocioso. Se colocó encima de las piernas del vampiro para facilitar la tarea a sus compañeros y, después, se había levantado y sacado de una mochila que llevaba, la misma en la que habían traído las dos botellas de vodka, una larga sirga metálica de medio centímetro de grosor. Una especial. Con una runa que potenciaba su resistencia para que el vampiro no pudiera partirla, igual que la que tenían las esposas. Sin embargo, antes de que pudiera utilizarla para atar al vampiro, este se recuperó de su aturdimiento y, de manera automática, hizo fuerza para separar los brazos. El dolor, pulsando con fuerza en las muñecas y en los dedos esposados, hizo que se detuviera.

El líder de los magos aprovechó el momento para rodearle las muñecas con la cuerda, y después los brazos y el cuello, para reforzar el agarre. Con un tirón del cabo suelto, le obligó a echar la cabeza hacia atrás. Juan lo sujetó por el cuello y le obligó a ponerse de rodillas. Lo ataron también por las piernas, hasta que el vampiro quedó inmovilizado del todo. No obstante, dieron unas cuantas vueltas más a la cuerda de metal, por los antebrazos y el cuello. Si el vampiro se intentaba mover, la sirga le oprimiría la garganta.

Complacido con el resultado, Antón se colocó frente a Manuel. Sonrió y le indicó a Juan que lo sujetara por la espalda para que no se cayera. Entonces, al tenerlo justo como quería, de rodillas y con la cabeza echada hacia atrás, le dio un golpe en la rodilla derecha con la bota de puntera de hierro.

Continuó con las patadas en las costillas. Una tras otra. Le rompía los huesos con una fría meticulosidad. Sabía que para el vampiro eso solo suponía dolor y cansancio, pues se regeneraba tan rápido que de manera casi instantánea era capaz de soldar cualquier fractura. Pero saberlo no era lo mismo que verlo. Uno de sus hombres, el

novato, estaba asombrado, más aún cuando Antón empezó a magullarle la cara al vampiro. El mago llevaba varios anillos sobre los guantes de cuero de su armadura, grandes sellos con relieves que impactaban contra el hueso, machacando y cortando la carne. Un golpe, dos, tres, cuatro, cinco... Cuando el puño se retiraba dejaba heridas abiertas en el rostro del vampiro, pero antes de que le golpeará otra vez, ya estaban completamente curadas. Tan solo quedaba la sangre.

—Es increíble... —musitó Felipe.

Jamás había visto algo así.

—Cierto, a estas alturas yo esperaba que le costara más tiempo regenerarse. Vamos a tener que esforzarnos más —convino Antón.

No pudo evitar que el respeto y cierto miedo se le notaran en la voz. Se dirigió a Juan.

—Adelante.

Como si hubiera estado esperando esa orden, el mago tiró al vampiro contra el suelo, de lado. El cabecilla agarró un pie del vampiro y, con toda la fuerza de sus músculos potenciados por las runas, estampó al vampiro contra la pared. Un bonito choque. Uno que descascarilló el yeso que recubría el muro y agrietó los ladrillos de debajo. Uno que provocó que la sirga metálica se clavara en la garganta de Manuel. Uno que iba a ser el primero de una tanda de cuatro si en ese momento una voz a sus espaldas no le hubiera detenido.

—Basta —dijo alguien con firmeza—. Todavía no es vuestro y a nosotros no nos gusta la violencia. Mucho menos la tortura.

Se trataba de una bruja de unos ocho años, andrajosa, y con el rostro y las manos tan sucios como su ropa. Llevaba algo así como un osito de peluche cosido y remendado por todas partes. El cabecilla de los magos, al verla, le hizo un gesto a los suyos, que se alejaron del cuerpo inerte de Manuel. Él se volvió hacia la bruja.

—Mis disculpas si te hemos disgustado. No te esperábamos. Estamos aquí por encargo del prestamista —se disculpó algo extrañado.

—Sí... pero me temo que os habéis adelantado un poquito —repuso la niña muy seria a la vez que caminaba hacia el vampiro—. No aprobamos los métodos del prestamista y desde luego no vamos a tolerar que volváis a intervenir antes de que la deuda sea vuestra. Dadle ese mensaje a vuestro jefe.

—Por supuesto, así lo haré —dijo el mago y se hizo a un lado para dejar que ella llegara hasta Manuel. Se sentía preocupado, pues era la primera vez que se adelantaban. Sabía que su jefe tenía negocios con los brujos y no le gustaría ser la causa de que estos cesaran—. Lamento mucho esta situación.

La niña no le contestó pues se estaba acercando al vampiro, a quien miraba con cierto pesar.

—Disculpa por las molestias, Manuel —le dijo la bruja cuando estuvo a su lado—. ¿Tienes nuestro dinero?

El vampiro la miró con el rostro lleno de sangre, aunque intacto. Sin embargo,

con esa sirga apretándole la garganta, le resultaba complicado hablar. Reconoció a la niña. Esa mocosa era de la tienda donde había pedido dinero para poder seguir jugando. Sí... la conocía. Y no acababa de entender qué pintaban allí los magos. Si curarse no lo hubiera dejado cansado y la cabeza no le doliera tanto...

—La pasta... ¡Joder! Casi la tenía —exclamó, o al menos lo intentó, pues la voz le salía ahogada a causa de la cuerda que le estrangulaba la garganta.

—Más despacio. Nos cuesta entenderte —le dijo la niña muy seria y los magos no supieron si ese «nos» les englobaba a ellos o al peluche que la chica le había acercado al rostro.

—Casi la tenía —repitió Manuel, sintiendo dolor en la garganta a cada sílaba que pronunciaba—. Pero entonces el crío se asustó y esa puta se puso histérica... No es culpa mía, lo juro. De verdad. Necesito más tiempo.

La niña inclinó la cabeza y miró con atención al osito de trapo. Una tela raída rodeaba la tripa del muñeco a modo de vendaje. Ella, con cuidado, la apartó y metió la mano en el relleno de algodón. Sacó un reloj viejo, sin correa, y miró la hora. Entonces sonrió y le susurró algo al peluche mientras devolvía el reloj a su sitio. El vampiro, por su fino oído, pudo escuchar que lo llamaba Doto.

—Hummm —dijo cuando el pequeño intercambio privado con el peluche hubo finalizado—. Creo que no. Tu tiempo se te acaba en cuatro, tres, dos... Ya. —Chasqueó con la boca—. A partir de ahora, tu deuda pasa al prestamista. En realidad debería darte las gracias porque nos ha pagado por ella más de lo que vale... —Meneó la cabeza como si estuviera considerándolo—. En fin. Ya no puedes volver a hacer tratos con nosotros y te recomiendo que no vuelvas a aparecer por ninguna de nuestras tiendas. Si lo haces, será bajo tu... responsabilidad. —Se encogió de hombros, apretó el osito contra su pecho y se giró hacia el cabecilla de los magos—. Caballeros, saludad a vuestro jefe de mi parte y pasad una buena noche. No olvidéis comunicarle mi desaprobación por vuestro proceder.

Andando tan silenciosa como si sus pasos apenas tocaran el suelo, se alejó de ellos. Cuando creyó que ya no la veían, le susurró algo a su Doto y echó a correr, rauda, calle abajo hasta una alcantarilla por donde desapareció.

—Ya lo has oído, eres todo nuestro —le dijo el cabecilla de los magos a Manuel, a la vez que se acercaba a él. No le sonreía, más bien estaba serio. Parecía preocupado por el mensaje que tenía que darle al prestamista—. Ahora me gustaría saber si tienes claro lo de darnos el dinero.

El vampiro no acertó a contestarle. Eso de que les debía cuatro millones en vez de dos, por fin cobraba sentido para él. Esa mocosa... cómo le había vendido.

El mago tomó su silencio por un desafío.

—Sujetádmelo bien —ordenó a la vez que señalaba las piernas de Manuel.

Los otros dos magos asintieron y, mientras Juan se colocaba detrás del vampiro y lo rodeaba con los brazos, cruzándole el pecho, Felipe lo agarraba por los tobillos y le levantaba las piernas. Antón sujetó también una de esas piernas y, cogiendo impulso,

le dio un codazo en la rodilla. La rótula de Manuel quedó destrozada y la pierna se dobló en un ángulo antinatural.

—Es increíble la cantidad de daño que aguantan los vampiros —comentó a sus dos hombres mientras observaban cómo la articulación y la pierna de Manuel se recuperaban—. Tenemos que asegurarnos de que no pueda volverse contra nosotros cuando le soltemos. Es un vampiro y solo por eso es muy peligroso.

Repitió el golpe y le rompió, de nuevo, la rodilla. La articulación volvió a curarse en pocos segundos.

El mago procedió del mismo modo varias veces más. Al principio, la diferencia en la velocidad de la regeneración no fue apreciable. Sin embargo, era evidente que al vampiro le costaba cada vez más curarse. Los huesos tardaban en soldarse, ya no era algo casi instantáneo como con los puñetazos en el rostro. La última vez incluso había tardado todo un minuto.

—Es cierto, estamos agotándole —afirmó con sorpresa Felipe.

El cabecilla le rompió la pierna una última vez.

—Creo que ya sé quién eres —dijo—. Tú eres el tío que salió ayer en todos los telediarios. El que se metió en la casa de la mujer de ese millonario y se la cargó junto con sus dos hijos de siete años... Todo un elemento. —Se encogió de hombros—. En fin, una pena que no consiguieras el dinero. Tienes cinco días para pagarle a mi jefe hasta el último euro de los cuatro millones. Hasta entonces.

Tras darle un último codazo, el mago se giró y comenzó a alejarse. Los otros se ocuparon de quitarle las esposas al vampiro y borrar la runa de la sirga, que le dejaron puesta. Después, siguieron al jefe.

Manuel, aunque se sentía totalmente agotado, reunió fuerzas para tirar de las manos. Logró romper la maldita cuerda metálica. Se tocó las muñecas, ensangrentadas, y contempló cómo la herida se cerraba. Después, se zafó del resto de las ataduras, pero la herida del cuello había atrapado el cordón de metal y se había quedado soldado con la piel. Se lo arrancó de un tirón, odiando a esos magos por obligarle a esto. Soltó un par de juramentos y se levantó. El súbito dolor al apoyar parte de su peso en la pierna tantas veces quebrada hizo que perdiera el equilibrio. Lo recuperó pronto, flexionando la otra pierna con elegancia y posando las manos en los adoquines. Maldijo a esos magos.

Casi todos los huesos estaban soldados y las heridas cerradas. Solo había dos excepciones: la pierna, para cuya reparación ya no le quedaba energía, y la garganta. Con la primera había hecho una especie de arreglo que le permitiera andar, aunque fuese cojeando y el dolor resultara un auténtico infierno. En cuanto al cuello, había detenido la hemorragia y cerrado la herida, pero presentaba el aspecto de una cicatriz hinchada y reciente.

Necesitaba beber sangre para recuperar fuerzas y terminar de curarse. Además, se sentía agotado y le dolía todo el cuerpo, no solo esa dichosa rodilla... Se quedó quieto unos segundos para asimilar lo que había pasado. Respiró hondo. Notó que,

pese al cansancio, la rabia pugnaba por salir. Esos jodidos magos de mierda le habían humillado. Esto no iba a quedar así. Volvió a maldecir, esta vez contra su mala suerte.

Era cierto lo de la mujer y sus dos mocosos, pero él no tuvo la culpa. Se suponía que iba a ser algo sencillo. El marido estaba fuera por negocios, y el plan era seducirla a ella, convencerla para entrar en su casa y que le diera la noche libre a la niñera. Después, solo quedaría robar el dinero de la caja fuerte. Sencillo.

La rabia que le dio su situación le dio fuerzas para conseguir ponerse en pie sin perder el equilibrio. Porque mira que tenía que haber sido fácil conseguir el dinero...

«Pero no...», pensaba mientras avanzaba unos pasos renqueantes para apoyarse en una de las paredes del callejón. Al andar, al caer parte de su peso sobre la pierna derecha, sufría más dolor del que nunca antes había experimentado, excepto con Ella, su señora, su creadora... «Primero, la muy zorra niega que tengan dinero y se pone a gritar. Con dos hostias se calla, cómo no, al fin y al cabo eso es siempre lo que buscan, que las metan en vereda. Pero entonces uno de los putos críos se despierta y viene al salón. El mocosos le echa cojones cuando ve a su madre en el suelo y viene a por mí. Entonces ella se pone histérica, gritando no sé qué de que lo suelte. La tía agarra un jarrón, lo rompe contra la mesa y pretende amenazarme. ¿Qué va a hacer? ¿Rajarme si no suelto al puto crío que no hace más que darme patadas? Como si fuera tan fácil. Joder... puta pirada. Si es que acabaron los dos muertos: el primero, el chaval, con el cuello roto; y el otro mocosos también, que al final con tanto jaleo tuvo que venir a ver qué ocurría. “Mami, ¿estás bien?” ... Será idiota... Ya podría haberse quedado en la cama. Y entre eso, que ya no tenía quien me dijera dónde estaba la puta caja fuerte, que yo no la encontraba y que pronto amanecería tuve que irme. Menos mal que era un chalé unifamiliar y no un piso donde los vecinos lo habrían oído todo y llamado a la policía».

No era su culpa. La había cagado, sí, pero porque la mujer se había puesto histérica. Para colmo, el marido no solo era rico, sino también influyente, y ayer no parecía hablarse de otra cosa en los telediarios. Más mala suerte. Pero eso no era nada comparado con tener que llamar a Roja para pedirle ayuda.

Podía habérsela pedido antes, en cuanto la deuda de juego que había acumulado con los brujos fue demasiado grande. O quizás cuando le tocó pagar y él consiguió darles largas, que le dieran unos días más de plazo. Sí... habría sido más sensato, en vez de intentar lo de la rica esa. Pero el problema era que Manuel no había tenido cojones.

Porque para hablar con su creadora le hacían falta. Y muchos. Manuel era un vampiro joven; veinte años no eran nada, aunque para él significaran casi la mitad de su vida. Además, si para un vampiro su creador era algo así como un dios, para Manuel eso suponía un problema, porque su creador era una mujer y él solo conocía un modo de relacionarse con las mujeres: a hostias, algo que podría haberle funcionado muy bien cuando era humano y tenía una esposa. Sin embargo, con Roja eso era impensable, pues era ella la que tenía el poder. Su señora lo sabía y por eso lo

miraba con una mezcla de diversión y cálculo. Había jurado amarlo, cómo no, pero igual que lo había hecho con todos y cada uno de sus vástagos. Y a pesar de que la raza tenía dificultades de procreación, la tía tenía muchos esclavos. Él solo sabía de dos más que, como él, todavía estaban bajo su control pero, por lo que había oído, su señora llevaba viva el suficiente tiempo como para haberle regalado la inmortalidad a demasiados humanos.

Por eso no soportaba hablar con ella.

Todavía la amaba. ¡Y quién no! Con ese cuerpo era capaz de ponérsela dura a cualquiera. Pero también la detestaba. Una mujer... ¡Por favor! ¿Cómo podía una mujer tener más fuerza que él?, ¿anularle con su presencia?, ¿ser capaz de partirle la mayoría de los huesos del cuerpo de una sola paliza? Porque Roja lo había hecho la primera vez que Manuel, una vez convertido, consiguió sobreponerse a la flojera que le entraba cuando la veía y le soltó que no pensaba estar a las órdenes de una mujer.

Ese era el problema. Él estaba acostumbrado a que las mujeres hicieran todo lo que les decía, no al revés. No soportaba ser el muñequito de una vampiresa, por muy buena que estuviera. Por eso, pese a ser todavía muy joven para intentar salir de su vasallaje, quería hacerlo con todas sus fuerzas. Si tan solo no le entrara esa maldita flojera cada vez que la veía...

El dolor físico ya había remitido un poco. Manuel apretó la mandíbula y se forzó a caminar, aunque fuera más lento de lo habitual. Iba en dirección contraria a la que habían tomado los magos.

Pero ¿cómo iba a llamarla?

A su señora no le iba a gustar nada.

¡Hostia puta! Sería mejor enfrentarse otra vez a esos magos. Sí... Pero esta vez estaría preparado, para que no volvieran a cogerlo por sorpresa.

El vampiro fue callejeando por el casco antiguo hasta llegar a la zona donde vivía, en la Magdalena. Las viviendas en ningún momento habían dejado de ser antiguas, ni la zona una de las más baratas para vivir de la ciudad. A causa de la hora, apenas se cruzó con un par de personas en su camino y ninguna lo miró dos veces. Más bien, al pensar que era alguien que había recibido una paliza, se apartaron para evitar cualquier trato con él. Lo que esos dos nunca supieron era que tuvieron suerte; Manuel tenía sed, necesitaba sangre, pero cojeando no podía alcanzar a nadie en condiciones. Ya cazaría a algún incauto, como ese que estaba parado justo en su portal. En esos momentos, le daba igual que fuera un vecino. Aceleró un poco el paso hasta llegar a él. Le costó un poco darse cuenta de que el incauto no le quitaba el ojo de encima porque estaba esperándolo.

En cuanto lo reconoció, Manuel se dio cuenta de que no era que su mala suerte se estuviera riendo de él esa noche, sino que se estaba desternillando.

—¿Qué cojones haces aquí? —le preguntó con desprecio al llegar a su altura.

Esos centinelas no eran más que unos metomentodo y unos aguafiestas. Y, encima, humanos. Este en concreto, había estado amargándole su inmortalidad desde

hacía demasiado tiempo. No sabía qué detestaba más de él, si su actitud estirada y prepotente o el tener que ver las feas cicatrices en una de sus orejas, a la que le faltaba un trozo como si se lo hubieran arrancado de un bocado en alguna pelea.

—Debería ser yo quien te preguntara eso —contestó el aludido a la vez que acercaba la mano derecha a la cadera, por encima del abrigo.

Un abrigo de paño ¡Por favor! ¿Es que de todos los centinelas de Zaragoza le había tenido que tocar el único que vestía de traje?

—No hace falta que me amenaces con tu martillo. Los dos sabemos que no puedes hacerme nada.

—¿Estás seguro? Porque te has cargado a la mujer y a los hijos de uno de los principales accionistas de Ibercaja. Esto no podemos taparlo, tan solo ocultar que el asesino es un vampiro.

El centinela avanzó un paso hacia él, amenazante. Manuel le encaró.

—¿Que yo qué? ¿Es que ahora os dedicáis a buscar a gilipollas a los que cargar un crimen? Pues déjame en paz, que no tengo nada que ver.

—No me han dicho eso... —dijo el centinela con un brillo burlón en los ojos.

Fue Manuel quien esta vez se acercó un paso, deteniéndose a menos de un palmo de su cara. El centinela era más alto. Eso era fácil, con el metro setenta escaso del vampiro, pero no por ello dejaba de joderle que sus adversarios quedaran por encima.

—Y a mí no me han dicho que eres un puto centinela corrupto. Lárgate —lo amenazó.

Había oído rumores sobre él y unos asuntos nada claros.

El centinela se puso en guardia. Parecía que al vampiro le habían propinado una tremenda paliza y que aún no había tenido tiempo de regenerarse. Por como caminaba, era evidente que tenía perjudicada la pierna derecha. Sería fácil hacerle un barrido y provocar que perdiera el equilibrio, para luego reducirle y acabar con su sanguinaria vida. Pero no podía, no sin tener nada firme contra él. Le agradecía al prestamista su información pero, como este le había dicho, eran tan solo sospechas sin ninguna prueba, por muy seguro que estuviera de ellas.

Así pues, en lugar atacarle se quedó inmóvil, manteniéndole la mirada durante unos largos segundos.

—Estás jodido —dijo al final, muy despacio—. Sé que has sido tú y pienso probarlo. Disfrutaré ajusticiándote, asesino de mujeres y niños.

Por toda respuesta, Manuel se echó a reír. Con el rostro ensangrentado pero sin un rasguño y esa cicatriz hinchada en el cuello que casi era como una boca abierta, ofrecía una imagen macabra. El centinela lo miró amenazante hasta que Manuel ladeó la cabeza, burlón, y se dignó contestarle:

—¿Así que es eso? ¿Te dan pena los niños? ¿Quizá tienes uno y quieres que le haga una visita?

—Sabes de sobra que nosotros no tenemos hijos. Pero tú sí.

—No lo tocarías. No puedes. Y tampoco a mí. No tienes nada. Ahora aparta y

déjame entrar en mi casa.

El centinela, delante de la puerta del edificio, no se movió ni un ápice.

—Pronto podré probarlo. No eres intocable, tu señora debería haberte educado mejor.

Al escuchar la alusión al poder que una mujer tenía sobre él, Manuel se puso furioso y le lanzó un puñetazo, pero el vampiro estaba agotado y no era tan rápido como debería. El centinela le agarró el puño con una mano y, con la otra, le encajó un puñetazo en el codo. El efecto fue instantáneo: articulación rota. Aprovechando el desconcierto de su adversario el centinela le tiró del brazo y, empujándolo por la espalda, lo estampó de cara contra la pared del edificio.

—Deja de ponernos a todos en evidencia —le susurró al oído—. Te vigilo. Voy a por ti. Que no se te olvide.

Lo soltó y se marchó caminando calle abajo.

El vampiro, que no estaba acostumbrado a que nadie le diera palizas, se sentía lleno de rabia. Quería partirles la cabeza a esos hijos de puta, ser él el que les golpeará contra el suelo o una pared y hacer que sus cabezas reventaran como cerezas maduras. Pero en esos momentos le faltaba fuerza. Hacía mucho que no se sentía así y lo detestaba. En su barrio, cuando era niño, había experimentado algo similar y por eso se había unido a una banda. Pero cuando se acercaron a los dieciocho la disolvieron, ya que la cárcel eran palabras mayores. Él nunca había sido ni fuerte ni bueno peleando, se limitaba a escudarse tras sus colegas. Con Roja, todo cambió. Le dio fuerza, le hizo superior. Nadie osaba enfrentársele.

¿Es que esos malnacidos no sabían que él era un vampiro?

Tomó aire, intentó tranquilizarse. Ya arreglaría cuentas con ellos, pero lo primero era recuperarse. Y llamarla... Sacó la llave del portal, abrió y subió las escaleras hasta su piso. Cargó una infinidad de blasfemias contra los vecinos tacaños que no querían poner un ascensor en el edificio. Una vez en casa, cerró la puerta y se apoyó contra ella.

¿De verdad iba a hacerlo? ¿Iba a humillarse ante una tía para pedirle ayuda?

—¡Mierda! —profirió entre dientes.

No quería, todo su ser se rebelaba ante la idea. Pero estaba jodido. Bien jodido.

Le recorrió un estremecimiento que era una mezcla entre anhelo y odio a sí mismo por desearlo. Lo ignoró. Sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero, que milagrosamente seguía intacto, y marcó el número de su señora.

Eran noches como esa, tan llenas de mierda, las que le hacían desear no haberla conocido nunca.



2

—¿Entonces estás saliendo con él? —preguntó Héctor a su hermana Lucía logrando que no se notara ni en su voz ni en sus gestos lo intranquilo que de repente se sentía.

—Bueno, saliendo, saliendo... Tampoco es eso, que solo lo conozco desde hace un par de semanas —contestó ella mientras continuaba partiéndole el filete de pollo a su hija pequeña.

Estaban cenando en su casa. Héctor, que tenía un año menos que ella y vivía solo, solía pasarse dos o tres veces por semana para ver a su hermana y a sus dos sobrinos. David, el mayor, tenía veintiún años y en esos momentos permanecía ajeno a la conversación para dedicarse al segundo plato, algo en su opinión mucho más interesante que con quién se acostaba su madre. En cuanto a Nerea, la pequeña de tres años, intervenía de vez en cuando para llamar la atención. Sin embargo, tras la noticia que Lucía acababa de contar como si nada, su tío favorito había dejado de jugar con ella. El tenedor, al que llamaban señor Pepti y que Héctor dotaba de voz para hacerla reír mientras comía, de repente se había quedado mudo.

¿De verdad que su hermana se había buscado otro hombre? Él sabía que no podía culparla, pero Lucía tenía un gusto pésimo eligiendo pareja.

—¿Puedo conocerlo? —tanteó Héctor.

—Ay, por favor. Mira que eres desconfiado.

La mujer se alzó un poco en la silla para tomar impulso y darle una colleja a Héctor, que la encajó sin dejar de mirarla muy serio.

—De verdad, Héctor, que esto no es tu comisaría. No pienso presentártelo para que lo sometas a un interrogatorio como hiciste con el último.

—Bebía y tenía antecedentes de estafa —puntualizó.

—Bueno, nadie es perfecto —protestó ella—. Pero este sí. Ya verás.

—Héctor, ni caso —dijo David, rebañando con pan los restos de su plato—. Mamá no sabe buscarse novios.

—Tú te callas. —Lucía le fulminó con los ojos azul claro que compartían los cuatro. Ese rasgo, sumado al cabello oscuro que también era marca de la familia, resaltaba lo mucho que se parecían entre sí.

Su hijo podría ser mayor de edad, pero ella le había dejado claro hacía tiempo que, mientras no colaborara con las facturas, no tenía voto en esa casa.

—Vale. Yo me callo. ¿Me das el postre?

Lucía suspiró como buscando paciencia y se levantó para ir a la cocina. Era una mujer delgada y menuda, puro nervio. Nada que ver con el carácter más calmado y el casi metro noventa de altura de su hermano.

Héctor volvió a jugar con Nerea y con el señor Pepti. Sin embargo, y aunque sonreía, no podía quitarse de la cabeza lo de la nueva pareja de su hermana. Le había ocurrido antes, primero, con los novios del instituto, que no estudiaban y repetían curso, solían meterse en problemas e ignorar que a sus espaldas los llamaban perdedores. Después llegó Manu, el primer marido, el padre de David. Todo un ejemplo de adicción al juego y malos tratos. Por suerte, un día se fue y no volvieron a saber nada de él. Eso le costó a Héctor varias discusiones con Lucía, pues la mujer le acusaba de haberlo amenazado para que se fuera. Lo cierto era que, aunque muchas veces había pensado en hacer algo así, por aquella época estaba estudiando para ser policía y resolvía sus problemas dentro de la legalidad. Como ahora. Además, a pesar de que había intentado averiguar su paradero, excepto por contadas apariciones fugaces, parecía habérselo tragado la tierra, con lo que los recelos iniciales de Héctor —había temido que hubiera ganado una buena suma de dinero y que cuando se le acabara volviera—, se desvanecieron con el paso del tiempo.

Lucía lo pasó muy mal al principio, algo que a él le costaba comprender, pero el duelo de la pérdida no duró eternamente y dio paso a unos años tranquilos. Sin embargo, Lucía necesitaba estar con alguien y, tras muchos intentos fallidos, acabó viviendo con un hombre que tampoco era trigo limpio. Acabó mal, cómo no. Él la dejó en cuanto se enteró de que ella estaba embarazada. Desde entonces, los ligues no le duraban más que unos pocos meses y, considerando su puntería al elegir, tenía a su hermano permanentemente preocupado por ella. Y encima se le quejaba de que era muy serio y fruncía demasiado el ceño...

—Lucía, por favor —le pidió en cuanto la mujer volvió con varias piezas de fruta—. ¿No podría yo presentarte a alguien?

—Tus amigos no me gustan. Ya te lo he dicho mil veces. Déjame vivir mi vida.

—Tienes que superar lo de nuestro padre —le susurró para que sus sobrinos no le oyeran.

David, que había escogido una naranja y comenzaba a pelarla, le contestó en vez de su madre.

—Ya podríais contarme alguna vez lo del abuelo. Para saberlo y esas cosas, digo yo. Porque no es muy normal tener a la abuela en un psiquiátrico y que os neguéis a contarme qué pasó esa noche para que él muriera y a ella tuvieran que internarla.

—Joder, Héctor. Delante de los niños, no —se enfadó ella.

—Pues David tiene razón. Ya va siendo hora de que te decidas a contárselo.

—No. Y cállate —le ordenó mientras miraba a Nerea de un modo tan significativo que su hermano tenía que darse cuenta de que con tres años la pequeña ya era capaz de enterarse de las conversaciones de los adultos.

Puede que su hijo supiera que en esa familia había algo raro. Algo malo. Algo enquistado que a ella la comía por dentro. Pero la niña no. Ella era pura inocencia, la misma que Lucía había perdido demasiado pronto. Por eso se negaba en redondo a hablar del asunto.

Héctor se disculpó.

—Lo siento. De verdad. Mira, sigamos comiendo. Ya me lo presentarás cuando quieras. Sabes que solo deseo lo mejor para ti.

—¿Y tú qué? —contraatacó ella tras aceptar la disculpa con una sonrisa—. Tan volcadito primero en tus estudios para ser policía y luego en el trabajo, que nunca has tenido novia. ¿Qué me dices a mí de nuestro padre? ¿Acaso crees que soy tonta y que no sé que te hiciste de la UDEV solo por él?

—¿El abuelo era de homicidios? —preguntó David.

La UDEV era la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta, dentro de la policía nacional. Héctor trabajaba en la sección de homicidios y desaparecidos.

—No. Y no hables con la boca llena —le recriminó su madre.

—Él no era de la policía judicial, era de la local —aclaró Héctor.

—¿En serio?

El joven estaba encantado, ya que todo lo relacionado con el abuelo era un tabú y nunca le contaban nada sobre él. Había intentado averiguar algo por su cuenta, por supuesto, pero no había conseguido mucho más que un par de viejos artículos de periódico en la hemeroteca. Y, sinceramente, sospechaba que la versión oficial de lo que había ocurrido no era la real.

—Bien. Vale. Héctor, sigue haciendo lo del señor Pepti, por favor, que mi nenita no come, ¿verdad, bonita?

—¡Pepti! —Gorgoriteó ella encantada.

—Claro que sí, aquí estoy otra vez. Y vengo con chicha —dijo Héctor con voz de falsete y arrastrando mucho las eses para hacer reír a la pequeña, al tiempo que agarraba el tenedor y pinchaba un trozo de carne.

—No me vas a contar nada más, ¿verdad, mamá? —preguntó el veinteañero con cara de resignación.

Esta, por toda respuesta, lo miró mal.

No... Estaba claro que no. En fin, algún día se enteraría. David se encogió de hombros y continuó comiéndose su naranja.

Lucía empezó a bromear sobre el hecho de que su hijo siempre pareciera estar muerto de hambre cuando sonó un teléfono. Héctor, que reconoció el tono, le pidió a su hermana que esperara un poco y sacó el móvil del bolsillo. Al ver el número,

frunció el ceño.

—¿Trabajo? —preguntó ella por lo bajo.

Este le hizo un gesto afirmativo y salió a hablar al pasillo. Con los gritos de protesta de la pequeña, que quería de vuelta al señor Pepti, le resultaba difícil escuchar a su jefe desde el comedor.

Cuando volvió, miró a su hermana con un gesto de disculpa.

—¿Tienes que irte? —Trató de adivinar.

—Sí. Han llamado del hotel NH. Han encontrado el cuerpo de un hombre asesinado en una de las habitaciones.

—¡Guau! ¿Puedo acompañarte? —Se emocionó David, quien ya se veía como el protagonista de uno de sus videojuegos.

—Claro que no —contestaron a la vez los dos hermanos.

—Pues vaya.

—Ten cuidado, ¿vale? —le pidió ella para, a continuación, girarse hacia Nerea. Las finas arrugas que se le dibujaban bajo los ojos se acentuaron cuando forzó una sonrisa para la nena—. Bonita, no pasa nada, el tío volverá pronto.

—Eh, Lucía...

—Shhh, vete.

Héctor les dio un beso a cada uno, dejó a su hermana con la pequeña, que amenazaba con pillar una rabieta, recogió el abrigo y se fue. Tenía el coche aparcado cerca. Montó y, de camino a la escena del crimen, continuó pensando en su hermana. Esperaba que, de verdad, esta vez se hubiera buscado a un tío que ni le pegara, ni bebiera, ni tomara drogas o fuera adicto al juego. Tampoco un estafador de poca monta como el último. Quería mucho a Lucía y ella siempre era capaz de alegrarle un mal día con su sonrisa, pero eso no quitaba para que, a sus cuarenta años, ya fuera hora de que la mujer mandara a la mierda los recuerdos del pasado y madurara.



3

Manuel marcó el número de teléfono de Roja. No era la primera vez que lo hacía en la última media hora, pero ella no se había dignado responder. Imaginó que estaría ocupada y confió en que esta vez pudiera atenderle. Mientras pulsaba los dígitos, un puñado de nervios se le revolvió en el estómago. Con ella uno nunca sabía, pero tan solo era una llamada telefónica, no podía ser tan terrible como verla en persona.

El tono sonó varias veces hasta que oyó que descolgaba. La respiración de su señora sonaba calmada, al menos eso era buena señal. Por un momento, el vampiro pensó que ella diría algo. Un hola o cualquier otro saludo para romper el hielo. Pero no... con Roja nunca era sencillo. Llevaba más de tres mil años muerta y parecía haber dedicado cada uno de ellos a averiguar cómo ser más retorcida. Pasaron varios segundos que a Manuel se le hicieron eternos, hasta que este se decidió a dejar de pensar cómo le afectaría escuchar su voz y le echó cojones.

—Buenas noches, mi señora. Perdonad que os moleste.

Él tratando a una mujer de usted... Le entraban unas terribles ganas de partirla la cara a alguien solo de pensarlo. Pero a ella no, a Roja no podía. Cada vez que se hallaba ante ella le entraba una flojera tan grande que parecía un cachorrito recién nacido. Puta zorra.

—No te pega ese tono, Manuel. Es demasiado servil hasta para ti. A no ser, por supuesto, que hayas vuelto a ser un chico malo... —Dejó que la fría y desapasionada seriedad de su voz se impregnara de un sonsonete burlón—. Dime, bebé, ¿qué has hecho esta vez?

Roja era más que consciente de lo que le molestaba a su vástago que lo llamara bebé. Ni siquiera niño: bebé. Uno que no era capaz de hacer nada por sí solo excepto berrear y cagarse encima. Pero también sabía que el chico quería dejar de estar bajo sus encantadores y protectores brazos, y eso, por supuesto, era algo que tenía que acicatear.

—Bebé... —repitió en tono conminatorio al no obtener respuesta.

Si hubiera estado delante de él, habría visto cómo su vástago se apoyaba contra la pared, cuyo estucado de sucio blanco estaba lleno de desconchones. Cómo la debilidad que le provocaba comenzaba a hacerle temblar las piernas y, sobre todo, cómo la rabia le impedía replicarle, pues sabía que no podía ser brusco con su señora. Sin embargo, pese a estar en otra zona de la misma ciudad, Roja era consciente de todo eso. Conocía a Manuel desde hacía más de veinte años y sus reacciones no guardaban ningún secreto para ella. Por eso, curvó sus labios en una mueca complacida.

—Señora —dijo con voz forzada. Se notaba que le costaba mantener la calma—, necesito ayuda.

—Tú siempre necesitas ayuda, bebé. ¿Qué te ocurre? ¿Volvemos a aquello de que tu amor por mí te impide seducir a simples humanas? —preguntó con una mezcla de burla y desdén.

Manuel apretó con fuerza los puños. Uno de ellos cerrado y el otro engarfiado sobre el teléfono. Ella era demasiado cruel. Sabía muy bien cómo le jodía no poder quitársela de la cabeza. Pero se equivocaba: no era amor, sino solo deseo. Que no se confundiera.

—No —contestó al cabo de un instante que necesitó para recuperar el autocontrol—. He cabreado a un centinela y el dinero que les debía a los brujos está ahora en manos de un prestamista. Me ha mandado a sus matones para darme una paliza. Eran magos.

—Se la habrás dado tú a ellos, espero. —Una nota acerada vibró en la voz de la mujer.

—No.

Ella bufó. Su estado de ánimo parecía haber cambiado del todo.

—Por favor... ¿Eres sangre de mi sangre y no eres capaz de defenderte? ¿No te parece que eso es un insulto hacia mí?

Manuel se encogió al notarla enfadada, o quizás lo estaba fingiendo, con Roja uno nunca podía estar seguro. Pocas veces se ponía así, y ninguna de ellas había sido agradable, para nada. Pero esto no podía continuar. Ella era una mujer, joder, y encima estaba al teléfono, no delante de él debilitándolo de manera directa con lo que fuera que le hiciese.

Se centró en cómo ella le había llamado bebé antes y dejó que la rabia le diera fuerzas.

—Pues no, más bien me parece que ha sido doloroso y que necesito ayuda y que tú, como mi creadora, tienes que dármela.

—Estoy en el Parque Grande. Te espero en diez minutos. No tardes —le ordenó con frialdad.

Manuel estaba tan alterado que ni siquiera lo atemorizó aquella amenaza implícita. En vez de eso, maldijo en cuanto se percató de que ella acababa de colgar.

¡Menuda puta! Quería verlo en persona pues sabía cómo le afectaba su cercanía.

Aquello no pintaba nada bien. Se apartó de la pared y caminó hacia el comedor. Allí, había una zona donde la pintura y la escayola del estucado hacía mucho que habían desaparecido. Con rabia, descargó unos cuantos puñetazos y se desahogó. Dejó los nudillos marcados. Esa pared, de hormigón, era la más resistente del piso y, por eso, la utilizaba para liberar tensiones.

Una vez más tranquilo, la realidad de una nueva cita con su señora le golpeó con fuerza. Sabía que a ella no le habría sentado nada bien que le exigiera ayuda.

Para nada.

Y si por algo era famosa Roja era por su gran memoria y por su insaciable sed de venganza.



4

Héctor aparcó enfrente del hotel NH. La zona estaba acordonada por la policía. Bajó del vehículo y localizó a su compañero, que hacía rato lo esperaba en la calle. Lo saludó al acercarse, así como a los de seguridad ciudadana. Estos eran los que les habían avisado del asesinato, tanto a ellos, como al grupo de judicial, como a la científica. Por lo visto, estos últimos habían llegado primero y ya estaban trabajando en la escena del crimen.

El compañero de Héctor era un hombre moreno, alto y corpulento, que hacía poco que había cumplido los cincuenta y cuatro. Su nombre era Arturo.

—¿Una ambulancia? —le preguntó Héctor mientras la señalaba con la mano.

—Sí, resulta que la camarera que descubrió el cadáver dijo que el tipo aún estaba vivo —le contestó Arturo con el tono calmado que era típico en él.

—¿Y lo estaba? —inquirió esperanzado—. Cuando me han llamado me han dicho que era un nuevo asesinato del descorazonador.

Ese era el pseudónimo por el que la prensa se refería al asesino del caso. El apodo, que un periodista acuñó mediante una broma de mal gusto relacionada con Jack el Destripador, reflejaba bastante bien el *modus operandi* del delincuente, pues arrancaba el corazón de sus víctimas y lo dejaba cerca de ellas.

—No, no lo estaba. —Chasqueó la lengua—. No he entrado aún, pero por lo que me han dicho los de seguridad ciudadana es imposible que continuara vida.

—Vaya. —Lo sintió por la víctima, pero enseguida se centró en la investigación—. ¿Se trata entonces del descorazonador?

—Por el *modus operandi*, sí.

Los ojos de Héctor dejaron de ver a su compañero para fijarse en el cordón policial. Pese a la hora, había curiosos que intentaban averiguar qué estaba pasando. Arturo sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo.

—¿Hemos identificado el cadáver? —le preguntó Héctor pasados unos segundos,

volviendo a mirarle.

—Sí, se trata de Eduardo Rovira. Un joven de Barcelona, de veintiocho años.

—Imagino que se alojaba en la habitación donde lo han asesinado, ¿no?

Arturo asintió.

—¿Solo?

—Sí. Su familia reside en Barcelona, sus padres y uno de sus abuelos. No tiene hermanos.

—¿Casado, hijos?

—No.

—¿Sabemos con quién pasó sus últimos momentos?

—No, todavía no. Aunque en el hotel lo vieron entrar solo la pasada noche, de madrugada.

—¿Tenemos la hora?

—Unos minutos antes de las tres.

—Bien. Hay que averiguar de dónde venía. ¿Tenemos el móvil para revisarlo?

—Sí —contestó Arturo tras dar una calada.

—De acuerdo. ¿Ha llegado la comisión judicial? —preguntó mientras señalaba con la cabeza hacia el hotel, sabiendo que sin ellos no se podía mover al cadáver.

—No, aún no, pero podemos empezar con la limpiadora. Me han dicho que está en la cafetería del hotel, tomándose algo para tranquilizarse.

—De acuerdo. Pero primero quiero ver si los de la científica ya han acabado. Luego hablaremos con ella.

Arturo asintió y avanzó hacia el hotel. Era mucho más veterano en el cuerpo, pero Héctor se involucraba más en los casos y le gustaba llevar la voz cantante. Aunque eso era algo inusual, a Arturo no le importaba; así Héctor, quien había ascendido hacía poco a oficial, aprendía. Sin embargo, pensaba que como su compañero no se tomara el trabajo con más calma, iba a acabar con serios problemas de salud.

Una vez dentro, una mujer trajeada, que estaba en la recepción hablando con los clientes que querían saber qué ocurría, les vio y se acercó a ellos. Se presentó como la encargada y les preguntó si necesitaban algo. Estos le dieron las gracias y, tras asegurarle que no necesitaban que nadie les guiara, subieron solos a la planta tercera, donde había tenido lugar el asesinato. Allí un par de policías evitaban que ningún curioso pudiera pasar. Les saludaron y caminaron por el pasillo hasta la 326. Parecía que los de la científica, con sus maletines negros, sus mascarillas y sus monos blancos con capucha y la palabra policía escrita en la espalda, todavía no habían acabado. Ya habían realizado la inspección ocular y habían tomado numerosas fotos de la escena del crimen. Sin entrar, Héctor podía ver que varias zonas en las paredes y en los muebles presentaban el tono marrón que le indicaba que allí habían buscado huellas. De hecho, uno de los policías estaba todavía pasando el pincel por el marco de la ventana.

Uno de los compañeros, uno que tenía una fea cicatriz en lo que le quedaba de

una oreja, estaba agachado, recogiendo con un bastoncillo una muestra de sangre del suelo. Esta se acumulaba cerca del cadáver y también se había esparcido en una serie de manchas rojas que se alejaban del muerto, las que habían dejado sobre las baldosas dos grupos de pisadas: unas hacia la puerta de salida de la habitación —posiblemente las de la empleada que lo había descubierto— y otras hacia la ventana. Estas últimas, sin embargo, no eran definidas; más bien parecía que se habían arrastrado los pies a propósito. También había varios conos numerados, en el suelo y sobre la mesa, que marcaban el lugar donde habían encontrado una posible prueba.

Cuando los de la científica terminaron, dejaron paso a Héctor y Arturo. Aunque luego podrían estudiar la escena del crimen mediante fotos panorámicas y escáneres 3D, siempre preferían echar una ojeada por sí mismos.

Los dos oficiales se acercaron al cadáver. Pese a tener la experiencia de una carrera profesional donde había tenido la ocasión de presenciar otros asesinatos, Héctor pensó que este en concreto era de los que parecían golpearle en el estómago. Un hombre torturado sin piedad. Un asesino que seguía siempre el mismo proceso, como si fuera un macabro ritual. Un pecho abierto de par en par. Un corazón muerto sobre la mesa. Un dibujo en el pecho abierto del cadáver, el mismo que ya se había encontrado en tres ocasiones más. Sin duda la escena en sí era una grotesca imagen que recreaba los abismos en los que el ser humano podía caer.

La primera vez —y única hasta ese momento— que Héctor vio a una víctima del descorazonador, sintió náuseas. Pero no por la carnicería, sino por la idea de que existía alguien capaz de hacer algo así. Quizás obtuviera placer del dolor humano, o tan solo quisiera volver inmortal su nombre. Daba igual. En cualquier caso, era alguien que creía que tenía derecho al asesinato; se trataba de la parte más enfermiza de la sociedad, un cáncer que había que localizar y extirpar. En esta ocasión, sin embargo, lo que sintió fue frustración. Llevaban ya casi un mes detrás del descorazonador y no tenían nada. Ninguna pista, ninguna idea sobre quién era o cuál sería su próxima víctima. Perfiles psicológicos que apuntaran a las causas habían recabado unos cuantos, pero nada a lo que agarrarse para encontrarlo y meterlo en la cárcel.

—¿Tenéis algo? —le preguntó a uno de los de la científica, una mujer con la que nunca había coincidido. Debía de ser nueva, al menos en Zaragoza.

Se giró hacia Héctor y negó con la cabeza. Por las arrugas y manchas del rostro, parecía tener una edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta.

—Huellas, restos de ADN, lo de siempre. Habrá que comprobar si no son de la víctima. Lo ha matado otra vez con un arma blanca y se la ha vuelto a llevar consigo. Todo un detalle por su parte que nos dejara el corazón. Juraría que ha tenido que usar un separador para abrirlle el pecho, algo anticuado, porque ahora lo que se hace es cortar las costillas, pero igualmente eficaz. Sin embargo, no están las dos marcas que el separador habría dejado en las costillas, sino que hay cuatro en cada lado, y tampoco me cuadran por su forma... Diría que parecen dedos... En fin, lo que está

claro es que se nota que sabe de medicina.

Héctor imaginó que ella conocería los datos que daba la prensa, cosas generales como lo del arma blanca que no habían encontrado en ninguno de los casos. Lo otro, lo de las marcas en las costillas... Eso, por suerte, no lo conocían los medios. La agente que tenía frente a él tampoco, por eso le había sorprendido oír que podrían ser dedos, pero eso resultaba imposible, no podrían dotar al movimiento de fuerza suficiente. Era uno de los numeritos del descorazonador y que Héctor y Arturo mantenían en secreto. El asesino debía de haberse fabricado un separador que dejara esas marcas en un intento de que sus asesinatos fueran aún más macabros.

—Gracias. ¿Nos mandaréis una copia del informe?

La mujer asintió. Se la veía profesional pero también preocupada. Héctor la entendía. No podían seguir permitiendo que alguien así anduviera suelto por las calles.

—He visto muchos muertos en mi vida —dijo ella mientras meneaba la cabeza con desaprobación—, pero este tiene algo que te pone la piel de gallina. Sé que solo es una impresión, pero ese asesino es frío, sabe lo que se hace. Sus cortes son precisos. No solo el que ha abierto para segar el pecho, sino también los que efectuó antes, los que forman ese dibujo que parece ser parte de su sello personal. —Dejó de mirar el cadáver para centrarse en los ojos del oficial—. Tiene pulso de cirujano y no le tiembla. Algo así... algo así me da mucho más repelús que el que mata en un arrebato pasional.

Héctor asintió. Pensaba lo mismo. Por eso se sentía tan frustrado de no haberlo detenido todavía. Y lo peor de todo era que en este asesinato parecía haber sido tan cuidadoso como en los otros. Interrogaría a la gente del hotel y del edificio de enfrente —la ventana abierta indicaba un probable lugar de huida—, pero imaginaba que, como otras veces, nadie habría visto ni oído nada.

Entonces llegó la comisión judicial con el juez y el secretario, que podía autorizar el levantamiento del cadáver y el traslado al instituto anatómico forense para practicarle la autopsia. Héctor buscó con la mirada a Arturo, quien había estado examinando la habitación mientras Héctor hablaba con la mujer de la científica. Por gestos le indicó que salieran. Era hora de charlar con la empleada que había encontrado a la víctima.

—¿Tienes algo? —preguntó Héctor mientras iban de camino.

—No. Y ya me gustaría.

—Y tanto. Una pista, solo quiero una pista que nos lleve de una vez hasta el descorazonador. Tenemos cuatro cadáveres, tres asesinados en España, uno en Praga. Un fotógrafo, un estilista, un famoso de programas del corazón y ahora este. Es el segundo que mata en la provincia de Zaragoza.

Y el segundo desde que a ellos les habían asignado el caso.

—Era diseñador de moda o algo así. De algún modo, las profesiones de las víctimas están relacionadas.

—Sí, el famoso salía en televisión y el fotógrafo trabajaba para campañas de revistas y anuncios televisivos, igual que el estilista. Habrá que ver qué tipo de diseñador era Rovira. ¿Quién lo identificó?

—Justo la empleada a la que vamos a ver. Ella confirmó que el cadáver era el cliente de la 326, Eduardo Rovira.

—Perfecto.

Cuando llegaron a la cafetería del hotel, en la planta de calle, estaba vacía excepto por dos mujeres vestidas con el uniforme de las encargadas de la limpieza. Por la hora —casi era media noche—, tampoco había nadie atendiendo detrás de la barra. Héctor imaginó que la habrían abierto para preparar esa infusión que una de las dos mujeres se estaba tomando, y para darle un sitio discreto donde recuperarse y aguardar a la policía. Las ventanas que daban a la calle tenían las cortinas corridas.

—Buenos días, somos los oficiales Gascón y Laguna. ¿Quién de ustedes dos es Amanda Pérez?

La mujer, que ya se había fijado en ellos mientras se acercaban, hizo ademán de levantarse.

—Yo, yo soy Amanda.

—No, no se levante —se apresuró a pedirle Héctor.

Parecía que la señora continuaba muy afectada. Les habían contado que hasta se había desmayado al encontrárselo. A Héctor no le extrañaba.

—Solo queremos hacerle unas preguntas —le aclaró con una sonrisa mientras él y Arturo tomaban asiento frente a ambas mujeres.

—¿Me voy? —preguntó la otra empleada.

—No, no es necesario —contestó, sabiendo que Amanda estaría más cómoda si la acompañaba una amiga—. Seremos breves. Cuénteme todo lo que recuerde, por favor.

—Sí, claro. Esta semana me tocaba hacer la tercera planta. Era casi el final de mi turno. No sé, la una y media o una treinta y cinco de la tarde. Como no había cartel y él no contestó a mi llamada en la puerta, entré. Creí que llevaba cascos, pero cuando di la luz, yo... yo...

La mujer se puso todavía más pálida de lo que ya estaba. Su amiga se apresuró a confortarla pasándole una mano por el hombro y la espalda. Los policías prefirieron no decir nada. A veces era mejor limitarse a escuchar y no forzar a los testigos.

—Disculpen, es que yo... yo...

—No se preocupe —acabó por decir Héctor, compasivo—. He visto el cadáver. Entiendo que para usted haya sido duro.

—¿Cadáver? ¿De verdad que no han podido hacer nada por el pobre chico?

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se echó a llorar sin poder evitarlo.

—Amanda se desmayó al verlo —dijo la compañera—. Cuando se recobró y bajó a recepción eran ya pasadas las nueve de la noche.

Arturo asintió. La llamada al 091 se había efectuado a las nueve y veinticinco.

—Amanda, cielo, ya lo hemos hablado —continuó explicando la mujer, esta vez a su amiga—. Es el *shock* o el golpe en la cabeza de cuando te desmayaste. No pudiste verlo vivo.

—Era muy simpático, tenía una novia, iban a casarse —balbuceó Amanda, entre hipidos—. Y yo le escuché, me pidió ayuda.

—¿Es posible que todavía estuviera vivo cuando usted entró a la una y media y que lo mataran después, mientras estaba desmayada?

—No lo sé...

—Cuando lo vio a la una y media, ¿estaba atado?

—Sí, sí.

—¿Vio sangre, alguna herida?

Ella siguió llorando y cerró los ojos, como si no quisiera recordar ese momento, esa imagen que no la había dejado en paz desde que recuperó la consciencia. Su amiga la abrazó y los oficiales aguardaron pacientes. Pasados unos minutos, ella abrió los párpados y miró a Héctor.

—¿Sangre? Estaba todo lleno de sangre... y su corazón... —balbuceó. Cerró los ojos otra vez, tomó aire y continuó con voz temblorosa—. Él... él era joven, como mi hijo. No se merecía eso, no que le hubieran arrancado el corazón.

Héctor asintió. Eso le confirmaba que sobre la una y media Eduardo Rovira ya estaba muerto.

—Gracias, Amanda, solo una última pregunta. —Héctor cruzó los dedos. La camarera debía de haber entablado alguna relación con la víctima, por superficial que fuera, ya que sabía que iba a casarse y lo había calificado como de simpático—. ¿No sabrá usted a dónde fue Eduardo Rovira la pasada noche?

—Sí, sí, me lo contó el otro día, cuando me pidió más champú. Estaba muy emocionado porque tenía una tienda y esperaba que esa modelo tan famosa le ayudara con la publicidad.

—¿Modelo? ¿Qué modelo?

—Amianka.

—Muchas gracias, Amanda, eso es todo por ahora. Mañana, por favor, pásese por comisaría para prestar una declaración más completa. Le podemos poner en contacto con psicólogos que pueden ayudarla a superar lo que vio. Lo siento mucho, de verdad.

Héctor comenzó a levantarse. Entonces ella alargó una mano y lo agarró de la muñeca.

—¿Lo van a encontrar, verdad? Alguien así no puede andar suelto.

Él la miró a los ojos y la entendió perfectamente. La mujer temía por todos los seres a los que quería, quizás por ese hijo de la misma edad que el asesinado. Necesitaba saber que el asesino, alguien que había perdido tanto su humanidad como para ser capaz de torturar y matar así, no se pasearía libre por las calles. Que la ciudad seguiría siendo segura. Que el descorazonador no estaba acechando a su

próxima víctima.

—Sí, lo encontraremos.

Desde luego, no pensaba descansar hasta meterlo entre rejas.

—Gracias.

Los oficiales se despidieron y salieron de la cafetería. Héctor le pidió a su compañero que investigara a Amianka. La modelo debía de ser bastante famosa, pues incluso a él le sonaba ese nombre.

Junto al resto del equipo, continuaron con interrogatorios al personal del hotel, pero nadie había visto nada. Los huéspedes de las habitaciones cercanas tan solo hablaban de un televisor a un volumen alto hacia las tres de la madrugada. Uno incluso había pensado en quejarse a recepción porque no le dejaba dormir, pero al cabo de una media hora lo habían apagado.

Media hora... Al menos ya sabían durante cuánto tiempo la tortura podría provocar más ruido de la cuenta. Y era lo único que tenían, pues nadie había visto nada anormal en los pasillos, y en recepción habían asegurado que no había entrado nadie que no fuera un cliente. Tampoco los vecinos del edificio de enfrente, el que daba a la habitación. En todo caso, todavía tenían que comprobar las cámaras de tráfico, por si alguna hubiera captado la imagen del asesino saliendo por la ventana. Héctor tenía un pálpito, aunque los de la científica no habían encontrado ningún resto ni en dicha ventana, ni en la pared ni en la calle, abajo. Ese asesino era demasiado cuidadoso y no dejaba pistas; por eso, porque en ninguno de sus otros crímenes les había dado nada que pudiera llevarlos hacia él, los dos oficiales no tenían demasiada fe en que esta vez fuera diferente. Pero tenían que cogerlo, como fuera.

Al cabo de unas horas, se despidieron.

—Quítate ese ceño, anda, que estás muy serio —bromeó Arturo.

—Como para no tenerlo. Ha vuelto a matar y ha sido delante de nuestras narices —repuso, molesto.

El crimen había sido en su ciudad, y se sentía responsable por no haberlo sabido evitar.

—Héctor, no te lo tomes todo tan a pecho y vete a dormir. Tranquilo que ya lo pillaremos, pero no ahora. Vente mañana a cenar a casa —le ofreció. En la voz se le notó que estaba cansado.

—Mañana no puedo. Y descansa tú también, anda —se relajó un poco.

Mientras caminaba hacia el coche, se dijo que Arturo tenía razón: se tomaba el trabajo demasiado en serio. Pero era necesario. En todo caso, se fue a dormir; al día siguiente quería estar en comisaría a primera hora. Tenían mucho trabajo por delante, papeleo incluido. Sin embargo, a diferencia de su compañero, Héctor no se sentía cansado, sino más bien expectante ante la perspectiva de hacer aquello por lo que había entrado en el cuerpo: ayudar, evitar que otras familias sufrieran, como la suya cuando asesinaron a su padre. Podía sonar demasiado manido, un cliché, pero él de verdad quería ayudar y no tenía dudas sobre la división del mundo entre el blanco y

el negro, el bien y el mal.



5

Roja estaba sentada en un banco alejado de la luz de las farolas. Los parterres, alrededor, estaban alfombrados de hojas secas y hacía tiempo que los arbustos habían perdido las flores. De día, el lugar resplandecía con esa mezcla de dorados, ocres, marrones y carmesíes, tan propia de finales de otoño.

Conforme se acercaba a ella, Manuel podía sentir esa especie de aura que siempre la rodeaba, que lo hacía flaquear. No era por su belleza, sobrecogedora como la de todos los vampiros, a pesar de que su ropa fuera tan sencilla como un jersey y unos vaqueros. Ni siquiera porque la condenada hubiera sido convertida en el año 1295 a. C. —había logrado sonsacárselo una noche, cuando ella todavía se acostaba con él pese a que ya llevara un tiempo como vampiro—. Más bien se debía a que Roja era su creadora y, como tal, lo tenía por completo a su merced.

—Mi señora —la saludó una vez estuvo a tan solo un par de pasos de distancia.

Ella, que estaba de espaldas, no se dio la vuelta, ni siquiera se movió. Continuó cómodamente sentada, con un brazo apoyado en el respaldo del banco y las piernas cruzadas.

—Tienes valor, bebé. Cagarla así con los brujos, los magos y con un centinela y venir aquí a contármelo... Pero claro, tampoco es que yo esperara otra cosa de un adicto al juego y a la mala vida como tú. ¿O es que creías que no sabía que les habías pedido dinero prestado a los brujos? —dijo con un tono divertido en la voz.

Parecía que ya no estaba enfadada o, si lo estaba, sabía ocultarlo muy bien. Manuel tragó saliva.

—Mi señora, de verdad que yo iba a devolver el dinero a los brujos, pero esa zorra se puso histérica cuando llegaron sus hijos.

—¿Esa zorra? —ronroneó Roja.

A Manuel se le aflojaron aún más las rodillas.

—La ricachona —susurró, casi sin fuerzas.

Acababa de darse cuenta de que, al igual que se había guardado mucho de contarle a su señora lo de los brujos, tampoco le había dicho que él era el asesino que salía en todas las noticias.

—Ah, mi pobrecito bebé. ¿Cómo se puede ser tan tonto, imbécil e impulsivo?

Despacio, Roja se puso en pie y se giró hacia el vampiro. Él contuvo la respiración al verla, al quedarse atrapado en su mirada. Los ojos de su señora eran fríos y duros. Nada que ver con aquellos días en los que fingía amarlo. Manuel, de manera inconsciente, retrocedió un paso.

—Creo que tienes mucho que contarme, bebé. Y pensar que de tus dos hermanos tú, el más joven y el más inepto, eres el único que desea independizarse...

Se acercó a él, hasta quedar tan cerca de su rostro que podría besarlos si se lo propusiera, o arrancarle la cabeza de cuajo si estuviera permitido matar a los suyos.

—Señora.

—Lo deseas, ¿verdad? Librarte de mí.

Le pasó una mano por el cuello, para acariciarle de una manera que él detestaba. Manuel odiaba que su señora le recordara lo sencillo que le resultaba que él reaccionara a su antojo. En realidad odiaba a las mujeres, a las débiles y, sobre todo, a las fuertes. Por eso, Roja le gustaba tanto.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Continuó jugando con él mientras deslizaba su caricia por el pecho, hacia abajo. Se paró en la cintura, donde cambió la suavidad de sus dedos por un brusco golpe que lo lanzó un par de pasos hacia atrás. Ella era fuerte, más aún ante un cachorrito debilitado.

—Eres patético.

Le escupió para enfadarle de verdad, para hacer que su ira le resquebrajara el sentido común, ese que le gritaba que uno no podía enfrentarse a su señora hasta que de verdad estuviera preparado. Y él no lo estaba.

—Un puto bebé, una mierdecilla que he recogido por el camino. ¿Te ponías cachondo cuando papi le zurraba a mami? —Sonrió con lascivia.

Eso fue demasiado para Manuel. Sintió cómo le volvían las fuerzas y la encaró.

—Tu deber es ayudarme. Y no puedes decir nada de mí, puta. Al fin y al cabo, todos saben que te gustan más tus descendientes humanos que tu propia raza.

Ella amplió su sonrisa. El bebé se estaba enfadando. Si seguía así, quizás hasta ese mierdecilla de Manuel sería capaz de creer que podía independizarse de ella.

—Sí, no intentes negarlo —continuó, envalentonado, ante el silencio de su señora—. Te encanta dejar claro que son intocables. Y en cuanto a los demás menores, congenias más con ellos que conmigo, que soy tu vástago.

Por toda respuesta, Roja se echó a reír, con una carcajada que no presagiaba nada bueno.

—¿De verdad? ¿Acaso tú, bebé, llevas vivo milenios para conocer mis motivaciones?

—No me hace falta. Todos lo saben. Eres más zorra que ninguna, siempre de fiesta en fiesta ligando con menores.

—De verdad, Manuel, eres tan predecible y tan idiota... ¿De verdad te crees que hay algo, aparte de envidia, en esos burdos rumores? —repuso sin dejar de reír, consciente de que eso a él le exasperaba aún más—. No tienen el valor de decírmelo a la cara y, sinceramente, me da igual. Busco convertir a nuevos vampiros, como todos; simplemente yo soy más buena fingiendo y lo hago mejor. —La voz se le tiñó de soberbia y, a continuación, se endureció—. En cuanto a ti, tienes el honor de haber sido convertido por una de las vampiresas más antiguas y famosas, y todo lo que haces es cotillear como una de esas mujeres que tanto detestas... Una pena.

De repente se puso seria.

—Porque todavía no estás listo —le susurró en un tono tan frío que borró de repente la ira de Manuel, como si fuera un cubo de agua helada apagando un fuego.

La debilidad le volvió de golpe. Ella no necesitó nada más que cernirse sobre él, con la media cabeza que le sacaba de altura, amenazadora, para que las rodillas del joven vampiro se doblaran y Manuel cayera de rodillas a sus pies.

—Tú, bebé, escoria. —Con una mano lo agarró por la garganta y apretó, obligándole a echar la cabeza hacia atrás—. Eres mío. Para lo que yo quiera y desee. Mío. Y tú no puedes decirme lo que yo debo hacer. —Continuó empujándole, de tal manera que él fue curvando la espalda hasta acabar con la cabeza apoyada en el suelo. En ese momento ella cambió la mano por el tacón de la bota. —Mío. Y solo por eso, porque no me gusta que nadie amenace lo que es mío, voy a ayudarte. Ahora ya puedes ir contándome todo lo que has hecho, sin dejarte ni un detalle.

Con un movimiento rápido, levantó el pie y le clavó el tacón en las costillas, que enseguida ya estaban soldándose. Fue benévola, el tacón tan solo machacó la carne y quebró el hueso. Roja sonrió. Adiestrar a ese cachorrito era satisfactorio, sobre todo considerando que iba a ser un buen instrumento en sus manos.



6

A la mañana siguiente, Héctor se levantó temprano. Se duchó, desayunó y se fue a trabajar. Vivía en un pequeño apartamento de un dormitorio; no necesitaba más. A diferencia de su hermana, la posibilidad de fundar una familia y tener descendencia era algo que nunca había considerado, pese a que estaba en el tramo final de la treintena. El trabajo lo era todo y, además, quería a sus dos sobrinos como si fueran sus hijos.

Cuando llegó a comisaría, saludó y se dirigió a la espaciosa sala que compartían con los del grupo de homicidios de la UDEV, todos bajo el mando del inspector jefe Gutiérrez; si bien este tenía un despacho privado. Al entrar, efectuó un repaso rápido por toda la estancia: las mesas con ordenadores, los archivadores de las paredes, la puerta del fondo que daba a una pequeña salita donde se tomaban declaraciones en privado y, cómo no, los demás policías que allí se encontraban trabajando. En esos momentos, estaban Elena y Maira, las dos únicas mujeres del grupo, y con dos personalidades tan opuestas que muchas veces era objeto de bromas; también Miguel, Yuri y Pedro. Les saludó y echó a andar hacia su puesto, al lado del que ocupaba Arturo. Pedro le detuvo cuando pasó por su lado.

—Ey, Héctor, tío. Que no me olvido de que me debes unas cervezas —dijo con una sonrisa cordial.

—Bueno... ya lo siento, pero con el nuevo asesinato de anoche vas a tener que esperar sentado —se disculpó a la vez que se encogía de hombros.

—De eso nada, que tanto trabajo no es bueno —bromeó—. Verás, yo también tengo un nuevo marrón. Ya sabes, el caso de la mujer y los hijos del accionista de Ibercaja. En esta ciudad, donde tenemos muertes violentas una semana sí y otra también, eso que me dices no me sirve como excusa. Venga, esta noche, en la taberna irlandesa que abrieron el mes pasado cerca del Parque Grande. ¿De acuerdo?

—Espera unos días, que ahora tengo todo el papeleo.

—Déjalo, Pedro —intervino con tono burlón Maira, unas cuantas mesas más allá —. Este no sale. Está casado con el trabajo. Ya nos vamos los demás a echar esas cervezas contigo, corazón —le guiñó un ojo.

—Contigo, con él y con todos los que os queráis apuntar. Héctor, este viernes a las diez. No admito más retrasos. —Le miró muy serio.

Al final, Héctor tuvo que acceder, a regañadientes. Maira le silbó como un aplauso por su decisión y los demás la corearon riéndose de buena gana. Resignado, Héctor alcanzó su puesto y tomo asiento. En un tono de voz más bajo, para no molestar a los demás, se dirigió a Arturo.

—¿Qué tal?, ¿tenemos algo?

Por supuesto, se refería al asesinato de anoche.

—De la científica, todavía no. No obstante, he estado investigando lo que me pediste de Amianka y creo que he encontrado algo.

—¿Sí? —le preguntó con un repentino brillo de emoción en los ojos.

Pensó que Arturo había vuelto a madrugar bastante, pero no dijo nada. Aunque le quedaba poco para retirarse de las calles, sabía que su compañero no solía dormir demasiado y le gustaba llegar el primero a comisaría por las mañanas.

—Mira. —Le señaló la pantalla del ordenador.

Héctor deslizó la silla con ruedas para poder verla. En la pantalla había una imagen de medio cuerpo de una mujer muy guapa, de unos veintitantos, que estaba cuidadosamente maquillada y llevaba lo que parecía un fino cordón de oro y esmeraldas al cuello. Belleza, estilo y elegancia fueron las palabras que le vinieron a la mente. Desde luego, el rostro le sonaba bastante, pero no conseguía recordar dónde lo había visto. Ya que debía de ser la modelo, ¿quizás en algún cartel publicitario?

—Katja Diatlova, más conocida como Amianka —recitó Arturo con tono burlón —. Tiene un polvazo, pero no te aconsejo que intentes romper tu casi un año de celibato con ella. Demasiado rica, demasiado cotizada, demasiado intocable.

Héctor le miró mal. Su compañero sabía que no le gustaba hablar de su vida privada, menos bromear sobre ella. Si él decidía pasar de las mujeres o de los ligues era cosa suya. Aunque para todos los de esa oficina, sobre todo para Maira, era un tema de conversación de lo más jugoso. Sospechaba que hasta hacían apuestas con llevárselo de juerga y ver si conseguían que se retirara a su apartamento con alguna chica.

—Datos, Arturo. Ayer murió torturado un hombre, no estoy para tonterías.

Arturo disimuló mal una sonrisilla y asintió. Héctor pensaba que ese hombre, para encontrarse en la quinta década de vida, casado, con tres hijos y a menos de tres meses de estrenarse como abuelo, no se tomaba las muertes con la seriedad que se merecían. O quizás la madurez y la familia le ayudaban a desconectar del horror inherente a aquel trabajo y a ver la vida con un poco de humor.

—De acuerdo. Pero no tienes que dejar que los casos te afecten tanto. No es bueno para la salud.

—No me afectan.

—No, claro que no... —ironizó Arturo—. En fin, la chica es una de las supermodelos más famosas. Creo que hay varias revistas que la han calificado como la sensación de este otoño. Bien, el caso es que tenía razón la camarera del hotel. Hace dos noches Eduardo Rovira estuvo en una fiesta. Esa fue la última vez que lo vieron vivo. Allí estuvo también Katja Diatlova y por lo visto se tomaron juntos una copa. Además, ambos habían aparecido varias veces juntos en fotos de la prensa del corazón. Se rumoreaba que se acostaban. —Mientras hablaba, hizo clic con el ratón y la pantalla mostró una de esas informaciones, en la que ambos compartían un almuerzo.

—¿Y crees que ella podría saber algo importante sobre Rovira?

—Más bien creo que ella puede estar implicada. Ya no sé si por casualidad, porque varias de las víctimas anteriores la conocían o si es algo más. Quizás encubra al asesino o trabaje para él, no sé. El caso es que con Borja Agüero también coincidió en un par de fiestas.

Borja Agüero era el otro cadáver del descorazonador que habían encontrado en la provincia de Zaragoza, en concreto en Casetas, un pueblo cercano a la capital que prácticamente se consideraba un barrio de la ciudad. Cuando Borja murió, hacía ya casi tres semanas, el inspector jefe les puso a Héctor y a Arturo a cargo del caso. Lo primero que hicieron fue comparar su muerte con los dos asesinatos anteriores, en Praga y en Madrid, para asegurarse de que era el mismo asesino.

—Bueno, pero si los tres se movían en los mismos círculos sociales, es normal que coincidieran en fiestas. Al fin y al cabo Borja vivía de eso, de ir a fiestas y salir en la tele como uno de los famosillos de turno. —Su voz adquirió un leve tono desaprobador. Estaba claro que Héctor no consideraba que vivir de airear la vida privada fuera un trabajo digno—. ¿O también se asociaba a Agüero con la modelo?

—No, de ellos dos no había ningún tipo de rumor o cotilleo.

—¿Entonces? —Miró interesado a Arturo.

Lo conocía y sabía que había averiguado algo más, aparte de que la modelo conociera a varias de las víctimas.

—Verás, como me sonaba Amianka de las listas de invitados de las fiestas a las que fue Agüero en sus últimas semanas de vida, en cuanto la vi en la lista de la de Eduardo Rovira comencé a investigar.

—Dime. —Esa luz en sus ojos, la de emoción ante la posibilidad de estar frente a una pista, volvió a brillar.

—Andrej Lustig, el fotógrafo que murió hace dos meses en Praga, estaba trabajando para una campaña publicitaria de Saveur, la multinacional de perfumes que tiene a Amianka como estrella de su campaña.

—¿La fotografió poco antes de morir?

—Les he pedido la información a la policía checa.

—Bien. Esto sí que ya no parece una mera coincidencia.

—Pues entonces escucha. Ya sabes que nuestro cuarto asesinado, Fernando Hidalgo, el que falleció en Madrid hace un mes y una semana, era estilista.

—No me lo digas. ¿Trabajó para ella?

—Eso es. En una campaña publicitaria de joyas de oro y diamantes de la empresa Cristal Blue. Amianka era una de las modelos que participaron. Mira.

Volvió a hacer clic con el ratón y le mostró un informe de los compañeros de Madrid, donde se veía la relación de personas con las que el estilista tuvo trato en su último día de vida —quien, al igual que los otros, murió de noche— y entre ellas figuraban las modelos de Cristal Blue, como la señorita Diatlova.

—¡Eres un *crack*! —exclamó emocionado.

Por fin tenían algo, aunque en principio una supermodelo no le encajaba con el perfil del asesino. Para empezar, no era el «hombre corpulento y fuerte» que estaban buscando, no tenía la fuerza necesaria para atar y someter a las víctimas. Además, dudaba de que tuviera conocimientos de cirugía, así como que fuera una psicópata o alguien tan frío como para cometer esos asesinatos. Pero allí había algo, tenía que haberlo. Quizás, como Arturo había sugerido, supiera algo y estuviera encubriendo al asesino.

—¿Qué? ¿Le hacemos una visita?

—Por supuesto.

Esa, sin duda, era la mejor pista que habían encontrado en mucho tiempo. Bueno, si pensaban solo en el caso del descorazonador, en realidad era la única pista. Pero le daba igual. Era buena y no veía el momento de seguirla.

Mientras Arturo apagaba el ordenador, le sonó el teléfono. Lo cogió y Héctor se sentó a esperar a que acabara. Por la cara que ponía y por las palabras sueltas que pronunciaba, Héctor frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —le preguntó cuando su compañero colgó.

—Se trata del cadáver de Eduardo Rovira. Han calculado la hora de la muerte: a las tres cuarenta y cinco de la madrugada de ayer, diecisiete de noviembre. Pero, agárrate, que dicen que el corazón se paró doce horas más tarde.

—¿Qué?

—Eso. Resulta que cuando los de la científica acudieron anoche a la escena del crimen, se fijaron en que el grado de *rigor mortis* del corazón no coincidía con el del resto del cuerpo. Precisamente el corazón es de los primeros órganos en presentar rigidez cadavérica, pero cuando encontraron el cadáver el cuerpo presentaba una rigidez completa y en el corazón esta acababa de empezar. Por eso también han analizado la hora de la muerte del corazón y aseguran que fue las cuatro de la tarde.



7

—¿De verdad que te han dicho eso? —preguntó Héctor por tercera vez mientras conducían por Zaragoza con Arturo al volante.

—Sí. Me lo ha contado María Luisa, la policía con la que hablaste anoche en la escena del crimen. Y no, ni parecía borracha ni estaba bromeando.

—Pues no tiene sentido.

—Ya. Se habrán confundido o algo. No me extraña que ayer no nos dijeran nada, de algo así hay que cerciorarse, pero... Desde luego, el corazón es de Eduardo Rovira, eso también lo han comprobado.

—Ya. Como lo de la hora de la muerte, ¿no? —ironizó.

—Ajá.

Continuaron un buen trecho en silencio. No era la primera vez que Héctor se encontraba ante un dato tan incoherente. En esas ocasiones, solía apartarlo momentáneamente, con la esperanza de que, conforme avanzara la investigación, acabaría encajando. De hecho, así ocurría casi siempre. Después de la llegada de un inspector de Madrid, se había visto que los de la científica habían usado reactivos en mal estado en los análisis o que tenían algún equipo mal calibrado. En fin, que se habían equivocado al dar los datos. A él le parecía muy extraño que unos profesionales tan cualificados cometieran esos errores, pero más raro le parecía que sacaran conclusiones como que un corazón se había parado doce horas y cuarto más tarde que el cuerpo en el cual latía.

En eso estaba, quitándole importancia al asunto, cuando le sonó el teléfono. Ya que no estaba al volante, lo cogió y miró de quién se trataba. Era su hermana; se sintió mal al darse cuenta de que se le había pasado por completo mandar un mensaje o llamarla después de haberse ido así de la cena. Imaginó que ella estaría preocupada.

—Hola, Lucía. Siento mucho no haberte llamado esta mañana —se disculpó al

descolgar—. No te preocup...

—Héctor, escucha —le cortó con la voz alterada—. Se trata de mi marido.

—¿Tu marido? —se alarmó Héctor.

Ese maltratador se había marchado. Lo mejor que podía haber hecho en su vida. ¿Por qué ahora su hermana le hablaba de él?

Se oyeron sollozos al otro lado del teléfono. Héctor lo agarró con fuerza.

—¿Lucía?

—Ha... ha vuelto.

—Lucía, ¿estás bien?

Arturo, preocupado, dejó de mirar la carretera para observar a su amigo. Meneó la cabeza.

—Yo... sí, no. No, no me ha puesto la mano encima, pero me ha amenazado —le contó con una voz entrecortada que dejaba claro que estaba llorando.

—¡Será hijo de puta!

—Tranquilo, si no me ha hecho nada. Solo quiere volver a ver a su hijo. Dice que si no colaboro, él...

—Yo no diría que amenazarte es no hacerte nada —repuso con gravedad.

—Héctor, por favor, no vayas a por él. Que solo quiere ver a su hijo. Es normal, es su padre.

Podría descargar cientos de puñetazos en la guantera. ¿Es que Lucía seguía siendo tan tonta como para justificarle? Había cosas que no parecían cambiar nunca... Nunca, como el hecho de que no hubiera habido manera de convencerla para que solicitara el divorcio. Decidió calmarse e intentarlo de otro modo.

—No pasa nada, Lucy. —Trató de relajarse. A veces la llamaba por el apelativo cariñoso que utilizaba cuando eran pequeños—. Solo quiero evitar que te vuelva a hacer daño. Pero tú pásate por comisaría y pide una orden de protección, ¿vale?

—¿Para eso no tengo que denunciarlo primero?

«Mierda, pensó Héctor, ahora viene cuando lo defiende y se niega a denunciarlo».

Esa era una conversación que, en el pasado, habían mantenido muchas veces, y Lucía siempre acababa saliéndose por la tangente.

—Sí, tienes que denunciarlo —le dijo con lentitud, temiendo la reacción de ella y anticipándose a la negativa que creía segura.

Oyó un sollozo.

—Denunciarlo... ¿No lo meterían en la cárcel?

—Eso espero.

—Yo... vale.

—¿Qué? —se sorprendió.

—Que sí, que vale. Que han pasado veinte años, Héctor, y no soy idiota. Sé que antes estaba bajo su control, por decirlo de algún modo, y que si me descuido volverá a hacerme lo mismo. La culpa de toda esta mierda la tiene mi padre, aunque no piense volver a sacar el tema en mi vida... Y también sé que soy incapaz de buscarme

un hombre bueno.

Héctor guardaba silencio. Era la primera vez que la oía hablar así, con sinceridad y coraje, y por nada del mundo querría que cambiara de opinión. La voz de Lucía seguía estando tocada por el llanto, pero hacía esfuerzos por serenarse.

—¿Y sabes qué? —continuó—. Ya tengo a un hombre bueno: tú. Así que voy a hacerte caso y denunciar, me niego a que ese tío vuelva a ponerme la mano encima o que le joda la vida a mi hijo.

—Gracias. Eres genial, Lucy —susurró Héctor, emocionado.

—¿Estás allí? —preguntó, incapaz de contestar al halago con una pulla, como era habitual en ella.

—Sí, sigo aquí.

—No, no digo al teléfono —aclaró Lucía al notar el malentendido—, sino en comisaría, donde tengo que ir.

Se refería a la misma comisaría en la que Héctor trabajaba, ya que el Servicio de Atención a la Familia dependía de la policía judicial.

—No, pero iré en cuanto pueda.

—Vale.

—Ten cuidado, por favor.

—Sí, tranquilo.

—Y que te acompañe David. ¿Sabe que ha vuelto su padre?

—No, yo...

—Habrá que decírselo. ¿Está por allí?

—No, ha salido.

—En cuanto vuelva coge a la niña y que David te acompañe a comisaría —le repitió—. Nos vemos allí, ten cuidado.

—Vale. ¿Qué tal tu caso de ayer? —Su voz sonaba ya más calmada.

—Otro asesinato.

—¿Del descorazonador?

—Sí.

—Vaya.

—Lucy, hazme caso, ¿vale?

—Vale.

Se despidieron y colgaron.

—¿Ha vuelto su marido? —preguntó Arturo—. ¿El que se largó sin más y le pegaba? ¿Manuel, no?

—Sí.

Arturo bufó.

—Menudo marrón. Si me necesitas, ya sabes.

—Gracias.

—Nada, tú harías lo mismo.

Pasados unos segundos, Héctor decidió cambiar de tema hablando del tráfico tan

imposible que se estaban encontrando y, después, sobre Amianka.

—Es una de las modelos más cotizadas del momento. Es rusa. Nació hace veintinueve años en Ekaterimburgo. Es guapísima, asquerosamente rica y se dice que tiene un gusto impecable, por no hablar de sus numerosos amantes, que cambia como de vestido.

—¿Según las revistas del corazón?

—Eso es. Aunque si yo fuera ella, no dudaría en hacerlo —se rio.

—¿Y está en Zaragoza por trabajo?

—Sí. Por lo visto están utilizando la Aljafería como escenario para una campaña publicitaria. La empresa es la misma que la de Madrid: Cristal Blue. Y también se trata de joyas.

Continuaron unos minutos más hasta el hotel Meliá, donde la modelo se alojaba. Aparcaron en la zona reservada, y se dirigieron a la recepción, donde preguntaron por la señorita Diatlova. Antes de salir de comisaría, habían llamado por teléfono a su agente, para localizarla con mayor facilidad y ahorrarse largas explicaciones.

Preguntaron por la habitación setecientos dos. El recepcionista, que estaba al tanto de la visita, les pidió que esperaran. Otro empleado los condujo a una pequeña sala, vacía, cuyas paredes eran de un blanco uniforme, roto tan solo por un par de cuadros.

Los policías se acomodaron en unos sillones que rodeaban una mesita con un centro floral y aguardaron la llegada de Amianka.



8

Era de día. A Manuel no le gustaba el día. Era lo suficientemente joven como para recordar con claridad la sensación de estar caminando bajo el sol y, por eso, a veces se preguntaba cómo lo harían los vampiros más antiguos como su señora, quienes con tantos siglos de oscuridad a sus espaldas, sin duda, habrían olvidado lo agobiante que podía ser el verano en la ciudad, con más de cuarenta grados a la sombra. Por cómo hablaba ella de los tiempos en los que el día no afectaba a los vampiros, tiempos que Roja no había conocido, Manuel se imaginaba que lo había idealizado, como todos los demás. Él, sin embargo, sabía que el sol era una mierda. Lo había sido cuando era humano: sudor, calor, pesadez y trabajo. Y, desde luego, resultaba mucho peor ahora. Si antes la noche había sido sinónimo de diversión, ahora lo era de vida. Detestaba tener que estar allí encerrado, entre las cuatro paredes de su piso, durante las horas diurnas. Encima, cuando llegara la noche se vería igualmente confinado. «Quédate en tu casa y no salgas más que lo mínimo indispensable», le había ordenado Roja. «Sé cuidadoso al alimentarte. No quiero más problemas. Tienes a un centinela mirando con lupa todo lo que haces», le había dicho con una mirada tan fría y amenazadora que recordarla —sobre todo cómo se había encogido ante su señora— le llenaba de ira. «Esta vez la has hecho buena, bebé. Yo arreglaré lo del prestamista. Mientras tanto, tú límitate a lo que yo te ordene».

Cuando no la tenía enfrente, se desahogaba contra la pared desconchada. Desearía que fuera ella a quien pudiera borrarle la odiosa sonrisilla de superioridad a puñetazos. La detestaba. La odiaba. La deseaba y por eso la aborrecía incluso más. Encima, ella le aseguraba que aún la amaba...

Soltó un juramento y volvió a descargar un puñetazo contra la pared.

Que la amaba... ¡Maldita zorra!

Pero iba a salir de esta y a librarse de esa dominación. Entonces sería él quien se reiría en su cara. Y sería pronto, de eso estaba seguro.

Sus pensamientos volvieron a la noche en la que se convirtió en vampiro, todavía enamorado de ella, cuando Roja lo miró con una mezcla de diversión y sorpresa. «Vaya, así que contigo ha funcionado», le dijo, más para ella que para Manuel. «No importa, me serás de lo más útil». De lo más útil... Joder cómo la detestaba.

Por supuesto, su señora no pretendía que él fuera a recordar esas palabras y que, con el paso de los años, aprendiera a darles una interpretación, un sentido. O quizás sí; al fin y al cabo ella era una manipuladora nata. Ah... lo que daría por averiguar qué fue de ella cuando era humana. Solo sabía que vivió en la ciudad de Troya antes de la famosa guerra. Era antigua, mucho. Y celosa de su pasado y de su familia. Le encantaría saber qué le ocurrió cuando era mortal para tener esa obsesión de proteger a los descendientes de sus descendientes humanos. Él solo se hizo ilusiones de importarle a Roja cuando también era humano, cuando se dejó seducir y engañar por ella. Hacía mucho que sabía que no era más que un peón para su señora. Pues bien, parecía que ella por fin le ordenaba moverse en el tablero. Manuel, cómo no, no se comería ninguna ficha importante, pero pensaba convertirse en reina. Exigirle a su señora la liberación. Ser por fin un vampiro libre de la voluntad de Roja.

Entonces podría desatar todo el odio acumulado y vengarse por cómo lo había tratado. Un vampiro no podía matar, ni siquiera herir de gravedad a vampiro —estaba más que prohibido—, pero como ella le había enseñado, había otros modos.

La idea lo calmó. Un poco. Lo justo para que dejara de andar por su casa maquinando, lleno de furia. Relajó el puño, manchado con el blanco del yeso. Estaba cerca. Y una vez libre tendría la eternidad por delante para ser él quien dominara y humillara a esa zorra de Roja.



9

Cuando la puerta de la salita volvió a abrirse, una mujer de gran belleza entró y caminó con grácil elegancia hacia los oficiales.

Héctor fue vagamente consciente de que Arturo se había quedado sin palabras, como hipnotizado. Solo tenía ojos para ella. La modelo, que en aquella foto del ordenador estaba guapísima, en persona era sencillamente deslumbrante. Era alta, quizás un poco menos que Héctor, que medía metro ochenta y tres. Era delgada, también, pero aquel vestido realzaba la generosidad de sus curvas. Al verle las piernas, decidió que para nada era una de esas modelos anoréxicas. No... sobre los imposibles tacones de aguja sobre los que caminaba con gracia, Amianka lucía dos piernas largas y bien torneadas, el sueño de cualquier hombre. Héctor, al darse cuenta de que estaba contemplándola poco menos que embobado, parpadeó.

La mujer ya había llegado a su altura y les estaba saludando con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Héctor pensó que nunca había estado frente a una mujer tan hermosa. De pómulos marcados y labios llenos, podía ver ciertos rasgos que denotaban su origen ruso. La piel era pálida, sin una sola peca o mácula. Se fijó que su cabello, largo y con un corte impecable, presentaba mechones de varios tonos rubios. Entonces, Amianka se echó a reír. Y tanto la visión de esos dientes blancos, que contrastaban con el jugoso rojo de sus labios, como el sonido de la risa, femenina y algo divertida, lo sacaron de su ensimismamiento.

El único consuelo que Héctor encontró para la falta de educación de quedarse mirándola fijamente en vez de contestar a su saludo, fue que a Arturo le había pasado lo mismo. Avergonzado, se puso en pie y se apresuró a estrechar la mano que ella todavía le tendía. Cuando rozó sus dedos, largos y suaves, notó una súbita oleada de calor y un escalofrío. Se sentía más atraído por esa desconocida de lo que nunca lo había estado por ninguna otra mujer.

—Gracias por su amabilidad al recibirnos, señorita Diatlova. Soy el oficial

Gascón y este es mi compañero, el oficial Laguna.

—Katja Diatlova, un placer conocerles —repuso con un acento ligeramente exótico, mientras le devolvía el apretón de manos con una mezcla de suavidad y firmeza—. Y no se preocupe por lo de antes... Me pasa mucho.

—Eh... disculpe. Imagino que sí, que le pasará mucho —farfulló Héctor, avergonzado.

Ella le obsequió con una amplia sonrisa y recuperó su mano. Héctor se fijó en esos ojos. Eran de un color claro, como gris verdoso, grandes, misteriosos y profundos. Tuvo que volver a recordarse que estaba de servicio. ¿Por qué no serían como ella las chicas que sus amigos y Lucía se empeñaban en presentarle?

—Verá —empezó Arturo—, estamos investigando el asesinato de Eduardo Rovira.

La modelo se puso pálida. No era que su piel no lo fuera de natural, sino que pareció que la sangre la abandonaba. Al mismo tiempo, se llevó una mano a los labios, cubriéndolos en un gesto de asombro y horror.

—¿Edu... asesinado? —preguntó con voz temblorosa.

Se tambaleó un poco, como si fuera a desmayarse. Arturo se apresuró a ayudarla a tomar asiento en uno de los sofás. Héctor decidió sentarse también, al otro lado de la mesita con la decoración floral. Se recriminó haber dado por hecho que la modelo habría leído el Herald, que había publicado la noticia en primera página.

—Así es —intervino Héctor—. Lamento su pérdida.

Ella se quedó en silencio unos instantes. Sus ojos brillaron, como si las lágrimas acudieran a ellos y quisieran salir. La modelo, con un claro esfuerzo, esbozó una sonrisa y logró sobreponerse.

—No se preocupe. Tampoco éramos tan íntimos como la prensa insinuaba.

Héctor sintió alivio al comprobar que la mujer no se había acostado con un hombre que estaba prometido.

—¿Entonces eran solo amigos? —preguntó Arturo.

Amianka asintió sin mirarle. Sus ojos, apenados, tan solo parecían fijarse en el otro oficial, el más guapo, el más joven.

—Comí con él unas cuantas veces y coincidimos en más de una fiesta. Él quería que yo fuera la imagen de la tienda de ropa que él mismo diseñaba. Me pareció un chico encantador. Estaba muy ilusionado con su prometida y con sus ideas de negocio. Yo... puedo parecer algo frívola por esto de ser modelo, pero le aseguro, oficial, que no es así. El amor es difícil de encontrar hoy en día y deseé ayudar a Edu a que el suyo floreciera con más fuerza.

Héctor no podía dejar de mirar a Amianka. Aquellos labios generosos, que se curvaban con tristeza; los ojos enormes, mientras le convencía de que no era una frívola... No entendía muy bien qué le estaba pasando. Lucía, la experta en flechazos, se habría reído de él. Pero, ahora, lo único que le importaba era que cada palabra de esa mujer, cada gesto, eran de lo más delicioso que había conocido en años. Y era tan

guapa que le costaba no imaginársela quitándose ese vestido en privado y solo para él.

—Entiendo... —musitó—. Hace dos noches estuvo con él en una fiesta. ¿Vio o le dijo algo que pueda darnos una pista sobre el asesino?

—Yo...

Por un momento, se puso otra vez pálida. Parecía como si estuviera pensando si contar algo. Sus ojos, por un instante, brillaron culpables y con miedo, pero enseguida regresaron a la normalidad.

—No, nada, lo siento.

—¿Está segura?

Volvieron a mirarse. Hector se reprochó la corriente casi sexual que flotaba entre ambos. No podía permitirse que unas piernas largas y unos ojos misteriosos lo desviarán de su objetivo. Había notado que ella le ocultaba algo y tenía que averiguar qué era.

—Sí, lo estoy —susurró ella, tan bajo que a ambos oficiales les costó escucharla.

—¿Y puede decirnos dónde estuvo esa noche, alrededor de las tres de la madrugada?

—En este hotel, durmiendo. Me retiré temprano.

—Muy bien. ¿Y qué sabe de la muerte de Fernando Hidalgo, en Madrid, hará poco más de un mes? —intervino Arturo, que se había recuperado del rapto momentáneo y ahora interrogaba a la mujer con el ceño fruncido.

—Era mi estilista.

—¿Y qué me dice de su fotógrafo, en Praga, o de Borja Agüero, con el que coincidió en más de una fiesta?

Los ojos volvieron a brillar húmedos y su voz sonó forzada cuando habló.

—¿Qué es esto, oficial? ¿Me están acusando de asesinato? ¿Tengo que llamar a mi abogado?

Héctor colocó una mano sobre el hombro de Arturo. No solían ser tan bruscos. No entendía qué mosca le había picado. Era como si la mujer le cayera mal.

—No, tranquila. Dudo mucho que el descorazonador sea una mujer. Pero, por lo que sabemos hasta hora, usted es la única persona que ha estado relacionada con las cuatro muertes. Sería de gran ayuda si pudiera recordar algo que viera o escuchara.

La modelo, que se relajó visiblemente al enterarse de que la consideraban testigo, logró sobreponerse y sonrió a Héctor, esta vez de manera triste.

—Yo no sé nada, de verdad. Ese descorazonador es un monstruo, una aberración. ¿Y me dicen que él mató a Edu? Por favor... Edu me caía bien. Aunque lo conocía desde hacía muy poco, lo consideraba mi amigo. Ustedes vienen aquí, me dan la noticia sin nada de tacto y después su compañero poco menos que me acusa de asesina o cómplice o algo así —dijo sin dejar de mirar a Héctor, como si Arturo no estuviera allí—. Y ahora tengo que sonreír y hacer memoria. Pues no recuerdo nada. Y para su información, incluso la prensa rosa, con la cantidad de mentiras que inventa

sobre mí, sabe que no soy tan insensible. ¿Por qué ustedes creen que sí?

Héctor se sintió mal al escuchar su tono herido. Imaginó que tenía que ser terrible soportar los prejuicios por un físico determinado o un trabajo. A él no le pasaba, excepto en algunos momentos, por ejemplo, con el inspector jefe Gutiérrez. No tenía claro si su superior era de los pocos policías informados sobre lo que realmente pasó con su padre y le juzgaba por ello. También le había ocurrido con algunas de las chicas que le presentaban en contra de su voluntad, que se empeñaban en creerlo una especie de héroe o de amante del peligro... Pero eso no contaba. En todo caso, imaginaba cómo podía sentirse Katja. Parecía una chica vulnerable, pese a tantos privilegios.

—Lo siento —se disculpó al tiempo que se ponía en pie y sacaba una tarjeta—. No la molestamos más, pero, por favor, si recuerda algo, llámeme. Es importante.

Se la tendió y, al cogerla, ella le rozó los dedos. Otra vez esa descarga, como si la electricidad fuera capaz de viajar entre ambos. Héctor expulsó el aire de los pulmones con lentitud. Si sentía tanta química con apenas un roce, acostarse con ella tenía que ser como tocar el cielo.

—De acuerdo, oficial. Así lo haré —repuso levantándose del sillón.

Los policías se despidieron y se fueron.

—Oculto algo —dijo Arturo una vez que se metieron en el coche.

—Lo sé. Espero que nos llame.

—No me cae bien. Tengo un mal presentimiento sobre ella.

—¿Y eso? —quiso saber Héctor mientras arrancaba. La experiencia le decía que había que hacer caso a las corazonadas de Arturo, pues solían cumplirse.

—Está muy segura de sí misma y de su belleza.

—Tú también lo estarías si fueras la mitad de atractivo —se rio Héctor mientras ponía el intermitente para incorporarse al tráfico.

—Ya. Pero no me gusta haber estado mirándola como si mi mujer no existiera. Llevo muchos años casado, alguna vez he mirado a otra, de acuerdo, pero nunca así.

—Vamos, que la odias porque es más guapa que tu Manuela —se carcajeó Héctor—. Tranquilo, que no se lo diré.

—Más te vale, o me encargo de que no vuelvas a probar sus croquetas.

Entre bromas, condujeron hacia la comisaría. El misterio del corazón que había vivido más que el resto del cadáver había quedado aparte, sepultado bajo el peso de la aplastante belleza de la modelo. Sus ojos, sus gestos, la manera en la que lo miraba... ¿Sería posible que ella también se hubiera sentido atraída, aunque solo hubiera sido un poco?



10

De vuelta en comisaría, Héctor se dirigió al SAF, donde su hermana estaba rellendo la petición de una orden de protección. También había puesto la denuncia contra su marido. Héctor pensó que el paso de los años y la distancia habían disipado los reparos de Lucía para denunciar. Se alegró de que, al fin, su hermana hiciera lo debido. David y la niña aguardaban en una sala de espera cercana.

—Lucía, ¿estás bien? —preguntó nada más verla.

No podía evitarlo; quería comprobar en persona que él no la hubiera tocado. A su mente volvieron imágenes que creía que había logrado olvidar, en las que su hermana lo miraba llorosa, con la cara cortada en la frente y las mejillas, y con un ojo hinchado y amoratado, que le dolía más si intentaba abrirlo.

—Sí, tranquilo.

Muy bien no estaba, porque no había bromeado ni lo había llamado maleducado por no saludar primero. Era algo que él solía hacer y que se había propuesto corregir, también con sus compañeros del SAF.

Cuando Lucía acabó con el impreso, Héctor le pidió que fuera a esperarle a la sala donde estaban sus hijos. Quería hablar con sus compañeros. Como era habitual, estos iban a realizar un atestado para acreditar los hechos y después mandarlo todo junto de manera telemática al juzgado de guardia y así poder agilizar la tramitación de la orden. El problema era que no tenían casi nada: su marido no le había puesto la mano encima y Lucía no lo había denunciado en el pasado, aparte de que los hechos habían ocurrido hacía más de veinte años. Podrían intentar que un juez pidiera los partes médicos de los hospitales donde ella estuvo ingresada unos días a causa del maltrato, pero había transcurrido tanto tiempo que el delito ya estaría prescrito. Por eso, Héctor no se hacía muchas ilusiones de que el juez decretara medidas de protección provisionales, a la espera de un juicio donde comparecerían tanto su hermana como su marido.

—¿Cómo lo veis? —les preguntó, serio.

—Complicado —contestó uno de ellos con sinceridad.

—Yo puedo declarar haber ido a buscarla al hospital en varias ocasiones antes de que él se marchara.

—De eso hace más de veinte años. No nos sirve, lo siento. En todo caso, ¿fuiste testigo directo de cómo le pegaba?

—No —contestó con gravedad.

Si hubiera presenciado una paliza, un mínimo golpe, él no estaría allí. Ni las protestas de Lucía —«¡prométeme que no le harás nada!»—, ni su arraigado sentido del deber y de la justicia, habrían evitado que terminara descerrajándole un tiro en la cabeza. En todo caso, su hermana no era la única que había madurado en estas dos décadas. Ahora él ya no era un muchacho de diecinueve años y no pensaba permitir que ese malnacido volviera a ponerle la mano encima.

—Os diremos algo —decía el policía—, pero yo que tú no le quitaba el ojo de encima a tu hermana.

—Claro, de acuerdo, gracias.

Le costó un poco centrarse en el presente, dejar de recriminarse no haber sabido protegerla. Cruzó unas palabras más con sus compañeros, se despidió y fue a buscar a su familia, para ir a charlar a la cafetería de la esquina. Allí, Lucía le podría dar con tranquilidad a la niña la fruta de media mañana. Considerando que ya eran casi las doce, Nerea tenía que estar hambrienta.

Por el camino, Lucía le preguntó qué le habían dicho sus compañeros.

—Está difícil. El problema es que hoy solo te ha amenazado y es tu palabra contra la suya. No te preocupes, no dejaré que vuelva a hacerte daño.

David, muy serio, abrió la boca para decir algo, pero Héctor, que no se había dado cuenta, continuó hablando. El chico frunció el ceño y permaneció en silencio.

—Cuéntame, por favor —le pidió a Lucía—. Cómo fue que lo has vuelto a ver.

Ella guardó silencio mientras acababan de dar los últimos pasos que los separaban de la cafetería y entraron. Héctor conocía muy bien a su hermana, sabía que le iba a resultar difícil, por eso prefirió darle tiempo aunque a él mismo le costara controlarse. La sola idea de volver a ver a Lucía herida lo aterraba. O a David. O a la pequeña Nerea. Intentó no pensar en ello.

—Vino a casa. Llamó a la puerta —empezó ella mientras movía la cucharilla para disolver el azúcar en el café con leche.

—¿Ves cómo hice bien en cambiarte la cerradura?

—Héctor...

—Vale, perdona, continúa.

La mujer asintió, sacó una tartrera del bolso y le dio a Nerea un trozo de manzana. La pequeña sabía comer sola, pero Lucía no estaba de humor para vigilar que no tirara nada al suelo.

—Bueno, lo cierto es que fue un *shock* verle. No me lo esperaba. Sigue igual, no

ha cambiado nada.

—Pues más le vale que no intente tocarte.

David se tensó.

—¿De verdad que te pegaba? —consiguió preguntar esta vez.

—No, él... —comenzó su madre.

—Sí —afirmó Héctor y miró con dureza a Lucía—. Sí y lo sabes. No intentes disculparle. No le haces ningún bien —añadió señalando a David.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho antes? —preguntó el chico en tono acusador—. Esto es absurdo.

—Para protegerte. ¿Para qué si no? —Lucía había perdido su habitual alegría y sonaba cargada de amargura. Se había olvidado de dar de comer a Nerea—. ¿Es que querías que te dijera de niño que tu padre nos había abandonado y además era un maltratador?

—No, pero hace mucho que no soy un niño.

Héctor decidió centrarse en su taza de café. El chaval tenía razón, desde hacía años él le había aconsejado a Lucía que le contara la verdad, pero ella, desde lo de su padre, prefería negar la realidad. El dolor, cuando era profundo, podía hacer mucho daño y, para Lucía, prometerse a sí misma que eso nunca había pasado era un modo de seguir adelante. El problema era, en opinión de Héctor, que así las viejas heridas no se curaban, tan solo se pudrían mientras uno se bañaba en perfume para ignorar su olor.

Él... él mismo hacía algo parecido. La diferencia era que no negaba lo que había sido su padre, tan solo intentaba compensarlo haciendo todo el bien posible a través de su profesión. En vez de ocultar aquella vieja herida, la miraba a los ojos todas las mañanas y le decía que él iba a ser capaz de limpiarla. Sin embargo, la vida seguía su curso sin que el hecho de haber sido el héroe para varias personas a quienes había salvado le compensara por todo el mal que había causado su padre, por todo el dolor que sentía que había heredado. Y menos mal que sus compañeros de trabajo no sospechaban nada... No habría podido con sus miradas, ya fueran de repulsión o de lástima.

Quizás, después de todo, David habría sido más feliz no sabiendo nada y creyendo que su abuelo había sido un policía ejemplar y que su padre era una buena persona que un día desapareció sin más, pero no porque abandonara el hogar, sino porque le pasara algo malo, como un accidente.

Sí... Su sobrino tuvo una infancia protegida y feliz. Una pena que ahora, a los veintiún años de edad, estuviera enfrentándose a su madre, bastante enfadado, por enterarse así de la historia de su padre.

—De acuerdo, ya eres adulto —dijo Lucía para romper el tenso silencio—. Pero eso no te da derecho a juzgarme. Te mentí para que tuvieras una infancia relativamente normal y no creo haberlo hecho tan mal. Mírate: estudiando ingeniería industrial y sacando notazas. Además de sano y fuerte. Hasta con novia estable desde

hace un par de años. No creo haberlo hecho tan mal.

David se desinfló.

—Tienes razón. Perdona. He sido un poco brusco. Pero ahora cuéntamelo, ¿vale?

Lucía pareció volver a ser ella misma y en sus ojos brilló una chispa de diversión. Héctor pensó que sin duda era una artista en eso de negar los problemas. Aunque tampoco podía quejarse, pues muchas veces la alegría de su hermana era como una luz que le daba fuerzas para seguir adelante tras un mal día en el trabajo, como cuando no llegaba a tiempo de salvar a la víctima.

—Bueno, tampoco es para tanto, no es que fuera Lord Vader —bromeó ella—. Manu bebía, dilapidaba el dinero y de vez en cuando se le iba la mano conmigo. Tú tenías un año cuando se fue. A ti nunca te tocó.

—Lucía, acabaste en el hospital en un par de ocasiones —intervino Héctor.

—Pero me curé. Y él se disculpó. Pero gracias por recordármelo...

—De verdad que no puedo creer que esté oyendo esto —dijo David—. ¿Te escuchas, madre? Es surrealista. Es peor que con tus novios.

—David, por favor —intercedió Héctor—, prométeme que vas a cuidar de tu madre y de tu hermana, y que no te fiarás de ese hombre. De tu padre solo tiene los genes y el año que estuvo con vosotros, nada más. Sé que estabas deseando que un día volviera pero, créeme, a este no querrás conocerle.

—Tranquilo, Héctor, sé lo suficiente para desear darle un buen par de hostias.

—En eso ya somos dos —repuso Héctor con una sonrisa de satisfacción.

—¿Nunca se las diste?

—Tu madre no me dejó... Estaba intentando solucionarlo de manera legal cuando él desapareció.

—¡Ey! Que estoy aquí delante —protestó ella mientras le daba un pedazo de plátano a Nera, que hacía mohínes por la falta de atención.

David tenía el ceño fruncido. Que su tío, al que admiraba, no hubiera defendido a su madre, ni le cuadraba ni le gustaba.

—Ojalá pudiera ponerlos vigilancia —continuó hablando el policía, ajeno a la tormenta interna de su sobrino—. Tened cuidado, por favor. En cuanto yo salga de trabajar iré a veros y pienso quedarme a dormir en el sofá.

Lucía estuvo a punto de bromear sobre ello, sobre tener que verle ahora todos los días. En lugar de eso, recordó algo desagradable, cómo su marido, sin tocarla, le había sonreído hacía unas horas con la misma mueca que ponía cuando estaba a punto de molerla a palos. Cambió de opinión.

—Gracias —dijo con sinceridad.

Héctor le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Para eso estamos los hermanos pequeños.

Lucía sonrió. Entonces Nerea escupió el bocado que estaba masticando y su madre volvió a centrarse en ella.

Héctor sintió cómo se aflojaba el nudo en la garganta. Entre él y David cuidarían

de ella. Y a ese malnacido más le valía no volver a ponerle la mano encima, porque esta vez no pensaba permitir que se fuera de rositas.

Hacía veinte años le asustaba no seguir los procedimientos policiales, tomarse la justicia por su mano y convertirse en alguien como su padre. Era su vergüenza. Ahora sentía los mismos reparos, pero se había fortalecido y sería capaz de bajar al infierno para pelearse con el mismo diablo para proteger a los suyos.



11

El asesino estaba sentado en una habitación a oscuras. Las cortinas, dobles, tupidas y cerradas, impedían el paso de la luz solar. Las tinieblas, aterciopeladas, no parecían molestar al descorazonador mientras este mimaba su daga. La había limpiado con una mezcla de vinagre y alcohol, y ahora la secaba con un paño, deteniéndose en cada una de las hendiduras de la parte roma del filo, que formaban dibujos similares a los que había grabado en su última víctima.

Anoche...

No era que el asesino no se hubiera encargado de su arma antes, quitándole todo resto de sangre. Además, esa daga era especial: una de las runas la protegía contra el óxido. Por eso no necesitaba apenas cuidados y, desde luego, no cada día. Pero limpiarla le gustaba y le relajaba, pues le recordaba por qué mataba.

No todos los dibujos de la daga eran runas. También había letras, caracteres de una lengua muerta. Su vida, su pasado, estaba ligado a ese cuchillo.

—Paciencia... —susurró con un ronco gruñido—. Venganza... —continuó al cabo de un rato, tras dejar el trapo y recorrer con los dedos el grabado del arma.

Una mueca curvó sus labios. Sus dientes, blancos, no pudieron verse por la oscuridad.

Entonces empuñó el cuchillo con la mano derecha y lo contempló satisfecho. Permaneció así durante varios minutos, perdido en sus pensamientos. El silencio comenzó a pesar tanto en esa habitación que parecía tener respiración propia. El asesino se encontraba a gusto, tanto que esta vez, cuando sintió la necesidad de poner voz a sus ideas, lo hizo en un susurro apenas audible.

—La fama es una amante efímera. Hay que estar siempre cortejándola con regalos para que te sonría.

Su estado de ánimo cambió y se levantó con un movimiento fluido. Dejó la daga sobre un mueble cercano y caminó con energía por la habitación, cambiando de

rumbo a menudo para no chocarse contra las paredes ni el mobiliario. Se sentía encerrado, pero estar allí era necesario para sus planes. Además, tenía todo el tiempo del mundo y mucha paciencia. Le complacía saber que su nombre infundía terror y respeto, que muy pocos se atrevían a enfadarle.

En cuanto a su venganza, pronto comenzaría el segundo acto. Aunque tuviera que ser con la muerte de un gato.



12

El resto del día había transcurrido demasiado lento para Héctor, que no veía la hora de terminar la jornada y marchar a casa de Lucía para asegurarse de que todo estaba en orden. El papeleo, más tedioso que de costumbre, se le hizo eterno.

Habían examinado el móvil de Rovira. Todas las llamadas eran o a su madre o a su prometida, quitando un par a la compañía telefónica que no eran relevantes. Les habían llegado más datos sobre la escena del crimen. No había ninguna huella ni resto de ADN que no perteneciera a Eduardo Rovira o a la camarera del hotel. El asesino había sido muy cuidadoso de no dejar pruebas, como en los casos anteriores. Tampoco tenían nada que arrojara nueva luz sobre el instrumental que había utilizado el asesino para abrirle la caja torácica a Rovira.

Sí tenían trazas de metal en las heridas del pecho, así como restos de sulfatos de sodio y cobre, que solían utilizarse en la industria química para usos variados, como la fabricación de detergentes, abonos o pesticidas. El de cobre era fácil de distinguir por su característico tono azul intenso. Si la víctima los hubiera ingerido, no le habrían matado, pero sí provocado vómitos. En cualquier caso, que hubieran aparecido en la carne de su pecho abierto carecía de lógica, excepto la de que formaran parte del ritual. No era la primera vez que los encontraban y se sospechaba que el descorazonador empleaba esas sustancias para pintar su dibujo, con la misma arma blanca con la que también lo grababa en los huesos.

Cuando les encargaron el caso, tras el asesinato de Agüero en Casetas, a Arturo se le ocurrió que el asesino podría utilizar primero un pincel para hacer el dibujo y después cortar la carne en esos puntos. Sin embargo, descartaron la idea tras el análisis forense, pues los restos de sulfatos estaban tan solo en las heridas y no en la piel cercana.

La policía científica continuaba analizando el metal del arma. Sabían que era de bronce, pero no conseguían datarlo. Era otro de los absurdos que a veces se

encontraba Héctor en sus investigaciones: las técnicas de datación radiométrica, que utilizaban el plomo de la muestra, y otros análisis fallaban.

Los compañeros habían realizado el mismo análisis siete veces a la misma muestra y cada vez habían obtenido un dato completamente distinto. A Héctor le explicaron que habían revisado los equipos, pero todo era correcto.

Para más inri, había ocurrido exactamente lo mismo con las trazas metálicas que habían encontrado en los demás asesinatos. Y eso no era lo único extraño, pues dichas trazas no se correspondían con la pátina de óxido que debía de recubrir el arma. Los análisis mostraban que se trataba de un metal aleado y sin oxidar: una mezcla de cobre, estaño e impurezas de arsénico, plomo y zinc. Allí no había nada de óxido; ni siquiera se había descompuesto al entrar en contacto con la sangre del cadáver. No tenía ningún sentido, ni aunque el asesino hubiera decapado y limpiado cuidadosamente el arma.

Por otro lado, habían recibido respuesta de la policía checa, que confirmó que Andrej Lustig había trabajado con Amianka.

También habían revisado las grabaciones de las cámaras de tráfico y, aunque la calidad no era buena, estaba claro que por esa ventana no había entrado ni salido nadie. Era frustrante. Tras una prueba de simulación en 3D, Héctor y Arturo se habían convencido de que el asesino al menos había salido por la ventana, y no solo porque la hubieran encontrado abierta, sino por las huellas de sangre. Dado que el asesinado había arrastrado los pies, solo pudieron aportar que el calzado era de suela lisa y que el asesino no tenía el pie muy grande, un cuarenta o cuarenta y uno.

Consiguieron hablar por teléfono con la prometida de Eduardo Rovira, cuyo cuerpo iba a ser enterrado en Barcelona. La mujer confirmaba la versión de Katja Diatlova de que la relación de Rovira con la modelo era meramente comercial. Afirmaba que no la conocían de antes y que fue precisamente su novio quien se le presentó para pedirle ayuda con el negocio. Si Amianka era cómplice del asesino o le protegía, a Rovira no lo habían buscado: más bien les había caído del cielo.

Más tarde, cerca ya de la finalización de su jornada laboral, a Héctor se le ocurrió que quizá había alguien más, alguien del círculo de la modelo, que, como ella, había estado cerca de las víctimas poco antes de sus muertes.

—Yo creo que deberíamos buscar si hay alguien más —opinó Héctor.

—No lo tengo tan claro. Los peluqueros, maquilladores, técnicos de iluminación y demás empleados con los que estuviera Diatlova trabajarían para una empresa en concreto, como Saveur. No se moverían con Diatlova de una ciudad y de un contrato a otro —adujo Arturo.

Seguía pensando que esa mujer no era trigo limpio.

—Sí, ¿pero y si ella se empeña en que su pelo solo lo toca Fulanito de Tal y se lo lleva consigo a donde vaya? —reflexionó Héctor—. Amianka es la cara visible, la que es fácil de identificar. Para un asesino, podría ser de lo más útil seguirla en las sombras y matar sin que la modelo tuviera nada que ver o sospechara que pudiera

estar siguiéndola.

—¿Y el móvil de los crímenes? No lo veo. —Meneó la cabeza.

—Bueno, comprobemos si hay alguien más que haya coincidido con las víctimas en los últimos dos o tres días antes de que las asesinaran y ya les preguntaremos dónde estaban en el momento de las muertes.

—¿Cómo se lo hemos preguntado a Diatlova? —ironizó Arturo.

Solo le habían preguntado por el asesinato de Rovira, y en el hotel habían corroborado, por las cámaras de recepción, que efectivamente la mujer había llegado a las dos y cuarenta de la madrugada. A él, desde luego, le habría gustado interrogarla con mayor detalle, preguntarle por las otras tres noches.

—Estaba afectada por la muerte de su amigo, ya lo sabes. No te preocupes, que mañana mismo la llamo para pedirle que se pase por aquí a prestar declaración. Y entonces, toda tuya —dijo Héctor.

—Te tomo la palabra.

La conversación languideció y, al poco rato, la hermana de Héctor le llamó, nerviosa, para decirle que el juez de guardia no había tomado medidas contra su marido. Que Manuel hubiera acudido a la casa de ambos y la hubiera amenazado, no era suficiente. Héctor, que sabía que sus compañeros habían hecho todo lo que habían podido para ayudarle, se dio prisa y, en cuanto acabó un último informe, condujo a toda velocidad hasta la casa de su hermana, de donde no se movió ninguno de los cuatro.

Allí, pese a la preocupación por su hermana, el oficial no lograba quitarse de la mente la inquietante sensación de que el descorazonador había entablado un juego macabro el cual no había hecho más que empezar.



13

Nada más ponerse el sol, Roja fue en busca del centinela que había amenazado a Manuel. No le hacía ninguna gracia tener que resolver las meteduras de pata de su vástago. En su larga vida, había convertido a un número nada desdeñable de humanos pero, desde luego, ningún vampiro le había salido tan estúpido como ese. Si Lammak llegara a conocerlo algún día, sin duda le decepcionaría que Roja, el vástago de quien tan orgulloso estuvo durante más de un milenio, hubiera cometido la imprudencia de darle la inmortalidad a alguien tan inadecuado. En todo caso, la mujer no quería pensar en su creador. Lo que una vez fue un amor inmortal se había convertido en odio. Lo respetaba, por supuesto, pues él era muy peligroso, pero también lo evitaba y era un alivio que Lammak se hubiera marchado a vivir a América.

Mientras andaba por las calles de la ciudad, se recordó que Manuel tenía su utilidad y que por eso había decidido ayudarlo. Como la misma idea de ir a ver a un centinela la asqueaba —no soportaba a los ángeles, menos a sus esbirros—, en un principio había pensado en pedirselo a otro de sus dos vampiros neonatos. Sin embargo, estaban ocupados cumpliendo sendas misiones que ella les había encargado años atrás. Roja no llevaba más de tres milenios viva sin haber aprendido que había que saber delegar. Por eso, y porque eran importantes los trabajos que les había encargado a sus vástagos, no pensaba distraerlos por este pequeño inconveniente.

Caminaba resignada hacia la iglesia donde sabía que podía encontrar al centinela. Sus tacones repicaban contra la acera tan solo porque había decidido no ser más sigilosa. Logró consolarse pensando en cómo había movido hilos para hacerle la vida menos sencilla al ya difunto antecesor del centinela. El condenado había sido tan molesto como una mosca en verano. «Y casi igual de feo», pensó para sí misma. «Menos mal que a estos no podemos convertirlos, no me gustaría tener que intentarlo».

Tras varios minutos más de paseo, en los cuales su mente vagó por su último

intento de conversión —un hombre bastante guapo a quien, para variar, pese a que lo había enamorado con locura, no había logrado transformarlo en vampiro—, Roja llegó a su destino. Sin aminorar el paso, atravesó una verja de hierro forjado que estaba entreabierta, caminó por un sendero de losas de piedra y llegó ante las puertas de la iglesia.

Se trataba de un edificio románico de piedra del siglo XIII. Era una de las iglesias del casco viejo de la ciudad y, estéticamente, la que más le gustaba a Roja. Sin embargo, no por ello pensaba entrar. Se limitó a pararse frente a ella con su mejor sonrisa y a aguardar. Uno de los párrocos que allí vivían no tardó demasiado en darse cuenta de su presencia y correr a llamar a Charles, ese humano que apestaba a ángel. Había nacido en Inglaterra y su madre era de allí. Cuando murió, al poco de tenerlo, el padre se volvió a España con el bebé. Mantenía un trato estrecho con los abuelos y maternos y viajaba con frecuencia a su país natal. Quizá por eso, en opinión Roja, Charles era un centinela más estirado de lo normal. En una ocasión, Manuel había dicho que estaba deseando arrancarle el palo del culo, pero su protegido era tan ordinario... Ella prefería jugar a sacarle de sus casillas, tentarle con lo que jamás podría tener, aunque tenía que reconocer que Charles estaba lleno de fanatismo religioso y que no la miraba como a una mujer, sino como a la encarnación del mismísimo diablo. ¡Qué sabría ese jovencito de menos de cuarenta primaveras sobre lo que era un demonio!

Las puertas de madera de la iglesia se abrieron para dejar salir al centinela y volvieron a cerrarse. Este llevaba su martillo a la vista, como si no se fiara de las intenciones de la vampiresa.

—Buenas noches, Charles —le sonrió ella como si de verdad le agradara verle, en vez de sentir repulsa por ser quien era—. ¿De verdad crees que con eso estarías a salvo de mí si decidiera matarte? —Señaló con un movimiento de cabeza hacia el arma que sobresalía bajo la americana entreabierta.

Con aquel conjunto de falda y chaqueta entallada que había elegido para la ocasión, Roja transmitía fuerza con cada uno de sus gestos, incluso el más leve movimiento de cabeza.

—No te interesa empezar una guerra —contestó el centinela con sequedad.

La mujer se acercó a él y le tendió el brazo. No era la primera vez que iba a verle; tampoco la primera que fingía tan bien el placer de disfrutar de su compañía. Charles, que la miraba con desconfianza, apretó con más fuerza la empuñadura del martillo. No aceptó el brazo de Roja.

—Vamos, centinela. Soy una vampiresa muy, muy vieja. Imagínate, tanto que podría volverme loca. La edad, ya sabes. —Se encogió de hombros mientras le guiñaba un ojo e intentaba no fijarse en la fea cicatriz que le desfiguraba lo que le quedaba de la oreja izquierda—. Dudo mucho que lo que haga una pobre mujer senil empiece una guerra.

Resignado, porque ya conocía a la vampiresa y sabía que era inútil discutir con

ella, el hombre aflojó la presa sobre su arma y cogió el brazo que Roja le tendía. Ambos conocían el daño que podría hacerle ese martillo, y que pese a todo ella le vencería, aun sabiendo ella que la perseguirían por asesinar a un centinela. De todos modos, la sangre no llegaría al río; Roja no quería matarlo, sino tenerlo bajo su control, algo que a Charles lo reconcomía por dentro.

Comenzaron a caminar agarrados por los jardines que rodeaban a la iglesia, siempre dentro del terreno que limitaba el muro de piedra que cercaba la parcela.

—¿Ves, Charles? No es tan difícil —dijo con voz suave, ocultando el deleite que sentía en esos momentos, no por su compañía, por supuesto, sino porque sabía que al centinela le repugnaría aquel paseo incluso más que a ella.

Esa relación era una mezcla de deseo y culpabilidad. No era un cóctel tan divertido como con Manuel, pero se acercaba. Si es que la inmortalidad era aburrida y una tenía que buscar pequeños placeres para no volverse apática.

—¿Qué quieres, vampiro? ¿Que deje de investigar a tu vástago? Si se ha propasado, ha de ser castigado.

—Propasado, castigado... No seas tan aburrido, Charles. Yo creo que podemos llegar a un acuerdo.

La gravilla del camino crujía bajo sus pasos. Entre los tacones y su elevada estatura, Roja superaba sobradamente a Charles, pero las dos figuras, trajeadas, bajo la luz de la luna, y con la cruz de la iglesia gobernando el paseo, armonizaban como si hubieran sido creadas para estar juntas.

—No llego a acuerdos con vampiros.

—¡Oh! No seas melodramático. Te recuerdo que la primera vez que te vi eras un recién llegado a la ciudad. ¿Acaso ya has olvidado que me pediste ayuda?

—Era joven e influenciable.

Ella se rio con suavidad mientras se acercaba un poco más a él y le rozaba. El hombre se apresuró a separarse, a recuperar la distancia entre ambos.

—Y ahora me debes una —ronroneó Roja—. ¿O eran dos?

Giró el rostro para buscar los ojos del centinela. Los encontró, vio su vergüenza y enarcó una ceja. Sabía que él estaba recordando, aquella vez hacía años, cuando ella pudo ser su perdición, corromper su pureza. Pero decidió dejarle en paz. No solo porque cualquier cosa que se relacionara con un ángel le daba asco, sino porque así tenía una poderosa baza contra él.

—Tu vástago es sanguinario e irreflexivo. Mata a mujeres y a niños. Es un peligro.

—Estoy de acuerdo en lo de irreflexivo, pero sanguinario... Por favor, Charles, que nos conocemos. —Amplió tanto su sonrisa que dejó a la vista los colmillos.

El centinela no necesitó verlos para estremecerse. Sabía muy bien el tipo de vampiro antiguo que era el ser que caminaba a su lado.

—Dejaré de buscar pruebas de que los mató Manuel —accedió.

—Por supuesto, querido. Aunque me gustaría pedirte, como parte de este favor

que me haces, que me permitieras sugerirte un chivo expiatorio.

Volvió a acercarse, seductora, y el hombre se separó otra vez.

—Bien, con esto ya solo te deberé una.

Por toda respuesta, Roja se echó a reír. ¿De verdad era tan inocente como para creer que alguna vez iba a librarse de ella?

Él carraspeó molesto.

—No te preocupes, Charles. Dime, tus contactos en la policía han impedido que la científica identifique las huellas y el ADN de Manuel, ¿verdad?

—Así es —repuso con cierta ironía, como si le resultara curioso que la mujer no supiera que él mismo estaba allí infiltrado.

—¿Y te han dado los resultados de los análisis y se los quieres mandar a los tuyos para ir a por mi protegido? —preguntó, burlona.

«Con que no tenías pruebas...», pensó.

—Es mi trabajo.

—Bueno, pues échalo para atrás. Yo evito que mi vástago vuelva a hacer algo así mientras siga estando bajo mi protección, por eso no te preocupes. Ten.

La mujer, sin detenerse, sacó dos frasquitos del bolsillo izquierdo del blazer y se los tendió. Eran dos viales con muestras en su interior. El más pequeño contenía restos de piel y el otro un pequeño retal que el centinela presumió debía de llevar impresas unas huellas dactilares.

El hombre los cogió, contrariado porque le habría gustado pararle los pies a Manuel en persona.

—Te debo solo un favor, Roja. El de los lobos.

Ella se echó a reír. Ese tonto aún consideraba que su ayuda para evitar que aquellas fieras le mataran años atrás, no era nada comparado con cuando ella no se llevó su pureza. Típico de él.

—Muy bien, Charles. Un placer caminar contigo, como siempre. Espero no tener que repetirlo en varias décadas más. —Un tono nuevo, acerado y amenazador, vibró en la voz de la vampiresa.

A la mujer no le costó nada cambiar su modo de moverse. Fue algo sutil, pero tanto sus gestos, en apariencia relajados, como su paso calmado, se endurecieron. Le recordaron quién era ella y que no le gustaba que amenazaran a los suyos. Manuel podía ser un imbécil y un incordio, pero era su imbécil.

El centinela se envaró aún más al escucharla y, mientras se guardaba ambos viales en la americana, le contestó con sequedad:

—Con un poco de suerte, dentro de unas décadas estaré retirado.

—Eso tiene que ser muy aburrido. Te visitaré, no te preocupes.

La mujer le sonrió ladina y le soltó el brazo. Despacio y con elegancia, se despidió de él y se dirigió hacia la verja de hierro de la salida. El centinela la observó con el ceño fruncido. Detestaba dejar que Manuel se fuera de rositas pero, con ella como señora, imaginó que tendría su castigo.

Dejó que pasaran los minutos mientras se calmaba, mientras su pulso volvía a un ritmo normal. Roja era el ser sobrenatural más peligroso que había conocido. Decían que su creador era peor, pero por suerte nunca había tenido el dudoso placer de encontrárselo. En todo caso, no se dejaba engañar por la inocente apariencia de Roja. Había llegado a España décadas atrás y lo primero que había hecho fue visitar a su antecesor. Le gustaba tenerlo todo controlado. Allí donde iba, tejía su red. No estaba entre los que mandaban y eso la volvía aún más peligrosa.

Pensar en lo que podría hacer esa mujer por el poder le provocaba auténticos escalofríos, pero al recordar lo que tenía que haberle jodido gastar un favor por su vástago, Charles sintió un cosquilleo de placer. Algún día Roja cometería un desliz y, entonces, él estaría allí para detenerla.



14

En casa de Lucía, las horas habían transcurrido tensas. En ese momento, un poco pasadas las once de la noche, Nerea dormía profundamente y David y Lucía habían ido a acostarse. Héctor, desde el sofá que había adoptado como cama, tenía el televisor a un volumen bajo y lo miraba, tumbado, mientras no dejaba de darle vueltas al caso.

Había algo que se le escapaba, seguro, pero también sabía que el descorazonador, tarde o temprano, acabaría por caer en un descuido y dejaría alguna prueba. En esos pensamientos estaba sumido cuando el móvil le sobresaltó. Lo cogió enseguida, para no despertar a los demás. El número que le aparecía en pantalla le era desconocido.

—¿Diga?

—¿Oficial Gascón? Soy Katja.

La voz, con un acento ligeramente exótico, le trajo el recuerdo de una mujer deliciosa y deslumbrante, a la vez que vulnerable, que hizo que se olvidara de todo excepto de una cosa: la electricidad que corría entre ellos.

—Sí, soy yo, señorita Diatlova —dijo mientras se incorporaba hasta quedarse sentado.

—No se imagina lo agradecida que le estoy por haberme dado su número.

El corazón de Héctor comenzó a latir más rápido. ¿Agradecida?

—Yo... verá, necesito ayuda.

Fue entonces cuando el policía se dio cuenta de que la modelo sonaba asustada. Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Usted me dijo que si recordaba algo sobre Edu le llamara.

—Claro, mañana mismo pásese por comisaría. Además, queríamos tomarle declaración. ¿A qué hora le va bien?

—Oficial, es urgente. Tengo miedo. Estoy en Valys. Por favor, venga cuanto

antes. Le espero.

Le suplicaba. Una parte de Héctor se alegraba porque la modelo podía hacerle partícipe de información importante sobre el caso, pero a la vez tenía miedo por la joven. El descorazonador era un asesino profesional y muy meticulado; si descubría que alguien podía testificar contra él, la vida de la modelo correría peligro. Y entre la satisfacción de avanzar en el caso y la preocupación por la integridad de un testigo, se colaban el deseo, las ganas irracionales de volver a ver a la guapa Diatlova.

—Deme quince minutos. Enseguida llego.

Colgó y se apresuró a vestirse y coger las llaves del coche. Era de noche, no habría apenas tráfico. Si se daba a prisa, llegaría a tiempo.



—Oficial, gracias por venir —dijo Amianka cuando Héctor se acercó a su mesa.

Valys era un local céntrico decorado en rojo y verde pistacho, que cerraba tarde, sobre todo en verano, cuya terraza era un poderoso reclamo para los clientes sedientos del frescor de la noche. El resto del año, los que entraban pasadas las diez buscaban tomar algo después de una sesión en los cines Independencia.

—Para esto estamos, señorita Diatlova —repuso Héctor a la vez que le estrechaba la mano y volvía a sentir esa extraña química que parecía viajar por sus dedos.

Se sentó enfrente y la observó unos segundos. Vestía una falda y un jersey con los que lucía igual de hermosa que por la mañana. Los labios los llevaba pintados con el mismo rojo intenso.

—Llámeme Amianka, por favor. Y... ¿por qué no nos tuteamos? Creo que la cercanía me ayudará a contar lo que sé.

Se la veía algo asustada, pero el oficial todavía estaba bajo el efecto del deseo que le provocaba su presencia.

—Entonces llámame Héctor.

Le sonrió, aunque enseguida le volvió el sentido común y se recriminó esa sonrisa.

¿Qué estaba haciendo? Pese a la hora, era trabajo. «Trabajo», se repitió. Nada que ver con una cita.

—Héctor, bonito nombre.

En labios de ella sonaba diferente, como si la mujer se hubiera deleitado con cada una de esas dos sílabas. El oficial se centró en mantenerse serio y no dejarse distraer por la belleza, los gestos y el acento de la mujer que tenía delante.

—Cuénteme, por favor —dijo ignorando el cumplido.

—¿Cuénteme?

Aún parecía asustada, pero en sus ojos brilló una repentina chispa de diversión.

Héctor exhaló aire con fuerza. Tener como testigo a esa mujer no iba a ser fácil,

para nada.

—Disculpa, cuéntame. ¿Qué sabes sobre Rovira?

La cafetería no estaba muy llena, apenas tres mesas más ocupadas y todas ellas alejadas de la que había elegido Amianka. Además, cosa curiosa, nadie parecía haberse fijado en que había una mujer de bandera en el local y, además, famosa. En cualquier caso, y pese a que nadie les prestaba atención, Héctor se mentalizó para obviar palabras como el fallecido o el asesinato. Esta no era una conversación que le apeteciera tener fuera de comisaría, pero temía que, si le pedía que lo acompañara allí, ella se negara. Ya la citarían para otro día.

—Yo...

Los rasgos de la modelo se oscurecieron. Parecía que el tema no era de su agrado. La mano derecha, la que sujetaba la copa que ya se estaba tomando cuando había llegado Héctor, tembló de manera apenas perceptible.

—Verás, yo... La otra vez te mentí —acabó de decirle con rapidez, como si hubiera tomado carrerilla. Esa expresión culpable, la que el policía le había visto por la mañana, volvió a su rostro.

—Sigue, por favor —pidió él con voz neutra.

Esta vez ya no tenía que esforzarse para que ella no notara cómo le atraía físicamente. La emoción de la caza del asesino, esa que hacía que su trabajo le gustara tanto, había relegado al deseo a un segundo plano.

—Yo... Vivian está muerta. —Le tembló la voz al decirlo y sus ojos brillaron húmedos.

—¿Vivian? ¿Ha habido otro asesinato? —preguntó él con todos los músculos en tensión, en alerta.

—No, no es eso —se apresuró a aclarar—. Vivian es, era... mi gata. Acabo de encontrarla degollada sobre mi cama.

El oficial se relajó de manera visible a la vez que le expresaba sus condolencias por la pérdida del animal. Ella las aceptó con una lágrima solitaria que se le escapó.

—Verás... Llevo meses recibiendo amenazas. Él me acosa. Lo conocí en una fiesta y cometí el error de acostarme con él. Yo... no creas que me acuesto con cualquiera. —Lo miró como si su opinión sobre ella le importara—. Lo que ocurrió fue que estaba de celebración porque una buena amiga de la agencia se casaba y bueno... una copa llevó a otra y al final acabé con él. Cuando le dije que no quería verlo más, él no se lo tomó muy bien. O muy en serio, no sé. El caso es que comenzó a mandarme flores e invitaciones para cenar. Como me negué a todas, comenzaron las amenazas en las tarjetas de las flores y, poco después, los mensajes por teléfono. No sé cómo consiguió mi número; yo no se lo di, desde luego. En las últimas semanas, se volvió como loco. Comenzó a decir que si continuaba rechazándole, nos iba a matar a los dos. —La mujer se estremeció ante el recuerdo—. Yo no sé si en su perturbada cabeza eso nos uniría en la muerte o qué, pero el caso es que nunca había hecho nada más que amenazarme hasta hoy.

—¿A los dos?, ¿a ti y a Eduardo Rovira?

—No. A mí y a él. A Rovira lo conocía desde hacía muy poco. Desde luego, no cuando sus mensajes se volvieron tan macabros y desesperados.

—Lo siento mucho, Amianka. ¿Había alguna nota de tu acosador junto a Vivian?

Al recordar el cuerpo de su gata degollada, los ojos de la modelo volvieron a cuajarse de lágrimas. Ella negó con la cabeza.

—No, pero ponía «puta» con sangre sobre la colcha. Él...

Rompió a llorar. Algunos clientes miraron, pero pronto dejaron de prestar atención. No parecieron identificar a esa mujer llorosa con la cotizada modelo. Héctor apoyó una mano sobre la de Amianka, ofreciéndole consuelo. El tacto de la modelo era suave, muy femenino. El hombre le apretó la mano. Cuando el llanto amainó, continuó contándole. No apartó la mano. Le gustaba tenerla bajo la del guapo policía. Se sentía segura y protegida.

—Tengo mensajes en el móvil. Me acusa de estar saliendo con Edu, de ponerle los cuernos. Y hay más mensajes. Yo... Dios. Yo no sabía lo de Andrej, me fui de allí, de Praga. No supe que había muerto hasta que su compañero me acusó esta mañana de matarlo. Yo... Dios, él también me acusó de estar acostándome con Andrej, y con los otros... Dios, yo... ¡Yo los he matado! —Volvió a llorar, esta vez con más fuerza—. Ha sido mi culpa —dijo entre hipidos—. De verdad que no creía que Rubén pudiera haber hecho algo así, pero no puedo continuar negándolo. ¡Es mi culpa!

Ahora sí los miraban todos los clientes, algunos con curiosidad, otros como si fuera Héctor el causante del llanto. Decidió hacer caso omiso y esperar a que Amianka se serenara. La mujer permanecía totalmente ajena a nada que no fuera su pena y su culpabilidad por no haberse dado cuenta antes y acudido a la policía. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua de pensar que Rubén no era más que un loco obsesionado con ella pero incapaz de cumplir sus amenazas?

—No, no es tu culpa —la calmó él—. El descorazonador es un asesino en serie. Cualquiera, en tu lugar, no lo habría asociado. Nadie piensa que conoce a un monstruo así, créeme —dijo con más vehemencia de la necesaria. Con ambas manos envolvió la de la mujer y la acarició—. Todos creen que eso son solo historias del telediario, que un asesino no es nadie a quien puedan conocer, menos aún si está tan trastornado como este.

Lo cierto era que un enamorado celoso, despechado y obsesionado podría cuadrar con la descripción psicológica general que tenían del asesino. Y, como Katja no le contestaba, él siguió hablándole con voz suave y calmada hasta que la mujer dejó de sollozar y de sentirse tan culpable. Entonces ella lo miró a los ojos, con esos enormes iris grises verdosos y el policía fue consciente de repente de que le estaba sujetando la mano, de que la tenía muy cerca pues ambos se habían inclinado sobre la mesa. La química, la corriente de deseo que circulaba entre ambos, volvió de golpe. La mujer entreabrió los labios y su respiración se volvió más profunda. Héctor se perdió en esa

boca y se imaginó besándola, abrazándola, apretando a la mujer contra su cuerpo, que ahora empezaba a reclamarle mucho más que un beso. El silencio, cargado de anhelo, los envolvió. Ella lo rompió con un susurro.

—¿Sabes que estás más guapo sin uniforme?

Héctor parpadeó. ¿Eran imaginaciones suyas o la modelo también sentía esa atracción? Sin darse cuenta, se lanzó al vacío sin paracaídas.

—¿Puedo volver a verte? Para comer, mañana por ejemplo. Nada que ver con el trabajo, prometido.

La mujer se sonrojó con levedad al escucharlo, como si ella también estuviera imaginando lo que podrían hacer juntos, en privado, sin toda esa gente mirando. Aunque en realidad ya no miraban. No ahora que ella había dejado de llorar y parecían haberse acaramelado, como dos tortolitos que se hubieran reconciliado.

—Me encantaría, pero mañana para comer no puedo, tengo sesión fotográfica desde las once de la mañana y comemos allí. Salgo a las ocho. Dame tiempo para ducharme y descansar un poco. ¿Te parece bien cenar?

El corazón de Héctor se había acelerado. ¿De verdad estaba quedando con una testigo?, ¿mezclando trabajo con placer?

—Muy bien, te paso a buscar a tu hotel a las diez y media, ¿te parece?

—Perfecto. —La sonrisa fue deslumbrante y, al mismo tiempo, prometedora.

El oficial tuvo que hacer un visible esfuerzo para devolver la conversación al tema de las pruebas. Quería los apellidos del tal Rubén y pedirle a la modelo que fuera al día siguiente, a primera hora, a comisaría a declarar. También buscaba la manera de preguntarle si podía ver los mensajes del móvil. En realidad, debía requisárselo y llamar a sus compañeros para que fueran a tomar pruebas en la habitación de la modelo. Si el descorazonador había matado al gato, podría haber dejado alguna pista. De hecho, lo mejor era que en el hotel le asignaran otra habitación a Amianka, para que pudiera dormir. No obstante, sospechaba que tanto para Amianka, que estaba destrozada, como para él, esta iba a ser una noche muy, muy larga.



15

Tras dejar a la modelo en su nueva habitación y a varios compañeros de la científica todavía trabajando en la del gato muerto, Héctor y Arturo salieron a la calle. Caía una fuerte tormenta, así que se quedaron al resguardo que les ofrecía la balconada del edificio.

—Menudo follón por un gato —dijo Arturo mientras trataba de encenderse un cigarrillo con aquel viento—. ¿De verdad piensas que ha sido nuestro asesino en serie? Si ni siquiera le ha arrancado el corazón.

—Si está obsesionado con Amianka y mata por ella, sí —contestó Héctor.

La calle, a esas horas y por el mal tiempo, estaba desierta.

—Así que eso es lo que la chica ocultaba... ¿Por qué será que no me sorprende?

—Te conozco, preferías la otra posibilidad, la de que ella estuviera compinchada con el asesino.

Arturo se encogió de hombros.

—Bueno, era una corazonada, pero no siempre se acierta.

—¿Corazonada? Te cae mal. Por lo de que es más guapa que tu Manuela, ¿recuerdas?

Arturo había llegado al hotel antes de que Amianka se retirara a la nueva habitación, y las palabras que había cruzado con ella no habían sido muy amables. Más bien, había estado a punto de someterla a un interrogatorio. Héctor había tenido que pararle con la promesa de que al día siguiente ella iría a declarar.

—Quizás —admitió—. Pero tú no piensas con claridad al lado suyo y alguien tiene que hacer el papel del poli malo. Verás, yo no tengo tan claro eso de que es una inocente víctima. ¿Quién te dice que ella no ha estado provocando al tal Rubén para que mate? A ver... —Exhaló el humo y se quedó pensando durante unos segundos—. Por ejemplo, imagina que ella quería librarse del primer tipo, Lustig, el de Praga. Pero claro, una mujer tan pendiente de hasta el más mínimo detalle físico como ella

no iba a romperse una uña con algo así. Mucho más sencillo convencer al idiota de Rubén para que lo matara por ella. Ya sabes: «es mi ex y me hace la vida imposible» —dijo con voz de falsete—. O: «tiene unas fotos mías con un hombre casado y me están chantajeando».

—¿No sería al revés, chantajear al casado?

—Da igual, Héctor. Ya me entiendes. El caso es que Amianka pudo haber provocado el primer asesinato, después intentar librarse de Rubén y resultar que este estaba tan pillado por ella que comienza a matar a sus nuevos amantes para dejarle claro que solo puede acostarse con él.

—Lo estás sacando un poco de quicio. Eso no es más que especular.

—Sí, pero tú te me estás mosqueando. ¿Es que un par de piernas largas os sorben a todos el seso? Vale que tenga un polvazo, pero de ahí a morir por ella... —ironizó.

Héctor tomó aire y aguardó unos instantes antes de contestar. Estaba convencido de la inocencia de Amianka, pero su compañero tenía razón: como en cualquier caso, tenían que considerar todas las posibilidades hasta tener pruebas concluyentes. Por suerte, a eso iban, a pedir una orden de registro para el domicilio de Rubén Delgado Martínez. Si allí encontraban el arma de los crímenes o las sustancias rituales, habrían dado por fin con el descorazonador.

En cuanto a la cita que tenía con la modelo... mejor no se lo mencionaba a Arturo. Solo serviría para que para que este insistiera en su falta de objetividad.

En parte, Arturo había acertado con su corazonada: ella ocultaba algo y les estaba llevando al asesino. Fin del tema. Él también tenía una corazonada, una que le decía que a esa mujer tenía que volver a verla. Conocerla mejor. Que si no lo hacía, podría arrepentirse el resto de su vida.

—Mira, vamos a comisaría —propuso Héctor—, te lees bien los mensajes para que veas que lo que sugieres no tiene ni pies ni cabeza, y pedimos la orden de registro. Y, si quieres, compruebas mañana con la compañía telefónica que ella no ha borrado ningún mensaje donde le suplica a Rubén que mate a Andrej Lustig.

—Iba a sugerírtelo —convino Arturo mientras apagaba el cigarrillo—. ¿Vamos?

—Adelántate tú. Antes quiero pasar un momento por casa de mi hermana, para quedarme tranquilo.

—Claro —asintió, repentinamente serio.

Una cosa era meterse con Héctor de manera amistosa a causa de esa modelo que le caía mal —demasiado guapa y superficial para su gusto—, y otra muy distinta recordar que a Lucía su marido maltratador acababa de amenazarla. Una pena que la mujer no hubiera tenido la picardía de darse un golpe y acusar a ese malnacido, pero, claro, algo así no podía sugerírselo a Héctor. Era el mejor compañero que había tenido, incluso a pesar de un pequeño defectillo: era demasiado recto.

No tenía ni idea de cuántos en la comisaría estarían comprados, pero era un hecho. La delincuencia era tan habitual en Zaragoza como en el resto de capitales de España. Robos, violaciones, asesinatos y desapariciones estaban a la orden del día.

Por eso, algunos habían hecho tratos con los jefes de esas organizaciones criminales. La triste realidad era que no daban abasto y, además, la justicia nunca parecía suficiente, aunque las penas se hubieran recrudecido en los últimos años. Por eso, el único modo de seguir aparentando un orden eran esos tratos. Sobornos, los llamaban algunos.

Él nunca había aceptado ninguno. En una ocasión Héctor le preguntó porque tenía sospechas de él. Arturo se había reído de buena gana. Más que compañeros, eran amigos, y por eso le había disculpado esa forma de ver la vida sin la conveniente escala de grises. Héctor era capaz de empezar una cruzada, una que acabaría con él muerto en un desgraciado accidente en el cumplimiento del deber.

No eran buenos tiempos para ser policía... Y desde luego nunca le sugeriría a Héctor que su hermana cambiara el testimonio para conseguir la orden de protección.

Ahora que había vuelto, imaginó que al menos le pediría el divorcio. Desde que Manu desapareció, Héctor no hacía más que aconsejarle que lo pidiera pero por lo visto Lucía no quería ni oír hablar del tema. En todo caso, eran asuntos delicados, así que no añadió nada.

—Ten. —Héctor le pasó el móvil de Amianka—. Así vamos ganando tiempo.

—De acuerdo. Nos vemos en comisaría.

—Gracias.

Héctor se dirigió a su coche, con un par de zancadas rápidas para evitar mojarse demasiado. Su compañero se encendió otro cigarro antes de ir a por el suyo. Diría que había noches que necesitaban una dosis extra de nicotina pero, con la racha que llevaban últimamente, lo que él necesitaba iba siendo otro trabajo, uno que le dejara dormir por las noches y que hiciera que su mujer no se quejara tanto. Por suerte, en unos meses podría retirarse de las calles.



Charles entró en la tienda de los brujos.

El hombre llevaba muchos años trabajando en la científica. Como centinela, le era de lo más útil para poder ocultar cualquier elemento sobrenatural a la policía. Por eso, en cuanto el descorazonador comenzó a asesinar en Zaragoza, movió hilos para poder trabajar en las escenas de los crímenes.

De ese caso, había algo que le llamaba poderosamente la atención: el asesino dibujaba una runa en el pecho de las víctimas. Por eso había acudido a los brujos: necesitaba información.

Charles observó la estancia, llena de estanterías y vitrinas, donde frascos de todos los tamaños, estacas y otros enseres se ofrecían a la venta. Entre el polvo y la escasa luz que proporcionaban las velas, le costó distinguir al fondo a las dos dependientas, quienes apenas asomaban una cabeza por detrás del mostrador. Se acercó a ellas.

—Necesito saber para qué sirve —le dijo a una de las dos mocosas desaliñadas antes de que se ofrecieran a ayudarle.

Una de las dependientas, una niña de unos seis años, cogió la fotografía que le tendía el centinela.

—Por supuesto, señor. Es una foto. Como un dibujo, pero más nuevo. La usan los menores para sus retratos, incluso para los autorretratos. Los llaman selfies, tenemos entendido —expuso la niña con el pulgar metido en la boca—. Pero este está un poco muerto, ¿no?

—Déjame, Annie —dijo la otra, una chica un par de años mayor, que agarraba un osito de peluche andrajoso.

—La runa, por favor —se impacientó Charles.

—Claro, señor —le aseguró con calma, y miró la fotografía. Su rostro palideció aún más, si eso era posible—. Oh, espere un momento, por favor, señor.

Se apresuró a bajarse del taburete sobre el que estaba sentada y el centinela dejó de verla tras el mostrador.

—¿Ocurre algo? Puedo pagar muy bien por la información. —Sacó un fajo de billetes y lo dejó a la vista de la otra niña.

—No, señor. Espérese un momento que enseguida le atendemos —oyó que decía la bruja del osito.

Oyó más susurros y palabras sueltas, que procedían de una cortina raída, donde debía de haberse escondido la bruja. Charles aguzó el oído.

—No puede ser, Doto, no puede ser.

El centinela contuvo la risa al imaginarse a la pequeña hablándole al peluche, cobijada detrás de la cortina. Al poco, regresó acompañada de un chico que parecía tres o cuatro años mayor que ella y cuya altura le permitía ver a Charles sin tener que subirse a un taburete, como acababa de volver a hacer la niña. El brujo tenía la fotografía en la mano.

—Buenas tardes, señor. ¿Puede decirme de dónde la ha sacado?

—Es de una de las víctimas de un asesino en serie que llaman el descorazonador. ¿Qué pueden contarme de la runa? Porque es una runa, ¿no?

—Es complicado. Y ese dinero es tan solo la mitad de lo que cuesta la información.

Contrariado e intrigado a la vez, el centinela sacó del bolsillo del abrigo otro fajo idéntico de billetes de cien y lo colocó sobre el mostrador.

—Muchas gracias —repuso el chico con cortesía, mostrándole los dientes sucios—. Verá, mis superiores no me dejan decir para qué sirve esta runa. Lo que sí puedo contarle es que se trata de una runa nuestra que ha sido modificada.

—¿Desde cuándo vendéis vuestras runas? —se extrañó.

—Ni la vendimos, ni la entregamos.

—¿Entonces? —El centinela sospechaba que la habrían robado y esperaba que el brujo se lo confirmara.

—Entonces nada —contestó, molesto, el brujo—. Es una runa nuestra, poderosa, que ha sido modificada para conseguir un efecto algo diferente al original.

—¿He pagado tanto solo para esto?

—El señor se está enfadando —susurró la niña a su Doto, tan bajo que esta vez tan solo el peluche la oyó.

—Ha pagado un dineral para saber que fue un vampiro quien se la llevó. No va a obtener más información aquí. Mis superiores han sido claros en eso.

Resignado, Charles les dio las gracias, recogió la fotografía y se dio media vuelta. Mientras salía de la tienda, se consoló con la idea de que al menos sabía que se trataba de un vampiro. Algo era algo.

—¿Tiene esa runa? —le preguntó la niña de ocho años al chico una vez que el centinela se hubo marchado. Tenía los ojos abiertos por la sorpresa y algo más.

—Shhh... no es algo de lo que hablemos.

—Shhh —coreó la niña más pequeña, sacándose el pulgar de la boca para ponérselo delante de los labios—. Silencio.



Cuando Héctor llegó a casa de Lucía, fue directo a despertarla. Estaba casi seguro de que Manuel no iba a molestarla tan pronto y menos en plena noche, pero quería explicarle que tenía que irse, que no podía quedarse durmiendo en el salón.

El policía le hizo prometer que no le abriría la puerta a nadie. También revisó todas las ventanas del chalé adosado, para cerciorarse de que estaban bien cerradas. Lucía lo llamó pesado y se burló; ella siempre las aseguraba, porque en aquella zona de casas unifamiliares, en el barrio de Montecanal, ya se habían perpetrado varios robos. Aun así, Héctor prefirió comprobarlo y además le dio a su hermana un aerosol de pimienta. Le pidió que lo acompañara hasta la puerta, para que echara la cadena después de que él cerrara con llave. Lucía accedió, y regresó a la cama con una sonrisa por lo mucho que Héctor se preocupaba por ellos.

No fue suficiente.

Pero eso no podían saberlo todavía.



De vuelta en comisaría, Héctor se unió a Arturo.

—Mira, ya he pasado al ordenador todos los mensajes para adjuntarlos — explicaba Arturo mientras Héctor tomaba asiento al lado—. Ahora estoy acabando de rellenar el oficio para pedir la orden.

En la sala solo se encontraban ellos dos. El móvil de la señorita Katja Diatlova, sobre la mesa, estaba dentro de una bolsa de plástico, debidamente etiquetado como prueba.

—Genial, gracias. ¿Tienes localizado al sospechoso?

—Rubén Delgado Martínez. Vive en María de Huerva. Tengo su dirección. Y no es lo único.

María de Huerva era un pueblo cercano a Zaragoza que creció durante la burbuja inmobiliaria, cuando los compradores comenzaron a alejarse de la ciudad para encontrar precios mejores.

—¿No?

—Mira. —Accionó el móvil de Amianka—. Mientras estaba copiando los mensajes para el informe, llegó uno nuevo.

«Me decepcionas. ¿Ahora te acuestas con un policía? Os he visto en esa cafetería. Eres mía. ¿A cuántos más voy a tener que matar hasta que lo aceptes?».

—Uf —fue lo único que acertó a decir.

Ese policía tenía que ser él. No se había acostado con la modelo —pensado, sí, quizá—, pero había tomado un café con ella antes de que llegara ese mensaje.

—Te noto alterado... —observó Arturo—. Así que te ha sorbido algo más que el seso... —bromeó.

—Arturo, déjalo. No me he acostado con ella, solo tomamos un café después de llamarme asustada por lo de su gato.

—Café, pues. Y si Rubén piensa otra cosa, mejor para nosotros: ya tenemos otro mensaje más para inculparlo.

—Eso es. Venga, te ayudo con el oficio.

Arturo asintió. Pensaban tramitarlo como urgente a través de un juez de guardia, para reunir pruebas y arrestarlo a la mayor brevedad posible, antes de que volviera a asesinar. Pero primero necesitaban la autorización judicial para registrarle la casa.

A pesar de todo el trabajo, no pudieron ir al domicilio del sospechoso hasta la mañana siguiente. Mientras esperaban la orden, una llamada de Lucía les cambió los planes y también hizo que todos los principios de legalidad y justicia de Héctor no valieran nada. Nada. Porque no había sabido proteger a su hermana.



Manuel entró por la puerta principal. No tenía llave, pero tampoco la necesitaba; con la runa adecuada era suficiente. Una vez dentro, volvió a colocar la cadena de seguridad, que había quitado alargando el brazo al entreabrir la puerta. Después, con los pies embarrados y la ropa empapada por la lluvia, se paseó por la casa. Su casa, pues en ningún momento había dejado de ser suya.

Fue a ver a la niña. Dormía con placidez. El vampiro se puso furioso al

contemplar el fruto del adulterio de su mujer. Le hubiera gustado venir antes, molerla a palos en cuanto supo que estaba embarazada para que abortara. Pero no pudo. Roja no se lo había permitido. Ahora, sin embargo, tenía vía libre. ¡Por fin! Así que sonrió con malicia hacia la pequeña inocente y se fue a buscar a Lucía. La mocosa tendría su merecido, pero primero le tocaba a la infiel, a esa zorra que no había dudado en calentar veintiocho camas en su ausencia. Por supuesto, las había contado todas.



Lucía se despertó de repente con ese aliento a alcohol humedeciéndole la mejilla derecha, ese hedor que a veces la invadía en sus pesadillas. Asustada, creyendo que aquello era otro mal sueño, intentó gritar. No pudo. Manuel se había tumbado sobre ella y la inmovilizaba con su peso al tiempo que le tapaba la boca con la mano, con tanta fuerza que le hacía daño. No era la primera vez que la sometía de esa manera, pero no recordaba que su marido tuviera las manos tan suaves.

—No grites, Lucía —susurró.

El aliento, fétido, la habría hecho vomitar de no ser porque el miedo se había adueñado de sus sentidos. El terror, agazapado al final de su columna como un monstruo de garras amarillas, comenzaba a trepar y le recordaba lo que él le había hecho en el pasado, todo el dolor, la impotencia y el miedo que creía haber olvidado.

Allí estaba él para recordárselo y Lucía ya era consciente de que aquello, por desgracia, no era una pesadilla.

—Si gritas, despertarás a tu pequeña. Y tú, zorra, no querrás que se nos una, ¿verdad?

Con la otra mano, la que no le tapaba la boca, su marido comenzó a recorrerle el cuerpo. Lucía se tensó aún más si eso era posible. ¿Es que pretendía violarla? Pero entonces él le dio un rodillazo en el estómago, tan fuerte que se le saltaron las lágrimas y sintió un sabor amargo en la boca. No gritó, ni siquiera sollozó. No podía permitírselo. Nerea vendría y Manu se cebaría con ella, y luego estaba David. Jamás se perdonaría si él acababa haciendo daño o matando a su padre.

Tampoco gritó cuando encajó el siguiente golpe. Consiguió ahogar una súplica horrorizada cuando ese monstruo le arrancó el camisón y comenzó a intercalar goles con humillaciones físicas y psicológicas. No podía ser débil, ya no. El viejo miedo había vuelto, esta vez despojado de todo sentimiento de dependencia o sumisión. Pese a que estaba aterrorizada, pese al dolor, tenía que proteger a sus hijos.

—Sigues siendo tan frígida como siempre —decía el monstruo entre golpe y golpe, cuando la acariciaba.

Ella ya había dejado de escucharle. Solo tenía que aguantar el dolor, soportar la pesadilla y, cuando ese hijo de puta se fuera, sería ella misma la que le pediría a su hermano que lo matara.

La risa, el aliento a alcohol... Terminó. Le retiró la mano de la boca para apretarla y asestarle un beso posesivo y lleno de desprecio. Lucía tenía la mirada perdida, hacia el techo. Quizá fue esa aparente indiferencia lo que lo enrabetó más. La amenazó. Desgranó a placer una suerte de torturas que le practicaría a ella y a la niña si se atrevía a denunciar. Después abrió la ventana y se deslizó en la noche.

Lucía no cayó en la cuenta de que desde un segundo piso no era tan sencillo salir por allí. Tardó tiempo en reaccionar, en ser capaz de moverse. Creía que no tenía nada roto, pero no estaba segura. Puede que Manuel solo hubiera querido asustarla, humillarla.

Él se había ido, pero Lucía sabía que no había acabado. Un vacío carente de emociones se le instaló en el pecho. Dejó que el reloj avanzara una hora y se decidió a marcar el número de teléfono de Héctor.



—Héctor, soy yo —le dijo nada más descolgó este, desde comisaría donde estaba aguardando a la orden de registro.

—Lucía, ¿estás bien? —Héctor se puso en guardia al instante. Era tarde, algo debía de haber ocurrido.

—No. Ha vuelto, Héctor. Me ha pegado y me ha amenazado con hacerle lo mismo a Nerea si yo gritaba. Dios... Creía que me iba a violar. Por favor, ven, te necesito. Ven y luego mata a ese hijo de puta. —Años de ira enterrada por fin emergieron e hicieron temblar su voz.

El policía se puso blanco y casi se le cayó el teléfono. Tardó unos segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, se puso en pie precipitadamente mientras volvía a acercarse el móvil a la oreja.

—¿Llamo a una ambulancia?

—No, tranquilo. Llévame tú al médico.

—Voy enseguida.

Las palabras de Lucía pidiéndole que matara a ese desgraciado le martilleaban la cabeza. Aunque lo intentaba, no se sentía capaz de pensar con claridad.

—Por favor.

Ella no añadió nada más. Tampoco colgó ni lloró. La corriente de furia la había atravesado como una tormenta de verano, violenta y fugaz, y después la había abandonado para dejarla vacía.

Se sentó en la cama, abrazada a las piernas. Las magulladuras empezaron a doler. Se sentía incapaz de moverse o de pensar. Oía, de fondo, que Héctor le pedía a Arturo que avisara a los del SAF y que lo acompañara.

Se quedó inmóvil hasta que su hermano entró en la casa, por la puerta que estaba perfectamente cerrada pero de la cual partían unas huellas de barro, y llegó a su

dormitorio. La cubrió con una manta y la abrazó. Entonces, rompió a llorar.
El monstruo había vuelto y más cruel que nunca.
La diferencia era que esta vez su esposa no pensaba protegerlo más.



16

La noche fue larga, mucho más de lo que Héctor había imaginado cuando Amianka le confesó la historia de Rubén Delgado. Los compañeros del SAF acudieron a la casa de Lucía, a efectuar el atestado. Se ocupó de llevar a su hermana al hospital, a que la examinaran, mientras David se quedaba en casa con Nerea. El pobre chico no dejaba de reprocharse no haberse despertado, no haber tenido la oportunidad de defender a su madre. Nunca había tenido tantas ganas de conocer a su padre, pero no para abrazarlo sino para partirle la cara.

Mientras reconocían a Lucía en el hospital, Héctor no hacía más que darle vueltas a cómo demonios habría entrado Manuel en la casa. Estaba ante otro de esos hechos extraños con los que de vez en cuando se encontraba. Las huellas de barro iban desde la puerta de entrada hasta la cama de su hermana. Estaba claro que había entrado por la puerta principal y que había salido por la ventana del dormitorio. Pero él mismo había cerrado la casa con llave y Lucía aseguraba que había echado la cadena de seguridad de dentro. De hecho, cuando Héctor había llegado, tuvo que usar su llave para abrir la puerta y después alargar el brazo para soltar la cadena. Es decir, que de algún modo ese tío había abierto la puerta, sin forzar la cerradura ni romper nada, y una vez adentro había pasado la cadena.

Ninguno había perdido las llaves, no había más copias. Las huellas se correspondían con el número cuarenta y uno que calzaba Manuel. Y el descorazonador. Al establecer la conexión, Héctor sintió un escalofrío, más aún cuando las huellas le condujeron hasta el dormitorio de Nerea. Eso se lo ocultaría a Lucía, al menos de momento.

Ahora, mientras repasaba el camino de esas pisadas, recordó que de la habitación de la niña iban al dormitorio de Lucía, y allí desaparecían por la ventana. Bajo esta, en el jardín continuaban las pisadas, pero más marcadas, como si hubiera saltado. Había casi cuatro metros de caída, tenía que haberse hecho daño o roto las piernas.

Sin embargo, se había ido caminando y las huellas eran tan uniformes como antes del salto. Después, se perdían calle arriba, donde dejaba de ser posible distinguir las una vez disipado todo resto del barro que la fuerte tormenta de anoche había provocado en el jardín, encharcándolo.

En un examen posterior se percató de que había más pisadas suyas bajo la ventana. Eran anteriores a las del salto ya que estaban parcialmente borradas por estas. Como además iban hacia la entrada principal, Héctor pensó que Manuel podría haber acudido allí antes de entrar en la casa. El motivo no lo tenía muy claro. Quizá había contemplado la posibilidad de entrar por la ventana, pero eso no tenía sentido teniendo llave.

En suma, cómo había conseguido una copia de las llaves junto con el maravilloso salto de casi cuatro metros eran dos interrogantes que Héctor estaba deseando resolver. Tampoco se le quitaba de la cabeza la duda de si Manuel podría ser el descorazonador y, cómo no, su dilema moral. Lucía le había pedido que lo matara y una parte de él, tras encontrarse a su hermana llena de magulladuras, tras recordar huesos rotos de años atrás, deseaba hacerlo. De hecho, ya no le preocupaba pensar que, si le pegaba un tiro, se convertiría en su padre. Para eso hacía falta mucho más que cargarse a un hijo de puta. Sin embargo, Héctor no se había hecho policía para tomarse la justicia por su mano. Por eso, una vez que el médico confirmó que su hermana tenía unas pocas contusiones y alguna herida superficial, decidió que seguiría los cauces legales. Aunque, eso sí, primero le daría a Manuel un poco de su propia medicina.

A la mañana siguiente ya estaba en comisaría hablando con los del SAF, quienes ya tenían la orden de protección tras el juicio rápido que se había celebrado esa misma noche. El juez de guardia había prohibido que ese maltratador se acercara a Lucía o a su hijo, y que residiera en la vivienda familiar.

La policía emitió una orden de busca y captura. Como encontrarle no iba a resultar sencillo —había desaparecido veinte años sin dejar ni rastro excepto por puntuales apariciones en diversas ciudades españolas que habían impedido que sus padres pudieran conseguir la declaración de fallecimiento—, dos agentes vigilarían la casa de Lucía mientras tanto. Héctor mismo, pese a estar ocupado con el caso del descorazonador, pensaba dedicar cada minuto que pudiera a intentar localizar a Manuel. Quería encontrarlo él. Quería molerlo a palos y luego alegar defensa propia.

Sumido en sus pensamientos, Héctor se dispuso a trabajar. Arturo llegó poco después y le preguntó por Lucía. En cuanto Héctor le contó que estaban buscando a su cuñado, Arturo le ofreció ayuda. El veterano conocía muy bien a su compañero y sabía que se estaba arrepintiendo de no haberle dado su merecido a Manuel años atrás. Por primera vez lo creyó capaz de romper sus rígidos esquemas de justicia y legalidad.

—Por cierto... —Se acordó Héctor—. Los de la científica han confirmado que Manuel calza un cuarenta y uno. Hace años era bastante delgado, aunque ahora ha

podido coger peso, y tenía mucha fuerza. Y, desde luego, está demostrando que es un auténtico hijo de puta.

Arturo le miró intrigado.

—¿Crees que puede ser...?

—De acuerdo, sé que no tengo ninguna prueba para afirmar que es el descorazonador y que no basta con que encaje en el perfil. Además, seguramente nuestro asesino será Rubén Delgado. Pero si resultara que no, no estaría de más considerar a Manu.

Arturo se pasó las manos por el cabello corto, pensativo.

—Bueno, lleva veinte años desaparecido. A saber si conocería a las víctimas o tendría algún motivo para matarlas. ¿No será que tienes ganas de cogerlo?

—Sí. Puede ser... —reconoció Héctor.

Arturo sonrió.

—En todo caso, estoy de acuerdo contigo en que no está de más sopesar.

La conversación languideció y ambos volvieron al trabajo. Sin embargo, la culpa angustiaba a Héctor y no le dejaba centrarse, pero debía reponerse, pues en breve tenían que salir para registrar la casa del sospechoso y, si encontraban pruebas, detenerlo. También se sentía cansado a causa de no haber dormido en toda la noche. No obstante, ese era el menor de sus problemas; estaba acostumbrado a pasar más de treinta horas despierto, a causa de las guardias.

Antes del registro quería llamar a la modelo, con la que se había citado a las ocho y media de la mañana. Como ellos tenían su móvil, marcó el número del hotel. Con suerte, aún no habría salido.

—¿Oficial Gascón? — Se la notaba algo apagada—. Todavía faltan cuarenta minutos, ¿no?

—Es cierto, no la llamo porque llegue tarde.

—¿La llamo? ¿No nos tuteábamos? —La mujer intentó reír y, en vez de ello, le salió una tos.

—Disculpa.

Arturo, a su lado, enarcó una ceja. Héctor fingió normalidad.

—Bueno, lo cierto es que tú también tienes que disculparme. Iba a llamarte. Resulta que me encuentro un poco mal y tengo q...

—Perdona, Amianka —cortó él. Con lo de su hermana, no estaba ni para hablar con la guapa modelo—. Te llamaba porque no podemos tomarte la declaración esta mañana. ¿Puedes pasarte por la tarde?

—¡Uh! —exclamó ella—. Lo siento, no sé si recuerdas que tengo una sesión de fotografía hasta las ocho, eso si no se alarga. No sería profesional que faltara a mis compromisos. Pero puedo ir a comisaría después, y de ahí nos vamos juntos. Teníamos una cita...

Su voz, pese a lo que parecía un catarro, se enriqueció con un matiz seductor.

—Bien, pásate cuando puedas. Pero hay que cancelar la cena. Lo siento.

—¿Estás bien?

—Tengo que colgar, hasta luego, Amianka.

La modelo se quedó con la palabra en la boca. ¿De verdad que ese policía acababa de cancelar su cita? Eso era algo totalmente nuevo.

En fin, por lo menos se había ahorrado tener que decirle que se había despertado acatarrada y con mareos, y que prefería dejar la declaración para otro momento.



—¿Cancelar la cena? —le preguntó Arturo en cuanto colgó.

¿Es que Héctor había ligado con la modelo rusa?

—No estoy para cenas. Ni para comentarios mordaces —añadió, en especial pensando en Maira, que lo observaba con interés y parecía a punto de soltar uno de sus chascarrillos.

Increíblemente, se contuvo. Héctor supuso que por el mismo motivo por el cual todos trabajaban en un ambiente más callado y oscuro esa mañana, pero Pedro, que se sentaba dos mesas delante de la suya, aprovechó la oportunidad de expresarle sus condolencias y su apoyo. No le gustaba ver a Héctor trabajando como si no fuera más que una sombra de sí mismo.

—Tranquilo —le dijo—, que lo van a coger, seguro.

Hablaba de Manu, sin duda. Como en ese momento solo se encontraban en la sala ellos tres, Elena y Maira, Pedro se acercó a Héctor.

—No tenía ni idea, de verdad —se refirió al pasado de Lucía—. Cualquier cosa que necesites, tío, aquí estoy.

—Gracias.

—Bueno, ¿y cómo va el caso? —preguntó para aligerar el ambiente—. Tenéis ya al descorazonador, ¿no?

Héctor esbozó una sonrisa triste, mezcla de la culpa y un resurgir de la emoción por estar resolviendo un caso complicado.

—Tenemos un sospechoso más que probable. Ahora vamos a por él.

—Enhorabuena. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—Complicado, ¿no? —dijo Arturo, quien ya se había levantado. Acababan de comunicarle que su equipo, seis policías más y un perro, estaban listos y esperándoles.

—Pf... y tanto. No tenemos nada. Y el asesinato sigue en todos los periódicos: entrevistas al marido, a los parientes, quejas de los demás residentes del barrio porque se sienten inseguros...

—¿Ninguna huella ni resto de ADN? Con el descorazonador es una pesadilla, el tipo es cuidadoso a más no poder —dijo Arturo.

—Sí, tener, tenemos, y muchas. Lo que ocurre es que no consiguen identificar a

ningún sospechoso con ellas.

—¿Un extranjero? ¿Están buscando en bases de datos internacionales?

—Imagino... En todo caso, aquí estoy para lo que quieras. —Pedro volvió a dirigirse a Héctor.

—Gracias. Venga, vamos.

Se despidieron y se dirigieron a los coches y la furgoneta que estaban aguardándoles.



17

El registro no fue tan productivo como le habría gustado a Héctor. No encontraron ropas manchadas de sangre, ni instrumental quirúrgico —como el misterioso separador que se había usado para abrir la caja torácica, pues se negaba a dar crédito a que las marcas fueran de dedos—, ni el arma blanca de bronce con la que el asesino había realizado los cortes. Tampoco el móvil de prepago desde el cual se habían mandado los mensajes a la modelo. Por suerte, sí encontraron escondidos un par de botes comerciales de 250 gramos de sulfato de sodio y de cobre, con los nombres de los productos químicos y su pureza claramente indicados en ambas etiquetas. Como se correspondían con la mezcla que el descorazonador había utilizado en lo que ellos habían denominado como la fase ritual de los crímenes, tomaron los dos botes de plástico como pruebas y se llevaron preso a Rubén Delgado.



—Se empeña en negarlo.

Después de un interrogatorio de horas, Héctor estaba frustrado. Y cansado. Vale que estuviera acostumbrado a hacer guardias, pero el agotamiento psicológico por lo de Lucía lo había dejado sin energía. En cuanto acabara la jornada, después de comer, se iría directo a la cama y solo interrumpiría el sueño para tomarle declaración a Amianka. Nada de citas ni restaurantes, solo regresar cuanto antes a casa de Lucía. Aunque le habían puesto vigilancia policial, no pensaba volver a dejarla sola por la noche.

Para empeorar las cosas, ese Rubén Delgado era un hueso difícil de roer. Afirmaba que no sabía nada de los mensajes de móvil, que solo tenía uno, de contrato, y que ni había matado a nadie ni sabía nada de esos dos botes de productos

químicos.

—Por lo menos no niega que conoce a Katja Diatlova —observó Arturo.

—Está obsesionado con ella. Eso es obvio. Niega haber matado o mandarle mensajes pero bien que nos ha dado detalles jugosos sobre las dos semanas que salieron juntos y se acostó con ella —dijo Héctor con desagrado.

Arturo decidió no replicar. Estaban sentados en una salita dentro de comisaría, acondicionada con sillas y máquinas de café, aperitivos y bebidas.

—Afirma que ella lo dejó sin más, pero Amianka me contó que era celoso y posesivo, y que tuvo alguna salida de tono que le dio mala espina. Por eso lo dejó.

—¿Te lo dijo cuando te tomaste el café con ella?

—Y más tarde, en el hotel, antes de que le asignaran una nueva habitación.

—No pongo en duda que el tío esté obsesionado con la modelo, pero no me cuadra.

—¿El qué? —preguntó Héctor mientras apuraba el café y tiraba el vaso de plástico a la papelera que tenía al lado.

—El asesino —respondió Arturo con la boca llena de un pedazo de bocadillo.

—¿El asesino?

—Su perfil psicológico. Un tipo obsesionado por una supermodelo y que mata por ella podría encajar con lo que tenemos. Pero es que Rubén Delgado no me parece capaz de algo así. Me da la sensación de que no es más que un pringado que conoció a lo que él considera una diosa y que intenta complacerla para que vuelva con él. Mira, la ha seguido por media Europa desde que ella lo dejó. Un pringado con dinero, entonces. Pero nada más.

—Bueno, sus cuentas están casi en rojo. No creo que le haya salido barato seguirla. Ha cogido aviones para asistir a las fiestas más importantes donde Amianka ha estado y en muchas de ellas no ha podido ni entrar. ¿Tú le has escuchado bien? Decía que sabía que ella iba a estar allí y que estar esperando a que la modelo hiciera acto de presencia, para verla de lejos, era suficiente. A mí eso me suena a estar muy obsesionado.

—Sí, eso no te lo niego, pero solo está obsesionado. Un tipo así, por cómo me lo imagino tras interrogarlo, no es un asesino frío. Es que me parece demasiado poca cosa. Quizás podría haber matado a alguien, un amante quizá, en un arrebato, pero todo eso de arrancar corazones... Además, él dice que ella lo llamaba de vez en cuando, que le volvía a dar esperanzas y que por eso la seguía.

—¿Y crees la declaración del que posiblemente sea el asesino en serie más sádico de nuestras carreras? —Héctor le miró extrañado—. También a mí me parece poca cosa, pero resulta que cursó tres años de medicina antes de dejar los estudios para ponerse a trabajar como comercial. Y si tiene los conocimientos y el móvil, bien podría estar fingiendo para hacernos dudar.

—No, no le creo, ¿vale? —repuso un poco a la defensiva—. Solo digo que no me cuadra y que tenemos que investigarlo. Cuando interroguemos a Diatlova, quiero

preguntarle por qué llamaba a Delgado para decirle que lo echaba de menos. Y quiero que la compañía telefónica nos dé un registro de las llamadas que Delgado recibió tanto en el móvil suyo de contrato como en su número fijo. Eso no quiere decir que ella lo acicateara para que matara —añadió al ver cómo se tensaba Héctor—, solo que quizás no es tan ingenua como te la figuras y quizás le gustaba tener un fan así, como los de las estrellas, uno que la siguiera a todas partes.

—De acuerdo. Tienes razón. Quizás no esté siendo objetivo del todo.

—No te preocupes, es normal. Estás deseando que llegue la hora de irse a casa.

—Bueno ¿algo nuevo sobre el arma del crimen? ¿Han conseguido datarla?

—No, nada —contestó Arturo mientras daba un último mordisco al bocadillo—.

Pero mientras interrogábamos a Delgado sí que ha llegado algo curioso sobre las marcas que el asesino les graba en el pecho antes de abrírsele.

—Cuenta.

—Resulta que podrían ser algo más que un dibujo ritual. ¿Recuerdas que cuando mataron a Agüero en Casetas mandamos una copia de la reconstrucción de ese dibujo a varios catedráticos de Historia del Arte?

—Sí.

—Bueno, pues parece que uno de ellos lo había visto antes, pero no sabía dónde. Por suerte, anoche se le encendió la luz y lo recordó.

—¿Y qué es? —El interés hizo que Héctor se olvidara un poco del cansancio.

—Es una estatua griega del siglo v antes de Cristo que encontraron en una villa de Pompeya. En la palma tiene grabados unos trazos muy parecidos a los que realiza el descorazonador. La estatua pertenece a un lararium, un altar que se colocaba en las antiguas viviendas romanas para realizar ofrendas y orar. Dicha mujer era un lar, es decir, una diosa que protegía a la familia, incluidos los criados. Como dato curioso, en esa villa encontraron a los criados muertos por la erupción del Vesubio, pero no a la familia romana. Por eso el catedrático ha recordado dónde había visto antes el dibujo. Cuando le contaron la anécdota hace unos años, estuvo bromeando con unos colegas sobre el hecho de que esa divinidad parecía haber sido selectiva en a quién salvaba y a quién no.

—Humm... Curioso. ¿Tienes alguna fotografía de la estatua?

—Sí, el catedrático me la ha enviado. Luego te la enseño. Verás que el dibujo es igual, pero con menos líneas.

—¿Como si nuestro asesino lo hubiera tomado de base para el suyo?

—Eso es.

Héctor se rascó la barbilla, pensativo. Quizás ese grabado en la palma de la estatua significara algo o era su seña de identidad. Tenían claro que el descorazonador actuaba de manera ritual; quizás perteneciera a alguna secta o creyera en antiguos dioses griegos, si es que el dibujo realmente hacía referencia a alguna divinidad. En todo caso, con ese dato tampoco avanzaban demasiado.

Arturo, que no acababa de tener claro que el sospechoso arrestado fuera el

asesino, había archivado lo de la estatua en su memoria, por si en algún momento podía conectarlo con alguna otra pista y, así, llegar hasta el descorazonador. Todo ello sin perder de vista a Diatlova, de la que presumía que era mucho más que una simple víctima.

—Bueno, ya lo averiguaremos. Por cierto... —dijo Arturo, al acordarse de la modelo—. Tenías razón en el asunto de los mensajes del móvil de Amianka. No ha borrado ninguno de Delgado, me lo ha confirmado la compañía telefónica.

—Ya te lo dije. —Se encogió de hombros.

Arturo asintió.

—Si te parece —continuó Héctor—, como por ahora no tenemos nada definitivo contra Rubén Delgado, voy a investigar lo que te conté el otro día, si alguien más pudo estar presente en todas las muertes.

La experiencia le había demostrado que cubrir todo el abanico de posibilidades solía dar pistas inesperadas.

—Perfecto. Y si no encuentras a nadie, ya sabes: la modelo es la culpable —bromeó, pero solo a medias, porque estaba convencido de que no podían fiarse de esa mujer.

—Sí, hombre, como que iba a tener la fuerza suficiente... Por no hablar de los conocimientos médicos y de algún motivo. Además, si alguien con tanto dinero como ella quisiera matar, no tendría más que contratar a un profesional y pedirle que lo asesinara cuando ella estuviera bien lejos, no en la misma ciudad —dijo con cierta acritud.

—Vale. Captado. Dejo el tema.

Dio un último sorbo a la Coca-Cola, tiró la lata a la papelera y se puso en pie. Estaba empezando a resultarle molesto que compañero defendiera tanto a Diatlova.

—¿Volvemos? —se limitó a sugerir.

Héctor asintió y se puso al lado de Arturo. No le había gustado que acusara a Katja. En todo caso, ya no había sitio en su día a día para ella, pues la preocupación por Lucía lo ocupaba todo. Por eso, lo de volver al trabajo le pareció genial. Estaba deseando transcribir la declaración de Delgado, algo sencillo y mecánico que le impediría pensar en su hermana hasta que por fin acabara su jornada y pudiera irse con ella.



18

—Tío, ahora que mi madre y Nerea están viendo la tele, quiero hablar contigo —le pidió David a Héctor.

El policía se encontraba en la cocina de Lucía, preparándose un café tras haber dormido unas tres horas esa tarde. Eran ya cerca de las ocho y, a causa de haberse acostado un rato, aún se sentía más agotado.

—¿Es sobre tu padre? —le preguntó a la vez que cogía su taza y, resignado, se sentaba en un taburete.

Su sobrino asintió y también tomó asiento.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Hace un par de días yo solo sabía que se había marchado y, de repente, es una bestia que viene y le da una paliza a mi madre. Quiero saber quién es, su pasado, todo.

Héctor lo miró muy serio durante unos momentos.

—Viene de una familia muy normal, de clase media tirando a humilde. Cuando estaba con tu madre, trabajaba en una cadena de montaje. No tiene casa conocida excepto esta, por eso hemos investigado a todos sus familiares. Los padres murieron hace unos años, víctimas de un atraco. También estamos hablando con sus antiguos compañeros de trabajo. Quizá alguno sepa por qué desapareció o a dónde. Por ahora no tenemos nada, es casi como si se lo hubiera tragado la tierra durante los últimos veinte años. Ni siquiera las ciudades donde fue visto nos dan alguna pista, pero te aseguro que vamos a encontrarlo.

—Quiero ir contigo cuando tengáis algo. Quiero verle. Quiero hablar con él.

—No te recomiendo que te tomes la justicia por tu cuenta.

—¿Me estás diciendo que tú vas a entregarlo, sin más, para que dentro de unos años salga de la cárcel y vuelva a pegarle a mi madre?

—No. —Le miró muy serio—. Te estoy diciendo que me dejes a mí.

—Tenemos dos policías en la puerta, mi madre tiene el cuerpo lleno de morados y le han recetado sedantes para que pueda tranquilizarse un poco. Entenderás que no puede quedar libre. No sé por qué se fue hace veinte años, pero no quiero que mi madre se pase el resto de su vida con miedo a que decida volver otra vez a cumplir todas sus amenazas —explotó, cabreado.

—No, tranquilo. —Le puso una mano en el hombro—. Y baja la voz, no vayan a oírte. Yo me encargo, ¿de acuerdo? Yo me encargo.

Pero no como su sobrino creía. No iba a matarlo. Sí iba a darle una paliza que le traería, problemas si no conseguía arreglarlo para que pareciera una pelea y que había empezado Manuel. No sería agradable. Sacudió la cabeza, para olvidarse del asunto. El café estaba al lado, intacto y enfriándose.

—No le habéis dicho nada a la abuela, ¿verdad?

Héctor estaba inquieto por si le llegaba alguna información a su madre, internada en un psiquiátrico, y que el disgusto empeorara su estado de ánimo.

—No, no quiero preocuparla.

—Y esa es otra.

—No, David. No vamos a hablar ahora de mi padre.

—¿No crees que ya vale de secretos? —Se plantó.

—No soy yo quien debe contártelo.

—¿Pero qué pasó? Se supone que murió asesinado en el cumplimiento del deber. Venga, por favor.

Algo en el policía, al enfrentarse a la necesidad de saber de su sobrino, hizo que recordara su infancia, cuando él y Lucía vieron por accidente aquellas fotos que sostenía su madre, fotos con de padre y esos cuerpos adolescentes carentes de vida. Ese fue el día en el que todo se rompió. Aunque él lo intentó, Lucía nunca quiso volver a hablar de ello. Incluso negaba haber visto esas imágenes u oír a su madre llorar y contarles todas esas cosas horribles. Por aquel entonces él tenía seis años, uno menos que Lucía, y a diferencia de ella no fue capaz de fingir que nunca había pasado. Quizá era lo más recomendable, protegerse de las locuras que su madre profería acerca de una mujer de fuerza sobrehumana y con colmillos que había entrado en casa para darle todas esas fotografías y tener una charla. Más que recomendable, pues a su madre, que intentó suicidarse, la tacharon de loca. Pero cuando creció, Héctor supo separar la verdad del fruto de un *shock*, al contemplar todas esas imágenes sangrientas.

Lo primero que hizo al entrar en el cuerpo, de la forma más discreta posible, fue investigar el asunto. Descubrió que la historia era cierta, y tuvo que volver a enfrentarse a la peor fotografía, la de su padre muerto con los genitales mutilados. «Se los ha hecho comer», había gritado enloquecida su madre.

Lucía se empeñó en olvidarlo todo, pero él no pudo, porque sabía que eran verdad. En el cuerpo encubrieron a su padre, taparon el escándalo que podría suponer un policía comportándose como el peor de los criminales. Los compañeros que

conocieron los hechos ya estaban jubilados o muertos. En esos momentos, tan solo algunos altos mandos estaban al tanto de lo ocurrido. Por eso ningún compañero juzgaba a Héctor, por eso su vergüenza la llevaba solo por dentro.

—Él no era el buen policía que crees. Más bien se aprovechaba de su puesto para encubrir sus propios delitos —dijo con gravedad.

—¿Qué?

—Eso. No voy a contarte más. Es tu madre quien debe hacerlo.

—Lo que veo es que en esta familia os encanta contar mentiras. ¿Qué?, ¿hay algo que deba saber sobre el padre de mi hermanita? Quizás sea un traficante o esté muerto.

—No. Él está de verdad en Argentina y es cierto que no quiere saber nada de su hija. En eso no te hemos ocultado nada. Y ahora, David, por favor, tranquilízate. No querrás que tu madre te oiga.

El chico respiró hondo. Había elevado la voz y estaba pagando la frustración contenida con su tío.

—Está bien —dijo tras unos segundos—. Pero esto no ha acabado. En cuanto mi madre esté mejor, nos reunimos los tres y responderéis a todas mis preguntas.

—Es justo —convino Héctor.

—Gracias —repuso David.

Antes de volver al salón, sacó una cerveza de la nevera. Necesitaba tranquilizarse.

Héctor probó el café, frío, y lo metió en el microondas. Los sucesos de aquel día volvieron a atormentarlo, pero los venció con recuerdos más amables, de la gente agradecida a quien había salvado, acciones buenas para contrarrestar los asesinatos y violaciones que había cometido su padre. Algún día lograría equilibrar la balanza.



19

Pasaban de las ocho y media cuando Héctor volvió a comisaría. Las luces de las farolas alumbraban una noche despejada, sin nubes. Amianka ya estaba esperándole cuando llegó, charlando tranquilamente con Elena mientras Arturo la observaba con el ceño fruncido. Se disculpó por el retraso y pasaron a la sala anexa para la declaración. A diferencia de cuando interrogaron a Delgado, no había ningún abogado presente.

—Muchas gracias por venir.

Llevaba un vestido corto que le realzaba las largas piernas. Estaba elegante, espectacular, aunque Héctor no estaba para perderse en sus ojos.

—Qué menos —sonrió ella—. Gracias a vosotros por librarme de ese acosador.

—Bueno, le informo de que vamos a grabar la conversación —intervino Arturo.

La mujer, sin mirarle, asintió.

Comenzaron con el protocolo de los datos: nombre completo y número de pasaporte. Después, le pidieron que narrara los hechos y ella les dio una versión de su pasado con Rubén Delgado similar a la que le había contado a Héctor, si bien un poco más extensa.

—Entonces, lo conoció en una fiesta y salió con él un par de semanas hasta que cortó al no gustarle su comportamiento celoso y posesivo, ¿no? —le preguntó y resumió Arturo.

—Sí, eso es.

—¿Y no volvió a verlo ni a hablar con él?

Katja dejó de centrarse en Héctor, que parecía absorto en sí mismo, nada que ver con la cercanía de la noche anterior, para dirigirse a Arturo. El oficial la escudriñaba con desconfianza. En su carrera como modelo, se había encontrado con hombres así, que la juzgaban por su trabajo y por su físico, creyéndose sin duda superiores a ella. Enarcó una ceja mientras le contestaba.

—Verlo sí. Rubén se presentaba en algunas de las fiestas a las que yo iba, las que anunciaban la prensa o las redes sociales. Al principio lograba entrar, siempre conocía a alguien que le dejaba pasar, pero luego, cuando aclaré que no lo quería dentro, se limitaba a esperar a que yo entrara o saliera. Y hablar... Bueno, en esas fiestas se me acercó para reprocharme que ya no quisiera verle. —Su voz se estremeció.

—Rubén Delgado afirma que usted lo llamó por teléfono para invitarlo a esas fiestas —adujo Arturo, muy serio.

—¿De verdad dice eso? —Se horrorizó ella—. Ese hombre es una pesadilla. Me acosa, ha matado a mi gato, y también a Edu y a los demás. —Rompió a sollozar—. ¿Y ahora dice eso? Héctor... —Lo miró llorosa, buscando apoyo—. Te aseguro que yo jamás alentaría a alguien así. Llevo meses viviendo en silencio con sus mensajes, sus amenazas...

—¿Y por qué no lo denunció? —preguntó Arturo inflexible, para impedir que Héctor se lanzara a consolarla.

—Porque no es la primera vez que me topo con alguien así. Suelen ser inofensivos. Solo eso, promesas de amor y amenazas si no estoy con ellos. Va con mi profesión —contestó amarga y todavía entre lágrimas.

—Disculpe, Amianka, sabemos que esto es difícil para usted —intervino Héctor—. En el breve tiempo que estuvieron saliendo, ¿le contó algo sobre algún lugar especial para él? —Héctor pensaba en el arma de los crímenes, que aún no habían encontrado, y buscaba una pista que les llevara a ella.

—No. Lo cierto es que no, lo siento.

—¿Hay alguien que fuera testigo de alguna de esas salidas de tono que usted refiere mientras salían juntos? —le preguntó Arturo.

—Bueno... —Se quedó pensativa unos segundos—. Lo cierto es que sí. Ya les he contado que lo conocí en Benidorm hace casi tres meses. Una vez habíamos quedado tras una de mis sesiones de rodaje, casi de madrugada porque estaba grabando una escena que transcurría por la noche. No sé si verían el anuncio de televisión, el del perfume donde salgo del mar bajo la luna llena.

Héctor y Arturo asintieron.

—Bien, pues él, en vez de esperar entre bastidores a que yo acabara, se presentó allí y paró el rodaje porque no le gustó que Alfredo me besara.

El anuncio, efectivamente, acababa con la modelo besando al hombre trajeado que la había visto salir del mar.

—Intentó montar un número y fue horrible. Por suerte, los de seguridad intervinieron enseguida y no llegó a filtrarse a la prensa. Después de eso, corté con él. Si quieren testigos, hay unos cuantos —dijo, dolida por la desconfianza del oficial.

—¿Puede darnos nombres, por favor?

La mujer, tras fulminarlo con la mirada, le enumeró algunos.

—Una última cosa, Amianka —dijo Héctor—. ¿Sabe si Rubén podía tener

motivos para querer vengarse de alguno de los asesinados?

La mujer dejó caer sus párpados al escuchar la pregunta. Cuando los alzó y le miró, parecía interesada.

—¿Vengarse? No que yo sepa. Como no fuera porque él se montó sus propias películas y se creyó que Andrej le quitaba la novia...

Aunque Amianka no se había acostado con Andrej, había cortado con Rubén antes de comenzar a trabajar con el fotógrafo checo.

—Durante el tiempo que estuvieron saliendo juntos, ¿mencionó a Andrej Lustig o a alguna de las víctimas? —le preguntó Héctor.

—No.

—Dígame, señorita Diatlova —intervino Arturo—, ¿dónde estuvo la noche del quince de septiembre a las doce y quince minutos de la madrugada?

Katja entreabrió los labios como si fuera a decir algo y después los cerró. Cuando había accedido voluntariamente a prestar declaración no se imaginaba esto. ¿En serio creían que ella podía estar implicada? Miró con altanería al oficial, pues sabía que no tenía por qué contestarle.

—¿De veras quieren saberlo? A parte de en Praga, no tengo ni idea. ¿Cómo voy a acordarme de dónde estaba hace dos meses por la noche? Tendré que preguntar a mi agente, que es quien organiza y lleva mi agenda. Si no estaba en ninguna fiesta o trabajando, entonces imagino que dormir. Sola. Por esas fechas no estaba con nadie, de eso sí que me acuerdo.

Arturo le sostuvo la mirada sin inmutarse y continuó interrogándola.

—¿Y la noche del nueve de octubre a las cinco y media de la madrugada?

—Con mi monitor de pilates. Estoy segura porque por esas fechas estaba trabajando en Madrid y, como tenía que estar en el estudio a las ocho, madrugaba para hacer algo de deporte. Quedaba con Adam a las cinco todas las mañanas.

—¿Su apellido?

—Carter.

—Muy bien. ¿Y la noche del veintinueve de octubre a las dos de la madrugada?

—¿Era jueves, viernes o sábado? Porque recuerdo que a finales del mes pasado tuve tres fiestas seguidas aquí, en Zaragoza.

—Era viernes.

—Pues entonces ya lo saben. Pregunten a mi agente más datos de la fiesta, pero me marché tarde de todas ellas, pasadas las cuatro de la madrugada. Seguro que hay un montón de invitados que pueden confirmar que charlaron un rato conmigo.

Arturo asintió, algo contrariado, y continuó preguntando. Héctor, por su parte, parecía que ya se esperaba que alguien como Katja Diatlova tuviera una ajetreada vida nocturna y que por ello tuviera coartadas.

—De acuerdo. ¿Dónde se encontraba la noche del diecisiete de noviembre a las tres de la madrugada?

—Es decir, anteayer. Bueno, esto ya es más sencillo. Estaba en mi hotel,

durmiendo. Tenía sesión fotográfica a la mañana siguiente. Ya saben —añadió con ironía, aunque solo miraba a Arturo—, el típico sueño reparador para estar perfecta.

—Muy bien, señorita Diatlova. Por nuestra parte eso es todo. ¿Algo más que usted desee añadir?

—No, por mi parte también eso es todo.

—De acuerdo, muchas gracias.

La mujer suspiró con exasperación de manera ostensible. Menos mal que había ido allí para ayudarles a coger a Delgado... Se pasó los dedos por las sienes, donde ejerció una breve presión, y miró a Héctor.

—¿Aún estáis grabando?

—No, ya no.

—No sé a qué ha venido esto —le reprochó—. Se suponía que yo venía aquí a ayudaros, no a que me interrogarais como a una sospechosa.

Arturo fue a decir algo, pero Héctor, temiendo que se tratara de un contundente «es que lo eres», se le adelantó.

—Discúlpanos, es el procedimiento rutinario. Pero te aseguro que en ningún momento se me ha pasado por la cabeza que tú puedas ser la asesina.

—Vale, es un alivio —le sonrió.

Prefirió no ver cómo reaccionaba Arturo, porque él sí sospechaba. Por algo acababa de interrogarla y, aquella vez en el hotel, poco menos que la acusó de cometer los crímenes.

—Bueno, gracias otra vez por venir, Amianka —zanjó Héctor, serio, sin devolverle la sonrisa; pues seguía demasiado preocupado por Lucía como para relajarse siquiera un poco.

—A vosotros por detenerlo. No podría dormir tranquila sabiendo que anda libre.

—Siento decirte que en realidad solo lo podemos retener setenta y dos horas. Le hemos pedido al juez que nos dé cuarenta y ocho más, para continuar buscando pruebas concluyentes contra él. Si tenemos éxito, entonces ya no tendríamos que soltarlo.

—¿Pruebas concluyentes? ¿Es que mi declaración no es suficiente? Yo testifico ante el juez si hace falta. —Empalideció ante la idea de que su ex amante fuera puesto en libertad.

—Lo lamento. Nos faltan pruebas.

Les habían llegado los análisis de los sulfatos encontrados en la casa de Delgado, y se correspondían con los hallados en los cadáveres, pero se trataba de preparados comunes que cualquiera podría haber comprado. No era suficiente para inculparlo. Menos aún considerando que ambos botes estaban cerrados, todavía con el precinto comercial. Además, Delgado no tenía antecedentes y no podían demostrar que hubiera sido él quien le había mandado esos mensajes a la modelo.

—Vaya... —dijo Amianka, preocupada.

—Bueno, ¿te apetece un café de máquina? Vas a tener que esperar mientras

preparo e imprimo tu declaración para que puedas firmarla.

—Sin azúcar, gracias.

Pese a que se veía que le asustaba la idea de que Rubén fuera puesto en libertad, se esforzó en ofrecerle una sonrisa, pero en cuanto el guapo oficial se marchó y la dejó a solas con Arturo, la borró. Ya no era la mujer vacilante, temerosa y preocupada. Se acomodó en la silla, cruzó las piernas y acodó el brazo en el respaldo. Se quedó mirando a Arturo con descaro. Arturo frunció el ceño y ella le obsequió con una sonrisa radiante. El policía se puso en guardia. Estaba seguro de que esa mujer no era de fiar. En ese momento, Héctor entró con el café e interrumpió sus reflexiones. Él aprovechó para salir y ponerse a trabajar en la declaración.

Esa modelo era irritante. Estaba claro que se comportaba de manera muy diferente según con quién tratara. ¿Qué pretendía? ¿Hacerle pensar que ocultaba algo para que él siguiera sospechando y acabara mal con Héctor? Pues lo primero estaba consiguiéndolo, porque no se pasaba sin más de lagrimitas a insinuar que ella sabía algo más y le llevaba ventaja. Comenzó a transcribir la declaración mientras juraba entre dientes. Por suerte la compañera que estaba allí era Elena y no Maira. Maira habría intentado enterarse de qué pasaba. Seguro. Elena, sin embargo, se limitó a preguntarle si todo iba bien mientras continuaba con su trabajo. Un encanto de mujer. Nada que ver con la irritante modelo que estaba en la habitación de al lado.



—Ten, sin azúcar —ofreció Héctor—. Yo me vuelvo a la otra sala. Puedes quedarte aquí y, en cuanto tengamos tu declaración, la lees, firmas y ya no te molestamos más.

—¿Y te vienes conmigo a cenar?

—Lo siento, ya te dije que no puedo.

—No muerdo —intentó bromear ella.

Él se rascó la barbilla un instante, mientras consideraba cómo explicárselo.

—Es por mi hermana, lo está pasando mal y me necesita.

—Oh, lo siento. No lo sabía, yo... ¿Puedo ayudarte?

Héctor dejó de evitar sus ojos y la miró; vio allí una mezcla de pena con lo que parecía genuina preocupación por él.

—No, gracias. —Se le escapó una sonrisa.

Realmente era una lástima no poder irse a cenar con ella.

—Bueno, no pasa nada.

Sacó una tarjeta del bolso y anotó nueve dígitos en el reverso. La tarjeta era de un restaurante céntrico. Se la tendió.

—Cenaré allí toda la semana. Sobre las diez. Así que, cuando puedas o te apetezca, te pasas. Te he anotado también mi número de teléfono. Es el mismo de antes, he hecho una copia de la tarjeta.

Dudó si cogerla pero, como no quería ser descortés, alargó los dedos y sujetó la tarjeta. Ella le sonrió y, por un momento, su corazón pareció olvidar la preocupación y latir raudo junto al de ella. El momento pasó. Se guardó la tarjeta en un bolsillo y, educado y distante otra vez, le pidió que esperara mientras le traían la declaración.

Ella asintió y lo miró con pena mientras salía de la estancia. De verdad que tenía ganas de tener una cita con él, de conocerlo mejor. Sonrió para sí mientras aguardaba, imaginando cómo sería cenar con el oficial. Tenerlo para ella. Sin preocupaciones, sin trabajo, sin nada que los distrajera.



20

Volvía a llover. Esta vez, sin embargo, más que una tormenta era una llovizna suave, de las que tan empapan poco a poco, por descuido.

La vampiresa caminaba por la ciudad con paso decidido. Se había vestido con unos vaqueros, una cazadora de cuero y un jersey; calzaba unas botas New Rock de modelo unisex. A través del prestamista, había concertado una reunión con sus matones y quería dar una imagen de fuerza. Una parte de Roja estaba deseando que el encuentro fuera mal, que intentaran encadenarla a ella. Sin embargo, no pensaba arruinar lo que era una posición neutral con el prestamista a cambio de una lección. Si hubiera sido cualquier otro de sus vástagos... Ah, aquella vez en Atenas cuando masacró una villa entera porque encontraron la guarida subterránea donde uno de ellos se resguardaba del día y la destrozaron... Pero ahora se trataba de Manuel y, con sinceridad, se lo había buscado él solito. Mira que pedir dinero prestado a los brujos... Creía que lo había educado mejor.

Repasaba las ventajas de liberarlo y de, por fin, dejar de encargarse de él, mientras caminaba por el paseo Sagasta hasta que alcanzó el portal que buscaba. El prestamista había comprado un bloque entero de edificios en esa zona tan cara de la ciudad. Sin sentirse para nada impresionada —ella poseía palacetes repartidos por todo el mundo—, Roja llamó al timbre. Supo que la escrutaban a través de la cámara y sonrió, como si lo encontrara divertido. Abrieron la puerta y entró. El conserje, que estaba en el patio de entrada, la saludó con respeto desde su escritorio. Ella movió la cabeza en señal de reconocimiento y se dirigió al ascensor. El espejo, por delante del cual pasó, no la reflejó.

Una vez en el tercer piso, la vampiresa salió a un rellano de decoración ostentosa y carente de elegancia, para su gusto, que daba a dos puertas. La de la derecha estaba abierta. Una chica humana la aguardaba en la entrada. Se inclinó ante la vampiresa y le pidió que por favor la siguiera. A través de un pasillo rebosante de cuadros, caminó

sobre una mullida alfombra y accedió a una amplia estancia. Roja, sorprendida, enarcó una ceja. No encontró a un grupo de magos con ganas de pelea, sino a un hombre que emanaba poder. Era un simple menor, pero su presencia, su pose, la manera en la que la observaba sin inmutarse, definitivamente su carisma, llenaban la estancia.

La vampiresa sonrió para sí. La inmortalidad a veces era aburrida y el hombre que tenía en frente le resultaba, como mínimo, interesante. Amplió su sonrisa, pero esta vez para obsequiársela al prestamista.

—Lavinia, hija de Assaracus de Dardania, un placer conocerla en persona.

Ella le miró intrigada. ¿Cómo conocía su nombre de humana? Había pasado tanto tiempo que ya nadie la llamaba así. Creía que, excepto para su creador y algunos otros vampiros allegados a este, nadie lo sabría.

—Estoy en desventaja, me temo, señor... —dijo, dando a entender que no conocía ni su nombre.

En realidad, si ella hubiera llegado a imaginar que iba a verse con el prestamista en persona, habría movido hilos para indagar más sobre él. Solo sabía que era una figura que en los últimos años estaba moviéndose en el submundo de la mafia. Nadie le había contado de dónde venía o quién era. Pero claro, Roja no se había tomado la molestia de investigarlo. Todavía.

—Aitor —repuso, al tiempo que se ponía en pie y se dirigía hacia ella—. Encantado.

—Igualmente.

Roja estrechó la mano que él le tendía y tomó asiento en un sillón tapizado en terciopelo rojo, justo enfrente de donde él había estado sentado.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó mientras se dirigía a un mueble bar.

—No le diré que no a una copa de coñac.

Aitor eligió una botella de Courvoisier y llenó dos copas. Era un hombre alto y fuerte, de manos grandes. Llevaba un sello de oro en una de ellas. Sin embargo, cogió ambas copas con delicadeza y ofreció una de ellas a la vampiresa. Ella le rozó los dedos al cogerla y le dio las gracias. Le gustaba el rostro de Aitor. No era especialmente guapo pero, a causa de la intensidad de su mirada, le resultaba muy atractivo. Sí... e intrigante. A él no querría intentar convertirlo, sería una lástima perderlo en el proceso.

Aitor se sentó frente a ella. En medio quedaba una ornamentada mesita baja de madera. Tomó un sorbo de su bebida y la contempló con una chispa de interés.

—Debo confesar, señorita Lavinia, que no me la imaginaba así.

—¿Así? —Intercambiar cumplidos con el prestamista sin duda era más agradable que utilizar amenazas—. ¿Es por mi apodo? Le aseguro que puedo ser de lo más cruel, sanguinaria e inflexible.

De hecho, lo de Roja le venía de aquella vez en Roma. Había llenado con la sangre de su familia la piscina de la residencia de uno de los senadores más

influyentes. Cuando la guardia fue a por ella, les pidió la cabeza del senador pues este había azotado a una descendiente humana suya.

—No lo dudo. Me disculparé la pequeña triquiñuela de hacerle creer que iba a encontrarse con mis hombres. Comprenderá que habría sido una descortesía por mi parte no venir a conocerla en persona.

—Considerando lo escurridizo que dicen que es, lo poco que se deja ver, lo considero una muestra de su deseo de colaboración.

—Colaboración... —Se rio. Tenía la voz profunda. Le recordó a la de Lammak y cómo solía gustarle su risa—. En realidad, lo que yo quería era esta entrevista, tener la oportunidad de hablar con usted.

—¿Y para eso tiene que darle una paliza a mi vástago? ¿No valía una llamada a mi secretaria?

—¿Y habría venido?

Ella se echó a reír. Por suerte para el prestamista, no se parecía en nada a cómo era hoy en día su creador. Más bien al contrario.

—Lo cierto es que no. No es nada personal, pero pocos humanos llaman mi atención.

—Entonces, mis disculpas por los inconvenientes causados a su protegido.

—Eso estuvo un poco fuera de lugar.

Roja estiró los labios, dejando ver parte de sus colmillos. Ese mafioso no podía olvidar ante quién estaba.

—Lo menos que puedo hacer es olvidar la deuda.

—¿Para deberle yo una? No...

La vampiresa cogió el maletín de cuero que había dejado a su lado, en el suelo, y lo puso sobre la mesa. No lo abrió.

—Aquí está todo lo que Manuel le debe, intereses incluidos.

—Gracias, entonces.

—Eso no es todo.

La mujer apartó la mano del maletín y se la llevó al cuello. Empezó a jugar con una gruesa cadena de plata con un colgante de calavera. Su aspecto informal contrastaba con el del prestamista, que vestía un traje de corte impecable. Era una pena que ella hubiera esperado encontrarse a sus matones, para los cuales había preferido esa ropa más informal.

—¿No? —se interesó él.

—Verá, mientras Manuel siga estando a mi cargo, si usted vuelve a comprarle una deuda quiero que me lo comuniqué inmediatamente. Yo la pagaré, pero no quiero que ese lamentable incidente vuelva a suceder. Entiéndame, una vez no está mal para darle una lección a Manuel, pero dos... Lo consideraría un ataque personal contra mí. ¿Ha quedado claro? —preguntó con repentina dureza, mientras seguía jugueteando con la cadena.

—Señorita Lavinia, le aseguro que no hay motivos para dejar de lado la cortesía.

En el caso de que yo vuelva a adquirir una deuda de su vástago, se lo comunicaré antes de tomar ninguna medida.

El prestamista le sostuvo la mirada con seriedad. Roja estaba ligeramente impresionada. Ese mortal tenía agallas. Pero todavía no había nacido el humano que le despertara un interés más allá de unos cuantos años. Un par de recuerdos, de milenios atrás, intentaron decirle que estaba equivocada. Ella los acalló. Si algo le había enseñado su creador era el dolor que podía provocarle ese interés.

Sintió la necesidad de marcharse. Quizás pudiera utilizar al prestamista como un peón en uno de sus tableros pero, para eso, tenía que dejarle con las ganas de proponerle lo que fuera que tenía pensado para ella. Nada de pedírselo esa noche, como sin duda planeaba.

—Perfecto, Aitor. Entonces espero no volver a saber nada de usted en mucho tiempo.

Dejó la copa de coñac, que apenas había probado, sobre la mesa, e hizo ademán de ponerse en pie.

—¿Ya se va? —Se apresuró a detenerla su interlocutor—. Esperaba que ahora que hemos zanjado este negocio quizás podamos embarcarnos en alguno más productivo para ambos.

Ella se echó a reír y se levantó. Él la imitó.

—No hago negocios con alguien cuyo apellido no conozco. Además, dudo mucho que tenga algo que pueda interesarme.

—Si no me escucha, no podrá saberlo.

—Ah... Pero si algo tengo es tiempo. Sé ser paciente.

Por un momento, el prestamista pareció encogerse ante Roja, ante los milenios de sabiduría que parecían haberse acomodado en sus gestos. Pero fue tan solo durante el instante que necesitó para parpadear. Ya sabía quién era ella. Por eso había comprado esa deuda.

—Entonces solo me queda desear que su curiosidad pueda más que su paciencia. Lavinia, ha sido un placer conocerla.

Volvió a tenderle la mano y ella se la estrechó. Era curioso ese prestamista. E influyente, por lo que sabía. Dejó que la despedida durara unos segundos más de lo que marcaba el protocolo.

—Hasta entonces, Aitor.

Él mismo cerró la puerta a sus espaldas, admirando la fuerza con la que ella caminaba. No parecía la vampiresa sanguinaria que era, sino una humana joven, hermosa y con unas botas que podrían machacarle los huevos de una patada. Sin embargo, sabía muy bien que ella no necesitaba ayuda para cargarse a todos los magos que tenía en las habitaciones cercanas, preparados por si las cosas se ponían feas y tenían que defenderle. Lo que no se había esperado, pese a saber que todos los vampiros tenían una belleza excepcional, era que ella le fuera a resultar tan intrigante.



21

—Lo tengo —dijo Héctor a Arturo, triunfal, tras realizar un par de llamadas telefónicas—. El agente de Katja y su monitor de pilates. Los dos han estado con ella en las ciudades de los cuatro asesinatos. Lógico que nos haya hablado de ellos cuando nos ha dado sus coartadas.

Los dos oficiales habían llegado a la comisaría muy pronto aquella mañana.

—Eh... ¿monitor de pilates?

—Sí, la sigue incluso en sus vacaciones. A Katja le encantan sus clases y se lo lleva siempre con ella. También a una chica que la peina y la maquilla. No es la estilista de las sesiones fotográficas, la contrató ella —aclaró—. Pero, por lo visto, la chica está de baja maternal desde hace casi cuatro semanas y ha vuelto a su casa en Rusia, así que queda descartada como sospechosa. La que la sustituye tampoco, se habría perdido dos de las muertes.

—Pues sí que tiene que estar bien pagada la Diatlova, sí. Se dejará un dineral en vuelos y hoteles. Como se entere mi Manuela de que la supermodelo no se sabe peinar solita, se va a estar riendo de ella mucho tiempo.

—Bueno, es que mujeres como tu Manuela, que te hacen la casa, te planchan las camisas y el uniforme, ya no quedan —bromeó.

—Lo sé, tengo una joya. —Sonrió.

—En cuanto al agente —retomó Héctor el tema—, resulta que Katja es la gallina de oro de su agencia. Por eso la mimaba mucho y, además, como viajar con ella tiene el plus de poder ir a fiestas donde hacer contactos, suele acompañarla.

Tras una breve pausa, el rostro del oficial se oscureció y continuó diciendo:

—No me olvido de que mi cuñado también es un posible sospechoso, pero hasta que lo encontremos quiero agotar todas las posibilidades y estos dos tienen papeletas.

—Bueno, de tu cuñado solo encaja el tamaño de pie y el resto del perfil. Quitando esas apariciones en varias ciudades, no sabemos dónde ha estado, qué ha hecho, ni

nada, en los últimos veinte años. De verdad que yo entiendo que sería genial poder acusarle de los cuatro asesinatos y meterlo entre rejas de por vida —dijo Arturo con cuidado.

—Bien, por eso tenemos ahora a dos que sí sabemos que han estado en los lugares de los crímenes.

—Claro —asintió Arturo, aliviado de que Héctor no insistiera en algo tan poco probable como que su cuñado fuera el asesino—. ¿Vamos a hacerles una visita? —sugirió.

—Ahora mismo sería difícil ver al agente, ha tenido que ir a sus oficinas en Madrid. Volverá esta noche, así que si quieres me paso mañana a primera hora.

—De acuerdo. ¿Probamos con el monitor de pilates?

—Sí. Se aloja en el Meliá, como Amianka, pero en una habitación individual en vez de una *suite*. He hablado con él y me ha dicho que va a estar en el gimnasio del hotel hasta media mañana, o sea que podemos pasarnos.

—Dame un segundo que apago el ordenador y vamos.

Héctor asintió e hizo lo mismo.



El gimnasio del hotel estaba casi vacío. Tan solo había un par de clientes trabajando sus músculos en las máquinas, uno que aparentaba unos sesenta años y otro de veintitantos que trabajaba los bíceps.

—¿Adam Carter? —preguntó Héctor al más joven. Dudaba que el mayor fuera el monitor de Amianka.

El chico era rubio, de pelo largo recogido en una coleta, delgado pero fuerte y definido. Miró al policía sin interrumpir el entrenamiento, pero en cuanto vio la placa identificativa se detuvo.

—Sí, soy yo —dijo con un marcado acento estadounidense, mientras se secaba con una toalla—. ¿Ocurre algo, agente?

Tenía un buen dominio del español, pero las eses y las tes le costaban.

—Soy el oficial Gascón y este es mi compañero, el oficial Laguna. Nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—De acuerdo. —Frunció el ceño, preocupado—. Hay una salita aquí mismo con máquinas de bebidas y unas mesas altas con taburetes. Si quieren, vamos allí.

—Sí, guíenos, por favor.

Lo siguieron hasta el final de la zona de musculación, a un espacio anexo donde había también periódicos y revistas. Carter se había llevado la toalla, con la que se volvió a secar el sudor del rostro antes de sentarse. Llevaba también guantes en las manos, sin dedos, que debía de usar como protección al trabajar con las pesas.

—¿Le ha ocurrido algo a Katja? —preguntó preocupado cuando tomaron asiento.

—¿Por qué lo pregunta? —le dijo Arturo.

—Por lo de ese acosador. A veces ella me enseñaba los mensajes. Pobre chica...

—No, la señorita Diatlova está bien. ¿Cómo se conocieron?

—En Nueva York. Yo trabajaba en el gimnasio al que ella acudía mientras se quedaba en la ciudad y le gustaron tanto mis clases que me contrató como monitor particular.

En cualquier otra circunstancia, Héctor se habría preguntado si el verdadero motivo de la contratación fueron sus clases o el hecho de que el hombre tuviera un cuerpo con el que muchas mujeres fantaseaban. No en esos momentos. No podía quitarse de la cabeza las últimas amenazas de Manu. Se había relajado un poco al constatar que no había vuelto a acercársele, pero sin duda continuaba alerta. El trabajo era lo único que le ayudaba a desconectar un poco, no la guapa modelo. No había sitio en su cabeza para sentirse celoso.

—¿Qué número calza? —preguntó Arturo mientras le miraba sin disimulo los pies.

—Un cuarenta y cuatro.

—Gracias. ¿Podría decirnos dónde estaba la noche del nueve de octubre a las cinco y media de la madrugada?

—Sí, claro. Entrenando con Katja. En Madrid quedábamos todos los días de cinco a seis de la mañana.

—¿Dónde?

—En el gimnasio de su hotel.

—¿Abría a esas horas? —intervino Héctor, extrañado.

—Amigo, no se imagina lo que Katja puede hacer.

Arturo, que prefería no imaginárselo, volvió a tomar el control de la conversación.

—¿Y ese día estuvo con ella durante toda la hora? ¿Quizás la señorita Diatlova llegó tarde?

—No, Katja es muy puntual. Aunque creo que... hum... no sé si fue ese día u otro.

—¿Sí?

—Un día Katja se dislocó un hombro. Se lo recoloqué y ella me pidió unos minutos para ir al baño. A la pobrecita se le habían saltado las lágrimas del dolor y quería refrescarse.

Héctor, que después de todo puede que sí estuviera empezando a cansarse un poco de la familiaridad con la que el americano trataba a la modelo, le preguntó por el nombre del hotel.

—El Royal.

—¿El de la calle Imperial?

—Sí.

Arturo, que pensaba como él, le hizo un gesto negativo casi imperceptible con la

cabeza. Ambos sabían que «unos minutos» bien podían ser un cuarto de hora. Pero ese hotel estaba a más de diez minutos en coche del lugar del asesinato. Con hombro dislocado o no, la modelo tenía una buena coartada.

—De acuerdo —continuó Arturo—. ¿Dónde se encontraba la noche del quince de septiembre a las doce y quince de la madrugada? —añadió tras echar un vistazo a su libreta.

—Durmiendo. No me gusta trasnochar. Prefiero levantarme temprano para aprovechar bien el día.

Durmiendo. La misma respuesta a las otras dos preguntas. Parecía que el monitor solo tenía una coartada y precisamente era la misma que la de Amianka.

Tras hacerle un par de preguntas más de rutina, se despidieron de él y volvieron a comisaría. Allí comprobaron la estancia de Amianka y su monitor en el hotel de Madrid y el día transcurrió sin más novedades. A la mañana siguiente, Arturo preguntó por el representante de la modelo en cuanto Héctor entró en la sala.

—Bueno, resulta que la noche del quince de septiembre Katja no estuvo en ninguna fiesta, luego no tiene coartada para ese día. Del veintinueve de octubre, me ha dado los datos de la fiesta y los nombres de gran parte de los asistentes. Por lo visto, parte de su trabajo es saber quién va a ir, para planificar cómo puede ampliar o mantener su red de contactos. En cuanto a dónde estuvo él mismo esas noches, resulta que tiene coartada para dos de los crímenes: En el de Casetas estaba de fiesta esa noche, con su representada, luego podemos verificarlo con facilidad. Y, en el de Praga, estuvo chateando con su mujer hasta altas horas de la madrugada. Me ha confirmado que guarda la conversación en su cuenta de Google, pero dice que preferiría no aportarla.

—Pero sí podemos preguntar a su mujer, a ver qué cuenta. Y a los asistentes a la fiesta.

—Sí.

—Por cierto, ¿no le habrás preguntado al agente que número calza? Cuando buscaba fotos de Amianka, me salió alguna con su agente. Es corpulento, tirando a gordo, diría yo, así que por fuerza física nos cuadra. Lo que ya no sé es si calzará un número tan pequeño como el 40 o 41 de nuestro asesino.

—De acuerdo del todo con tu descripción física. Es un hombre que parece bonachón y cordial, pero se ve a la legua que es bastante astuto, como un zorro viejo. Imagino que así es como ha ganado tanto dinero con Katja. Por lo visto fue él quien la lanzó.

—¿Y lo del calzado?

—Un cuarenta y uno. Concuerda con las huellas que encontramos cerca del cuerpo de Rovira. Podría ser él.

—Con Diatlova como cómplice.

—¿Otra vez? Qué manía con que Amianka está implicada.

—Bueno, que sepas que el otro día en su declaración, cuando te fuiste a buscarle

un café, la mujer dejó de aparentar estar preocupada y se me quedó mirando con una sonrisa que me dio muy mala espina.

Héctor se pasó los dedos por el corto cabello moreno. Parecía cansado del tema.

—¿Me estás diciendo que como te obsequió con una bonita sonrisa te reafirmas en que es poco menos que el descorazonador? Por favor, Arturo, que estás llevando un poco lejos esto de que te quedaras mirándola embobado el primer día.

—De acuerdo, no te he dicho nada —contestó con brusquedad. Por suerte no estaba allí Maira, que con el buen oído que tenía, ya la tendrían metiéndose en la conversación—. Mira, no pasa nada. Seguimos investigando y ya cogemos al asesino.

—Te recuerdo que ya lo tenemos, que solo nos faltan las pruebas.

Arturo no replicó. Lo único que tenían contra Rubén Delgado eran unos mensajes en el móvil de Diatlova que no se habían mandado desde el teléfono de este, además de dos botes intactos de productos químicos. Por más que buscaban, no encontraban nada más. Así que, por su parte, Delgado podría ser solo una pista falsa. Se le pasó por la mente algo que le había estado rondando tras el interrogatorio: ¿Y si estaba jugando con ellos? ¿Y si era la asesina o manipulaba al descorazonador, como si fuera su títere, y se divertía dándoles pistas falsas sobre Rubén Delgado? Además, si asesinaba a sangre fría, no le habría costado demasiado degollar a su propia gata. Aunque eso implicaría que Carter también estaba implicado. La coartada de la fiesta era fácil de desmontar. Un evento de ese tipo suele ser caótico, con tanta gente, y seguro que habría podido escabullirse, aunque, para matar a alguien de ese modo preciso y ritual, se necesitaba tiempo. Si la mujer se hubiera ausentado, por ejemplo, unas dos horas, alguien habría notado su ausencia. Tenía que hablar con los asistentes a la fiesta, pero eso no pensaba contárselo a Héctor. Ya tenía bastante con lo de su hermana y no quería discutir con él. Si descubriera que la rusa había tenido una la oportunidad la noche de la fiesta, ya se lo contaría.



22

Durante tres largos días, no encontraron nada con lo que inculpar a Rubén Delgado. Por más que lo habían intentado, el sospechoso continuaba declarándose inocente y tampoco habían dado con el arma del crimen o el móvil de tarjeta desde el cual se habían mandado los mensajes a Amianka. No se habían mandado más mensajes, pero eso no probaba nada, ya que no era ningún secreto que habían arrestado a un sospechoso. Pidieron retenerlo cuarenta y ocho horas más, pero el juez desestimó la demanda. Rubén Delgado, el presunto descorazonador, quedó libre. Arturo y Héctor lo vigilaron hasta terminar el turno, por si cometía algún error, pero no sirvió de nada.

Arturo no le había contado nada a Héctor sobre sus sospechas sobre Amianka. Había hablado con los asistentes a la fiesta y, tras cotejar sus declaraciones, se dio cuenta de que la mujer no había permanecido fuera de la vista de los asistentes más de media hora. Otra vez, por la localización del lugar del crimen, así como por lo elaborado del asesinato, no podía ser ella. Cómplice, quizás, pero no la asesina.

Al salir de comisaría, Héctor fue directo a casa de Lucía. Su hermana se encontraba mucho mejor. Seguían sin saber nada sobre Manu, no habían progresado en su búsqueda, pero la ausencia de noticias sirvió para que ella se recuperara de la agresión. A ratos incluso volvía a sonreír como si no hubiera ocurrido nada; incluso la había escuchado hablando animada por teléfono con su nuevo novio —a quien no le había contado lo sucedido—. Su capacidad de negar los hechos era algo que desde siempre le había sorprendido a Héctor. En parte la envidiaba, por esa capacidad de seguir con su vida sin tener que volcarse en otra cosa, como él hacía con el trabajo.

—Oye... ¿esto qué es? —preguntó con una de esas sonrisas que cada vez eran más frecuentes.

La mujer venía de la cocina, donde estaba poniendo la colada, con una tarjeta en la mano.

—¿El qué? —Se levantó para mirar mejor.

—Estaba en un bolsillo de tu uniforme. Es letra de chica... —canturreó.

—Dame.

Alargó la mano para coger la tarjeta.

—De eso nada. Mira, si es de un restaurante... La Trattoria —leyó—. Uh, ¿no es ese italiano tan caro del centro?

Héctor, contrariado, intentó quitarle la tarjeta. Ella se echó a reír y le esquivó.

—A ver... —Se la llevó a la nariz—. No, perfume no tiene. Pero este número de teléfono es de una chica, fijo. ¡Qué mal hermano eres! ¿Estás saliendo con alguien y no me lo has contado? —le preguntó con cara de ofendida.

Le salió mal, pues era evidente que estaba divirtiéndose a costa de Héctor.

—Lucía, por favor.

—Ah, no. De por favor nada. Tú bien que te metes con mis novios. ¡Quiero saberlo todo! —exclamó arrellanándose en el sofá, junto a su hermano—. Estamos solos —añadió levantando una ceja.

Los chicos estaban en sus dormitorios, la niña durmiendo la siesta y David escuchando música. El joven evitaba salir de casa todo lo posible hasta que su padre estuviera entre rejas.

—No hay mucho que contar —dijo Héctor mientras recuperaba la tarjeta—. Es de una testigo de mi caso.

Lucía lo observó pensativa. ¿Qué testigos tenía? Entonces se acordó.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es ella, verdad? La supermodelo. ¿En serio estás saliendo con la supermodelo y no me lo has contado?

Agarró un cojín del sofá y se lo tiró. Héctor lo paró y lo devolvió a su sitio.

—Sí, es ella. Pero no estamos saliendo. Me invitó a cenar y entonces... entonces pasó... bueno... ahora no puedo.

—Tranquilo.

Lucía entendió a qué se refería su hermano. Algo que ella quería olvidar. Pero que su Héctor estuviera ligando y nada menos que con una supermodelo forrada era un auténtico bombazo.

—Dime, ¿cómo es en la realidad? ¿Tan guapa como en las fotos y los anuncios?

—Más —confesó, un poco agobiado.

—¡Dios! Llámala ya y vete a cenar con ella. Mira que hay que ser tonto para darle plantón a alguien así.

—Si no le di plantón... —protestó él.

—Nada. —La mujer se abalanzó a por el teléfono fijo y se lo pasó a su hermano—. Llámala, pero ya.

—No es buena idea, no quiero dejarte sola.

—No me jodas, Héctor. Tengo a dos policías gastando el suelo de la calle frente a mi casa. Si voy a comprar me siguen a todos lados. ¡Hasta en el baño se metió la tía conmigo! Por favor... Y David se ha vuelto autista, ya ni amigos ni nada. La universidad por las mañanas y gracias que así sale de casa. ¿De verdad crees que no

puedes irte a cenar una noche? Si el capullo de mi marido está más buscado que las galletas de dinosaurios de Nerea...

—Bueno, mirándolo así... —Sonrió Héctor.

—Pues eso. Que la llames ya. Y mándale unas flores o unos bombones o algo, que hay que decírtelo todo.

—De acuerdo —accedió él.

Como para llevarle la contraria... Se sintió feliz, como si acabaran de quitarle un peso de encima. Lucía, pese a todas sus meteduras de pata eligiendo novios, era así, como un rayo de sol capaz de alegrar el día. Le gustó volver a verla tan animada.

Así pues, Héctor marcó el número de la modelo. Cuando le llegó el leve matiz exótico de aquella voz, el corazón le latió más rápido. Dedicado al deber y preocupado por Lucía, había olvidado la sonrisa de la modelo; pero, en esos momentos, al escucharla, la imagen de su rostro lo deslumbró.

—¿Diga?

—Amianka, soy yo, Héctor.

—Héctor, ¿qué tal? —Sonó contenta de que la hubiera llamado.

—Bueno, lo cierto es que las cosas están un poco más tranquilas y me preguntaba si todavía está en pie esa invitación a cenar contigo.

—Claro. ¿Hoy a las diez te va bien? Ya sabes el sitio.

—Sí, perfecto, gracias.

—Tu compañero me avisó de que habíais soltado a Rubén y que no me preocupara porque lo tenéis vigilado. Me habría gustado más que me hubieras llamado tú.

Lo cierto fue que Héctor no tuvo la oportunidad. Arturo se le había adelantado.

—Gracias.

—Bueno, pero que no se te suba el ego, que es solo porque eres más simpático que tu compañero.

—Lo siento, es verdad que es un poco seco contigo. Ya se le pasará.

—Sí, bueno, lo de poli bueno, poli malo lo bordáis —se rio ella.

Héctor sonrió y Lucía alzó el dedo gordo en señal de apoyo.

—Entonces te veo esta noche. ¿Te paso a buscar por el Meliá o quedamos directamente en el restaurante?

—En el restaurante, lo tengo a dos minutos a pie. Pero quizás puedas acompañarme de vuelta a mi hotel, para asegurarte de que llego sana y salva.

Héctor sintió cómo de repente hacía demasiado calor en esa habitación. Le costó unos segundos apartar las imágenes que le habían venido a la cabeza y poder articular palabra.

—Allí nos vemos. Hasta entonces, Amianka, cuídate.

—Hasta entonces, Héctor.

Sonaba divertida. Cuando Héctor colgó, Lucía ya estaba pidiéndole detalles.

El hombre le confirmó, como pudo, que había quedado con la modelo y le

aseguró que no pensaba «meter la pata» —como Lucía no se cansaba nunca de repetirle— al igual que había hecho con sus anteriores citas.

Por esa noche, se olvidaría del trabajo y del marido de su hermana. Desconectaría. No se iba a parar el mundo porque él se divirtiera un poco, ¿no?



23

Amianka estaba en la habitación de su hotel. Eran las seis y media y faltaba poco para que anoheciera. La mujer estaba sacando vestidos y conjuntos del armario, intentando decidirse por uno para la cita con el guapo policía.

Acarició la seda de un vestido de espalda descubierta. Era de sus favoritos. Pero Héctor era algo mayor que los hombres con los que solía salir, quizá le pareciera muy atrevido. Cogió otro, un Versace negro, muy sencillo, cuyo único adorno eran los hilos plateados en uno de sus tirantes. Lo dejó aparte y siguió buscando más opciones.

Entonces llamaron a su puerta.

—Señorita Diatlova.

No esperaba a nadie. Fue hasta la puerta y la abrió. Uno de los empleados del hotel le tendía una caja de bombones.

—Buenas tardes, señorita Diatlova. Han traído esto para usted.

Recogió el paquete y le dio las gracias con una propina. Se sentó en un sofá, en una esquina de la espaciosa *suite*, y quitó el envoltorio transparente. La tarjeta se le cayó en el regazo. Era de Héctor.

«Gracias por tu paciencia. Me apetece mucho cenar contigo esta noche».

Parecía que el oficial por fin se ponía un poco romántico... Amianka sonrió y se comió uno de los bombones. Con renovado entusiasmo, continuó eligiendo un vestido. Quería estar perfecta para él.



24

El asesino iba a mover la siguiente pieza. Para ello, había viajado hasta el pueblo María de Huerva, cercano a Zaragoza, y, ocultándose entre las sombras más densas de la noche, se había acercado al adosado donde vivía Rubén Delgado.

Con una agilidad pasmosa, se subió a un árbol del jardín para quedar a la altura de la segunda planta y, así, poder mirar con comodidad a través de la ventana que le interesaba. No era la primera vez que iba allí para llamarle por teléfono; le gustaba ver la expresión en el rostro de su presa mientras fingía ser la famosa supermodelo Katja Diatlova. Se regocijó con una sonrisa calculadora mientras se imaginaba el fin de la partida.

Tras ese pequeño momento de deleite personal, sacó un móvil de un bolsillo de la gabardina negra. Pero... ¿y si la policía le había intervenido la línea a Rubén? Porque allí abajo había podido distinguir a dos de ellos, camuflados y vigilando la casa. Decidió cambiar de táctica. Sacó el puñal, el mismo que usaba como estaca, y un par de frasquitos de otro bolsillo. Untó la punta y se dibujó una runa sobre la gabardina. Con eso bastaría para que los de abajo no le vieran saltar a la ventana, ni estar encaramado a esta, en el caso de que les diera por mirar hacia allí. Le cubría el árbol, pero él era un profesional y no se la jugaba.

Dio un salto horizontal de casi un metro y sin carrerilla. Sencillo. Después, otra runa en la ventana para abrirla. Tras asegurarse de que los policías estaban vigilando la calle desierta y la puerta principal bastante aburridos, deslizó una de las hojas correderas hacia un lado. Por suerte, Rubén no había bajado la persiana; tan solo tenía la cortina corrida.

El asesino entró en la estancia y cerró la ventana. Con cuidado, salió de detrás de la cortina y se acercó a la cama donde dormía Delgado. Era pronto, apenas pasadas las nueve, pero sabía que el hombre, cansado tras su paso por prisión, se había acostado hacía más de una hora. Quizá por el agotamiento no se había dado cuenta de

que no había bajado la persiana. Sacó un pañuelo femenino de cuello, largo y de seda, y con la daga lo rajó a la mitad. No ignoraba que se le podía caer algún hilo al suelo; pero tampoco que no iban a encontrarlo.

Guardó el arma y cogió con suavidad ambos trozos de tela, dejando que cubrieran sus manos. Llevaba puestos un par de guantes, cuyo tacto no era lo suficientemente suave para sus propósitos. Después, tapó los ojos de Rubén con una mano y con otra la boca. El único tacto que Rubén sentiría sería la suave seda del pañuelo, que, por cierto, olía a la modelo ya que era suyo.

—Shhh... No grites, por favor —le susurró el asesino con voz de mujer, una que tenía un ligero acento ruso.

Imitar voces era otra de sus muchas habilidades. Por algo la asesina, que era mujer, era una profesional y llevaba viva tantísimos siglos.

Delgado primero se removió sobresaltado, pero al reconocer esa voz y ese olor, se quedó muy quieto.

—Voy a quitar la mano de la boca. ¿Puedes asentir para indicarme que no vas a gritar?

El hombre movió la cabeza de manera afirmativa, como pudo, bajo la presión de los dedos de la asesina, que ella aflojó. La mano fue de la boca al pecho, y allí la apoyó con firmeza para dejarle claro que lo quería en la cama y tumbado.

—Amianka... Eres tú... —susurró él.

—Claro que soy yo, amor. ¿Quién si no?

El hombre se sintió inflamado. Ella era muy parca con sus apelativos cariñosos. Los usaba cuando quería algo de él, como cuando le llamaba por teléfono para luego darle plantón. Si no fuera porque la quería tanto y ella era tan especial...

—¿Has venido a estar por fin conmigo, como me prometiste?

—Todavía no. Pero será pronto —ronroneó ella.

—¿Pronto?

—En cuanto la policía deje de vigilarte, amor mío.

Rubén se tensó. No sabía que lo estaban vigilando. Pero entonces recordó algo que le había dolido profundamente.

—¿Por qué negaste haberme llamado? Me acusan de asesinato y de que lo hice por celos. También dicen que te mandé mensajes.

—Oh... pobrecito amor. Siento mucho lo que te ha pasado. Yo tampoco entiendo nada. No tengo ningún mensaje tuyo. A mí me interrogaron y me acusaron de ser tu cómplice en todos esos asesinatos. Conocía a los muertos, eran amigos míos. Pero no tengo ni idea de quién puede haberlos matado o nos está inculpando. —Su voz sonó triste, y dejó que una lágrima cayera en la mejilla derecha de Rubén.

—Amianka, no te preocupes. Cogerán al culpable y dejarán de acusarnos —le dijo con una seguridad que no sentía.

Su abogado le había defendido y logrado que no lo retuvieran más tiempo; al fin y al cabo no tenían pruebas concluyentes contra él. Pero también le había dicho que se

fuera a casa, a hacer vida normal, y que no cometiera ninguna estupidez que pudiera hacerle parecer aún más sospechoso. Si su amada se había colado en su casa...

—Tranquilo —pareció leerle ella la mente—, estoy segura de que así será. Y no te preocupes por mí esta noche, que no me han visto.

—¿Pero cómo has entrado?

—Amor —protestó ella—, ¿tantos días sin mí y cuando por fin me tienes aquí solo sabes preguntarme eso?

Se acercó y le besó. Un beso lento, húmedo, uno capaz de fundir el sentido común que le quedaba al hombre.

—Tenemos que tener paciencia. Pero no hoy, no esta noche. Porque hoy, amor mío, necesito estar entre tus brazos.

Delgado apartó la ropa de cama en un intento de abrazarla. Tan solo consiguió rozarle la cintura.

—No ahora, es peligroso. Ellos están vigilándote. Pero he reservado habitación en un hotel. Te voy a dar la llave. Tú solo levántate, date una ducha, sal a la calle y di que quieres despejarte, tomarte un buen café. Ya sabes, uno de barista, no de una máquina cualquiera. Ellos, por supuesto, te seguirán. Incluso se molestarán al darse cuenta de que sabes que te siguen, pero no pensarán que vayas a hacer algo extraño.

—¿Extraño?

—Bueno, esperan que les lleves al arma del crimen o que le arranques el corazón a otro tío. Si tú sabes que te siguen... no vas a ser tan idiota de hacerlo, ¿no?

—Sí, tiene sentido.

—Entonces, ve a la cafetería del hotel y tómate algo. Luego, antes de que acabes tu café, ve al recibidor y hazte el despistado, como si buscaras el baño. Entonces ve a las escaleras y sube a la habitación, donde te estaré esperando. A las once y cuarto. No llegues tarde, amor.

—Uf, no me gusta la idea de intentar despistarlos. Mi abogado me ha dicho que en todo momento est...

—Shhh —le interrumpió ella—. ¿Es que no ves que lo hago porque me he dado cuenta de que he sido muy cruel contigo? Salimos juntos, me asusté de la intensidad de mis sentimientos y te dejé. Después te llamaba cada vez que la soledad y el anhelo de verte eran demasiado grandes. Pero luego me entraba miedo y me echaba atrás. Lamento los plantones, amor, pero yo no estoy acostumbrada a sentir algo así y me ha costado reconocer que estoy enamorada. Rubén, yo te quiero, necesito volver a tenerte dentro de mí.

Volvió a besarle y acalló toda duda o protesta de Rubén. Al cabo de un par de minutos, continuó hablándole.

—Además, no es delito tener novia.

—¿Tú, nosotros? —Se sentía como en un sueño hecho realidad.

—Claro que sí, amor. En cuanto tengan a su dichoso asesino y nos dejen en paz, lo haremos oficial.

—Te quiero, Amianka.

—Y yo también —repuso la asesina, con el tono perfecto de una mujer enamorada.

Un poco más de miel y le entrarían arcadas. Lo que tenía que hacer una para obtener su venganza... Volvió a besarle.

—Hotel Zenit, habitación doscientos treinta y seis, a las once y cuarto —susurró mientras separaba la mano de su pecho y le dejaba allí la llave del hotel.

Después, dejó de taponarle los ojos y, sujetando ambos trozos del pañuelo de seda, salió de allí. Con la luz apagada, él solo pudo vislumbrar su delicada figura, cubierta por una gabardina, que se perdía tras la cortina. Cuando encendió la luz y se levantó, la ventana ya estaba cerrada y no había ni rastro de la mujer. No quiso mirar afuera más de unos segundos, por si esos policías empezaban a sospechar.

De todos los vehículos que había aparcados en la calle, ¿cuál sería el de ellos? Porque no se veía ningún coche patrulla.

Rubén le quitó importancia al asunto y fue a darse una ducha. Quería estar perfecto para su amada y no quedaba tanto hasta las once y cuarto.

En otra calle, lejos de allí, la asesina se alejaba satisfecha. Cada vez quedaba menos. Era una suerte que en todas las épocas se encontrara a alguien así, a algún humano tan fácil de manipular como Rubén. Eran de lo más útil. Sonrió y comenzó a tararear en voz baja una canción.



25

Héctor entró en el restaurante La Trattoria y no le costó demasiado localizarla. Katja Diatlova estaba sentada en una mesa apartada, cerca de las ventanas. El local estaba decorado con cuadros italianos y sus manteles, de fino hilo rojo, armonizaban con el tono cálido de las paredes. La modelo, que destacaba entre los demás comensales, se había hecho algo en el pelo, aclarado las mechas quizás, y estaba maquillada como si fuera a posar para una sesión de fotos. Cuando lo vio acercarse, la mujer se puso en pie y le sonrió.

—Buenas noches, Amianka, disculpa la tardanza.

Se saludaron con dos besos y tomaron asiento. La mujer cruzó las piernas. Uno de sus zapatos sobresalió bajo el vestido negro. Héctor se fijó en que tenía los pies pequeños, como le gustaban a él.

—No te preocupes, he llegado demasiado pronto. No me gustan las entradas tardías y triunfales. Al menos lejos de las cámaras —bromeó ella.

—¿En serio? ¿Cuándo trabajas llegas tarde?

—No, no soy tan diva. Pero en las fiestas y eventos sociales, a veces mi agente me aconseja que lo haga. Ya sabes, un «entra después de equis».

—¿Equis?

—La artista de turno a la que acabas de rebasar —se rio ella—. Es un mundo más competitivo de lo que parece, pero no hablemos de trabajo, es aburrido.

—Pues te aseguro que mi hermana mataría por hacerte mil preguntas sobre tu trabajo.

—¿Está bien?

—Sí, sí, de hecho ha sido ella la que prácticamente me ha echado de su casa para que viniera.

La modelo se echó a reír. Después, pegó un sorbo a su copa de vino tinto, que había pedido mientras esperaba.

—¿Te apetece un poco?

—Claro.

—Bueno, ¿y qué tal el día? —preguntó a la vez que le servía una copa, mirándole con genuino interés.

—Tranquilo, lo cual es de agradecer. Hemos tenido que soltar a Delgado, pero lo estamos vigilando.

—Sí, ya lo comentamos por teléfono.

—Pero me quedé con las ganas de tranquilizarte. No va a hacerte nada, no tienes que preocuparte, te doy mi palabra.

—¡Oh, qué dulce! —Se le escapó a ella.

—Es mi trabajo.

—Y yo te lo agradezco, así me siento mucho más segura.

Se quedaron mirándose a los ojos y Katja pareció a punto de decir algo importante, pero llegó el camarero y les preguntó qué deseaban cenar. Héctor, que no había ni mirado la carta, le pidió un momento para elegir.

—La lasaña está buenísima, igual que el calzone y el entrecot a las tres pimientos —le chivó ella.

—Bueno, pues te haré caso con la lasaña y la carne.

—Para mí una insalata caprese y un pescado grillato con salsa de vino blanco, aceitunas y albahaca.

—Muy bien —anotó el camarero—. ¿Desean algo más de beber?

Amianka miró interrogante a Héctor.

—No, el vino está genial, gracias.

El camarero se marchó y Katja se dirigió a Héctor, sonriente.

—Me alegra que te guste. Es uno de mis favoritos.

—Te gustan los vinos y no llegar tarde. ¿Qué más puedo saber de ti? —se interesó él.

—Oficial, ¿esto es un interrogatorio?

—No, pero es más divertido que hablar del trabajo.

—Humm... Derrotada por mis propias palabras. De acuerdo. Una pregunta.

—¿Solo una?

—Claro, tú me haces una y yo a ti otra, hay que ser justos.

Héctor, que la veía sonreír y sentía cómo la oscuridad de los últimos días parecía desvanecerse, asintió. Le estaba agradecido a su hermana; ir a cenar con Amianka estaba resultando divertido y fácil, nada que ver con otras citas donde tanto él como la chica parecían caminar sobre ascuas, intentando no meter la pata y averiguar si el otro merecía la pena. Con ella no era así. Era como si de repente estuviera con alguien con quien pareciera encajar y, al mismo tiempo, ese alguien hiciera que su corazón se acelerara ante la sola perspectiva de que ella podría desear que la besara. Además, era guapísima, y ni siquiera parecía ser consciente de ello.

—De acuerdo —accedió—. Pero empiezo yo. A ver... ¿Tienes hermanos?

—¿En serio que no me ha investigado, oficial? La primera vez me dio la impresión de que habíais leído hasta mi partida de nacimiento, al menos por parte de tu compañero.

Él se rio.

—Cierto, pero no quería que fuera tan evidente. Ningún hermano, tus padres viven en Rusia. Veintiocho años, modelo desde los veintiuno. ¿Qué te llevó a empezar tan tarde? Esto no lo sé, prometido —añadió ante la ceja que enarcó Amianka.

—De acuerdo entonces. Mis padres querían que fuera periodista, pero estudiar no era lo mío. Aguanté cuatro años en la universidad y todavía tenía asignaturas pendientes de segundo y de primer curso, así que lo dejé.

—¿De repente?

—Bueno, no. Hice una amiga por internet, una española que era modelo, y un día me dijo que me fuera a una sesión fotográfica que iban a organizar en Rusia. Le había enseñado una foto mía a su agente y a él le había encantado. Como ya estaba un poco cansada de que me costara tanto sacar la puñetera carrera... pues, bueno, decidí que por probar no perdía nada.

Paró para tomar otro sorbo de vino. Héctor hizo lo mismo.

—Así que cogí un tren, fui a la sesión fotográfica, al agente de mi amiga le encantó el resultado y me ofreció un contrato. Y enseguida empezó a conseguirme trabajo. Lo cierto es que tuve mucha suerte y a mi amiga le debo una.

—No creo que fuera suerte. Por lo que dicen, las cámaras te adoran.

—Ah... ¿Así que escuchando rumores sobre mí? —Le guiñó un ojo. —Cuidado, oficial, que casi ha sonado como un cumplido.

El camarero los interrumpió con los primeros platos. Les deseó buen provecho y volvió a dejarlos a solas. O todo lo a solas que se podía estar en un restaurante concurrido a las diez y media de la noche. Los comensales de las demás mesas, invariablemente, les miraban de vez en cuando mientras cuchicheaban que sí, que era ella, Katja Diatlova. Suerte tuvieron de que nadie se les acercara por un autógrafo.

—Bueno, me toca —dijo la mujer con tono triunfal—. Y yo voy a ser más curiosa, mucho más. —Hizo una pausa para llevarse a la boca un pedazo de tomate con albahaca y queso—. Dime, ¿por qué te hiciste policía?

—Pero si esa es muy fácil... Para ayudar y proteger a la gente.

—¿Un caballero de blanca armadura? No me lo creo. Venga, cuéntame la verdad. Héctor se quedó serio. Ella lo miró intrigada.

—Esa es la verdad, Amianka. Hay gente que hace mucho daño, como el descorazonador, y alguien tiene que pararlos.

—Os jugáis la vida casi a diario y el sueldo no es para tanto. Tiene que haber algo más —insistió ella.

—Claro que lo hay. Cada vez que salvo una vida, cada vez que una madre agradecida me da las gracias o alguien me asegura que sin mí habrían muerto todos,

merece la pena —dijo Héctor recordando dos logros de su carrera que le ayudaban a redimirse por ser hijo de quien era.

—Dios, Héctor, no esperaba algo así —confesó ella, conmovida—. Lo tuyo es vocación y un trabajo de verdad, uno donde lo que haces realmente importa.

—Gracias y perdona —repuso algo avergonzado por los sentimientos que acababa de mostrar.

—¿Por qué? ¿Por ser sincero y contestar a mi pregunta? Ojalá hubiera más hombres como tú. —Su tenedor, sobre el plato, yacía olvidado.

Héctor también había soltado el suyo y la miraba. Esos ojos, esos labios, todo su rostro... Era tan hermosa. Le costó contener sus ganas de besarla. Apenas se conocían y no quería precipitarse. No deseaba que Amianka pensara que él solo buscaba acostarse con ella.

El momento pasó y él volvió a prestar atención a la comida. Una vez más, se dio cuenta de que no se sentía incómodo. Con esa mujer todo era sencillo.

—Entonces te toca, oficial —le invitó la modelo tras comer un poco de ensalada.

—De acuerdo. Esta es muy personal, te aviso.

—Me gustan las preguntas personales. ¡Dispara!

—Has viajado mucho, ¿cuál es tu ciudad favorita?

—¿Qué? —Casi se atragantó con la ensalada. Tosió un poco y tomó un buen trago de vino—. ¿Mi ciudad favorita? ¿En serio eso es personal? No me lo esperaba —se rio.

—Bueno, considerando que no podemos hablar ni de religión ni de política, es lo más personal que se me ha ocurrido —bromeó.

—¿De verdad? ¿Y esas prohibiciones son de la primera cita? —Se limpió las comisuras de los labios con la servilleta de hilo rojo.

—Bueno, es en general, pero podemos aplicarlo a la primera cita.

—Humm... Entonces te contestaré en la segunda.

Los ojos del oficial la miraron risueños.

—Hecho. Eh, Amianka...

—¿Sí?

—Tienes un poco de vino ahí. —Bajó la voz.

—¿Aquí? —Se pasó la servilleta por la barbilla.

—No, ahí. —Se inclinó hacia ella para guiarla con la servilleta.

—¿Listo? —Volvió a limpiarse, esta vez con éxito.

—No —susurró él—. ¿Me dejas?

La modelo bajó los ojos con timidez y asintió. Como les separaba una mesa, él se levantó de su sitio y se acercó a ella. Por un momento le entró el miedo, pero ella aguardaba, mirando hacia su ensalada, como si el mero hecho de moverse pudiera hacerlo cambiar a él de opinión. Héctor no lo pensó más, cogió la servilleta que la mujer sujetaba, acariciando su mano en el proceso, y la acercó a la comisura de los labios de Amianka. No tenía muy claro por qué le había mentado, si no quedaba rastro

de vino. Solo sabía que no podía evitar seguir mirando esos labios sin tocarlos. Con mucho cuidado, le pasó el fino tejido de hilo rojo por las comisuras y lo dejó allí apoyado. La mujer sintió la caricia a través de la tela y cerró los párpados. El aliento masculino, muy cerca de Katja, le hizo cosquillas en la oreja. Se quedó quieta, anhelando. Y él pareció sincronizar sus latidos a los de ella y, en un fugaz instante, tomó el valor que le faltaba y le besó los labios. La joven entreabrió la boca y respondió al beso. A su alrededor, en el restaurante, se hizo el silencio mientras todos miraban interesados lo que sin duda mañana estaría en la prensa rosa. Incluso hubo quien les sacó una foto con el móvil. A Amianka le daba igual. Solo importaban el guapo oficial y ella, sus labios unidos y el calor que desprendía la cercanía de su cuerpo. Abrió los ojos, con suavidad, y vio que él la miraba. Se quedaron así, unos segundos, hasta que Héctor se separó.

Sin dejar de observarla, volvió a su sitio.

—Disculpa, ¿no te habrá molestado? —preguntó algo cortado.

—¿Molestarme? ¿De veras crees que me ha molestado? —musitó Amianka con un brillo embelesado en sus pupilas.

—No, perdona...

—Perdonado.

La mujer resistió la tentación de bromear a su costa, pues se notaba que el policía no tenía mucha experiencia cuestiones de seducción. Dirigió la conversación por un tema seguro, como era el culinario, mientras se acababan el primer plato. Entonces, ella le pidió que la disculpara, tenía que ir un momento al lavabo. Cogió la cartera y, tras sonreírle otra vez, caminó sobre sus tacones hacia los aseos. Héctor la miró embobado hasta que desapareció y, entonces, se dedicó a contar los segundos hasta su vuelta. Miró el reloj. Las once y ocho. ¿En serio llevaban ya una hora cenando? Con ella el tiempo pasaba muy rápido. Se dio cuenta de que nunca había disfrutado tanto de una lasaña ni tampoco tardado tanto en comérsela.



26

Esa misma noche, mientras el oficial Gascón disfrutaba del primer plato de su cena, la asesina caminaba por la calle adoquinada, con sus botas, sin apenas hacer ruido. Bajo un abrigo largo, de paño, se había puesto una bata blanca. También llevaba guantes. Unos de cuero a juego con la bufanda que le tapaba medio rostro, pese a que no hacía tanto frío, y unos de látex por debajo.

Se había recogido el pelo en un moño de esos que se hacían con un par de movimientos rápidos y en un bolsillo guardaba un gorro y una mascarilla que usaría una vez estuviera dentro del edificio. Caminaba muy rápido y, aunque era una experta en ocultarse entre las sombras, cuando estuvo a un par de metros de la entrada del hotel, aminoró el paso y se dejó ver. Esta vez iba a darles unas cuantas imágenes suyas a la policía. Si es que con esa bufanda, adecuada para una noche fría de noviembre, las enormes gafas de sol y las hombreras que llevaba para hacerla parecer más fornida, más masculina, eran capaces de reconocerla.

Una vez dentro, saludó con la cabeza a los de recepción y se dirigió al ascensor. Tenía, al igual que Rubén Delgado, una llave de la habitación doscientos treinta y seis. Confiaba en que su víctima hubiera sido puntual, pues no tenía mucho tiempo. Ah... los retos. No mataba por placer, pero esta muerte sin duda tenía un aliciente, un sabor especial.

No necesitó abrir la puerta y escuchar el «¿Amianka?» que él le dirigió para saber que él ya estaba allí. Sus oídos, de gran agudeza, habían captado su respiración mucho antes. Se sintió complacida. Tener que esperarle habría sido decepcionante. No llevaba tanto tiempo preparando a ese imbécil como para que ahora le fallara.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome, amor? —ronroneó con una voz idéntica a la de la supermodelo.

Enronquecerla, como si estuviera cargada de deseo, le hizo más fácil la imitación.

—No, acabo de llegar. Justo como me dijiste.

—Perfecto. Entonces ya estarán buscándote —dijo con una voz totalmente diferente, sin el acento extranjero de Diatlova y mucho más seca—. Si preguntan por ti, con nombre y apellidos en recepción, va a ser muy divertido, ¿sabes?

—¿Amianka?

Rubén, que se había sentado sobre la cama a esperarla, se puso en pie sin dejar de mirarla. Ella se quitó tanto el abrigo como la pequeña mochila que llevaba debajo.

—Amianka, ¿eres tú? —Sonaba cada vez más extrañado.

Por toda respuesta, la asesina se despojó también de los guantes de cuero y de la bufanda. Entonces le sonrió. Él retrocedió un paso al verle los colmillos.

—¿Decepcionado? —susurró mientras se ponía la mascarilla y leía en su contrariedad cómo él se daba cuenta de que nadie estaba al tanto de que se encontraba en una habitación de hotel con una desconocida.

La asesina no iba a perder el tiempo en averiguar si su presa era de los que decidían que una chica no podía ser un problema, que él sería más fuerte físicamente. O si, por el contrario, esos dientes afilados que le había enseñado serían suficientes para hacerle correr.

Se abalanzó sobre él. Le tapó la boca con una mano, enguantada en látex, y con la otra le agarró un brazo y se lo retorció a la espalda, justo donde ella ya se encontraba. Ah... Ese olor a miedo, a terror ancestral. Le encantaba ser reconocida como lo que era: un depredador, un monstruo. Pero no estaba allí para regocijarse, sino para trabajar. Y no tenía mucho tiempo.

—Me llaman Roja porque me encontraron bañándome en una piscina llena de la sangre de la familia y los criados de un senador romano —dijo mientras le presionaba en el cuello, en la carótida, para dejarlo inconsciente, ya que no tenía tiempo de atarlo—. Los soldados romanos a los que esperé mientras me bañaba en la sangre, aunque estaban asustados y creían que yo era una especie de demonio, no se tomaron muy bien mi manera de negociar. Tuve que matarlos también a ellos. Los que vinieron después ya me hicieron más caso —siguió contándole, aunque él ya no la oyera. Aquella noche se sentía parlanchina.

Soltó al infeliz sobre la cama y sacó la daga para introducirla en el frasquito donde llevaba la mezcla de sulfatos que necesitaba como ingredientes para la runa.

La runa no era suya. Una vez, siglos atrás, uno de sus vástagos tuvo el valor de preguntarle por ella. Decidió contestarle, le dijo que se la habían dado los brujos. Eso no era exacto del todo y, además, la había modificado. Añadir la palabra venganza en griego anatolio, mezclada con el trazo original de la runa, había sido sin duda una genialidad. Por una parte, por lo que significaba para ella, ya que llevaba milenios utilizando esa palabra como símbolo identificativo de su familia. En la Antigüedad, a partir de la cuarta generación, a ella le fue difícil cuidar de todos sus descendientes. Por eso, les dio a los primogénitos una estatua para que se la legaran a los suyos, junto con el conocimiento de que ella velaría por ellos. Con el paso de los siglos, cambió la estatua por un tatuaje bajo la oreja izquierda, la del lado del corazón.

Cualquiera con ese dibujo era intocable o ella se encargaría de vengarse sin piedad.

A lo largo de los siglos, estableció fundaciones, donó dinero. Parte de los suyos integraba una de las principales familias de la mafia siciliana. Y el padre de Héctor, en su ignorancia, se había cargado a una de sus protegidas... En todo caso, esa superposición de caracteres griegos como una rúbrica personal sobre las víctimas tenía un interesante efecto adicional. Pues, en realidad, ella conocía una runa, una antigua, cuyo origen no había desvelado a nadie, y que había modificado para que encajara tanto con su símbolo familiar como con la runa de los brujos.

—Cuando me trajeron al senador, escoltado por un pequeño ejército, yo los recibí en la piscina y los masacré, pero dejé con vida a un par. Tenía un mensaje que difundir y para eso necesitaba emisarios —continuó mientras rajaba la ropa del hombre y le dejaba el pecho al descubierto para grabarle la runa—. No suelo contar esto, será que me has caído bien... Pobrecito, tan pendiente de Amianka y, ahora, por culpa de ella vas a perder el corazón.

Cuando acabó el dibujo, le hizo un tajo para introducir las manos y abrirle la caja torácica. Las costillas se quebraron y él se despertó y gritó. Roja asintió, conforme. La pena era que no le había amordazado, no tenía tiempo. Se subió a la cama para inmovilizarle las piernas. Después agarró la colcha se la metió en la boca con ferocidad y la sujetó para que no la escupiera. Un incordio, pero tenía que estar despierto cuando le arrancara el corazón.

Prosiguió con la operación. Introdujo la mano que le quedaba libre en el pecho abierto y le extirpó el órgano que le había dado el apodo del descorazonador. Aquí en España, claro estaba. Llevaba mucho tiempo matando así y continuaría haciéndolo, aunque planeaba aparcar ese *modus operandi* unos cuantos siglos, en cuanto culminara la serie de crímenes del asesino que había creado.

Se preguntó qué cara pondrían los oficiales Laguna y Gascón si pudieran ir al Budapest de seiscientos años atrás, el último lugar donde ella había dejado los corazones arrancados al lado de sus víctimas. El paso del tiempo, así como los adelantos científicos y tecnológicos, la obligaron a ocultar su rastro, a cubrir mejor sus huellas.

Una pena... porque ella era Roja y cuando mataba quería que aquellos de quienes se vengaba, temblaran. Que nadie, nadie, volviera osar tocar a uno de los suyos o que temiera las consecuencias.

Ah... la familia. Era, junto al deseo de poder, uno de los dos pilares que la mantenían todavía cuerda y sin haberse hastiado de la eternidad.

—Bien, un minuto para recoger mis cosas y reto superado —musitó mientras dejaba el corazón sobre la mesa, escuchándose también el sonido blando de la carne sanguinolenta al ser ligeramente aplastada contra la dura superficie de madera.

Con solemnidad, se quitó la bata manchada de rojo, los guantes, la mascarilla y el gorro. Los metió en una bolsa, dentro de la mochila. Recogió también el puñal y el frasquito con los ingredientes. Se colocó la mochila sobre la ropa, después el abrigo,

los guantes de cuero, la bufanda y las gafas. Salió por la puerta principal. Observó a los policías que preguntaban por Rubén en recepción. Adivinó, por los gestos, que le describían por el aspecto físico. Qué aburrido... Si ese par de inútiles hubieran dado el nombre de Rubén, quizá los recepcionistas le hubieran buscado entre su base de clientes, les habrían informado del número de habitación y a ella la habrían pillado con las manos en la carne. Eso sí que habría sido interesante. Tendría que haberlos matado, claro. Como a aquellos soldados de la isla de Samos que se la encontraron una vez masacrando una aldea.

Sí, pensó, a veces los humanos tenían el detalle de hacer lo que ella quería.

Y con las botas que se había comprado en exclusiva para esta serie de asesinatos, caminó calle arriba, hacia el escondite donde volvería a ocultarlas junto con el abrigo, las gafas, la bufanda y la mochila.



27

Amianka regresó a la mesa. No había tardado más de un cuarto de hora, pero no tenía muy claro si Héctor, tan inexperto en mujeres como parecía, no consideraría que había sido demasiado.

—Siento la espera —se disculpó mientras tomaba asiento—. Había cola.

Sus labios, recién pintados, le sonrieron.

—No te preocupes, mi hermana tarda más —bromeó.

No le entristeció nombrarla. Se dio cuenta de que, en cierto modo, Amianka era como un rayo de sol, de luz blanca y pura, capaz de alejar las sombras y recordarle que, en la vida, si bien hay malos momentos, también los hay buenos por los cuales todo puede merecer la pena. En eso se parecía a Lucía.

—Bueno, eso es porque no estás presente cuando mi peluquera y mi maquilladora me secuestran durante horas. —Se echó a reír, exagerando.

—No eso no, imagino que son gajes del oficio.

—Sí, supongo.

Los ojos de Katja lucían risueños. Por sus gestos, estaba realmente disfrutando de la velada. Héctor, que sentía lo mismo, se obligó a no quedársela mirando embobado y señaló los platos que había sobre la mesa y que olían de manera deliciosa, sobre todo su entrecot.

—Los acaban de traer. Una pena si se enfrían, ¿no crees?

—Desde luego —convino ella mientras cogía los cubiertos y pinchaba el pescado—. Humm... delicioso —susurró mientras lo probaba, cerrando los ojos para disfrutarlo mejor, en un gesto que al oficial le pareció muy erótico.

Aunque como si toda ella no lo fuera ya...

Se obligó a centrarse en la comida y probar un bocado de carne con salsa. Pero Katja... Katja ya había abierto los ojos y lo miraba como si estuviera recordando el beso de antes, ese beso cuya presencia todavía parecía estar allí, entre ellos, tomando

forma tangible y haciendo sus cuerpos mucho más sensibles a cualquier mirada, a cualquier gesto.

—Bueno, oficial, qué callado. Cualquiera diría que se te ha comido la lengua el gato. —Le guiñó un ojo, divertida.

—No, tan solo es que siempre he sido más de escuchar que de hablar.

—Humm... Eso me deja con la pelota en mi campo. ¿Tengo que contarte una historia para entretenerte? ¿Qué tal la de la modelo y el policía? —sugirió con una mirada seductora, para a continuación tomar un pequeño sorbo de vino.

—¿Pero tienen una historia?

El corazón se le aceleró. ¿Estaba insinuándole algo?

—Sí, verás. Él la había besado, pero era tan tímido que no se atrevía a volver a hacerlo.

La mujer mojó el índice en su copa y dejó una gota en la comisura de los labios.

Héctor no se lo pensó más. Se acercó a ella y le quitó la gota con suavidad, con sus propios labios. Amianka gimió tan suave que tan solo él pudo escucharla. El sonido fue como un detonante que le hizo tomar su boca hasta que la risa de ella, suave y ahogada en su garganta, le hizo volver al mundo real.

—Creo que me gusta este cuento —susurró mientras el oficial volvía a su sitio.

Fue entonces cuando le sonó el móvil.

—¿Tienes que cogerlo? —preguntó con tono impaciente.

—No... Sí. Lo siento, pero puede ser importante.

—Oficial, que es casi medianoche... ¿De verdad te llaman a estas horas del trabajo? —Sonó contrariada.

—Creo que tú misma sabes que sí —contestó mientras sacaba el móvil.

—¡Oh! —exclamó Amianka, al recordar la noche en que descubrió a su gata bañada en sangre.

—Es mi sobrino —farfulló al ver el número, repentinamente pálido.

David nunca lo molestaría a esas horas si no pasara algo. Descolgó.

—¿David? ¿Todo bien?

Amianka, que lo observaba preocupada, vio cómo el hombre empalidecía todavía más. Los nudillos de la mano que sujetaba el teléfono se pusieron blancos. Sus ojos, que miraban hacia la modelo, parecían no verla. Y su pecho, que hasta entonces se elevaba de manera regular y suave a cada respiración, parecía haberse congelado.

Los segundos pasaban y ella no entendía nada.

Entonces un sollozo roto salió de la garganta del hombre, uno que provocó un nudo en la garganta de la modelo, uno que la habría asustado más de saber que Héctor, desde que tenía seis años, no había vuelto a llorar.

—Voy para allí. Lo siento. Es mi culpa. Voy para allí. —Y colgó.

Amianka esperaba, seriamente preocupada.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar.

Entonces pareció que él regresaba a la realidad. Estaba roto. No había nada más

en sus ojos que el vacío que acecha más allá de la desesperación.

—Lucía... Ese malnacido la ha matado.

—¿Qué? Dios, yo... ¡Lo siento!

Se levantó para abrazarlo, ignorando los cuchicheos de la gente de las mesas de alrededor, pendientes de la escena.

Él, sin embargo, estaba tenso bajo sus brazos y la apartó.

—Debo irme —dijo con esa voz suya carente del más mínimo calor.

—Déjame acompañarte.

No podía dejarlo solo en un momento así.

—No.

La apartó con brusquedad, dejó dinero sobre la mesa y se fue. Ella se quedó de pie, junto a la mesa de hilo rojo, mirándolo marchar a toda prisa, con pena y preocupación. Hasta que él abandonó el local. Entonces, solo entonces, se sentó y volvió a su plato. Los cuchicheos eran ya tan altos que los escuchaba con claridad y, por un momento, le cambió la cara. Ya no parecía empatizar con el dolor del policía sino, más bien, sentir una total y absoluta satisfacción.



28

Su sobrino no había llamado a comisaría: solo a él. Cuando Héctor llegó, descubrió que los dos policías que vigilaban la casa estaban en el coche, muertos.

La luna del vehículo estaba rota y ambos agentes, a quienes conocía, habían fallecido de una manera brutal. Pese a ello, Héctor no sintió nada. Que su hermana hubiera muerto lo había roto por dentro. Aun así, encontró fuerzas suficientes para hacer una llamada a comisaría. En ningún momento se detuvo.

La puerta de la casa estaba cerrada, aunque no con llave. La cadena de seguridad, sin embargo, esta vez estaba arrancada. Lucía había cambiado otra vez la cerradura, él mismo había llamado al cerrajero, y pese a todo ese malnacido había vuelto a entrar.

Sabía dónde estaba ella porque David se lo había contado. Cada paso que daba hacia el cuarto de su hermana, cada peldaño de escalera, cada tramo de pasillo, fue como volver al pasado, a aquella noche aciaga. No a la de las fotos, a otra. A una en la que su padre, con aliento a alcohol, quiso pegar a Lucía y él se puso en medio. Era muy pequeño, tendría unos cuatro años, pero el suceso se le quedó grabado a fuego, como en fotogramas. El dolor, la inhumanidad de su padre, como si no fuera él, como si no les quisiera. Los gritos de su madre, que corrió a defenderlos. Su propia impotencia. Una escena que, por suerte, nunca más pasó. Más tarde se enteró de que el hombre que le había dado la vida se reservaba su ira para matar jovencitas. Su madre debió de culparse por todas esas muertes cuando la mujer que le dio las fotos, la de los supuestos colmillos, le dijo que fue ella misma, cuando esa noche le gritó que sacara su ira en el trabajo pero no en casa, la que le dio la idea. Pero no se limitaba a dar palizas, ni cargaba contra delincuentes.

Había algo mal en ese hombre, como el marido de Lucía. Ni siquiera podía considerárselos seres humanos. Los que golpeaban, violaban y asesinaban a mujeres eran monstruos.

El terror, la pesadilla, los recuerdos, volvieron a él al entrar en la habitación de Lucía. Estaba desnuda, sobre la cama, con marcas de golpes y sangre entre las piernas, que había empapado la colcha. Tenía la boca amordazada y las uñas sucias, puede que de sangre reseca del agresor. A la mierda todos sus juramentos de policía. A la mierda sus votos. A la mierda su miedo a convertirse en su padre y a la mierda todo. Ella estaba muerta y Héctor sentía que era culpa suya por haberla dejado sola. Pero algo estaba claro: ese malnacido no iba a salir vivo de esta.

David, sentado en el suelo y lleno de sangre, seguramente de su madre, le miraba.

—Pensé en tapparla, pero... quiero que lo cojan. Que las pruebas estén intactas y que lo metan en la cárcel —tartamudeó.

Héctor se acercó a él, se agachó y le abrazó.

Entonces las dos escenas de pesadilla se fundieron, junto con las fotos de las casi niñas que mató su padre. Y lloró. Lloró hasta que llegaron sus compañeros y lo encontraron así, abrazado al pobre chico huérfano, y ambos destrozados.



29

Arturo acudió a casa de Lucía gracias a que Elena y Maira, a quienes les habían asignado el caso, le habían avisado.

Cuando llegó al adosado de Montecanal, se encontró con el vehículo de sus dos compañeros muertos. La luna delantera estaba rota, como por un impacto con algo pesado. Los cristales habían salido despedidos hacia dentro y se habían clavado en el agente que se sentaba en el lado del conductor. Sin embargo, eso no lo había matado, sino quizás ese mismo golpe, que había sido asestado con tal fuerza que no se había detenido al romper la luna y había continuado hasta chocar contra el policía dejándolo desfigurado. O puede que la muerte le hubiera sobrevenido después del brutal impacto, ya que también tenía la garganta desgarrada.

El copiloto tenía una pistola entre las manos y su cabeza colgaba hacia atrás de una manera antinatural. Sin embargo, era probable que no hubiera tenido tiempo de defenderse del ataque. El cristal de su ventanilla también estaba roto, por eso Arturo pensó que los agresores fueron al menos dos. Mientras el primero se encargaba del conductor, el segundo podría haber pasado su brazo y su cuerpo por el hueco de la ventanilla y haber agarrado al copiloto por la barbilla para partirle el cuello. También había cortes en el rostro de la víctima, por el cristal roto.

En todo caso, Arturo no se entretuvo preguntando a los de la científica, que estaban allí, ya que estaba preocupado por Héctor. Lo encontró en el salón, en el sofá, al lado de su sobrino, cada uno sumido en su propia pesadilla. La televisión, encendida pero sin volumen, mostraba unos anuncios coloridos que no veían. Se sentó al lado de Héctor, para ofrecerle un apoyo silencioso, y así permaneció hasta que Elena, quien ya había inspeccionado la escena del crimen, se asomó por la puerta y le hizo una seña.

—¿Cómo se encuentra? —le había preguntado Elena.

—Mal.

Arturo no solía ser parco en palabras, pero en esos momentos no se sentía con ganas de agregar nada más.

—Lo siento mucho.

—Era una buena chica. Cuando se entere Manuela, se va a llevar un buen disgusto.

Su esposa y él, de vez en cuando, invitaban a Héctor y a su familia a comer en casa. A Manuela le gustaba mucho cocinar y decía que daba gusto ver cómo David apreciaba sus menús.

—Si podemos hacer cualquier cosa por él, solo tienes que decírnoslo.

—Gracias. ¿Tenéis algo?

—Bueno, por el ataque a los que vigilaban la casa creemos que fueron dos. Posiblemente uno se quedó fuera, vigilando, y el otro entró por la puerta principal. Debe de tener una llave porque el cerrojo no está forzado, pero la cadena de seguridad interior está rota.

—Espera, creo que Héctor me dijo que le habían cambiado la cerradura...

—¿Sí? Entonces tendré que ir a ver al cerrajero. Tenemos que averiguar cómo ha podido conseguir una copia... —Frunció el ceño.

—Sí. Continúa, por favor.

—Después, suponemos que subió al cuarto, la amordazó, la golpeó, la violó y la mató. Tenderemos más detalles cuando recibamos el informe del forense... De verdad que esta ciudad a veces me da asco.

Arturo la entendía. Había demasiados crímenes. Pero no solo en Zaragoza. Él había estado más de quince años destinado en Madrid y allí era lo mismo, incluso peor. Estaba convencido de que la prensa y la televisión, cada vez que la población protestaba por la alta tasa de delincuencia, les distraían con propuestas de leyes contra el aborto o con un veto al matrimonio homosexual, por no hablar de la corrupción del banquero de turno o de la captura de una banda de rumanos que robaban en unifamiliares. Cualquier cosa con tal de que la gente no fuera consciente de lo que él sabía: que por estadística uno de cada cien españoles iba a acabar asesinado o engrosando las listas de desaparecidos.

—En la habitación de Lucía hay pisadas con sangre por todas partes e indican que salió por la ventana. En el alféizar también hay huellas de dedos. Las pruebas parecen apuntar a una única persona. Suponemos que el cómplice, el que debió de ayudarlo con los policías, se quedó esperando fuera.

Elena los conocía. Aunque no eran de homicidios, habían coincidido alguna vez en la sala de descanso. Sin embargo, no pareció entristecerse especialmente al nombrarlos; arrastraba la pena desde antes.

—Además —continuó ella—, hay sangre reseca bajo las uñas de la víctima. Esperamos que sea de su agresor. Analizaremos también la sangre del coche, por si los atacantes hubieran sido heridos y dejado algún rastro.

—Bueno —dijo Arturo—, espero que podáis identificarlos a los dos, aunque

seguro que uno es el marido de Lucía.

—Sí. En fin, te dejo. Le prometí a Maira que volvía enseguida. Lo dicho. Cualquier cosa, me dices.

—Claro, gracias.

Arturo volvió al salón, a sentarse al lado de su compañero. No llevaba allí ni diez minutos cuando le sonó el teléfono. Salió afuera para hablar y, nada más terminar, se dirigió raudo hacia Héctor.

—Rubén Delgado —anunció—. Me habían avisado de que le habían perdido la pista, pero ya lo han encontrado. Está muerto. El corazón se lo han extirpado y lo han dejado sobre una mesa. Él no era el descorazonador.

Héctor asintió levemente. Arturo tampoco esperaba otra cosa. No tan pronto.

—Me voy, ¿de acuerdo? Cualquier cosa me llamas.

Héctor volvió a asentir.

—Hasta luego, David —dijo al chico, quien no pareció haberle oído.

Se marchó de allí, dejándolos con su pena, e imaginando que debió de ser la buena de Elena quien les había encendido la televisión.

Veinte minutos más tarde estaba entrando en el hotel Zenit, donde ya trabajaban los agentes de la policía científica. Allí estaban María Luisa y Charles, con sus monos blancos con capucha.

—Buenos días —saludó—. Parece que es el descorazonador, ¿no?

—Así es —repuso María Luisa—. La misma manera de abrir la caja torácica, las mismas marcas, el mismo dibujo con arma blanca... Hemos tomado muestras. Ya os diremos si coinciden con las de los asesinatos de Zaragoza y Casetas. Ojalá esta vez el psicópata haya sido menos cuidadoso y haya dejado algún resto suyo. Tenemos esperanzas. Parece que en esta ocasión ha tenido que darse prisa. Usó la cama en lugar de una silla y, en vez de atarlo, lo dejó inconsciente mediante una presión en su carótida. Además, por estas magulladuras en la nariz y en la boca, parece que también lo asfixió. Eso no me cuadra mucho, pero por lo demás es él, el descorazonador.

Charles miró fijamente a su compañera mientras refería el detalle de la asfixia. Él había sido el primero en entrar en la habitación, uno de los dos encargados de realizar la inspección ocular. Sabiendo lo que se podían encontrar, cuando ya estaban a punto de entrar en el cuarto, le había pedido a un compañero que fuera a la furgoneta a buscar un maletín que se le había olvidado. Al agente le extrañó el despiste, pero accedió. Por suerte, ya que Delgado todavía estaba vivo y Charles no podía permitir que nadie lo viera así, menos un policía. Aprovechó para agarrar a Rubén por la barbilla, taponarle la boca y meter dos dedos en los orificios nasales. Fue un momento, prácticamente lo mismo que le costó quitarse los guantes manchados, dejarlos en un bolsillo y ponerse otros limpios.

—¿Crees que podría tratarse de un imitador que pretenda ganar fama matando al descorazonador? —preguntó Arturo a María Luisa.

—No, yo creo que no; más que nada por la precisión quirúrgica de los cortes,

pero ya te lo confirmaré cuando tengamos los análisis de los restos del arma que hay en las heridas.

—De acuerdo. Sí. —Estuvo de acuerdo Arturo, pues tanto la composición de los sulfatos como el porcentaje de su mezcla eran datos que no se habían filtrado a la prensa.

Arturo inspeccionó la escena, haciéndose su propia composición del lugar y buscando pistas que le pudieran indicar qué había sucedido allí. La puerta no había sido forzada, así que o Delgado y el asesino entraron a la par, o uno de los dos le abrió al otro o ambos tenían llave. En cuanto a la manera de salir, esta vez no había sido por la ventana. Quizás por la puerta y después por la entrada principal del hotel. Acabó de sacar sus conclusiones y bajó a recepción. Allí se enteró de que la habitación estaba a nombre de Rubén Delgado. Además, cuando este reservó había pedido dos llaves.

Al escuchar a nombre de quién estaba el cuarto, Arturo tuvo la repentina impresión de que Diatlova se reía de ellos. Sintió un escalofrío. Cada vez era más fuerte esa corazonada de que la modelo o era la asesina o estaba implicada de algún modo. Ya que su coartada parecía descartar lo primero, se la imaginó moviendo los hilos desde la seguridad de su *suite* y burlándose de ellos por haber atraído a dos policías hasta el lugar del crimen en el momento justo en el cual este se estaba ejecutando.

Masculló un juramento en voz baja y continuó hablando con el recepcionista. El encargado estaba a su lado, escuchando.

—¿El señor Delgado reservó la habitación por teléfono o por internet?

Según los compañeros que junto con él y Héctor se habían encargado de vigilarlo, nunca se había acercado antes a ese hotel. Además sabían que no les había llamado, pues tenían pinchados tanto su móvil como su teléfono fijo.

—Vino en persona, hace dos noches.

—¿En persona?

—Sí. ¿Desean las grabaciones de las cámaras?

—Sí, os las solicitaremos como pruebas. Dígame, ¿estaba usted cuando él hizo la reserva?

—Sí, era un hombre alto y grande, de más de dos metros, diría yo. Llevaba gafas y sombrero, pero me quedé con la altura y con lo corpulento que era.

—¿Alto y corpulento?

—Sí, eso es.

Rubén Delgado no encajaba en esa descripción. Le pidió al recepcionista que se pasara al día siguiente por comisaría a prestar declaración. De paso, le enseñaría fotos de Delgado, por si lo identificaba como el hombre que había reservado la habitación. En cuanto al muerto, los dos policías que habían estado siguiéndolo confirmaron que se trataba de Rubén Delgado. En cuanto lo encontraron en la habitación, afirmaron que salieron enseguida, para no contaminar las pruebas.

Tras unas cuantas preguntas más, Arturo pasó a interrogar a otros empleados y clientes que pudieran haber visto algo. No sacó nada en claro, a excepción de lo que contó el huésped de la habitación de abajo, que había oído algunos gritos.

Cuando acabó, estaba agotado y solo pensaba en irse a la cama. Cuando amaneciera le esperaba un largo día de papeleo y, además, quería ayudar a Héctor con los trámites del velatorio y el funeral de su hermana. Esperaba que Manuela no le preguntara nada cuando se acostara a su lado. De verdad que no estaba en esos momentos para consolarla por lo de Lucía como, sin duda, tendría que hacer, pues su mujer era muy sentida.

«Putá vida y puta ciudad», pensó mientras se dirigía a su vehículo, intentando borrar de su mente la imagen de Héctor, uno de los policías más íntegros y comprometidos con su trabajo que conocía, roto como si ya no creyera en la justicia.



30

—Lo has hecho bien, bebé.

Roja sorprendió a Manuel en el parque a donde había ido a cazar a algún incauto y poder comer algo tras haber terminado con Lucía. Le habría gustado alimentarse de ella, pero su señora se lo había prohibido expresamente.

El vampiro, que tenía a un humano agarrado por el torso y la cabeza, y estaba bebiendo del cuello, sintió la debilidad que le provocaba su presencia instantes antes de que ella apareciera. Su señora, rápida y llena de esa gracia letal que la caracterizaba, pasó en un instante de correr a toda velocidad a detener su movimiento en seco y sentarse en el banco que Manuel tenía a la derecha, con su cabeza apoyada en una de sus manos mientras lo miraba burlona. Por la abertura de la falda larga y roja que llevaba se asomaban sus dos largas piernas, cruzadas.

—Señora... —titubeó. Intentaba que no se le notara cuánto odiaba que lo llamara bebé, ni que lo hubiera interrumpido mientras comía.

Soltó al humano, que se desplomó en el suelo. Estaba consciente, pero muy débil tras haber perdido mucha sangre y, por supuesto, aterrorizado.

—Ella está muerta y veo que has obedecido mi orden de no beber su sangre. Puede que aún hagamos un buen guerrero de ti —le sonrió.

Manuel se quedó extrañado. ¿Roja le había sonreído? Pero una sonrisa de verdad, sin rastro de burla. No había visto algo así en su rostro desde que él era humano y ella fingía amarlo. Además, esta sonrisa era mucho más hermosa, pues estaba cargada de fuerza. Los ojos de su señora, los de un depredador, estaban fijos en él. El brillo que los animaba hablaba de la satisfacción que a ella le provocaba que su vástago hubiera cumplido bien con su cometido, pero no estaba exento de la amenaza de lo que ella le habría hecho si hubiera fracasado. De lo que todavía podría hacerle.

Porque había muchos modos de amargarle la eternidad a un vampiro que no implicaban su muerte.

Sintió con más intensidad la flojera que Roja le provocaba.

—Gracias, señora —repuso, y le propinó una patada a la cabeza del humano, quien estaba intentando escaparse arrastrándose por el suelo.

Lo cierto era que Manuel había disfrutado, mucho, dándole por fin su merecido a la zorra de Lucía. Deseó con todas sus fuerzas poder hacer algún día lo mismo con Roja. Con el tiempo, estaba seguro de que lo conseguiría.

—Bueno, me siento magnánima —dijo Roja, después de leer en el rostro de su vástago como en un libro abierto—. Me gusta el olor a desesperación que exuda ese policía. Humm... —Se relamió los labios—. Creo que hasta estoy hambrienta. Además, es muy guapo, ¿no crees?

Manuel se quedó en silencio. Temía equivocarse con la vampiresa milenaria ahora que no estaba despreciándolo. ¿Sería verdad que se sentía generosa o era una trampa para humillarlo aún más de lo que solía?

—Solo quería decirte que ya he solucionado tu pequeño traspiés —dijo a la vez que arrugaba la nariz con desagrado—. Ahora quiero que desaparezcas de la ciudad porque estoy segura, bebé, de que eres tan idiota y descuidado que tienen suficientes pruebas para inculparte por la muerte de tu esposa.

Manuel reconoció ese tono de desprecio tan familiar en su señora y, por un momento, creyó que allí estaba la trampa. Se enfadó ante la idea de Roja jugando con él, como siempre hacía. Apretó los puños con fuerza.

—¿Es que pretendes entregarme al centinela?

En un visto y no visto, Roja se levantó y se colocó frente a él, erguida y en actitud amenazadora. Uno de sus tacones pisaba el cuerpo del humano caído, a quien su vástago le había hundido la nariz con la patada.

—Tranquilo, bebé. Si quisiera entregarte no habría impedido que él te cogiera con las pruebas que ya tenía contra ti.

Manuel tragó saliva y pareció encogerse ante ella, súbitamente desinflado de su ramalazo de ira, al darse cuenta de lo que las palabras de ella implicaban: Su señora le había salvado, y no solo frente al prestamista, sino también frente a la justicia de los vasallos de los ángeles.

—No te lo repetiré: Desaparece —escupió.

—Señora, ¿y mi pago?

Ella se echó a reír. A pesar de la risa, sus músculos, sus brazos, estaban listos para tumbar al tonto de su vástago.

—Aún estoy decidiendo si te lo mereces.

Mintió. Roja se lo había prometido, a cambio de matar a Lucía, pero consideraba que no se lo merecía. Sin embargo, entraba en sus planes acicatearlo hasta que Manuel lograra liberarse por sí mismo. Por supuesto, no se lo dejó ver. Su expresión tan solo mostraba burla y desdén. Y cuando la lucha mental que Manuel estaba experimentando fue más que evidente, ella lo miró dejando bien claro su desprecio.

Manuel tuvo ganas de arremeter contra ella, de decorar su bello y odioso rostro a

puñetazos. ¡Maldita puta mentirosa! Se lo había prometido... Respiró de manera más acelerada y su señora sonrió, expectante y con deleite. Entonces Manuel recordó el dolor que suponía desafiarla. Imaginó cómo acabaría si intentaba golpearla y logró controlar su ira lo suficiente como para agachar la cabeza. Sin decir ni una palabra se fue. Sabía que, si hablaba, el enfado lo cegaría y no quería tener que arrepentirse después.

—Cobarde... Eres un cobarde, bebé, pero no te preocupes que yo iré a buscarte —musitó cuando estuvo a solas. Lamentaba que Manuel no hubiera encontrado el aplomo suficiente, que aquel no fuera el momento que él tanto anhelaba.

Pese al fino oído del que estaba dotada su raza, por la velocidad a la que él se había marchado, no la habría escuchado. Tampoco era que Roja lo pretendiera. Se fijó en el humano, tirado en el suelo, y sacó los colmillos, afilados y blancos. Todavía estaba vivo. Le serviría hasta que cazara a otra presa más de su gusto. Hundió los dientes en el cuello y bebió hasta que escuchó el último latido de su corazón, el sorbo más dulce. Después le desgarró la garganta, para disimular las cuatro punciones.

Con aquello era suficiente. Mientras los centinelas no la identificaran, se encargarían de acabar de ocultar todo rastro sobrenatural del crimen. Si eso no resultara, ella misma tenía sobornado a un par de contactos en lo alto de la cadena jerárquica de la policía.

Todavía hambrienta, se fue a por una presa más de su agrado. Como un hombre joven y sano. Sí... esos eran los que más le gustaban, sobre todo si podía mezclar otro tipo de placer con el que ya suponía saciar su sed de sangre. Por un instante, al pensar en el placer, se preguntó a qué sabría la sangre del policía Gascón o cómo sería si por una alta improbabilidad se convertía en vampiro. Desde luego, comparado con el desastre de Manuel, seguro que sería un vástago mejor.



31

En cuanto Arturo entró en la comisaria, pronto en la mañana, Pedro y un par de agentes más lo rodearon.

—Sentimos mucho lo de Lucía, ¿qué tal se encuentra Héctor?

—Mal, pero se repondrá. Justo ahora vengo de verle.

—Si necesitáis ayuda para cualquier cosa, ya sabes.

—Sí, gracias.

Los otros dos policías se volvieron a sus mesas, pero Pedro permaneció junto a Arturo.

—¿El forense qué ha dicho?

—Lo que ya suponíamos. Le dieron una paliza y la violaron. Murió a causa de una fractura en el cuello. Por ahora sigue en el depósito, pero nos han dicho que mañana nos la entregan.

—¿Os la entregan? —preguntó Elena desde su mesa—. ¿Al final Héctor ha aceptado tu ayuda para prepararlo todo?

—Sí, tanto él como David están destrozados. Manuela se ha llevado a la niña a casa, para cuidarla unos días.

—Tienes un tesoro con tu Manuela —afirmó ella con suavidad.

—¿Un tesoro? Corazón, yo diría un chollo —intervino Maira con voz algo estridente, pues no llevaba muy bien los duelos y prefería guiar la conversación a temas más frívolos—. Te hace de comer, limpia la casa, te lava la ropa...

—Maira —protestó Elena—, que no es el momento.

—De acuerdo —suspiró Maira pero, como se negaba a volver a hablar de la muerte de alguien cercano, se giró hacia Arturo y cambió de tema—. ¿Te ha dicho Pedro que ya ha resuelto el caso de la mujer y los hijos del de Ibercaja?

—¿En serio? —preguntó Arturo, volviéndose repentinamente hacia Pedro.

—Sí, por fin nos han dado los resultados de los análisis de las huellas. Se trata de

un hombre de cincuenta y cinco años, sin antecedentes. El dueño de una zapatería, que atendía junto con su esposa. Parece ser que el móvil eran los problemas económicos por los que pasa la zapatería, que con la crisis le bajaron mucho las ventas. Ha sido uno de estos arrestos que te dejan mal cuerpo. Él no hacía más que negarlo todo, incluso se ha echado a llorar. Y su mujer nos suplicaba que no nos lo lleváramos, que tenía que ser un error. Tío, qué marrón. Te aseguro que deseaba que no fuera él, pero le hemos tomado una muestra de ADN y coincide con el que hemos encontrado en la casa del accionista.

—Buf, vaya. —Cabeceó para mostrarle su apoyo—. Pero, mira, me surge una pregunta: ¿cómo han tardado tanto con las huellas dactilares?

—Eso mismo digo yo, que con tanto fallo y tanto retraso más les valdría a los de la científica renovar los equipos de laboratorio. Pero no me quejo —sonó resignado—, que ya lo tengo entre rejas y estamos a la espera del juicio.

—Genial. Alguien que mata a mujeres y niños no debe quedar impune.

Inevitablemente, sus pensamientos fueron al asesino de Lucía. Las huellas y restos que habían encontrado en el vehículo policial se correspondían con un único atacante, no dos como habían creído. Los de la científica también habían concluido que, por cómo había quedado la luna delantera, el atacante lo había roto de un puñetazo, con una fuerza que nadie se explicaba. Tampoco tenía lógica cómo el asesino había logrado, él solo, matar al primer policía, dar la vuelta al coche y matar al segundo mientras a este tan solo le había dado tiempo a sacar el arma... En fin, que no lo veían posible.

Arturo no pensaba contar esto a nadie, ni siquiera a Héctor y desde luego tampoco a su mujer, pero no era la primera vez que se topaba con algo inexplicable o con declaraciones de testigos que no tenían ningún sentido. La historia de Rovira todavía vivo y hablando, con el corazón arrancado y sobre la mesa de al lado, era una de las más increíbles. Se llevaba la palma en la escala de cosas absurdas y era evidente que la mujer se lo había imaginado a causa del trauma de descubrir el asesinato.

Pero había otros testimonios que... Cuerpos desangrados con los cuellos desgarrados, atacantes que de repente estaban y de repente desaparecían, carnicerías que parecían hechas por animales cuando no se había escapado ninguna fiera de ningún zoológico. Había algo más, algo que le había pasado a él y que con el tiempo había aprendido a mirar con otros ojos. Un día se fijó en que uno de los testigos de un crimen, al que estaba interrogando, no se reflejaba en el espejo de mano que una chica sacó para retocarse el maquillaje. Arturo miró al testigo y luego otra vez al espejito, al lado izquierdo, donde debería estar el reflejo, pero no estaba.

Durante mucho tiempo, Arturo se convenció de que había visto mal pero, con el paso del tiempo, se enfrentaba cada vez más a hechos imposibles, y comenzaba a acompañar con mayor frecuencia a Manuela en sus misas dominicales. No porque fuera creyente, no porque le apeteciera, sino porque estar allí, entre las cuatro paredes de la iglesia, le daba una sensación de seguridad que, aunque no era racional, la

necesitaba. Allí dentro era como si la maldad que lo rodeaba se mantuviera alejada. Todos los que se dedicaban a homicidios tenían que lidiar con sus propios demonios en un país donde los asesinatos y los crímenes eran tan frecuentes. Ese ritual dominical era lo que le ayudaba a Arturo a dormir por las noches.

Por todo ello, cuando le informaron de que el asesino de los dos policías había sido el mismo tipo, no pudo menos que estremecerse. Había rumores, siempre los había habido, pero él nunca les había prestado mucha atención. Tampoco en esos momentos, porque tenía lo que quería: habían confirmado que las huellas eran de Manuel López, el marido de Lucía. Seguían buscándolo, habían destinado a más hombres después del triple asesinato. Sin embargo, era como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Que Héctor estaba en una cita cuando lo llamó el sobrino? —Escuchó que estaba diciendo Maira a la vez que la mujer se ponía en pie y se acercaba a donde estaban ellos.

—Maira, por favor —le pidió Elena—, que estamos hablando de que la han matado. Un poco más de respeto.

—Déjate de tonterías, que Héctor no está presente —repuso Maira con un gesto de su mano—. Le mandamos una corona de flores y le damos el pésame, pero no me traigas ese ambiente aquí, ¿vale? Y no me quites un cotilleo jugoso. —Se giró hacia Arturo—. ¿Cómo habéis conseguido que Héctor aceptara quedar con alguien? ¿Quién le buscó la cita? Porque anda que no llevo yo días intentándolo y nada... Incluso nos dio plantón a Pedro y a mí el viernes.

—Nadie hizo nada. Él solo y sin ayuda quedó a cenar con la modelo —dijo Arturo con una pizca de ironía.

Maira abrió los ojos como platos.

—¿La supermodelo? ¿Amianka? ¡Ay, señor! ¿Cómo habéis podido ocultarme este bombazo?

—Maira, de verdad, que no es el momento —le pidió otra vez su compañera.

—Vale, pero cuando haya pasado el duelo por su hermana pienso someterlo a un primer grado hasta que me cuente todo. Detalle a detalle.

—Bueno, yo me voy —anunció Arturo—. Quiero pasarme un momento por el laboratorio, a hablar con los de la científica.

—Pues a mí no me dejas con Maira, tío —dijo Pedro a la vez que señalaba hacia ella—, que es capaz de acabar de destripar las relaciones amorosas de Héctor y comenzar a meterse con las mías.

—Tú lo que tienes que hacer, corazón, es elegir a una de tus chicas de una vez —exclamó Maira.

—¿Ves?, por eso. Yo también me voy.

—Aburridos —bromeó ella—. Por suerte tú no puedes dejarme, Elena, que por algo eres mi compañera.

Elena le sonrió resignada.

Ambas seguían charlando cuando Arturo y Pedro salieron de la sala, cada uno a sus quehaceres. Arturo se fue a buscar a María Luisa, con la esperanza de que pudiera ayudarle a esclarecer un poco más el caso. María Luisa tenía muchas décadas de experiencia a sus espaldas, más que él, y era posible que se hubiera topado con algo parecido en su larga trayectoria. De hecho, no era la primera vez que él le pedía ayuda, ya lo había hecho mientras estuvo destinado en Madrid, y, con frecuencia, la mujer lograba arrojar algo de luz sobre sus investigaciones.



—Buenos días, María Luisa.

La mujer se encontraba sentada delante de un ordenador conectado a uno de sus equipos de análisis, un espectrofotómetro. Separó los ojos de la gráfica que mostraba la pantalla y atendió al oficial.

—Buenos días, Arturo. ¿Qué te trae por aquí?

El hombre, sin esperar invitación, cogió una silla y se sentó a su lado.

—Lo de siempre, ver si puedes echarme una mano.

—Dame un segundo, que programo el siguiente análisis.

Las profundas arrugas en las comisuras de sus labios se marcaron con una media sonrisa que iluminó sus rasgos. Le caía bien Arturo. Aunque ella era unos cuantos años mayor que él, solían pensar igual en casi todo lo que a María Luisa le parecía importante. Menos en religión, porque Arturo, aunque iba a misa, no era en realidad creyente. Tecleó unas variables y unos tiempos y, tras hacer clic sobre el botón Start, se centró en Arturo.

—Dime.

—Se trata de mi último caso, el del descorazonador.

—Sí, recuerdo bien las escenas del crimen. Terrible. Esa mezcla de frialdad y crueldad es espeluznante.

María Luisa no se estremeció al decirlo como sin duda habría hecho al inicio de su carrera. La mujer había vivido mucho, demasiado, y era difícil que dejara de considerar un crimen o un cadáver como algo totalmente objetivo de lo que obtener datos.

—Lo cierto es que sí —asintió Arturo—. Y de eso quería hablarte. Resulta que ese dibujo que graba en el pecho se puede descomponer en una serie de trazos y unas letras griegas. Mira.

Sacó un papel del bolsillo y se lo enseñó. Primero una copia del dibujo completo que el asesino grababa. Después, ese mismo dibujo con sus partes diferenciadas.

—Es anatolio, un dialecto del griego que se hablaba antiguamente en Asia Menor —le aclaró.

—Fascinante —dijo la mujer, totalmente concentrada en lo que él le acababa de

mostrar—. Las letras están algo cambiadas, como adornadas para hacer sus trazos más artísticos, pero son griegas, sin duda. ¿Significan algo?

—Venganza.

—Vaya. Los del informe psicológico del descorazonador se habrán vuelto como locos con esto, ¿no?

—Sí, bueno, pasamos de tener a un psicópata ritualista a tener a un psicópata ritualista que lo hace por venganza —ironizó Arturo, resumiendo en pocas palabras varias hojas del informe que a él no le había aportado apenas nada.

—Bueno, es un modo de mirarlo. —Se rio—. ¿Tenéis alguna idea de quién es y de qué puede querer vengarse?

—No, por eso he venido. No será la primera vez que tú ves algo que a mí se me escapa. Bueno, en este caso a Héctor y a mí.

La mujer se puso seria al escuchar el nombre de Héctor.

—Por cierto, no te he dicho nada antes porque imagino que estarás cansado de escucharlo, pero siento mucho lo que le ha sucedido a tu compañero.

—Gracias.

—Bueno, pues cuéntame más, a ver si puedo ayudaros.

Volvió a sonar cordial. Arturo le sonrió agradecido y siguió explicándole lo que tenían.

—Creíamos que era Rubén Delgado, un acosador de la modelo Katja Diatlova, que la perseguía por celos, porque creía que ella se acostaba con otros. Sin embargo, Delgado ha aparecido asesinado por el descorazonador. Eso nos deja donde al principio: ni un solo sospechoso. O, mejor dicho: la modelo.

—No sé cómo será de fuerte esa modelo, pero ha tenido que atar y amordazar a hombres corpulentos —dijo con incredulidad—. ¿Quizás les hizo creer que era algún tipo de juego sexual, para que se dejaran?

—Había magulladuras en los brazos de las víctimas. Eso implica que ellos se resistieron y que hubo que sujetarlos con fuerza para poder atarlos. Si se hubieran dejado de manera voluntaria, esas marcas no habrían estado allí.

—Qué pena, era una buena hipótesis. Apuesto a que esa mujer podría conseguir que un hombre se dejara atar. —Se quitó un guante para consultar el móvil, que acababa de sonarle por un mensaje—. Es de casa, perdona —comentó y volvió a guardárselo. Después se rascó la barbilla, pensativa—. Bueno, pues si ella no ha podido, al menos sola, ¿no tenéis a nadie más?

—Ella estuvo en todos los lugares de los asesinatos y conocía a todas las víctimas, Rubén Delgado incluido. Su agente y su monitor de pilates también.

—¿Tiene un monitor de pilates para ella sola? ¡Qué bien viven algunas!

—Sí. El representante es grande y fuerte, y calza el mismo número que el asesino. El monitor de pilates no es grande, más bien delgado, pero tiene masa muscular, así que podría haber atado a las víctimas. Sin embargo, las grabaciones de las cámaras del hotel Zenit muestran que nuestro descorazonador es ancho de hombros. Por altura

podría ser cualquiera de los dos; por compleción, más bien con el representante. Además, el monitor tiene el pelo largo y rubio, como el asesino.

—¿Y eso? —se interesó ella.

—Aparte de las cámaras del Zenit, que lo grabaron entrando y saliendo por la puerta principal, tengo un vídeo de tráfico que recoge la ventana de la habitación de Rovira, en el NH. El otro día, por casualidad, se me ocurrió pasarlo a cámara lenta y vi a un tipo que salía de la ventana y bajaba por la pared a toda velocidad. El problema es que la grabación es de mala calidad y está todo pixelado. Tan solo puedo sacar que tiene el pelo largo y de un color rubio oscuro, y que lleva una gabardina amplia. También hombros fuertes. Como ves, por compleción me pega más el representante, pero es moreno y el asesino rubio. Bueno, Amianka y su monitor de pilates son rubios... Aunque ella tiene todas esas mechas en diferentes tonos, eso sí, pero las imágenes no tienen calidad.

Tanto lo de la cámara lenta como el hecho de saltar desde esa altura eran datos de lo más extraño. Pero María Luisa, centrada en lo que podían haber encontrado con esa nueva prueba, no pareció darse ni cuenta.

—Y en la cámara del Zenit, que tendría buena calidad, ¿no se le ve la cara?

—Debía de saber dónde están las cámaras, porque evita mirar hacia ellas y además ladea la cabeza en dirección contraria. Entre eso, las gafas de sol y la bufanda que le emboza, no tengo nada. Aunque amplíe la imagen, no hay manera de reconocerlo; ni siquiera de saber si es hombre o mujer. Su pelo, eso sí, aunque lo lleva recogido, puede verse que tiene un tono más uniforme que el de la modelo. Pero me niego a descartarla por eso. Igual que por no ser tan corpulenta, que uno se puede poner hombreras o relleno.

—Vamos, que si mezclas a los tres tienes al asesino perfecto.

—Sí, y hasta llegué a pensar si el descorazonador podría ser más de uno; pero por esa ventana del NH no salió nadie más. Me tragué la grabación a cámara lenta de toda esa noche y de todo el día siguiente, hasta que nosotros llegamos al hotel. Y miré también las grabaciones de la puerta principal del NH. No vi a ninguno de ellos, ni siquiera disfrazado. Así que a Rovira lo mató solo uno.

—¿Y el monitor de pilates o el agente tienen algún motivo para querer vengarse? O quizás alguien quiera vengarse de ellos, más aún si Amianka está en medio... ¿Quizás alguna modelo rival a quien el agente dejó por ella? ¿O alguna a la que Amianka le robara el monitor de pilates?

—Uf. Tú no sabes la de modelos que ha rechazado ese agente. Y en cuanto al monitor, trabajaba en un gimnasio exclusivo hasta que Diatlova decidió que lo quería para ella y le hizo una oferta que el otro no pudo rechazar. Pero por eso no va nadie por ahí matando a gente.

—Vale. Tenemos pues unas letras en un dialecto griego, una legua extinguida. Una modelo, un agente y un monitor de pilates. Humm... —Se llevó la mano sin guante a los labios, pensativa—. Y un arma de bronce, que no se me olvide, que anda

que no les ha dado trabajo a mis compañeros el intentar datarla... A ver... Yo buscaría a alguien que estuviera obsesionado o algo así por la cultura antigua. Esa época... Por lo que recuerdo de cuando estudié a Homero, no me suena que relatara ningún asesinato en el que se extirpara el corazón, pero a saber si ese tipo o tipa no lo ha sacado de un mito o de alguna leyenda griega. El arma, las letras, los sulfatos... Yo buscaría cualquier conexión de tus sospechosos con la historia o la mitología griegas.

—Lo he hecho. El monitor de pilates tiene una hermana que es historiadora. Y una de las modelos que han perdido caché con la subida de Diatlova este verano ha comprado en Amazon varios libros de mitología griega y romana. Pero pueden ser coincidencias.

—¿Y tu instinto a dónde apunta? No suele fallarte.

—A Diatlova.

—¿Ella sabe griego o algo así?

—Que sepamos, no lo ha estudiado, ni la Historia de Grecia, ni ha cogido ningún libro relacionado de la biblioteca o se lo ha comprado.

—¿Y tiene motivos para vengarse o las letras podrían formar otra palabra o palabras?

—No a lo segundo, nada que tenga sentido. Y lo de la venganza... Esos hombres no le hicieron nada. Pero no solo a ella: a nadie. Bueno, el fotógrafo de Praga le debía dinero a un hombre, pero ya lo hemos investigado y dudo mucho que este o su familia le mataran por ello.

—Eso lo pone más complicado. ¿Por qué matar por venganza a gente que no ha hecho nada? Tu asesino es psicológicamente más retorcido de lo que parece. ¿Quizás se imaginó las ofensas? Ya sabes, del tipo me miras mal o no me dices lo guapísima que soy o lo perfecto que soy como representante o como monitor de pilates.

—A saber.

—Siento no haber podido ayudarte.

—No, qué va. Seguro que de esto saco algo, tú solo deja que le dé unas cuantas más vueltas.

—Claro —le sonrió ella y volvió a ponerse el guante.

En esos momentos la puerta del laboratorio se abrió a sus espaldas. María Luisa se giró para saludar.

—Buenos días, Charles.

—Buenos días a todos —dijo alzando la voz y, al ver al oficial de homicidios, se encaminó hacia ellos.

—Me alegro de verte, Arturo. Contigo quería hablar.

—¿Tienes algo más para mí? —preguntó con una ligera ansiedad. Era Charles quien le había mandado los otros informes, quizá tuviera novedades.

—Sí, una disculpa.

—Uf, el follón del arma —adivinó. María Luisa.

—Sí, ese mismo. Verás, Arturo, resulta que una pieza del espectrómetro de masas estaba defectuosa y eso introducía un error aleatorio que hacía que el resultado del análisis fuera tan diferente cada vez. Lo hemos solucionado y hemos repetido los análisis. El arma blanca ha sido la misma en los tres asesinatos: el de Casetas, el de Rovira en el hotel NH y el de Rubén Delgado. De hecho, he obtenido los resultados de este último hace nada.

—¿Y? —preguntó Arturo.

Él no se emocionaba como Héctor cuando estaba ante algo importante pero, como el viejo sabueso que era, sabía muy bien reconocerlo.

—Cinco años. Es un arma de hace cinco años y tres meses. Yo diría que de coleccionista, por el material.

—Muchas gracias.

—De nada. Tenemos que cambiar el proveedor. De verdad que yo no puedo trabajar así.

—Bueno, tranquilo Charles —dijo María Luisa—. Que esto es el pan de cada día.

—Pues ya tengo más donde mirar. A ver quién de mis sospechosos se ha comprado un arma decorativa con esa antigüedad y que encaje con la composición de la aleación.

—Habrás tenido que afilarla —supuso la mujer.

—Ajá. Muchas gracias a los dos, me voy a investigar esto.

Alargó la mano y cogió el papel que María Luisa tenía sobre el teclado de su ordenador. Charles alargó la mano y le paró, sujetando también el papel.

—¿Griego? ¿Y esto? —preguntó extrañado al ver tanto el dibujo como los caracteres.

—¿Sabes griego? —quiso saber Arturo.

—No, pero sé reconocer el tipo de letra. Igual que el chino. ¿Por qué lo tienes? ¿Ese no es el dibujo que hacía el descorazonador?

—Sí.

La expresión del rostro de Charles pasó con rapidez de la sorpresa a un calculado desdén.

—¿Y crees que es algo en griego? ¡Por favor! Que de todas las líneas que tiene ese dibujo yo te saco letras en español y en inglés sin problemas.

—A mí me parece una buena pista —dijo María Luisa.

—Yo me centraría más en el arma, que es algo probado científicamente, no unos garabatos a los que se intenta encontrar sentido.

—Gracias por tu opinión —repuso Arturo, algo seco.

Conocía a Charles y sabía que a veces tenía salidas en ese tono, sobre todo cuando creía que estaban ante algo absurdo. Pero a él le parecía que esos caracteres eran una de las claves para resolver el caso, y contaba con el análisis de un catedrático. Además, qué caray, se lo decían sus tripas. Igual que la intuición de que la modelo no era trigo limpio.

—No te lo tomes a mal, Arturo —suavizó Charles.

—No, tranquilo. Bueno, nos vemos.

—Ven cuando quieras, ya lo sabes —dijo María Luisa.

El oficial asintió y salió del laboratorio. Tenía más trabajo que hacer, como averiguar si de cinco o seis años a esta parte alguno de sus sospechosos se había comprado un arma decorativa de bronce. En caso afirmativo, pediría una orden para confiscarla y realizar un análisis de su composición.

Pero antes llamaría por teléfono a Héctor. Quizás le animaran los avances y eso le ayudara a olvidarse por unos momentos de la pérdida de su hermana.

Quizás...

Su compañero le escuchó, pero no pareció poner en ello el más mínimo entusiasmo. Seguía roto y ni la idea de poder atrapar a un asesino en serie había logrado encender una chispa de emoción en él. La culpa y la desesperación eran las únicas notas que había en su voz.



32

Charles no podía creerlo. Cómo no se había dado cuenta antes. Farfulló, murmuró que se había olvidado las gafas de laboratorio, y dejó atrás a una extrañada María Luisa. Necesitaba salir de allí y pensar, y con el parloteo de su compañera no podría.

Una runa mezclada con letras griegas... Desde su visita a la tienda de los brujos, sabía que el asesino era un vampiro. Y, en esos momentos, el único tan antiguo como para haber vivido en los tiempos de Grecia y que estuviera en Zaragoza, no era él, sino ella: Roja. Sabía que la mujer había estado en contacto con alguna de las víctimas e incluso que la habían llamado para declarar; pero había creído que era como testigo más que como sospechosa.

Roja...

Tenía que haberse dado cuenta antes. Solo que nunca habría esperado algo tan jactancioso de una vampiresa tan antigua, alguien quien por definición debería ser más sabia y comedida.

Mientras caminaba hacia la salida, le dio vueltas a lo que tenía que hacer ahora: ir a por ella y entregársela a sus superiores. El único problema era que le debía una y, mal que le pesase, él era un hombre de palabra. Por eso, cuando estuvo en la calle, sacó el teléfono e hizo unas cuantas llamadas para averiguar dónde se alojaba la vampiresa. Una vez lo supo, como iba en dirección contraria, se giró ciento ochenta grados y desanduvo sus pasos. Cuando llegó a un semáforo en rojo, sacó una libreta y aprovechó la espera para escribir una nota: «Sé quién eres. Abandona de inmediato la ciudad o iré a por ti. Estás avisada. Charles».

Al llegar al hotel donde se alojaba, le pidió un sobre al recepcionista, metió dentro la nota y se la dejó.

Tras ponerse el sol, Roja bajó y le entregaron el mensaje. No le gustó. Contrariada, hizo una bola con el papel y lo tiró a la primera papelera que encontró. No había contado con tener a Charles en contra. ¿Cómo se habría enterado?

Ese británico podía ser peligroso y, sin duda, ya era un maldito incordio. Pero por mucho que le molestara esa intromisión en sus cuidadosos planes, la vampiresa no podía irse todavía. La venganza era un arte y necesitaba su tiempo. Había colocado las fichas en el tablero y las había movido. Lucía ya estaba muerta. Ahora quedaba que su hermano se enamorara perdidamente de ella. Por eso, porque no podía marcharse, tenía que ir a ver al centinela.



Por la tarde, el recepcionista del hotel Zenit se pasó por comisaría a prestar declaración. Cuando estuvo frente a las fotos de Rubén Delgado, no reconoció al hombre que había reservado la habitación. El mismo Arturo, que había visto los vídeos del hotel, ya se lo imaginaba, pues físicamente no se parecían en nada. Y tampoco tenía claro que fuera el asesino, ya que el hombre del sombrero era bastante más alto que el que había entrado al hotel a matar a Delgado. Quizás fuera un cómplice o alguien a quien el asesino hubiera pagado para que reservara la habitación. O quizás tan solo fuera el descorazonador con plataformas en sus botas y ganas de seguir riéndose de ellos.

A última hora Arturo, que no dejaba de darle vueltas a las contradicciones del caso, se encontró paseando cerca del Meliá, donde se alojaba la modelo. No había cogido el coche, ya que le apetecía dar un paseo, por si de ese modo se le aclaraban las ideas. Lo que no había planeado era ir visitar a la principal sospechosa, pero, ya que se encontraba allí, se preguntó si la mujer estaría en el hotel. Siguiendo un impulso, se metió en un bar cercano, pidió una caña y se sentó a una mesa junto a una ventana que le permitía observar la entrada principal del Meliá. Al cabo de casi una hora, su intuición se vio recompensada: Diatlova, cubierta con un abrigo de pieles, salía del hotel y echaba a andar calle arriba, hacia la Puerta del Carmen. El oficial, que ya había pagado, se apresuró a salir del local y seguirla.

Recorrió, tras ella, media Zaragoza hasta que en la zona Delicias, de repente, la perdió. Así, tal cual. La mujer caminaba por una calle desierta a más de treinta metros por delante de él y, de repente, dejó de estar. Como si hubiera desaparecido o, más bien, como si se la hubiera tragado la pared hacia la cual había girado súbitamente. En cuanto Arturo llegó allí, no vio nada. Había una farola cerca. La pared era maciza y no tenía ningún pasadizo. A menos de medio metro se encontraba un escaparate de una tienda de muebles con las rejas bajadas, en cuyo cristal se reflejó Arturo al pasar por delante. Encima, había ventanas. ¿Quizás había saltado y se había encaramado a una de ellas? Estaban a demasiada altura, y además todas estaban cerradas, con las persianas bajadas, y tampoco se apreciaban elementos arquitectónicos que ayudaran a trepar por la pared. Sin embargo, esa posibilidad no era menos rara que el hecho de que hubiera desaparecido sin más.

Se encogió de hombros y se dio media vuelta, a buscar su coche y marcharse a casa. Manuela debía de estar más que enfadada con él por haberse saltado la cena.

Guardó en su memoria el suceso, sumándolo al resto de cosas extrañas que rodeaban al caso.



Roja llegó ante el muro que cercaba tanto los jardines como la iglesia románica donde se alojaba el centinela. Como la otra vez, se encontró la cancilla de hierro forjado entreabierto, la empujó y entró. Siguió por el sendero de losas de piedra que llevaba al templo cristiano y se paró al llegar ante la vieja puerta de madera. Sin embargo, esta vez no fue ningún párroco el que se percató de su presencia, sino que el mismo Charles parecía estar esperándola, ya que estaba allí, de pie bajo el arco de medio punto de la puerta. Llevaba el abrigo de paño y la americana desabotonados, para dejar ver el martillo adosado a la cadera derecha. La mano, relajada, reposaba sobre la empuñadura.

—Así que has venido... Lo suponía —dijo, a modo de saludo.

—Buenas noches, Charles. —Ella le obsequió con una sonrisa postiza, pero tan bien fingida que el centinela tuvo la impresión de que Roja se alegraba de verlo, que incluso lo apreciaba.

—No intentes engañarme, vampiro —avisó con sequedad.

Charles era más que consciente de la excepcional actriz que era Roja.

—¡Oh, vamos, Charles! No seas tan susceptible —protestó ella dejando que sus labios se curvaran en un inocente mohín—. ¿Por qué no apartas esa mano de tu martillo y damos un paseo?

El centinela frunció el ceño al ver cómo la mujer le tendía el brazo. No deseaba cogerlo, pero esa era una batalla que tenía perdida de antemano. Decidido a acabar cuanto antes, aceptó el ofrecimiento y, juntos, comenzaron a caminar por el sendero de gravilla que rodeaba al edificio.

—Ya sabes por qué vengo —dijo ella al cabo de un momento de silencio.

—Mi nota. Tienes que irte. Si me llegan a decir que precisamente tú, a tu edad, serías capaz de comportarte de una manera tan irresponsable, llamando tanto la atención con esos asesinatos cargados de ego, no lo habría creído. —Miraba al frente y su tono sonó reprobador; quizás decepcionado.

—¿De verdad no me crees capaz de tener ego? —replicó divertida. O al menos fingiéndolo.

—Sé que tienes orgullo y una elevada opinión de ti misma. Que necesitaras transmitirlo al mundo de un modo tan vulgar, no.

La mano de la vampiresa se tensó por un instante sobre el brazo del centinela. Eso le había dolido. Ella no era vulgar.

—Artístico, querido, artístico —consiguió decirle como si no le importara—. La sangre no es más que el pulso de la vida retratado en el lienzo de la muerte y el olvido.

Charles se detuvo con brusquedad y se giró para encararla.

—No tengo tiempo para esto, vampiro. Sé clara, di exactamente qué quieres.

Ella le sonrió mostrándole los colmillos, acariciando con delicadeza el abrigo del centinela.

—No te hagas el duro conmigo, Charles. Ambos sabemos que no te va a funcionar. Y yo solo quiero cobrar mi deuda, el favor que me debes —dijo con suavidad, dejando que las palabras se le deslizaran entre los labios como si fueran la dulce melodía de una nana, cuando sin duda era acero y muerte lo que se ocultaba bajo ese falso arrullo.

—Precisamente porque te debo una, no voy a por ti ya mismo.

Roja se echó a reír. La ilusión de cordialidad que proyectaba con sus gestos y su lenguaje corporal se rompió en mil pedazos.

—¿Tú y cuantos más?

—Los que sean necesarios —contestó con seguridad, pese a saber qué clase de ser antiguo estaba agarrado a su brazo.

En realidad, él solo podría derrotar a Roja si la cogiera con la guardia baja, si pudiera empezar la pelea con un buen martillazo que igualara las tornas.

La vampiresa se aguantó las ganas, irritada como estaba, de contestarle de malas maneras. Ese maldito centinela, tan repelente por cómo apestaba a ángel, estaba metiéndose en sus planes. Por el contrario, rehízo su máscara y le sonrió como si fueran amigos de toda la vida, como si el mundo fuera un lugar seguro y Charles no pudiera estar más a salvo que a su lado.

—Necesito tiempo para acabar mis asuntos como Amianka. Dame una semana.

—Te doy una noche. Mañana te quiero fuera. Porque voy a ir a por ti, aquí en Zaragoza o donde te encuentres. Te doy una noche para que te vayas de la ciudad y luego una semana para que sea tan lejos que yo no sea capaz de encontrarte. Ya sabes, no más asesinatos del descorazonador ni nada que pueda llevarme hacia ti.

—Claro, querido —asintió la vampiresa—. Mañana mismo me voy. No te ocultaré que me has decepcionado, Charles. Me habría gustado seguir velando por ti, pero esto...

Lo miró con tristeza y tomó una gran bocanada de aire que le elevó el pecho visiblemente.

—Esto... —repitió y meneó la cabeza.

—No hace falta que te pongas melodramática, vampiro —cortó con sequedad—. Cuando nos volvamos a encontrar, te defenderás e intentarás matarme. Ya lo sé. Y ahora, si me permites, tengo cosas que hacer.

—Acompáñame entonces hasta la salida. Será el último paseo que demos juntos y, sinceramente, Charles, va a ser una pena acabar contigo. Te estaba cogiendo cariño,

como a tu antecesor —susurró con una dulzura siniestra que hizo que Charles se estremeciera, pues sabía muy bien cómo Lavinia le había hecho la vida imposible a su antecesor.

Esa sutil amenaza se quedó pendiendo entre ambos y, sin mediar ni una palabra más, el centinela asintió con un movimiento brusco y la guio hacia la puerta metálica que cercaba el terreno de la iglesia. Por suerte para él, acabar con Roja no iba a ser una pena sino un alivio. Y por fin esos dos favores estarían saldados. La tensión que lo había acompañado desde la llegada de Lavinia, desapareció sin más.



A la noche siguiente, Roja abandonó Zaragoza. Charles fue al aeropuerto para asegurarse de que la vampiresa se iba. La mujer había tenido el detalle de mandarle un correo electrónico con los datos del vuelo. Horas más tarde, el centinela comprobó también, a través de un compañero de Ekaterimburgo, que Roja la mujer realmente estaba allí.

La modelo Katja Diatlova faltó a su sesión de fotos de esa noche. Su agente llamó para decir que se encontraba indispuesta.

Cuando volvió a amanecer, el día estaba frío y despejado. La ciudad no lo sabía, pero la amenaza del descorazonador había volado lejos. Sin embargo, el dolor y la miseria que habían traído sus crímenes permanecían intactos, como una muesca más en la fama que Roja se había labrado.



33

Era un día de lluvia. Un día de esos en los que las nubes encapotan el cielo y una fina llovizna no para de caer. Un día de renovación para algunos, pero un día triste para Héctor Gascón y su familia.

El oficial, junto con sus sobrinos, varios primos y tíos, amigos y compañeros de trabajo, estaba allí, a media mañana, bajo el resguardo de paraguas negros, en el cementerio, escuchando al cura orar por el alma de Lucía, cuando no había ningún cobijo para la pena que sentía. La lluvia, el frío le provocaban una oscura satisfacción, como si su hermana no se mereciera menos. En esos momentos era egoísta y no quería que nadie disfrutara al sol mientras él sufría, mientras enterraban a Lucía.

Su madre quiso venir, pero los médicos lo desaconsejaron, pues la muerte violenta de su hija la había desestabilizado, le había recordado aquellas fotos, aquella mujer sobrenatural y el día en el cual su marido intentó pegar a Lucía.

Héctor se había convertido en el único cabeza de familia. Llevaba en brazos a Nerea porque alguien tenía que hacerlo y David parecía incluso más incapaz que él. La niña no acababa de entender qué ocurría, y solo quería mirar en al ataúd para asegurarse de que era mentira, que allí dentro no estaba su mamá.

Los tres días que habían pasado entre el asesinato y esa mañana habían sido una pesadilla para él. No recordaba demasiado de ellos. Solo que, con la ayuda de Arturo, organizó el velatorio y el entierro, y luego no hizo más que recriminarse que ella no volviera a estar nunca más con ellos, a reír, a gastarles bromas, a compartir la alegría de su hijo cuando este acabara la universidad o a volver a consolar a Nerea cada vez que ella se cayera y hubiera que ponerle una tirita. Mientras escuchaba el sermón del cura, no se sentía mucho mejor. Para más inri, resultó que uno de sus primos, el único que vivía en Zaragoza, hijo de una tía paterna, había sido detenido como el asesino de la familia del accionista de Ibercaja. En otras circunstancias habría ido corriendo a

ayudarle, porque sin duda eso tenía que ser un error, pero cuando se enteró fue como si el fantasma de su padre se riera, diciéndole que nadie en la familia estaba a salvo de convertirse en un monstruo. Ese golpe lo sumió aún más en la tristeza.

Al echar un vistazo en derredor, no pudo evitar pensar que Amianka no estaba allí, entre los asistentes. Lo había llamado por teléfono el día anterior, pero él ni siquiera se lo había cogido. El oficial imaginó que la modelo se acercaría al funeral. Sin embargo, no se sintió decepcionado, bastante tenía con recibir el pésame de todos los presentes cuando lo único que quería era seguir estando solo para continuar culpándose por haberla abandonado aquella noche.

Cuando el cura acabó, cuando echó una palada de tierra sobre el ataúd, algo pareció acabar de romperse dentro de él. Para luego encajar de nuevo. Se había ido. Ya estaba. Como lo habían hecho todas las víctimas de su padre. Una cruz que soportaba en solitario y en secreto. Con su hermana era lo mismo. Ella había muerto. La culpa era suya y, por eso, ahora solo podía hacer una cosa, lo que siempre había hecho: compensar, volver a dedicarse al trabajo y obrar todo el bien posible. Quizás, cuando salvara a una hermana o una madre de la muerte, Lucía le perdonaría que no lo hubiera logrado con ella.

Una mano de apoyo, la de Arturo, lo sacó de sus pensamientos. La ceremonia había finalizado y la gente se acercaba para darle el pésame. Arturo se quedó al lado todo el rato. Manuela se brindó a llevar a Nerea en brazos.

Cuando todos se marcharon, los cinco comenzaron a andar por el cementerio, despacio, hacia la salida. Las lápidas, de diferentes formas y algunas acompañadas de estatuas de ángeles, cercaban el camino.

—¿Quieres que nos llevemos a Nerea? —ofreció Arturo.

—Solo unos días más, muchas gracias. Voy a mudarme a casa de mi hermana, por mis sobrinos. David no podría encargarse solo de una niña y terminar la universidad, y mi apartamento es demasiado pequeño para los tres.

—Una de vuestras tías se te ha ofrecido antes para cuidarlos unos meses, hasta que estéis mejor. ¿No te apetecería? —propuso Manuela con suavidad.

—No, ya estoy mejor. De verdad.

La mujer lo miró con lástima, aunque le pareció que ya no estaba tan destrozado como antes del funeral.

—Y Arturo, ya puedes ir poniéndome al tanto de cómo llevas las investigaciones, porque mañana vuelvo al trabajo. En cuanto David esté un poco mejor, él podrá llevar a Nerea a la guardería antes de ir a sus clases y podré llegar un poco más temprano.

—¿Mañana vuelves?, ¿tan pronto? —Arturo tuvo que esforzarse por ocultar su alivio.

A cualquier otro le habría recomendado que se tomara unos días para acabar de asimilarlo todo, pero no a su compañero. Héctor siempre se había volcado mucho en el trabajo y estaba convencido de que retomar la rutina le haría bien. ¡Qué narices! Si volvía a ver ese brillo de entusiasmo en sus ojos cuando capturaran al

descorazonador, sabría que habría comenzado a superar la pérdida de Lucía.

—Sí, es lo mejor.

—Sí, eso creo. Y tengo novedades. ¿Recuerdas el vídeo de tráfico que mostraba la habitación del NH? Pues probé a pasarla a cámara lenta y vi a alguien saltando por esa ventana. Sí, saltando. Y sin matarse. La pena es que la calidad de la grabación es tan mala que no se distinguen los rasgos, solo una complexión fuerte y un largo cabello rubio oscuro.

—Bien hecho.

Héctor no se entusiasmó como a Arturo le habría gustado, pero al menos prestaba atención y no exhibía la apatía de los días anteriores. Bien. Iban por el buen camino para que su amigo dejara de martirizarse. Continuó poniéndolo al día.

—El pelo rubio. Como el monitor de pilates y como la modelo. Curioso, ¿no? Además resulta que ten...

—Arturo, por favor —interrumpió Manuela con un tono que no admitía réplicas—. No es el momento. Déjalo para mañana.

—De acuerdo.

Por experiencia, sabía que no era bueno llevarle demasiado la contraria a Manuela.

—¿Por qué no venís a comer con nosotros? —preguntó esta.

David, para variar, no pronunció palabra. Nerea les pidió que fueran y Héctor aceptó la invitación, agradecido.

A punto de abandonar el camposanto, una mujer que no había asistido al funeral llamó a Héctor desde el interior de una caseta de mantenimiento, una disimulada entre varios cipreses.

Arturo, que enseguida reconoció el acento exótico, frunció el ceño.

—Creía que había tenido el buen sentido de no acercarse a ti.

—¿No es la sospechosa? —preguntó Manuela.

Estaba bastante oscuro por el cielo encapotado y porque el interior de la caseta no tenía luces; pese a ello, la esposa de Arturo fue capaz de reconocer a la famosa modelo.

—Sí. Y aquí Héctor la está mirando como un corderito degollado camino del matadero.

Si buscaba provocarle un «Arturo, que estoy delante», no lo consiguió. En vez de eso, Héctor se detuvo y se quedó contemplándola en silencio. Katja vestía toda de negro. Por debajo de la falda de punto se asomaban unos botines de tacón.

Arturo, que como todos los demás también se había parado, miró a la modelo con lo que esperaba que fuera un «lárgate» escrito en el ceño, pero ella, como siempre, solo tenía ojos para Héctor. Ni siquiera una carantoña a la pequeña. No... Esa mujer le tiraba los tejos descaradamente y, considerando que ella era la guapa y la rica, eso solo sumaba puntos a su teoría de que no era trigo limpio.

—Disculpadme un momento —musitó Héctor, sin dejar de mirarla—. ¿Podéis por

favor adelantaros hacia los coches? Ahora mismo os alcanzo.

Manuela asintió, David reanudó el paso, apático, y la pequeña lanzó un «hata luego». Arturo tuvo que seguir a su mujer, que tiraba de su brazo.

—Lo tiene atontado —protestó.

—No la juzgues tan duro. Solo es una chica y se la ve preocupada. Imagina por un momento que es inocente, que ha conocido a un chico que le gusta y que de repente al pobre le matan a la hermana y corta todo contacto con ella. ¿No crees que se merecen unas palabras a solas?

—No —bufó.

Era consciente de que, si eso era así, estaba siendo injusto con la modelo. Pero seguro que no lo era. Se lo decían sus tripas.

Héctor y Amianka se habían quedado el uno frente al otro, el hombre bajo su paraguas negro y la mujer protegida por el techo de la caseta. Se miraban sin saber qué decirse.

—Buenos días, Héctor —se soltó ella, con cara de preocupación—. Siento mucho tu pérdida.

—Gracias, Katja.

—No he podido decírtelo antes, no me cogías las llamadas... Pero cualquier cosa que necesites, aquí estoy.

Sus ojos, grandes, parecían sinceros. Igual que tristes.

—Gracias. Eres muy amable.

—Y si necesitas hablar con alguien, desahogarte, tienes mi número.

Él expulsó el aire con más lentitud de lo normal. Quería explicarle que no le había cogido el teléfono no porque la culpaba de lo sucedido, sino porque había estado tan destrozado que no había querido hablar con nadie, menos aún con ella. Ahora, sin embargo, se sentía mejor y quizás le sentara bien su compañía. Amianka era como Lucía: luminosa, sonriente, capaz de alejar lo malo de la vida. Lucía con sus bromas. Amianka con su sonrisa. Al lado de ella, parecía que la pena remitía.

—Gracias, quizás te tome la palabra.

—Por favor —susurró ella, en un tono tan bajo que Héctor se preguntó si de verdad lo había escuchado.

Se quedaron unos segundos más en silencio, mirándose, hasta que ella inclinó la cabeza en un saludo y retrocedió unos pasos para perderse en el interior de la caseta de mantenimiento. Quería dejarle espacio. Ya se marcharía luego, más tarde. Él miró una última vez hacia la penumbra donde se adivinaba la silueta de la mujer, se despidió y aceleró el paso, para alcanzar a los demás.

Fuera de la vista de Héctor, bajo la débil luz matutina que se colaba por las oscuras nubes, ella cambió la expresión del rostro. Ya no mostraba la dulce sonrisa de consuelo. Una mueca de satisfacción curvaba sus labios. Tenía al oficial donde lo quería.



34

Arturo cenaba con el telediario. Las noticias seguían hablando de la detención de Aarón Herrera, el asesino de la familia del accionista de Ibercaja. Todo eran alabanzas para las autoridades y fuerzas de seguridad. Parecía que, haber encontrado al culpable de la muerte de una mujer y unos niños pequeños, diluía el terrible hecho de que el descorazonador todavía andaba suelto. Él, desde luego, no olvidaba.

Se fue a dormir, aliviado de que Héctor hubiera logrado encontrar un modo de salir del duelo. Normalmente, él era el que le decía que trabajaba demasiado, que también había otras cosas en la vida aparte de resolver casos. Pero, desde luego, ahora no. Ahora, más bien se alegraba de que Héctor tuviera algo en lo que ocupar su tiempo, algo que le mantuviera apartado de la horrible muerte que había tenido su hermana.

Hablando de muertes horribles... No estaba nada contento con cómo se estaba desarrollando el caso del descorazonador. Se sentía como si estuviera siguiendo el papel de un mal guion de teatro, uno donde el asesino estaba jugando con él y con Héctor. Primero se habían pasado casi tres semanas sin ninguna pista y, de repente, desde la muerte de Rovira, habían encontrado el rastro de Diatlova y un montón de indicios contradictorios conducían hacia uno u otro sospechoso.

Estaba convencido de que Rubén Delgado había sido como una burla descarada del asesino. ¿Después de estar arrestado, lo matan? Y con prisas, porque con él no se había tomado su tiempo habitual seguramente porque esperaba que los dos policías que vigilaban a Delgado terminarían subiendo a la habitación. Parecía un reto o un juego. Y encima, su mayor sospechosa, Diatlova, tenía una coartada perfecta para esa noche: había estado cenando con Héctor.

Una teoría de Arturo era que la modelo estuviera compinchada con el monitor de pilates, que se ausentara de la fiesta mucho más que media hora, pero no dudaba que Héctor hubiera cenado con ella. Aunque le costara admitirlo, eso apuntaba a que,

después de todo, la modelo era inocente.

En cualquier caso, Arturo se negaba a reconocer que su compañero tenía razón cuando le decía que Amianka le caía mal porque era opuesta a Manuela. Además, si Diatlova no era la asesina, todavía podía ser cómplice, aunque por más vueltas que le daba, la hipótesis le parecía demasiado retorcida, pues implicaba que el asesino fuera el representante o el monitor de pilates. No. Que ella entretuviera a Héctor con sus artes de seducción mientras el otro mataba a Delgado era rizar el rizo. Demasiada gente que manipular; más aún si ella no podía su mejor arma: su físico. Pues, como habían descubierto, el monitor era gay y el agente estaba felizmente casado.

En los días que transcurrieron entre la muerte de Lucía y su entierro, Arturo había hablado con la mujer del agente, la cual corroboró su coartada. Por teléfono, le pareció que esa señora era como su Manuela, una mujer que sabía que su marido la apreciaba de veras, es decir, que apostaría a que el representante no era el tipo de hombre que la engañaría. Otra intuición, de acuerdo, pero no solían fallarle.

Cuando Arturo por fin se durmió, tuvo pesadillas. La modelo se reía de él mientras le ataba y le arrancaba el corazón. Lo sujetaba con una fuerza que no se correspondía con su esbelto y delicado físico, mientras él recordaba aquel caso en el que una adolescente se cargó, ella solita y sin armas, a dos hombres hechos y derechos en una pelea. Aquel caso se lo quitaron, se tapó a la prensa. Fue una de esas investigaciones sembrada de hechos que no parecían seguir las leyes de la física. Toda la noche se debatió en sus pesadillas, incluso Manuela lo despertó porque no le dejaba dormir de lo mucho que se movía.

A la mañana siguiente, el desasosiego con que se había levantado le hacía ir más lento de lo normal. En comisaría encontró a Héctor ya sentado en su sitio con un café de máquina al lado del ordenador y leyendo el informe sobre el arma.

—Así que por fin la han datado —dijo al verlo entrar en la sala.

—Sí, así es —repuso mientras tomaba asiento al lado.

Se alegraba de verlo allí, activo y trabajando.

—He aprovechado este rato para hacer algunas averiguaciones.

—Muy bien, ¿y tienes algo?

—No. Hay demasiadas tiendas que venden armas decorativas de bronce, doce tan solo en Zaragoza. He llamado a alguna de ellas y he preguntado por un arma de esas características y fabricada hace cinco años; por lo visto es un modelo que se vende muy bien. Y hay que tener en cuenta que podría haberla comprado en otra ciudad o incluso fuera de España. Por ejemplo en Praga, donde mató al primero.

Eran poco más de las diez y media. Parecía que Héctor estaba tomándoselo con ganas.

—¿Y con la composición de la aleación?, ¿con esos porcentajes en concreto?

—Pues todavía peor, porque nuestra aleación tiene impurezas de arsénico. En la Antigüedad no las eliminaban, pero actualmente sí, ya que es tóxico. De hecho, las aleaciones de bronce de hoy en día tienen otro tipo de composición, con pequeños

porcentajes de otros metales, como níquel, zinc o plomo, para darle al bronce diferentes propiedades. Y te hablo de porcentajes, no de impurezas, es decir, de mucha más cantidad de la que hemos encontrado de plomo y de zinc en la muestra del arma. En resumen, que por la composición tenemos entre manos un bronce que solo se utilizaba en la Antigüedad y, sin embargo, sabemos que esa arma fue fabricada hace cinco años. He revisado los catálogos de las fundiciones de bronce y ninguna ofrece un producto con arsénico.

—¿Entonces no tenemos nada? ¿Otra vez datos contradictorios? —preguntó Arturo pensando en aquella disparidad entre las horas de la muerte del corazón y el cuerpo de Rovira, algo a lo que todavía no le habían encontrado una explicación.

—Bueno, algo tengo. En la Antigüedad, la composición de los bronces dependía mucho de los minerales de la zona. He averiguado que la que tenemos en el arma del crimen es típica de la zona de Asia Menor.

—¿Asia Menor?

—La península de Anatolia, en Turquía. Entre el mar Negro, el Egeo y el Mediterráneo —contestó Héctor, sabiendo que por fin tenían algo.

—Anatolia... Encaja con la marca del asesino. Esa zona era griega, ¿no?

—Eso es.

—¿Recuerdas lo que nos dijo el catedrático?

—Sí.

Al hacer memoria, debió de recordar también otras cosas, pues su rostro se oscureció. Arturo se apresuró a seguir hablando para que no volviera a pensar en su hermana.

—Entonces, sabemos que el dibujo ritual que les graba con el arma de bronce puede descomponerse en unas cuantas líneas de adorno y las letras en griego anatolio de la palabra venganza.

—Pues parece que tenemos a alguien a quien le gusta la cultura griega antigua, ¿no?

—Sí.

—¿Y los de la científica han encontrado óxido? —preguntó Héctor al recordar que esa era, junto con la data indefinida, otra de las incoherencias sobre el arma del crimen.

—Parece que en esos análisis no había errores. Hablé con Charles el otro día, cuando llamé por teléfono para preguntarle a María Luisa y me lo cogió él.

—¿María Luisa?

—Sí, la nueva de la científica, ¿recuerdas? Me preguntaste lo mismo el otro día, es con la que hablaste en la escena del crimen de Rovira.

—Ah, de acuerdo, lo siento, se me había olvidado. ¿La conoces?

—Sí, coincidimos hace un par de décadas, cuando estuve destinado en Madrid. Es muy maja. Bueno, al grano. Charles me dijo que no me preocupara por lo de que nuestro bronce no presentara oxidación. Resulta que él está convencido de que el

asesino limpiaba el arma meticulosamente antes de cada crimen y que, como la untaba con esos sulfatos de sodio y cobre, y precisamente una de las pátinas que puede presentar el bronce al oxidarse es de sulfato de cobre, pues que entonces ya está: ahí tenemos nuestra pátina protectora que impide que el arma siga oxidándose. Vamos, la del típico color azul verdoso.

Héctor no estaba convencido. Si se trataba de eso, ¿por qué no se lo habían dicho desde un principio, en vez de contarles que el arma no presentaba ningún tipo de oxidación?

—¿Pero no se suponía que había restos de los sulfatos en las heridas de Rovira y de Agüero y que, aparte, había restos del arma?

—Por lo visto lo enfocaron mal, ya que no se dieron cuenta de que parte del sulfato que habían encontrado formaba la pátina oxidada del metal.

—O sea, que primero lo analizaron por separado y resulta que también estaba junto... Sin comentarios.

Arturo le entendía perfectamente, pues eso tampoco le había dejado muy tranquilo a él.

—Sí, le pregunté a Charles qué pasaba con el resto del arma que no había tocado el sulfato y que al entrar en contacto con la sangre debería haberse oxidado. Me respondió que trabajaban con trazas, es decir, que estamos hablando de partes por millón o billón. Vamos, que tomaban una pequeña muestra de tejido de la herida y que allí, si la dividíamos en un millón de partes, igual dos eran del metal. Por eso la dificultad en los análisis de ver si el sulfato estaba asociado al metal o no.

Héctor, como ni era químico ni tenían otra cosa, acabó por encogerse de hombros.

Durante un rato, continuaron hablando del caso, con Arturo poniéndolo al día de todos los avances que había alcanzado. Le enseñó también el vídeo de tráfico y el del hotel Zenit. Al cabo de un rato, sintió ganas de ir al baño y dejó a Héctor ante el escáner en 3D de la escena del crimen de Rubén Delgado.

Cuando Arturo estuvo lejos, Maira se levantó y se acercó a la mesa de Héctor. Apoyó un brazo sobre la pantalla de ordenador. Héctor, que la conocía, sintió deseos de desaparecer, porque no estaba para uno de los interrogatorios en plan vecina cotilla de Maira.

—¿Así que de cena romántica con la supermodelo y no nos dices nada? —Le abordó sin ningún tipo de miramiento por su situación personal.

Para ella, una vez el muerto estaba en la tumba, el duelo se había acabado. Siempre se había vanagloriado de ser una chica práctica.

—Maira, por favor, déjalo —le defendió Elena.

—Tranquila no pasa nada. —Le sonrió Héctor con resignación.

—¡Pues entonces cuenta! —Maira volvió a tomar el control de la situación—. ¿Qué hay entre vosotros?

—Nada. Solo me cae bien.

«¿Cuánto va a tardar en volver Arturo?», pensó Héctor. «Seguro que me echa una

mano».

—Ah, claro, y por eso te vas a cenar con ella... Y encima es testigo. ¿Necesita protección especial? —ironizó.

Maira se mostraba como siempre, pero Héctor no estaba de humor para bromas. Le soltó la primera tontería que le vino a la mente.

—Con lo que tardáis cada vez que vais al baño, que no te extrañe si no me muero por salir con vosotras.

—Ah, que tardamos... —Se lo tomó como algo personal—. Será porque nos molestamos en arreglarnos, no como vosotros. ¿Qué pasa, que tu modelo se fue al baño y tardó diez minutos?

—Casi veinte —exageró, pues en realidad no había sido más de un cuarto de hora.

—Y los contaste —le dijo con tono divertido—. Corazón, yo soy ella y tardo más adrede, para rallarte.

—Maira, por favor, ya vale —pidió Elena cogiéndola por el brazo y tirando de ella hacia su sitio.

—¿Ya vale qué? —preguntó Arturo, que había vuelto del baño.

—Maira, que tiene ganas de saber si me acosté con la señorita Diatlova —contestó Héctor, mordaz.

No pudo evitar acordarse de que por culpa de esa cena él había dejado a Lucía sola la noche en que la habían matado.

Arturo, que vio la dureza en su expresión y temió que volviera a hundirse si le dejaba tiempo para sumirse otra vez en la culpa, intervino con rapidez.

—Ey, Elena, llévate de aquí a tu compañera, que Héctor y yo tenemos trabajo. Ya iremos a tomar unas cervezas, pero cuando todo esto acabe y tengamos al descorazonador entre rejas.

—Sí, llévatela —asintió Héctor—. Y por cierto, ¿cómo vais con la búsqueda de Manuel López?

Elena siguió tirando de Maira hasta que consiguió que se rindiera.

—No muy bien —contestó Elena, cabizbaja—. Creíamos haberlo localizado en Francia, pero no fue así.

—Os ayudo —dijo Héctor. Se había prometido que sería él quien lo capturara. Perfecto, porque cuando lo hiciera le daría una paliza hasta matarlo.

—No, el inspector jefe Gutiérrez nos ha pedido expresamente que te mantengamos alejado del caso.

Héctor la miró con dureza y no dijo nada. Era normal. Se lo esperaba. En cualquier caso, ya encontraría un modo de estar allí cuando lo localizaran y de ser el primero en encontrarlo.

Las dos mujeres volvieron a sus mesas y Héctor y Arturo continuaron hablando del caso del descorazonador.

Pese a las prisas, el asesino tampoco había dejado ningún resto en la habitación de

Delgado: ni huellas, ni un pelo o una pestaña, nada. Como por eliminación el asesino más probable era Adam Carter, el monitor de pilates, hablaron de hacerle otra visita. No tenía más que una coartada y la modelo podría estar cubriéndole. El problema, sin embargo, eran sus pies. Podría haberse puesto hombreras o relleno bajo la gabardina, para adquirir el tamaño que se veía en las grabaciones, pero calzarse unas botas de un cuarenta y uno cuando él gastaba un cuarenta y cuatro... Complicado. A no ser que su pie fuera más pequeño y el día del gimnasio les hubiera engañado. Estaban otra vez estancados.



35

Al terminar su jornada, Héctor intentó averiguar por su cuenta dónde podría estar el asesino de su hermana. Fue a los lugares que Manuel frecuentaba cuando vivía con Lucía, a preguntar. No esperaba respuestas, pero al menos no se volvería loco, sentiría que algo hacía por encontrar a ese malnacido. Había acariciado la idea de meterse en los archivos de Elena y Maira, pero prefería no cruzar esa línea. Como tampoco esperaba que ellas le avisaran cuando tuvieran alguna pista sólida, había llegado a plantearse dejar el cuerpo cuando lo capturaran e ir a por él.

Todo eso solo eran emociones, sentimientos enfrentados entre lo que llevaba toda su vida profesional haciendo —ayudar— y lo que le pedía el cuerpo cada vez que pensaba en su hermana muerta. El problema era que, por una parte, quería cogerlo, matarlo, hacerle sufrir todo lo que ella habría sufrido; pero, por otra, se sentía culpable por no haber estado allí y deseaba lavar esa culpa evitando que otras mujeres pudieran acabar como Lucía. Y esas dos opciones, el matar a un hombre por muy culpable que fuera y el trabajar de policía, no era compatibles, a no ser que se cargara a Manuel sin que nadie le pillara.

Pasadas las diez de la noche se fue a casa de Lucía. David había salido con unos amigos para intentar ahogar su pena y Nerea continuaba con Arturo y su mujer, así que estaba a solas. Mejor, necesitaba centrarse. Nada de convertirse en una especie de castigador de criminales. Si él acababa en la cárcel, ¿qué vida le esperaba a su sobrino teniendo que cuidar a una niña pequeña a los veintiuno?

Se obligó a cenar algo, aunque solo fuera un bocadillo de embutido, y mientras se lo comía siguió dándole vueltas. Intentó buscar momentos donde hubiera estado más calmado, con menos ganas de romper con todo e ir a por ese hijo de puta. Entonces recordó el ofrecimiento de Katja y cómo a su lado se sentía un poco menos perdido. No la conocía desde hacía mucho y ni siquiera tenía claro por qué parecía gustarle a ella, pero sería tonto si rechazara el único consuelo que la vida le regalaba. La llamó

por teléfono y le preguntó si podía verla. Ella, que parecía feliz de escucharle, le pidió que fuera a su hotel, que lo esperaba en la cafetería. Sin darse tiempo a pensarlo dos veces, dejó lo que le quedaba de bocadillo en la nevera y fue a darse una ducha rápida. El cansancio del día, la lucha mental de las últimas horas se marcharon con el agua fría, mientras una sensación de paz comenzaba a crecer en él ante la idea de olvidarse de todo por unas horas, de por fin permitirse volver a verla.

No más recriminaciones por aquella noche, por aquella cena.



Arturo estaba tomándose unas cañas en una mesa del Toro Negro, una cervecería de la zona del Actur, cerca de donde vivía Maira. Le acompañaban esta y Elena, así como Pedro y dos compañeros más. Eran los de siempre, ya que a los demás o no les apetecía o tenían obligaciones familiares.

—¿Qué tal con el caso? Sospechabais del monitor de yoga, ¿no? —preguntó Pedro mientras picaba uno de los cacahuets pelados que les había puesto la camarera junto con sus cañas.

—Pilates, monitor de pilates.

—¿Tenéis algo nuevo?

—Que no puede ser el descorazonador porque tiene un número de pie demasiado grande —respondió, y tomó un trago de cerveza.

—Vaya. ¿Y la modelo? Los tiene pequeñitos. ¿Qué calzará, un treinta y seis?

—Treinta y siete.

—Héctor lo sabrá bien, que estuvo cenando con ella —puntualizó Maira, quien siempre estaba encantada de llevar cualquier conversación hacia temas personales.

—El chico, que no tiene buen gusto —bufó Arturo.

—¿Chico? Es bastante mayor que yo —protestó Elena.

—Bueno, pero comparado con Arturo... —Le guiñó un ojo Maira.

El veterano le lanzó un cacahuete que la mujer cazó al vuelo y se llevó a la boca.

—El caso es que ni siquiera me he enterado de si la besó. —Maira chasqueó la lengua.

—Pobre, ¿quieres dejarlo? —le pidió Elena. No se la veía a gusto con el tema.

—Ahora que pienso, corazón, tú siempre le defiendes... —le sonrió Maira, socarrona—. ¿No te gustará Héctor?

—No, claro que no —se apresuró a contestar a la vez que se ruborizaba.

Maira se echó a reír.

—Tranquila, que ya lo dejo. Y no te preocupes, que la supermodelo se largará a trabajar a otra ciudad y tendrás vía libre. Así podrás consolarlo.

—Pero mira que eres bruta, Maira —intervino Pedro—. Córdete un poco, que trabajáis juntas.

Elena le lanzó una pulla a Maira y se unió a las risas generales. Arturo, que acababa de terminarse la cerveza, pidió otra ronda. La noche empezaba con normalidad. Ninguno tenía ni idea de que, en esos momentos, Héctor estaba camino del hotel de Amianka.



—Hola, Katja, me alegro de verte.

Estaba sentada sobre uno de los taburetes altos de la elegante barra, guapísima, elegante y sofisticada, como siempre. De verdad se alegraba y no por eso, sino porque vio en ella a una cara amiga.

En sus ojos, leía que le agradaba verle y que quería estar con él porque sí, no para ayudarlo a superar la muerte de su hermana. Si se hubiera ido a tomar unas cervezas con sus compañeros, como le habían propuesto, habrían estado todo el rato animándole —todos menos Maira—, y él no quería eso. Necesitaba desconectar y, cuando vio a Amianka, supo que era allí donde le apetecía estar.

—Hola, Héctor, yo también me alegro. ¿Qué tal te encuentras? —tanteó, intentando no sonar fúnebre, pues no quería perderlo.

Había estado preocupada durante los pasados días y encima él no la había dejado acercarse. Ahora no quería arriesgarse a decir nada que pudiera volver a alejarlo.

—No quiero hablar de eso, ¿te parece?

Héctor agarró un taburete y se sentó a su lado. Ella lo observó en silencio, como si pudiera entender cómo se sentía él.

—Por mí está bien. ¿Te pido uno igual que el mío?

—¿Qué es?

—Courvoisier. Un coñac —añadió al notar que él no lo identificaba por el nombre de la marca.

—Bueno, no se puede decir que tomes bebidas suaves... —Levantó la mano para llamar al camarero—. Para mí otro, por favor.

Guardaron silencio mientras se lo servían. Después, el oficial se lo tomó en un par de tragos.

—Si lo que quieres es emborracharte haber empezado por ahí. —Se rio ella—. Tengo una botella sin empezar en el minibar de mi habitación, si te apetece.

—No, yo en realidad no... —empezó a decir él.

¿Y por qué no?

Porque no sería justo para ella. La mujer le gustaba y no quería emborracharse, por muy tentador que fuera el olvido. Además, ni siquiera sabía por qué se había pedido esa copa o por qué se la había tomado tan rápido. Él no solía beber. Comprendió que llevaba encima demasiada carga.

—¿No a qué, oficial? ¿A lo de mi botella o lo de la habitación?

Héctor era un hombre muy expresivo. No era difícil adivinar qué pensaba.

—A la botella decididamente no.

—¿Y a mi habitación? —preguntó mientras se inclinaba hacia él, la tela de su escote abriéndose un poco por el cambio de posición. Lo justo para ser una tentación.

En cualquier otro momento Héctor habría dicho que no. No le gustaba ir tan rápido. Bueno, en realidad, rara vez dejaba que una chica se le acercara ya que, aunque no quería confesarlo, estaba casado con el trabajo y le asustaba la idea de que una mujer pudiera cambiar eso. Pero esa noche era diferente. La pena, la culpa y el deber todavía llamaban a su puerta, peleándose, amenazando con una desesperación como la que días atrás había sentido, una capaz de acabar con todo. Entonces pensó que ya se habían besado y que era ella quien había propuesto la idea.

—A tu habitación, sí.

—Perfecto. Y ya que no te interesa el contenido del minibar, veremos qué puedo ofrecerte a cambio. —Amianka descruzó las largas piernas con lentitud. Y le dio un último sorbo a la copa, que más bien fue una caricia de sus labios.

Se levantó y le tendió la mano. Al tomarla, Héctor sintió una súbita descarga de adrenalina. La siguió hasta el ascensor.



—¿Por qué las mujeres siempre vais al baño de dos en dos? —preguntó uno de los compañeros cuando Elena y Maira regresaron del lavabo.

Seguían en la cervecería. La mesa de madera acumulaba vasos vacíos. Una canción de *rock* sonaba a un volumen más elevado que cuando habían llegado allí haría una hora, lo que les obligaba a hablarse a gritos.

—¿Y por qué no? —contestó Maira antes de que Elena pudiera hacerlo—. Además, siento romper tus ilusiones, pero no nos lo hemos montado allí dentro.

—¡Maira! —protestó Elena.

—¿Entonces por qué habéis tardado tanto?

El compañero de Pedro era joven y le encantaba meterse con las dos policías.

—Pff... Si a eso lo llamas tardar... Corazón, la modelo con la que se ha liado Héctor sí que tarda, que la tía se pegó más de media hora en el baño —exageró.

—¿Cuando vino a declarar? Si no fue al baño —dijo Elena, confundida.

—No, cuando estuvo de cena con Héctor —le recordó Maira—. El chico debe de ser aburrido y la pobre estaría allí considerando si darse de cabezazos contra el lavabo.

—Un momento —intervino Arturo, súbitamente en tensión—. ¿Me estás diciendo que Diatlova estuvo más de treinta minutos en el baño la noche en que mataron a Delgado?

—Eh, igual un poco menos, pero sí.

—Joder —exclamó Pedro, quien sabía de las sospechas de su amigo—. ¿Y dónde cenaron? ¿Estaba cerca del hotel donde mataron a Delgado?

—No lo sé —contestó Arturo—, pero voy a averiguarlo.

—Vamos, corazón, que no pudo ser esa modelo. Es delgadita. Y hace pilates, no pesas. ¿Cómo va a someter por la fuerza a un tío? —arguyó Maira.

—Da igual. Su coartada perfecta es que estaba cenando con Héctor. Voy a llamarlo.

Sacó el móvil y marcó su número. Contestó la voz enlatada que anunciaba que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Arturo no podía saberlo, ni siquiera imaginarlo, pero Héctor, en esos momentos, estaba en el ascensor subiendo a la habitación de Amianka, y allí dentro fallaba la cobertura.

—Mierda, no sé si lo tiene apagado. Tengo que averiguar el nombre del restaurante. ¿Pagaría con tarjeta?

—A mí me dijo que fue a un italiano del centro —dijo Elena—. Y en esa zona no hay muchos, se me ocurren tres. ¿Por qué no buscamos los teléfonos y llamamos? A alguien como a Katja Diatlova seguro que la reconocieron y los camareros se acordarán de ella si estuvo cenando allí hace cuatro noches.

—Sí, gracias. Voy a por unas páginas amarillas.

Sería más rápido que buscarlo por internet a través del móvil, sobre todo con la poca velocidad que a veces le daba su compañía telefónica.



Héctor se perdió en el cuerpo de Amianka. Nada más entrar en la habitación, incluso antes de que ella cerrara la puerta con la punta de uno de sus pequeños pies, él ya la estaba besando. La mujer, si se sintió sorprendida por tanta premura, no dijo nada. Se limitó a devolverle el beso, a compartir su aliento, a unirse a él en esa ávida búsqueda de caricias y de sexo. Y mientras todas las tensiones se desvanecían, cuando solo importaban la perfecta piel de la mujer y los suaves recovecos de sus curvas, Héctor se dio cuenta de que la necesitaba. Era su luz. Ahora que Lucía ya no estaba, Katja era la serena fuerza capaz de penetrar en las tinieblas que siempre rodeaban su alma, para alejarlas, para hacerle sentir vivo e incluso algo nuevo, algo que nunca había experimentado: felicidad.

Era curioso que, cuando estaba en el peor bache de su vida, el delicioso aroma femenino de la modelo, junto con la sensación de calidez que encontraba al rodearla, le hicieran sonreír como a un tonto.

Un buen rato después, saciados por el momento, Héctor descansaba con Katja sobre él, medio tapados por las sábanas. Los rizos rubios de ella le cubrían el pecho y esa presión que ejercía la cabeza de la modelo era lo más preciado que Héctor tenía.

No necesitaban hablar, pues se entendían en silencio. A Héctor le bastaba eso, el

simple hecho de estar allí, escuchar la respiración de la mujer, olvidarse de todo lo que no fueran ellos dos y sentir que el mundo exterior podría estar sumido en una terrible tormenta, pero que allí, rodeándola con sus brazos, él podía construir un refugio capaz de mantener alejado a cualquier problema.

El teléfono eligió ese momento para sonar, otra vez. Él decidió no atenderlo, como en las ocasiones anteriores. Ni siquiera iba a molestarse en desconectarlo. No pensaba alejarse de Amianka ni de la paz que desprendía la calidez de su cuerpo.



Unos cuarenta minutos antes, en la cervecería, en su intento de localizar el restaurante donde Héctor y Amianka habían cenado, Arturo y compañía tuvieron suerte con la segunda llamada. En el restaurante italiano Trattoria, respondió un camarero que estuvo orgulloso de decirles que sí, que la gran supermodelo de moda había cenado allí la otra noche. Y ese restaurante estaba a cinco minutos a pie del hotel donde habían matado a Delgado.

Seguía sin cuadrarle cómo lo hizo Diatlova para sujetar por la fuerza a hombres más fuertes que ella. Las víctimas tenían marcas de haber luchado, luego eso descartaba que ella los hubiera atado como parte de un juego de seducción. Pero le daba igual. Ya lo averiguaría. Ahora sabía que tenía que haberse fiado de su corazonada desde el principio y lo más importante: tenía que localizar a Héctor.

En el restaurante había vuelto a telefonar a su compañero. No estaba fuera de cobertura, pero tampoco contestó. Probó con el fijo de la casa de Lucía, con el mismo desesperante resultado.

Sintiendo una urgencia cada vez mayor, cogió un taxi en dirección a Montecanal. Habría matado por su coche pero, como el plan era tomar unas cervezas, se lo había dejado en casa. Pedro y su compañero habían querido acompañarle, pero él se había negado. Deseaba encontrar a Héctor en casa de Lucía, durmiendo profundamente y sin enterarse de nada, pero que no le hubiera cogido el teléfono le había dado mala espina. Otro presentimiento. Pedro, que se dio cuenta de su inquietud, insistió en ayudarlo, pero Arturo no quería testigos, no si sus teorías más descabelladas eran ciertas y Amianka no era un ser de este mundo. Al final, iba a volverse tan creyente como su Manuela, quien siempre había tenido fe en la existencia de Dios. Y con él, razonaba Arturo, también los demonios.

Demasiados casos extraños. Demasiadas cosas raras a lo largo de su vida profesional. La manera en la que ella se había esfumado la otra noche no era más que la gota que casi colmaba el vaso. Si estaba en lo cierto, no quería implicar a nadie más.

Cuando llegaron a casa de Lucía, le pidió al taxista que esperara. Tuvo que llamar un buen rato al timbre hasta que un David medio dormido le abrió y le informó de

que su tío no estaba en casa. Masculló un juramento y le rogó al chico que, si lo veía, le llamaran. De vuelta al taxi, Arturo le indicó al conductor la dirección del apartamento de Héctor. Volvió a telefonarle, tanto al móvil como también esta vez al fijo del apartamento, pero no obtuvo respuesta.

Como ya había temido, Héctor tampoco contestó al timbre, así que llamó al piso de un vecino, que por suerte accedió a abrirle. Subió las escaleras a toda velocidad y se paró ante la puerta de su piso. Martilleó el timbre, aporreó la puerta. Nada. Arrimó el oído, pero lo único que rompía el silencio era su respiración agitada. Volvió a llamar al móvil. Mismo resultado.

Arturo soltó un juramento.

Estaba con Diatlova. Seguro. Echó a correr escaleras abajo, se metió en el taxi y apremió al conductor para llegar cuanto antes al hotel donde se alojaba la modelo.



36

A pesar de que era tarde, Charles y María Luisa, estaban todavía en el laboratorio. Trabajaban en un caso que corría prisa y habían tenido que repetir uno de los análisis que estaban haciéndole a una muestra, ya que este les había dado un valor demasiado alejado de la media.

—De verdad, con lo bien que estaría yo ahora en mi casita... —dijo María Luisa mientras movía el cuello y los hombros para aliviar el dolor muscular.

—Ya casi está —la animó Charles.

—Eso espero, que ya no tengo el entusiasmo de vosotros los jóvenes.

El hombre, que se acercaba a la cuarentena, sonrió.

—En fin —continuó la mujer—, por lo menos yo sé que no voy a convertirme en una adicta al trabajo como tú o ese otro joven, el compañero de Arturo.

A diferencia de otros, Charles no hacía horas extra por amor al servicio público, sino para asegurarse de que nada sobrenatural saliera a la luz. Por supuesto, no compartió con María Luisa esa reflexión.

—¿Se llama Héctor, no?

—Sí.

María Luisa sacó el analito de la estufa y lo colocó en el desecador. Charles tomó un cronómetro para controlar el tiempo de enfriamiento.

—Tienes razón, lo he visto antes por comisaría —dijo Charles.

—Ya... Bueno, ahora es comprensible. Cuando he ido a por un café me he encontrado con Arturo. Dice que así el pobre se olvida de lo de su hermana. Que la enterraron ayer, por favor... El chico debería haberse quedado con sus sobrinos.

—¿Fuiste al entierro?

—Sí. Bueno, y qué desvergüenza la de esa modelo.

—¿Modelo?

A Charles se le congeló la mano que agarraba el cronómetro.

—Sí, la Amianka esa. No asistió al funeral, pero interceptó a Héctor a la salida. Por favor, ¡qué falta de respeto! Si quería hablar con él, lo mínimo era quedarse a la misa.

—Disculpa, María Luisa —dijo mientras se quitaba los guantes—. Sé que te hago una guarrada, pero ya solo queda pesarlo y meter el resultado en la aplicación para recalcular la media y la varianza. ¿Podrías acabar sin mí?

—Charles, no bromees. —Frunció el ceño la mujer.

—Te aseguro que es urgente y te compensaré. La próxima vez que toque repetir algo, lo haré yo solo.

María Luisa lo observó un instante. Ya habían limpiado todo y, aunque estaba cansada, imaginó que Charles debía de tener un buen motivo. Suspiró resignada.

—Anda, vete...

—Gracias, te debo una.

La mujer asintió con la cabeza y cogió el cronómetro que Charles había dejado sobre la mesa. Por supuesto que la próxima vez se quedaba él solo.



—Eres maravillosa. Lo sabes, ¿verdad?

Después de diez largos minutos de disfrutar del silencio al lado de Amianka, Héctor se sentía relajado, pleno.

—Humm... Me lo dicen mucho. Confiesa que lo que quieres es volver a besarme.

Se puso a horcajadas sobre él. Su cuerpo rozó el masculino hasta que ella hizo fuerza con sus palmas sobre la cama para dejar correr el aire entre ambos. Entonces, empezó a jugar con sus labios, acercándolos a los de Héctor.

—Eso siempre.

Capturó su boca en un beso mucho más suave y calmado que los anteriores. Amianka se dejó llevar y relajó sus brazos, apoyándose sobre el cuerpo masculino, piel contra piel. Pasados unos instantes, se echó a un lado entre risas.

—Lo que necesitas ahora no es volver a probarme... para averiguar si te sigo pareciendo maravillosa.

—¿Ah, no? Yo creo que sí. —Se giró para apoyarse sobre un costado y poder mirarla.

—No.

Katja se sentó en la cama. Héctor no pudo evitar volver a quedarse impresionado de lo hermosa que era.

—Tienes que hablar —dijo muy firme—. Nada me gustaría más que una maratón de sexo contigo, créeme, pero necesitas desahogarte con alguien y dicen que los extraños somos buenos para eso. —Le guiñó un ojo.

—¿Desahogarme? —Le pasó la mano por la espalda desnuda.

—Sí. Te lo debes.

La modelo se giró y le cogió el brazo. Sus ojos se encontraron. Ella empezó a acariciarle la muñeca. Héctor sintió las chispas que saltaron en el rastro que esos dedos le dejaban en la piel. Ella notó el efecto que causaba en él y le dedicó una sonrisa serena, pura, que le informaba de que tan solo quería ayudarle. Al ver su rostro hermoso, relajado, que parecía darle fuerzas para seguir adelante, Héctor accedió.

—De acuerdo. Tienes razón. Me hará bien desahogarme, pero ¿seguro que quieres escucharlo? Se supone que a las chicas no os gustan los hombres que se comportan como unas nenazas quejicas —preguntó inseguro.

Ella abrió los párpados y clavó sus ojos claros en él. Parecían sabios.

—Por quitarte un peso de encima no vas a ser un quejica. Y te aseguro que no eres una nena —añadió con intención.

Él se echó a reír y se sorprendió al hacerlo. Estaba a punto de abrir la caja de Pandora y, en vez de sentirse culpable, se reía. Era ella, era Katja. Se sintió inundado por el agradecimiento, al darse cuenta de que la joven le había dado un motivo para reír.

—Verás, en realidad no hay mucho que contar. El marido de mi hermana la violó y la mató la noche que tú y yo cenamos.

Amianka lo tumbó con suavidad y se acurrucó a su lado. Eso le tranquilizó un poco más; le resultaría más sencillo seguir hablando sin mirarla, tan solo sintiendo su agradable peso y dejando la mano apoyada en sus cabellos.

—Sé que gran parte de la culpa es mía por haberme marchado. La casa estaba vigilada, ella misma me animó a salir, pero yo no debería haberme ido. No creía que su marido fuera a hacer algo así, matar a unos policías e irrumpir en su casa. Antes no era tan violento, pero han transcurrido veinte años, debería haber supuesto que él podría haber cambiado.

La modelo respetó el silencio en que Héctor se había sumido y le dio tiempo para que hablara a su propio ritmo.

—Después, resulta que el asesino en serie que perseguimos se burla de nosotros matando a Delgado. Y, además, alguien culpa a mi primo de las muertes de la mujer y los hijos del accionista de Ibercaja. ¿Sabes cuáles te digo?

—No, lo siento.

—Salieron en la televisión, las de la mujer y los dos niños pequeños.

—Sí, sí, disculpa.

—Pues alguien ha inculpado a mi primo. Mi primo hermano. El único que tengo en Zaragoza. No vino al funeral de Lucía y Arturo me dijo que era porque lo habían encarcelado. Fue como si también, de algún modo, hubiera sido por mi culpa y eso me hundió aún más.

Se le quebró la voz.

—No puedes culparte por todo, Héctor —dijo Amianka con suavidad—. Tú le

haces mucho bien a esta ciudad. Eres un gran policía. Y la vida es así: dura e injusta. Nadie te garantiza que la felicidad que tanto cuesta alcanzar no te la vayan a quitar de repente. Puedes ser una gran persona, preocuparte por los demás, y no por ello el destino va a tratarte mejor.

—Parece que hablas como si me entendieras bien.

—Si te preguntas si me han quitado lo que más amaba, aquello por lo que vivía, te diré que sí. Pero en tu mano está ver lo que todavía te queda, como tus sobrinos, y seguir adelante. La familia, Héctor, es lo más importante.

Le hubiera gustado mirarla en esos momentos. La voz de la modelo se había teñido de una calidez que le reconfortó. Nunca antes la había escuchado hablar así. Supuso que debajo de ese físico impresionante, había un pasado complicado. Se preguntó qué le habría ocurrido. ¿Sería algún problema familiar? ¿Una pérdida traumática? ¿Alguna decepción amorosa? Sintió que no era el momento de preguntarle.

—Tienes razón. Ahora, hablando contigo, es sencillo ver que Nerea y David son dos motivos para dejar de sentirme tan mal. —Comenzó a acariciar los cabellos de la mujer—. Katja, tú eres una de esas escasas personas que se dan cuenta de las cosas buenas de la vida, que te transmiten esa visión, ese optimismo.

«Lucía era igual», pensó. «A pesar de su pasado, siempre tenía una sonrisa para todos y se empeñaba en ser feliz. Le quitaba importancia a las cosas».

—Katja, gracias.

—Vamos, oficial —bromeó ella—, no me vengas ahora con eso de gracias por existir. No te creía tan cursi.

—¿Cursi yo? —Simuló horrorizarse y la atrajo hacia él para besarla.

La mujer se escabulló. Fue al armario y se puso una bata corta, medio transparente, que no hacía nada por permitir la concentración del policía en algo que no fuera quitársela. Le guiñó un ojo y se acercó al minibar.

—Tengo sed. Déjame tomar un refresco.

Héctor, que se había sentado sobre la cama, sonrió.

—Para mi cordura, o te cubres con algo que sea opaco o te das prisa.

—¿En serio? —Se rio ella mientras abría una lata de Coca-Cola—. ¿Quieres una? —Se acercó a la cama, tentadora, sin dejarle claro qué era lo que le ofrecía exactamente—. ¡Ops, vaya! —exclamó al derramar parte de la bebida sobre las sábanas.

—Ey, mojarme no estaba en el plan —protestó él—. ¿O sí?

—No, mejor pásame una toalla, por favor. Creo que están en el armario.

—Claro.

Héctor fue a por la toalla, pensando que lo que de verdad le apetecía era acercarse a Amianka, quitarle la lata, derramársela por encima y ayudarle a limpiarse, no precisamente con la toalla.

El armario estaba bien equipado, con baldas y perchas. Había varias prendas de

abrigo, unos vestidos y un traje de chaqueta colgados; en un estante, varios jerséis, una bufanda de lana y una peluca rubia. También varios pares de zapatos y de botas. No le dio tiempo a ver las toallas, pues Amianka le interrumpió antes de que acabara de abrir la puerta del todo.

—¡No, perdona! Las he usado todas, están en el baño. Mejor coge unas servilletas, están en el cajón de la mesita.

Amianka señalaba una mesa baja al fondo de la habitación, junto a unas sillas tapizadas. Las patas de madera estaban decoradas con los mismos tallados artesanales que los respaldos de los asientos. Decididamente, esa *suite* tenía que costarle muy cara a la modelo.

El policía se acercó a la mesa, con la molesta sensación de que estaba pasando algo por alto, de que lo que acababa de ver en el armario era importante. En el cajón no vio las servilletas sino un periódico. Lo apartó y debajo estaban las servilletas. Sin embargo, había visto la página por la que estaba doblado el periódico. No era la portada. Su corazón, alarmado, se detuvo por un momento. Fue como si le faltara el aire, como si el sueño que estaba viviendo amenazara con convertirse en una pesadilla. Todas aquellas veces que había escuchado a Arturo advertirle de que Amianka no era trigo limpio, o que incluso podía ser la asesina, resonaron en su cabeza.

Se obligó a pensar con celeridad. En el armario había visto un abrigo similar al que se veía en la grabación del hotel Zenit. La peluca y la bufanda también estaban ahí. Sin atreverse a dar crédito a sus sospechas, dejó las servilletas, y, con el periódico en la mano, encaró a la modelo. La página por la que estaba doblado mostraba la noticia del arresto de su primo hermano. Y con bolígrafo rojo, había dibujado un enorme emoticono en forma de sonrisa.



Charles, mientras caminaba por comisaría, telefoneó al centinela de Ekaterimburgo. Era urgente.

—¿Hola? Soy yo, Charles. Sospecho que la vampiresa ha abandonado tu ciudad. ¿Puedes confirmármelo?

—Anoche estaba aquí. Unas tres horas antes de la madrugada entró en la casa de su familia. No ha salido desde entonces.

—Por favor, compruébalo.

Roja tenía de verdad una vivienda en Ekaterimburgo, que habitaba un par de descendientes suyos. La vampiresa no solo protegía a su familia, sino que había montado una fundación a cuyos directores y consejo administrativo ingresaba una cuantiosa suma mensual. Se trataba de un grupo selecto que contaba con la confianza de su fundadora. Eran dos de ellos los que, en esos momentos, se estaban encargando

de cubrirla mediante la ficción del modelaje.

El centinela corrió hasta llegar al coche y arrancó a toda velocidad, con dirección al Meliá. Solo esperaba que no se hubiera cambiado de hotel.



A pocos pasos del hotel, Arturo se forzó a no correr. Al fin y al cabo, no tenía ninguna seguridad de que Héctor estuviera con Diatlova, o de que, como temía, ella lo hubiera atado y estuviera a punto de arrancarle el corazón. Tan solo tenía un presentimiento, un malestar en las tripas, algo que le gritaba que no se equivocaba.

No había ido a pedir ninguna orden de registro. No tenía tiempo. Ni siquiera creía que ella lo tuviera retenido en su habitación, pues era lista y no mataba donde se alojaba. Pero no conocía otro lugar donde buscarla. Su parte más racional esperaba encontrarla allí, en su *suite*, sola, y que accediera a dejarle pasar.

—Policía —anunció al recepcionista. Le enseñó la placa, ya que no iba de uniforme.

A esas horas, la entrada del hotel estaba bastante vacía. Un par de clientes acababa de llegar y se dirigía al ascensor.

—Necesito hablar con la señorita Katja Diatlova —explicó Arturo.

—Voy a llamarla a su habitación.

—De acuerdo.

Arturo se obligó a sonar calmado y a no dar muestras de la impaciencia que lo recorría mientras el hombre marcaba el número y aguardaba. Tenía más de treinta años de experiencia, pero en esos momentos, cuando creía que estaba a punto de perder a su compañero, se sentía nervioso como si fuera su primer caso.

—Lo siento, agente, comunica.



Héctor sujetaba el ejemplar del Heraldo de Aragón de dos días atrás con ambas manos, como si le pesara demasiado para hacerlo con una sola. Sin darse cuenta, estaba arrugándolo.

—¿Qué es esto?

La mujer, que hasta hacía unos segundos había estado sonriente y disfrutando de la velada, se puso tensa.

—Un periódico, pero preferiría una servilleta —contestó con tranquilidad.

Él caminó los pasos que lo separaban de la cama con rapidez. Quizás otra mujer se habría sentido amedrentada por su actitud. Al fin y al cabo, aun sin el uniforme,

era un hombre capaz de intimidar por su físico.

—¿Por qué lo tenías abierto por esta página?

—Déjame ver —le pidió ella, seria pero calmada—. Oh, pero si es tu primo, ¿no? Del que me has hablado antes.

Agarró el periódico y trató de quitárselo, pero fue en vano.

—Sí, eso es.

—¿Y lo tenía ahí? ¿Y por esa página? —Se horrorizó—. Ahora pensarás que soy una mentirosa. Te aseguro que no he llegado a leerlo. Y desde luego yo no he dibujado eso. Será cosa de la camarera, o de su hija. Hoy se la ha traído. Me ha contado algo de que tuvo que llevarla al médico y no sé qué excusa me ha dado para no devolverla al colegio.

Continuó tirando del periódico. Él no lo soltó. La modelo cambió de táctica y se puso en pie sobre la cama, para mirar al policía por encima del Herald.

—De verdad, Héctor, tienes que creerme —rogó.

El labio inferior empezó a temblarle como el de un niño pequeño a punto de echarse a llorar.

Héctor la observó con atención y solo vio horror ante la idea de que él pudiera pensar mal de ella. Pero no iba a pasar por alto algo así. No con esa ropa tan sospechosa en el armario. ¿O quizás el descorazonador seguía jugando con ellos, como cuando mató a la gata de Amianka o Rubén Delgado?

Irritado y confuso, soltó el periódico y se puso los pantalones. Amianka lo cogió y se dejó caer sobre las sábanas, despreocupada ante la posibilidad de estar empapándose de la Coca-Cola derramada. Tenía el Herald entre las manos y leía la noticia. Al rato, se acercó al oficial, que estaba de espaldas, ante una de las paredes de la *suite*.

—De verdad que siento mucho todo lo que te ha pasado estos días. Te aseguro que no tengo nada que ver. Sé que a tu compañero le caigo mal, pero aunque él me acuse de algo tan absurdo como ser esa asesina en serie, esta noticia de que tu primo es arrestado por haber matado a aquella mujer y a sus hijos no tiene nada que ver con el descorazonador —le dijo con voz suave y triste mientras ponía una mano sobre el hombro desnudo.

Él soltó aire ruidosamente.

—Tienes razón, lo siento, Amianka. No sé cómo he reaccionado así.

Se volvió y sus ojos se encontraron otra vez.

—Shh... No pasa nada, estos días han sido muy duros para ti, es normal —le tranquilizó mientras lo abrazaba.

Héctor recibió el abrazo en tensión, pero pronto se relajó ante la dulzura el aroma de Amianka. Todavía olía a él y a sexo.

—¿Sabes? —dijo ella mientras sus labios y su aliento le acariciaban el cuello—. En realidad hay algo que no te he contado, que me encantaría mostrarte. Yo... creo que te gustará.

Abrazado a ella como estaba, no pudo verlo, pero la boca de Amianka se abrió. Un par de colmillos, afilados, se acercaron a su piel. Si lo había enamorado, era por algo.



Cuando el recepcionista del Meliá le dijo que la *suite* comunicaba, Arturo consiguió no soltar la sarta de improperios que se le agolpaban en la garganta. No se molestó en pedirle que le abriera la puerta de la *suite*, pues no tenía una orden.

—De acuerdo, gracias.

—¿Quiere que pruebe en unos minutos?

—No, no hará falta.

El recepcionista le dijo algo más, pero Arturo ya no le escuchaba. Había comenzado a alejarse a paso vivo hacia las escaleras, pues hasta esperar al ascensor le parecía perder un tiempo que podía ser precioso. Sabía dónde buscar a la modelo, conocía el número de la habitación, la setecientos dos. Cuando alcanzó las escaleras, sin nadie alrededor, echó a correr por ellas.



Héctor sintió el roce de los dientes y un pequeño pinchazo. Antes de que adivinara a qué se debía, ella le pasó la lengua por la diminuta gota de sangre que se había formado y jadeó. Apretó más su curvilíneo cuerpo, cubierto por esa bata transparente, contra el del policía, que ya le buscaba la boca para besarla.

—Espera, no tan rápido. Aún no te he mostrado mi secreto.

Se le había puesto la voz ronca, como si tuviera el deseo agazapado en la garganta. Le dio otro beso húmedo en el cuello y se apartó un poco.

—¿Me sueltas, guapo? Creo que querrás verlo.

Acarició los fuertes brazos masculinos que la sujetaban por la cintura y él la dejó ir. Con una enorme sonrisa en sus voluptuosos labios, fue al armario, un bonito mueble de madera oscura a juego con el escritorio y la mesa de la televisión. Ese par de gotas de sangre habían sido deliciosas, pero lo mejor estaba a punto de llegar. Ah... la paciencia... una bonita ventaja de ser inmortal.

Cogió algo del armario y se volvió hacia Héctor. Simuló que se reservaba un juguete erótico. Los ojos del oficial se desorbitaron. Lo que le ofrecía no era una excitante travesura. Era una daga antigua, de bronce, con el filo tallado.

Una alarma se encendió en Héctor. El tiempo parecía haberse congelado y discurrir más lento. Era el arma de los crímenes, y, cuando Arturo le avisaba de sus

sospechas, tenía razón. Había algo en la manera triunfal en la que Amianka manejaba la daga que no dejaba lugar a dudas. Katja Diatlova no era ni una víctima ni una cómplice. Katja Diatlova era el descorazonador.

El policía se abalanzó hacia ella, para reducirla y quitarle el cuchillo.



Arturo iba por la planta número seis. Ya casi había llegado. Al principio, el miedo y la adrenalina habían hecho que sus piernas, pese a su edad, volaran tan raudos como solían serlo un par de décadas atrás. Sin embargo, en la cuarta planta había tenido que bajar la velocidad y tomar aire. Un poco más, ya casi había llegado.



Charles conducía hacia el Meliá, convencido de que la vampiresa le había engañado. Aún no había recibido la confirmación del centinela ruso, pero ya conocía la respuesta. Se reprochaba haber bajado la guardia.

Minutos después, mientras aparcaba, le sonó el teléfono.

—Tenías razón: no está —corroboró el centinela—. Sin embargo, mi hombre no la ha visto salir en ningún momento, ni ella se ha despedido de sus parientes.

—Gracias.

Tras colgar la llamada, Charles salió del vehículo y echó a correr hacia el hotel. Había cometido el error de confiar en la palabra de Roja. No le volvería a pasar.



Amianka esquivó a Héctor. Por los pelos, pero consiguió apartarse a tiempo y el oficial chocó contra el armario, cuya puerta todavía estaba abierta. Tardó una fracción de segundo en recuperar el equilibrio. Katja sonrió y aprovechó ese tiempo para correr hacia la salida de la *suite*. A diferencia de cualquier otra mujer, una humana, ella podría haber escapado de allí con comodidad, pero le apetecía jugar.

—Me haces daño —se quejó cuando el oficial la agarró por el brazo y frenó su huida en seco.

Él le agarró la otra mano y se las sujetó a la espalda. Al salir de casa no imaginó que necesitaría las esposas.

—Para, que duele —dijo con voz temblorosa, como si estuviera llorando—. ¿Por qué me atacas? Solo quería enseñarte una daga decorativa que vi el otro día y pensé

que te gustaría para tu casa.

Héctor, que ya le había inmovilizado los brazos, dudó. ¿La había juzgado mal y esa no era el arma del descorazonador? Amianka aprovechó la distracción para elevar el talón derecho, descalzo, y encajarlo con violencia en la entrepierna de Héctor.

El oficial cayó de rodillas, sin fuerzas, pero no la soltó. Se aguantó el dolor, la falta de resuello. Ella intentó escabullirse dándole con el hombro en la cara. El golpe en el entrecejo le obligó a aflojar, y Amianka ya solo tuvo que tirar y soltarse. Echó a correr.

Sin embargo, aquel golpe no fue suficiente para aturdirlo, así que se puso en pie. Todavía debilitado por la patada, no iba a llegar a tiempo: la mujer iba a escaparse, a huir de la habitación. Es lo que habría ocurrido si en su arrebato de pasión anterior no hubieran dejado que la colcha se escurriera al suelo. Amianka tropezó con ella y cayó.

La escena resultó perfectamente creíble para una simple modelo, y tremendamente fácil para una vampiresa que había tenido milenios para perfeccionar su faceta de actriz.

Héctor se apresuró a inmovilizarla con su peso y a atar sus manos a la espalda con una sábana. Como ella se revolvía e intentaba morderle y darle patadas, se sentó sobre sus piernas.

—Me sigues doliendo, eres un bruto —protestó Amianka, con los ojos húmedos.

—Y tú tienes una facilidad increíble para llorar y para fingir. Katja Diatlova, quedas detenida por la muerte de...

—¡Para ya! —gritó—. No quiero escucharte ni que me recites mis derechos. Tú tienes la culpa de todo. Los he matado, sí, pero ha sido por ti.

Héctor se tensó. Había cogido una manta para echársela por encima y dejar de verle el cuerpo medio desnudo, y se había quedado paralizado.

—¿Por mí? No tiene sentido.

—Oh, sí lo tiene, oficial. No son los primeros que mato, pero sí que he dejado que los encontréis así, con el corazón arrancado y con los dibujos de mi daga, para que tú creyeras que estabas ante un asesino en serie.

Él agarró con más fuerza la manta y la tiró sobre ella con un movimiento brusco.

—¿De qué me hablas? —preguntó con frialdad.

Pese a la incomodidad por la postura y los brazos atados, Katja sacudió la cabeza para quitarse la manta de encima de la cara y, ladeando el rostro para que él pudiera verla, le sonrió.

—Todo ha sido una trampa para ti, incluso seducirte. ¿De verdad crees que puedo amar a un hombre tan patético como tú? Por favor... Eres culpable de la muerte de tu hermana y estás manchado por los asesinatos y las violaciones de tu padre.

Héctor se tensó. De manera súbita, regresaron sus viejos miedos de volverse como él.

—¿Qué sabes tú de mi padre? Habla.

La sentó en la cama. Ella no protestó, aunque la había cogido por los brazos con tanta fuerza que a una chica normal le saldrían morados. Lo miró con descaro. Sus iris de un grisáceo verdoso no mostraban amor, ni afecto, ningún resto de la luminosidad que poco antes los había animado. En lugar de eso, eran fríos de un modo que al policía le recordaron unas tierras estériles, incapaces de hacer germinar vida. Se estremeció. Podía lidiar con la idea de que la mujer que lo había engañado y seducido, aquella con quien creía que podría recuperarse, lo odiaba. Pero no eso, no esa frialdad, ese vacío.

—Dime, oficial, ¿qué sabes tú de la familia? ¿Qué sabes tú del dolor? —Ante el silencio, continuó hablando—. Yo tenía dos gemelos preciosos, pequeños, eran mi vida.

Por un momento, sus ojos parecieron perderse en el pasado y una ligera calidez los envolvió. Pero fue solo un segundo, ya que enseguida volvió esa frialdad.

—Sin embargo, es agua demasiado pasada. Tú eres mortal, no entiendes del tiempo.

Héctor, que todavía continuaba aturdido ante el cambio que se había experimentado en Amianka, se extrañó de que ella le echara en cara que era mortal. Recordó entonces que estaba ante una asesina en serie que debía de sufrir algún tipo de psicopatía. No era su amante, no era la mujer que acababa de abrazarle y de ayudarlo a superar su pena. Era una asesina. Solo lo manipulaba. Un dolor agudo se formó en su pecho, al que trató de sobreponerse. No estaba ahora para lamentarse por sí mismo, sino para detener al descorazonador. Si ella quería confesar, adelante.

—Verás —seguía diciendo la modelo—, yo cuido a mi familia. Pero este cuerpo vuestro es muy débil, es demasiado fácil quebrarlo. Por eso torturo a los que hacen daño a mi familia, ¿lo entiendes?

Héctor volvió a estremecerse.

—Sí, creo que sí lo entiendo. ¿Es por eso que los mataste? ¿Por qué le hicieron algo a alguien de tu familia? ¿Por eso escribiste venganza en sus cuerpos?

—Bueno, en realidad ellos no me hicieron nada. Murieron por tu culpa, ya te lo he dicho. —Lo miró con lástima.

—Explícate —exigió, humillado por la condescendencia de ella.

En esos momentos, prefería el vacío, la ausencia de emociones. Demasiada gente lo había mirado así a causa de la desgracia en que había caído su familia; primero de niño, por sus padres; hace pocos días por Lucía. Que ella, la mujer que por unos momentos le había devuelto la luz también lo mirara así, aumentó ese dolor en su pecho que se negaba a escuchar.

—Tu padre mató a alguien muy valioso para mí, a una de mis descendientes, a una niña de catorce años. Una inocente. Y tu padre, un policía que se suponía que tenía que servir a la ley, la raptó, la violó y la asesinó. ¿No crees que sería justo que yo matara a tu padre?, ¿que fuera quien le contara la verdad a tu madre, aun sabiendo que ella no tendría estómago para soportarla?, ¿quien se convirtió en el

descorazonador tan solo para darte un caso que te acercara a mí?

—Estás loca.

Dio un paso hacia atrás, sin soltarle los brazos.

—No. —Le sonrió Amianka con placer fingido, haciéndole creer que había disfrutado con cada muerte. En esos momentos se sentía muy satisfecha, lo tenía como había planeado, escuchando su confesión—. Y no sabes nada, ¡nada! ¿Quién crees que ordenó la muerte de tu hermana? Tu padre mató a mi descendiente y yo siempre me vengo hasta la tercera generación. Sus hijos, tus preciosos sobrinos, acabarán de pagar los pecados de tu progenitor —continuó con tono burlón.

Héctor ya no la escuchaba. Se había quedado paralizado al descubrir que la muerte de Lucía estaba relacionada. El dolor, ese dolor en el pecho que le gritaba que había sido traicionado por la mujer en la que había confiado, a la cual le había abierto su corazón y su alma, se volvió tan agudo que no pudo ignorarlo más. Le apretó las manos, sin importarle si la lastimaba. Tan solo sentía el dolor, explotando dentro de sí, agudo y amargo, como solo se puede sentir tras haber creído que todo estaba bien, que hasta el amor podía estar llamando a su puerta.

Entonces ella se rio a carcajadas y, con un movimiento tan rápido y brusco que no le dio tiempo a Héctor a reaccionar, se puso en pie y separó sus muñecas, desgarrando las sábanas y liberando sus brazos.

—Además, oficial, yo ni siquiera soy humana —susurró en esos breves segundos en los que ambos se quedaron mirándose, en pie uno frente al otro.

—Estás loca, eres un monstruo.

La bata se deslizaba por uno de sus hombros, el pelo le acariciaba la piel suave. Le enseñó los colmillos. Ya no había ni risa ni burla en su rostro, tan solo un ligero rastro de compasión.

—Y tú estás muerto, solo que aún no lo sabes.

Le barrió las piernas y él perdió el equilibrio. Héctor se agarró a ella para no caerse. Amianka le dio un puñetazo en el estómago que lo dejó sin respiración y lo lanzó sobre una de esas bonitas sillas tapizadas que hacían juego con la mesita baja. Antes de que el policía pudiera levantarse, ella ya estaba camino del armario, donde guardaba las cuerdas. Héctor, que siempre llevaba el arma reglamentaria, se abalanzó sobre su chaqueta, que había dejado precisamente en una de esas sillas. La cogió y apuntó hacia la mujer, quien ya volvía del armario con una soga en una mano.

—Detente y manos arriba, o dispararé —la amenazó con una voz que transmitía más calma de la que sentía.

—No tendrás valor —se burló ella—, dispararle a una pobre chica indefensa...

Apretó el gatillo. La bala salió disparada hacia una pierna de Amianka, atravesó el muslo y acabó incrustándose en la madera del armario.

—Uf, cariño —dijo mientras la herida sanaba de manera instantánea ante los ojos desorbitados del oficial—, menos mal que no me fiaba de ti y le pinté una runa de silencio a tu pistola. ¿No te han dicho nunca que no dejes tu arma abandonada cuando

vas al baño?

Héctor, quien por un momento se sentía en medio de una pesadilla totalmente surrealista, miró el arma. Sí, había ido un momento al baño tras acostarse con ella. Allí, en la culata, había un pequeño dibujo del mismo estilo que los que la asesina grababa en las costillas de sus víctimas.

—¿Quién eres? —Atinó a preguntarle pese al desconcierto.

—Me llaman Roja. No es mi nombre real, pero ese es tan antiguo que muy pocos lo recuerdan.

Despacio, como la depredadora que sin duda era, caminó hacia el oficial. Él volvió a dispararle, tres tiros apuntando al pecho. Todos en vano, pues la mujer adivinó las intenciones y se apartó a toda velocidad. Después, le golpeó en la mandíbula, lo arrojó sobre la silla y procedió a atarle. Cuando lo tuvo bien inmovilizado, le colocó una mordaza y fue a encender el televisor.

—Mis huellas ya están por todo tu cuerpo. Imagino que este es el fin de mi carrera como modelo, pero no importa. No creas que soy mujer de una sola ocupación. ¿Sabías que yo era una cirujana experta mucho antes de que en Europa existieran las universidades? —Con el mando de la televisión en la mano, meneó la cabeza, como respondiendo por él—. Bueno, no importa. Como ya te he dicho, estás muerto.

Se encogió de hombros y subió el volumen, lo justo para ahogar los quejidos de la tortura, pero no para molestar a los huéspedes de al lado. Antes de continuar, se vistió: ropa interior, vaqueros, una camisa y una bata blanca. No le apetecía llenarse de sangre, no porque no le atrajera la idea, sino porque darse un baño después retrasaría la huida. Y en esta ocasión sospechaba que tenía al otro detective, al viejo machista ese con cara de perro amargado, tras sus pasos.

Agarró la daga, la única pertenencia que guardaba de sus tiempos como humana. Untó la punta en el frasco con los ingredientes y, aprovechando que el hombre ya estaba desnudo de cintura para arriba, comenzó a grabar su runa.



Arturo llamó a la puerta de la habitación de la modelo. Se escuchaba una televisión, a un volumen elevado. El policía se puso nervioso. Sabía que el asesino la había puesto cuando mató a Rovira. Volvió a llamar. Perdió toda contención y aporreó la puerta. Pero nada. Amianka no le contestaba; Héctor tampoco.



Roja tenía que reconocer, en favor del policía, que no se retorció ni gritaba desesperado, como otros. Hubo un caballero, en la época medieval, que logró aguantar toda muestra de debilidad. Pero, ahora, con tantos avances, tantas comodidades y tantas tiritas, un control absoluto sobre el sufrimiento no era frecuente. En su opinión, la raza humana era mucho más blanda que antes.

Con precisión, acabó el último trazo de la runa.



Como no le contestaban, como tan solo oía ese televisor a volumen elevado, Arturo tomó una decisión. Ese presentimiento de que su compañero corría peligro, se acrecentaba. Se repetía que quizá Héctor no estaba con la modelo, que Amianka podría haberse quedado dormida con la televisión puesta, pero ese sexto sentido que había afinado tras tantos años persiguiendo criminales le decía que no. Es más, Arturo estaba convencido de que Héctor estaba allí dentro, que era la nueva presa del descorazonador. Imaginó que Diatlova lo había engatusado y que ahora lo tenía atado a una silla, inconsciente. Eso sería demasiado fácil para una mujer como Amianka. Tan solo tendría que haberse acostado con él para distraerlo y, una vez que Héctor estuviera relajado, golpearle en la sien.

Con la imagen de su compañero de tantos años a punto de morir, dio una fuerte patada a la puerta. No se abrió. Tuvo que darle un par de patadas más, a la altura de la cerradura, para conseguirlo. La madera del marco derecho se resquebrajó.



Cuando Katja introdujo sus manos en el pecho de Héctor, agarró las costillas y tiró, bueno... por algo tenía el televisor puesto, ya que ni la mordaza logró ahogar el alarido. En realidad, muchas de sus víctimas deberían desmayarse en ese punto, pero la runa no se lo permitía. Héctor dejó de mirarla con dolor y culpa. Ella sabía que lo había logrado, que la venganza que se estaba tomando del hijo era mucho más placentera que la rápida justicia de ojo por ojo que se había tomado con el padre. Cuando la mirada del oficial se quedó vacía, como si la tortura hubiera acabado de romperlo por dentro, casi le dio pena. Era un buen hombre. En otras circunstancias, habría considerado convertirlo. Por probabilidades, aún teniéndolo enamorado de ella, seguramente no lo habría conseguido, pero habría merecido la pena intentarlo. Pero así...

Con su corazón en la mano y, sabiendo que a él ya nada le importaba, le dirigió unas últimas palabras:

—Nunca me has caído mal, ni siquiera odié a tu padre por lo que le hizo a Teresa. La venganza no tiene que ver con odio, sino con proteger a lo que se ama. Si alguna vez volvemos a vernos, espero que lo recuerdes.

Sin más dilación, se acercó el corazón a la boca e inclinó la cabeza. Exprimió el órgano y dejó que la sangre le mojara los labios abiertos, la barbilla, el cuello. Con la lengua recogió las gotas que habían quedado cerca de su boca, todo ello bajo la mirada animal y enloquecida de Héctor. Por último, dejó el corazón sobre la mesita baja, a menos de medio metro del policía.



Finalmente la puerta cedió. Arturo se encontró ante una amplia *suite* con las luces apagadas. El volumen del televisor sonaba aún más elevado, ahora que la puerta estaba abierta. A través de la luminosidad que emitía la pantalla, le pareció que allí dentro no había nadie. Con la pistola desenfundada, entró para comprobarlo. Un nudo le apretaba el estómago, le susurraba que había fallado, que ya era demasiado tarde, que ella no estaba allí, sino en otro lugar, riéndose de él tras haber asesinado a su compañero.



El centinela llegó al mostrador de recepción y, con brusca impaciencia, interrumpió la conversación que una clienta estaba manteniendo con un empleado.

—Disculpen, policía. Necesito saber si la señorita Diatlova se encuentra en su habitación.

El empleado del hotel frunció el ceño y la mujer, que había abierto la boca para protestar, se retiró un paso hacia atrás al escuchar que se trataba de un policía.

—Ha venido un compañero suyo y también ha preguntado por ella —informó el recepcionista mientras llamaba a la habitación de la modelo—. Comunica.

Sin siquiera darle las gracias, Charles echó a correr hacia las escaleras.



Concluida esa fase de su venganza, Roja no sintió placer, ni diversión, ni nada que no fuera la satisfacción del deber cumplido. El mundo era un lugar peligroso y su familia humana era frágil. Que todos supieran su nombre, que todos la temieran, era lo único que podía mantenerlos a salvo. Tiró la bata al suelo y fue a lavarse. Esta vez no le

importaba dejar pistas. Katja Diatlova había cumplido con su cometido. Desde su primera identidad, una princesa de la antigua Dardania prometida al heredero de Troya, había pasado demasiado tiempo y había adoptado demasiadas personalidades; no le apenaba dejar una nueva atrás. Tan solo había llorado una vez al tener que dejar de ser quien era. Fue la primera, como humana, cuando fue raptada y engañada, cuando se encontró embarazada de sus gemelos y sola, sin seguridad, sin su título, sin esposo, sin nada. Entonces sí le importó y derramó lágrimas amargas, pero se juró que esa sería la última vez y que haría lo que hiciera falta para poner a sus hijos a salvo. A él, a su creador, le gustó eso: cómo ella era capaz de ser quien los demás esperaban, con naturalidad, sin remordimientos. Por eso la convirtió. Ella le agradeció sus nuevos dones, que le permitirían defender mejor a sus dos niños, y lo amó durante muchos siglos. Hasta que, cómo no, igual que había hecho el humano de su pasado, él la traicionó y le rompió el corazón.

«Bueno», pensó Roja mientras abandonaba el baño y metía lo poco que iba a llevarse, como su daga, en una mochila, «no pasa nada. Ahora soy yo la que colecciona corazones».

A través de la puerta abierta de su armario se veían las botas del cuarenta que, junto con varios pares de calcetines, había usado en sus asesinatos.



El encargado del Meliá salió del ascensor y se dirigió a la *suite* setecientos dos, la misma cuya puerta estaba abierta, con el marco desenchajado. Dos clientes de esa planta habían llamado a recepción hacía apenas cinco minutos para quejarse del ruido. Por lo visto, habían oído que aporreaban la puerta, que llamaban a alguien, y después varios golpes que asustaron a los huéspedes. En recepción imaginaron que se trataría del policía que había preguntado por la señorita Diatlova, y por eso avisaron al máximo responsable.

El encargado, ante la puerta abierta, se asomó con cautela. Las luces de la habitación estaban encendidas, la del baño incluida. Un hombre estaba sentado al borde de la cama y, con los codos apoyados sobre las rodillas, ocultaba la cara entre las manos. Una pistola, desenfundada, estaba a su lado, sobre la colcha. Supuso que era el policía del que le habían hablado los recepcionistas. El teléfono de la habitación, descolgado, estaba sobre una de las mesillas.

—Disculpe, oficial —dijo con cautela, cuando estuvo a un par de pasos de distancia. Este se estremeció y levantó la cabeza para mirarle—. No puede hacer esto, forzar una puerta. ¿Por qué no nos ha pedido que se la abriéramos?

A Arturo le costó reaccionar, darse cuenta de lo que acababa de hacer, abrumado como estaba por ese presentimiento tan fuerte que le decía que ya era tarde.

—¿Oficial? —insistió el encargado.

—Disculpe... Cuando llegué creí que aquí dentro se estaba cometiendo un asesinato. Era una situación de urgencia, no tenía tiempo que perder.

—¿Un asesinato?

—Pero me he equivocado —puso palabras a lo evidente.

—¿Buscaba a la señorita Katja Diatlova?

—Sí.

—Parece que no está. Venga, le acompaño abajo.

Arturo asintió, se levantó y se guardó su pistola. Cuando salieron, el encargado retiró la tarjeta que estaba en el cajetín de la luz. Al cogerla, la miró extrañado: había una huella de pintalabios rojo, como si alguien le hubiera dado un beso.

—¿Y esto? —comentó extrañado.

Arturo sintió cómo la esperanza volvía a él, de golpe. Se la pidió. Había también un número pintado, el quinientos dos.

—Necesito entrar en esta habitación. Puede estar cometiéndose un asesinato —le dijo al encargado.

No preguntó por quién la había reservado pues seguro que ella había dado un nombre falso. Y, sin esperar a ver si le seguía, Arturo echó a correr. No había dado ni media docena de zancadas por el pasillo cuando se encontró con Charles, quien acababa de subir el último tramo de escaleras y se apresuraba hacia ellos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin disminuir el paso.

El centinela dio la vuelta y se acopló a su velocidad.

—He descubierto que Amianka es el descorazonador.

—¿Y vienes aquí en vez de llamarme?

—Luego te cuento. Vamos, que no escape.

Arturo no le dijo nada, pero el que ella huyera no era precisamente lo que le hacía correr como si tuviera veinte años menos.



Mientras Arturo Laguna aceleraba hacia esa *suite*, junto con el centinela y el encargado del hotel, la que hasta hacía poco era Katja Diatlova, más conocida como Amianka, saltaba por la ventana y la abandonaba.

¿Una quinta planta?

¡Qué más daba!

Si cayera al suelo y se fracturara las piernas las regeneraría en el acto. Pero no le gustaba el dolor. Por eso se agarró a una ventana cercana y fue saltando, ágil como un felino, de un alféizar a otro hasta llegar al suelo.

Era Roja, quien una vez se bañó en un piscina llena con sangre romana, quien había seducido a reyes, quien había ganado guerras. Tomara la identidad humana que tomara, ella siempre sería Roja.

Sus pasos se perdieron calle abajo mientras iba camino de una de las últimas paradas de su venganza.



El encargado les abrió la puerta y los dos policías entraron. Las luces estaban encendidas. Arturo, junto con Charles, corrió hacia el interior de la espaciosa estancia. Notó cómo a sus espaldas, horrorizado, el encargado se detenía.

Héctor estaba atado a una silla. Muerto. Con el corazón arrancado. Había llegado tarde. El presentimiento, ese que lo había impulsado y llenado de adrenalina, desapareció, dejándolo desolado y agotado.

El oficial, con lágrimas silenciosas resbalando por sus mejillas, se acercó a la ventana abierta. Se asomó. No había ni rastro de la modelo. Charles, quien también se había acercado, ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo. Entonces, Arturo oyó un sonido ahogado a sus espaldas. Horrorizado, vio cómo su compañero muerto intentaba hablar y no lo conseguía por la mordaza que llevaba en la boca. El gerente ya no estaba en la puerta, imaginó que se habría ido a buscar ayuda. Como en un mal sueño, Arturo se vio a sí mismo acercándose lentamente al cuerpo ensangrentado de su amigo y quitándole esa bola de la boca. No se dio cuenta de que Charles había saltado por la ventana.

—Fue ella, fue Amianka —susurró Héctor con voz entrecortada.

Arturo miró a Héctor a los ojos, que mantenía grotescamente abiertos, y le preguntó:

—Es un demonio, ¿verdad?

—Sí.

—No te preocupes, descansa en paz. Yo te vengaré.

Y fortaleciéndose con la sangre fría que había entrenado durante tantos años con tantos crímenes horrendos, tapó con una mano la boca de aquel que era su amigo y a quien apreciaba como a un hijo, y esperó a su lado hasta que el cuerpo cedió a la muerte. Entonces, con cuidado, le cerró los párpados.

No sabía qué había intentado hacer ese demonio al devolverle la vida tras matarlo. Se juró que llevaría al depósito al cura de la parroquia de su Manuela para que le diera la extremaunción. El alma de Héctor tenía que ir al cielo.

Sacó el móvil, llamó a la comisaría e informó de lo sucedido. Después se acercó a una de las sillas tapizadas y se dejó caer.

Más tarde, María Luisa y Charles entraron juntos a la habitación y se lo encontraron así, sentado y llorando.



Cuando Arturo y Charles se asomaron por la ventana, el centinela creyó percibir, en la quietud de la noche, el sonido de unos pasos alejándose, además de una silueta que se perdía calle abajo. Sin pensárselo, se subió al alféizar y desde allí saltó a una tubería que discurría por la pared a su derecha, a poco más de medio metro de distancia. Perjurando porque el conducto resbalaba más de lo que había supuesto, logró agarrarse. Después, ágilmente y con cuidado, se deslizó hasta la tercera planta, puso un pie en la repisa de otra ventana, una que hacía esquina, y, desde esta, tuvo un acceso sencillo a una de las plataformas de la escalera de incendios del edificio.

A partir de ahí, fue fácil: corrió escaleras abajo hasta llegar a la calle. Continuó a toda velocidad hacia la esquina por donde creía haber visto a Roja, con una mano en el martillo. Confiaba en darle caza, en llegar a tiempo.

Cuando torció la esquina se encontró con una calle desierta y con la vampiresa caminado a un par de decenas de metros por delante de él, con un abrigo blanco y una mochila. Ególatra como Lavinia era, no le parecía extraño que estuviera convencida de que nadie fuera a seguirla. Pero en su desmesurado orgullo y su gusto por el riesgo, había cometido un gran error al no cambiarse de hotel. Sonrió satisfecho cuando ella, al escuchar el sonido de sus raudas pisadas, se giró y lo vio. Bajo la luz de la farola, Charles observó cómo su máscara de autocomplacencia se resquebrajaba. La vampiresa echó a correr a una velocidad que Charles no podía igualar, llegó al final de la calle y giró a la derecha, saliendo al paseo María Agustín.

El centinela la perdió de vista. A diferencia de la calle anterior, en esta sí había gente paseando, pese a ser invierno y cerca de la media noche. Charles se tomó unos segundos para examinar ambas aceras, hasta que le pareció ver a una mujer de blanco y con mochila, parada, a unos doscientos cincuenta metros por delante, a la altura del Museo Pablo Serrano, una muestra de la arquitectura aragonesa de inicios del siglo xx, que destacaba por sus peculiares aristas en la fachada blanca y en el techo, acristalado en negro y azul. ¿Sería posible que pretendiera esconderse allí? No tenía sentido, había lugares mucho mejores... Comenzó a caminar a paso rápido hacia ella, sin dejar de vigilar el resto de la calle.

Al acercarse un poco más, la reconoció. Echó a correr. Lavinia había estado pintando una runa para abrir la puerta y ya entraba en el edificio. Se preguntó qué pensaba hacer con la alarma.

Charles esprintó y logró llegar a tiempo de agarrar uno de los batientes de la puerta blanca de entrada antes de que se cerrara. Vio a Roja desaparecer por el pasillo a la izquierda. La alarma no había sonado, así que o conocía la clave o había empleado otra runa. En todo caso, el centinela tomó nota de hablar con sus contactos en cuanto terminara aquello para justificar ese allanamiento. Meneó la cabeza y, sin

perder más tiempo, corrió por el ancho pasillo, iluminado tan solo por las tenues luces nocturnas del museo.

Desembocó enseguida en un enorme espacio abierto, una gran sala dividida en otras más pequeñas por paneles. Charles podía ver a Roja zigzagueando entre unas esculturas modernistas dispuestas sobre pedestales blancos. La siguió, apenas a siete u ocho metros por detrás de ella.

Lavinia desapareció tras un panel y accedió a una estancia llena de fotografías antiguas y cuadros modernistas. Al fondo, se exhibía un enorme mural en negro, doblado como un libro abierto. Se trataba de un cartel informativo sobre las exposiciones del museo.

El centinela se apresuró, tenía que cogerla antes de que atravesara el museo y se le escapara por la salida de emergencia. Se imaginó que a esas alturas el guardia de seguridad que debía de estar vigilando las cámaras ya estaría llamando a la policía. Ya casi estaba encima de ella. Solo tenía que correr un poco más. Agarró la empuñadura de cuero del martillo y lo sacó de la abrazadera. Torció la esquina. Roja no estaba. Tan solo había otra esquina, el final de esa sala: dos paredes con fotografías en blanco y negro, y ninguna puerta.

Siguiendo una corazonada, se giró a la vez que se cubría con el martillo. Si él fuera Roja, ahora estaría a sus espaldas. La adrenalina corría por sus venas, anticipando el golpe que le daría la victoria a Lavinia sin problemas.

Pero nada. No estaba allí. Tan solo había otra pared, la parte trasera del mural en negro, que el centinela observaba con desconcierto. Delante había un pedestal bajo. Allí faltaba un cuadro o una estatua que habían estado expuestos hasta hacía poco. Entonces, aturdido, miró al entramado metálico del techo. El corazón le latió un poco más rápido: ya sabía por dónde se le había escapado.

Caminó a paso rápido, para salir de esa sala. Era muy probable que a esas alturas Lavinia ya se hubiera descolgado del techo y estuviera a punto de abandonar el museo.

Escuchó unos pasos que se dirigían hacia él. Extrañado, ya que ella no hacía tanto ruido al andar y, sobre todo, no volvería a esa sala, se detuvo unos instantes para considerar sus opciones. Imaginó que se trataría del guardia de seguridad del museo. Podría identificarse como policía y pedir que le ayudara a perseguir a una sospechosa de asesinato, pero sería incómodo de explicar, ya que él pertenecía a división científica y después conllevaría demasiado papeleo. Aunque no le agradaba la idea, sería mejor dar la vuelta y dejar que la vampiresa sintiera que esa noche había ganado ella.

Charles guardó el martillo y rehízo el camino hacia la puerta por la que había entrado. Una vez en la calle principal, frunció el ceño y miró hacia el museo. Se preguntó por dónde se le habría escapado. Decidió rodear el edificio, buscar las posibles salidas.

Al cabo de un par de minutos, desde una ventana lateral de la segunda planta y en

cuyo alféizar estaba encaramada, Roja lo vio caminar y, segura de sí misma por lo sencillo que había resultado deshacerse de él, se llevó los dedos a los labios para lanzarle un silencioso y burlón beso. Después se resguardó en el amplio hueco de tal modo que a Charles le resultara imposible descubrirla si miraba hacia arriba. Solo vería esa pared decorada con paneles, en la cual se reflejaban los edificios vecinos. Decididamente, cada vez le gustaba más la peculiar arquitectura del museo.

Sin embargo, el centinela no llegó a mirar hacia arriba, pues le sonó el teléfono. Era María Luisa, para informarle de que tenían trabajo. Omitiendo que él había estado ya en la escena del crimen, quedó con ella en la puerta del Meliá.

Iba a ir a por Lavinia. De inmediato. Esa noche trabajaría por si podía encubrir alguna pista, de acuerdo, pero al día siguiente lo arreglaría todo para perseguirla. Ese ser, ese vampiro, no iba a jugársela una segunda vez.



37

Estaba helando. Todavía no había acabado noviembre pero, a causa de los dos grados bajo cero que se habían alcanzado esa noche, el charco se resquebrajó bajo los zapatos de la mujer, unos stiletos que le habían costado más de trescientos euros. Todavía no había decidido una nueva identidad, ahora que ya no podía seguir siendo Katja Diatlova, pero no por dejar de ser una supermodelo había abandonado su gusto por la ropa elegante. La luna, sobre ella, lucía creciente, casi llena, resaltando el blanco del abrigo de pieles que llevaba puesto. Ante la vampiresa, se alzaba el edificio del hospital psiquiátrico, ubicado de manera discreta a las afueras. La valla, de ladrillo y unos tres metros de alto, no suponía ningún reto para ella. Echó a correr, saltó a un árbol y después a la valla, trepó y, al llegar arriba, saltó al otro lado. Continuó caminando con tranquilidad y calma, dejando profundas huellas en la tierra del jardín. Le dio igual. Nadie investigaría la muerte de una anciana desquiciada por un paro cardíaco.

(Bueno, quizás Charles pero solo si se lo encontraba en la habitación de su próxima víctima. Estaba claro que hasta ahora no había sabido atar cabos, ni siquiera se había dado cuenta de que una de las niñas que violó el padre de Héctor era de su sangre).

Llegó a un lateral del edificio. Era rectangular, también de ladrillo y con poco sentido de la estética. Buscó una ventana de la planta baja, pintó una runa en el marco para abrirla y, en cuanto el pestillo se descorrió para ella, empujó los batientes, subió la persiana con ambas manos, apartó la cortina tupida y entró.

El edificio estaba en silencio. Esos tacones podrían llamar la atención, así que se los quitó y los sostuvo en una mano. Sigilosa como la noche que la había adoptado, subió a la segunda planta. Había tenido tiempo de estudiar ese edificio y cómo entraría en la habitación de la madre de Héctor y Lucía. Hacía treinta y tres años que planeaba su venganza. Este era el penúltimo paso y luego solo quedarían los nietos.

Pero no le gustaba matar a niñas pequeñas y a David lo quería para controlar a Manuel una vez que este se liberara. Así que, ese último y tercer acto, lo dejaría para dentro de unos años. No tenía prisa.

La habitación, a oscuras excepto por la débil luz que provenía del pasillo, estaba cerrada. Pintó otra runa y entró. Su víctima, María Ana, dormía. No había nadie más. Sin saber muy bien si se sentía aliviada o decepcionada por la ausencia del centinela, se acercó a la cama. Con cuidado de no despertar a la anciana, se sentó a su lado y encendió la luz de la mesilla. María Ana tenía ya setenta y siete años, pero a causa de su reclusión aparentaba muchos más. Envolviéndose otra vez en esa máscara de fría profesionalidad que Roja usaba para el trabajo, colocó una mano sobre la boca de la mujer. Su presión, firme, la despertó.

—Shhh, no grites —dijo pese a que ella no podría emitir ni un solo ruido—. ¿Sabes quién soy?

En ese momento, tan teatral como la circunstancia lo requería, ella le enseñó los colmillos. La anciana, quien ya la había reconocido, pues ese rostro se le aparecía en sus pesadillas, se estremeció aterrada. La recordaba muy bien. Llevaba más de media vida sin dejar de pensar en ella.

—Solo quiero que sepas que he matado a tu hijo y que han violado y asesinado a tu hija. Que también mataré a tus nietos. Todo por culpa de tu marido y de lo que hizo.

María Ana pareció superar su miedo al escucharla, porque intentó gritar y soltarse. Fue en vano. Roja la sujetó y la contempló, peligrosa como el monstruo que sin duda era, hasta que el corazón de la anciana, aterrado, con la urgencia de hacer algo para salvar a sus nietos, no pudo soportarlo más y se paró.

—Fin —susurró Roja mientras se levantaba.

Quizás esta vez, en vez de modelo, podría fingir ser una escritora. No se le daba mal atar cabos sueltos. Todo dependía de qué identidad la ayudara mejor a conseguir sus objetivos. El principal era defender a los suyos, a su familia, pero también tenía que recuperar un puesto en el gobierno de su raza y había cierta romana que era como una espina envenenada clavada bajo las uñas. Una imagen, la de una mujer hermosa con rasgos aniñados, como de muñequita de porcelana, pasó por su memoria. Roja apretó los párpados y la imagen fue sustituida por otra. Otros rasgos, otra época, la misma traición. La historia, en su pasado, se había repetido dos veces.

Decidió tranquilizarse para no avivar la llama de ese odio antiguo y profundo que guardaba dentro de sí, de esa paciencia que trabajaba a la espera del glorioso día en el que pudiera ajustar cuentas. Comenzó a tararear una canción y abandonó la habitación. Con una runa volvió a cerrar la puerta y, a continuación, deshizo sus pasos hasta la planta baja, donde también aseguró la ventana. Después, se puso sus stiletos, y sin importarle las huellas que iba dejando, siguió cantando, cada vez más alto. Saltó otra vez la valla y dejó que su voz se elevara en la noche.

«Ekdikisi», cantaba en el estribillo, dando voz a una de las palabras que tenía

grabadas en el filo de su arma. Se trataba una antigua tonada, en griego anatolio, su lengua materna. Hablaba de una princesa, de sangre y de venganza. Como en muchas tragedias griegas, la heroína tenía un defecto: su ingenuidad. Y sí, había también una malvada mujer y un villano. «Ekdikisi», seguía cantando. Porque así era como sonaba εκδίκηση, como sonaba la venganza.



Esa misma noche, Roja fue a la taquilla del aeropuerto de Zaragoza donde había guardado las pertenencias que deseaba llevarse consigo. Tenía la intención de volar a Francia. Mientras esperaba, decidió pasar un momento por el baño.

Nada más entrar a la zona común de los lavabos, alguien, la única persona que había allí, se colocó a sus espaldas y cerró la puerta. Roja se volvió sobresaltada, sabiendo que esa velocidad no era humana.

Una mujer dibujaba una runa para bloquear la puerta. Era una vampiresa, de corta estatura, delgada, de rasgos dulces que parecían más propios de una muñeca de porcelana y, sobre todo, la criatura a quien Roja odiaba con todas sus fuerzas.

—Tú —siseo con rabia.

La desconocida le echó una mirada de suficiencia, trazó la última línea de la runa y la encaró con los brazos en jarras. Parecía estar disfrutando de la situación.

—Sí, yo —repuso, cargada de superioridad—. Hacía mucho que no nos veíamos, Lavinia.

—No el suficiente, Alypia —escupió Roja.

La vampiresa pareció crecerse con su rabia.

—Ah, Lavinia, echaba de menos ver cómo te desvives por mí.

Roja sabía que mostrándole su odio solo le estaba dando poder, pero encontrársela así la había pillado por sorpresa. Más de tres milenios viva y todavía era incapaz de controlar sus emociones más intensas... La idea la mortificó. Así pues, tomó aire y se tranquilizó. Era muy consciente de que tenía ante ella a la vampiresa de quien intentaba vengarse a lo largo del tiempo, por quien llevaba casi dos mil años esperando el momento adecuado. Se recordó que la ocasión todavía no había llegado y se forzó a ofrecerle una sonrisa que pretendió conciliadora, pero que le salió tan tensa como la cuerda de un violín a punto de romperse.

—No te emociones, romana, tan solo ha sido la inesperada sorpresa de tu presencia.

Alypia se echó a reír. Roja era tan predecible...

Parecía muy segura de sí misma, con el talón apoyado contra la puerta del baño y la barbilla apuntando hacia arriba. Roja no se amedrentó. Se acercó hasta quedarse a dos pasos, sin desviar la mirada.

—Vengo de parte de nuestros líderes, entre los cuales ya no eres digna de estar —

dijo, relamiéndose—. Verás, Lavinia, resulta que están muy disgustados contigo. —El tono se deshizo del falso caramelo para tornarse seco y afilado como el puñal de un asesino. Extendió un dedo hacia la mujer, amenazante—. Tu estúpido jueguito de venganza con los que tocan a tu familia de menores tiene que acabar ya —matizó con fuerza—. Han matado a un ángel, y eso lo cambia todo. Tienes que dejar de hacerte notar.

—Muy bien, mensaje recibido. El descorazonador no volverá a matar.

—Aunque si quiere seguir haciéndolo... Sabes que estaré más que encantada de encargarme de ti. ¿Cómo se siente una al saber que ha perdido gran parte de su poder, el vivir maniatada?

Apoyó una mano en el hombro de Roja, sin empujar pero dejando clara la amenaza. Roja se negó a entrar en la trampa. Por más que la provocara, no pensaba atacarla. En vez de eso, le acarició la mano. Sus pupilas chispearon cargadas de burla.

—¿Cuánto hace que él ya no te toca? ¿Ya te ha cambiado por otra?

—Cuida lo que dices, Roja. Recuerda tu posición de inferioridad frente a mí.

Alypia giró su mano, capturó la de Roja y apretó con fuerza. Roja sonrió, dejó que el dolor que la recorría avivara esa llama de odio que cada vez era más grande, pero no se dejó ganar por la ira. No... esto era más divertido. ¿De verdad que la romana se sentía tan insegura frente a ella que tenía que recalcar que ocupaba una posición superior? ¿Le había quitado todo y todavía se sentía amenazada por ella? Sonrió. Mucho. Ahora fue Roja quien habló como si fuera el gato que se zampa al ratón.

—Romana, si pudieras hacerme daño ya lo habrías hecho. Pero has venido a avisarme, lo que significa que todavía no te dejan castigarme. Otra vez.

Allí estaba el corazón de su inquina y no pensaba dejarle saber cuánto le afectaba.

—Tienes razón, todavía no. Pero eres una ególatra, demasiado estúpida para dejar de poner tu fama por encima de los nuestros.

Roja bostezó.

—No dramáticas, Alypia. Ambas sabemos que hasta ahora mis asuntos con los menores no han molestado a nuestros dirigentes. Y, si me disculpas, he venido al baño para algo más que charlar un ratito contigo.

La vampiresa, molesta por cómo se había desarrollado la conversación, por no haber sido capaz de humillar a Roja, le apretó más la mano hasta que los metacarpos crujieron, rotos. Le dedicó otra mirada de suficiencia, la soltó y se giró para quitar la runa de la puerta y así poder salir de los aseos.

Una vez a solas y con la mano ya regenerada, Roja se apoyó en un lavabo y dejó que su rabia saliera, pero sin causar destrozos. Se miró en el espejo, pese a no poder verse, y respiró hondo. La venganza era para ella un arte milenario; a veces había que saber esperar el momento adecuado y este podía tardar siglos en presentarse. Pero sabía que estaba cerca y lo que tenía planeado para esa romana superaba sin duda el ojo por ojo más sanguinario. El fulgor de los ojos de la vampiresa dejó de destilar

rabia para relucir con calculada satisfacción. Sus labios se curvaron en una mueca ambigua. Estaba cerca, muy cerca, tanto de su venganza como del resto de sus objetivos.



38

Roja llegó a París, a donde su vástago había huido. Lo había llamado por teléfono y lo había citado a orillas del Sena.

La noche era tranquila, la humedad del agua se notaba en el ambiente. Pese a lo tardío de la hora y a que hacía fresco, el amplio paseo que seguía la ribera estaba bastante concurrido. La mujer se apoyó contra la barandilla, disfrutando de la belleza de la zona. Se giró y vio la Torre Eiffel al fondo, rascando el cielo. Cerró unos instantes los párpados para apreciar mejor el momento, pues su larga vida no le había hecho perder el gusto por las cosas sencillas y, a continuación, volvió a dar la espalda a la torre y siguió caminando. Estaba muy lejos de donde había quedado con su vástago, pero hacía más de diez años que no visitaba París y le apetecía disfrutar del paseo. Más de una hora después, cuando hubo dejado la ciudad atrás y la ribera se había quedado desierta, llegó al punto donde habían acordado verse. El GPS era sin duda un invento maravilloso. Y allí estaba su vástago, mirando al agua, de pie y con cara de aburrido.

¿Llegaba tarde? Bueno, no podía decir que no había sido a propósito. Sonrió.

Roja se le acercó por la espalda, silenciosa. Manuel supo que su señora andaba cerca porque había empezado a sentir esa debilidad que ya le resultaba tan familiar.

—Ni te muevas —le susurró a sus espaldas, mientras le agarraba la garganta—. Eres patético, bebé. ¿Cómo dejas que me acerque tanto? He decidido que no mereces vivir y que voy a matarte.

Lo dijo con dulzura, como si la idea de pensar en acabar con su vida fuera algo sencillamente delicioso.

—Buenas noches, señora —repuso él, sin moverse, intentando averiguar qué juego se traía Roja entre manos. Porque no podía matarle, estaba prohibido.

—¿Crees que no puedo? Mírame.

Lo giró con brusquedad y después lo soltó. La orilla seguía desierta, solo ellos

dos. Roja llevaba un abrigo de cuero largo que se ceñía a sus curvas. Manuel volvió a odiarse por cómo reaccionaba ante ella. Arrugó el ceño.

—No, mi señora, no puedes.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú? —preguntó burlona mientras se colocaba a toda velocidad a sus espaldas y le rompía la rodilla derecha de una patada.

—Eres un mierdas que se crece golpeando a las mujeres y, según tengo entendido, a tu mujercita también la violaste. Eso no te lo ordené yo, eso fue cosa tuya.

Le lanzó otra patada a la misma rodilla, que ya se había regenerado. Manuel la esquivó. Ella lo agarró con fuerza por la nuca y lo estampó contra el suelo, de espaldas, y le clavó la rodilla para partirle la columna.

—Eres escoria. No mereces vivir —le escupió a la cara.

El dolor aumentaba y la rabia también. Pero Manuel no quería dejarse llevar por la ira. Ella, a causa de esa maldita flojera que le provocaba por ser su creadora, lo reduciría y castigaría sin problemas.

—Y encima cobarde... —Le dio otra patada, en el rostro esta vez, aprovechando que estaba en el suelo—. Mírate, tanto pegar a mujeres y a mí no puedes hacerme nada. ¿Es eso, bebé? ¿Te gusta que te pegue?

Manuel se atrevió a sostenerle la mirada. Roja paseó sus ojos por el cuerpo y se detuvo, con gesto burlón, en la entrepierna hinchada.

—Ya te digo... escoria. Pues que sepas que no voy a liberarte nunca. Te mataré ahora y diré que fue el oficial Laguna. Aunque primero te ataré como al cerdo que eres y dejaré que unas cuantas mujeres se diviertan clavándote cuchillos. ¿Te gustará eso, bebé? ¿Seré una buena mami y te dejaré morir como deseas?

Fue demasiado. La burla, la humillación de carácter sexual que no soportaba y aquello de que iba a matarlo... La ira se apoderó de él y se puso en pie, para arremeter contra ella. La debilidad que Roja le provocaba había desaparecido, borrada por la fuerza de sus emociones descontroladas. Pero no se dio cuenta. Tan solo quería su sangre, borrarle esa presuntuosa sonrisa de la cara a golpes.

La vampiresa, riendo, se puso fuera de su alcance.

Manuel saltó hacia ella otra vez. Roja lo esquivó y le cogió un brazo, dejando que la inercia hiciera su trabajo y fuera su vástago el que acabara mordiendo la tierra húmeda de la ribera. Sin dejar de reírse, con unas carcajadas que encendían la ira del vampiro más y más, quien ya no soportaba la mofa de su creadora, esquivó cada golpe que él le lanzaba, recompensándole a su vez con un empujón o un puñetazo.

—Deja de escaparte —la amenazó Manuel al cabo de unos minutos.

—¿De verdad quieres eso, bebé? —contestó ella, al tiempo que le agarraba un brazo, se lo retorció a la espalda y apoyaba una daga que acababa de sacar contra su cuello—. Ya eres mío, ¿sabes? Primero te mataré a ti y después a tu hijo.

—¡No!

En un arrebato de cólera, él logró zafarse, aunque con un buen tajo en el cuello. Volvió a por ella, quien lo tiró al suelo de un barrido y acabó inmovilizándolo con

una llave de judo.

—Ya basta, Manuel. ¿No ves que lo has conseguido?

Ante el forcejeo inútil del vampiro, suspiró y repitió sus palabras. Si es que el tío encima era duro de mollera...

—Ya basta. Eres libre. ¿No lo ves? ¿No lo notas?

Sus palabras se abrieron camino entre la bruma roja que nublaba la mente de Manuel. Sorprendido, se dio cuenta de que ella tenía razón. Lo había vencido porque era más antigua, más poderosa, no porque él hubiera sufrido esa maldita flojera. Ya no estaba. Había desaparecido.

—Si esperabas un espectáculo de música y luces habrás quedado decepcionado. Esto es sencillo. O yo te libero o tú te liberas. Y en este caso, mi joven vampiro, he de decirte que por primera vez estoy orgullosa de ti: no me has decepcionado.

—¿Me querías libre? —se extrañó él.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó sin comprenderlo.

—¿De verdad necesitas que te lo aclare?

Manuel, que había conseguido recuperar el control de sí mismo y que, ante la idea de ser libre, ya no se sentía enfadado sino más bien eufórico, la encaró sin miedo.

Roja estaba sobre él, inmovilizándolo. Estaba tan jodidamente buena como siempre y Manuel seguía deseando darle su merecido. Pero no hoy, no tras esto. Ahora solo tenía que sobrevivir, como ella, y aguardar su oportunidad. Si algo le había enseñado Roja era que, con paciencia, todo llegaba algún día. Sin embargo, la curiosidad le podía.

—Estando bajo tu control tengo que obedecerte. ¿Por qué me has liberado? —repitió.

Roja se echó a reír.

—Estando bajo mi control eras más débil.

Manuel se dio cuenta de que había algo más. Pero no sabía el qué.

—En todo caso, no te emociones: no eres mi igual. Recuerda que soy más antigua —le aclaró con una mueca ambigua.

—No estás entre los que mandan.

—Oh, pero volveré a estarlo. Y te recuerdo que tengo que matar a tu hijo porque yo siempre me vengo hasta la tercera generación.

—Pero no lo harás porque quieres tener poder sobre mí —comprendió—. Vas a pedirme algo en un futuro y no quieres que te asocien conmigo, que sería lo que ocurriría si yo aún fuera tu vástago.

—¡Eso es! Muy bien, si es que te aplaudiría, pero no quiero soltarte —ironizó—. He creado a unos cuantos vampiros a lo largo de mi existencia. Ahora ya tan solo dos están todavía bajo mi control directo, pero el resto... —Le sonrió con una malévola mueca que logró ponerle a Manuel la piel de gallina—. El resto, todos y cada uno de ellos, me deben algo. He observado cómo espías a David desde las sombras a lo

largo de estos veinte años. Sé lo orgulloso que estás de que sea varón e incluso de que parezca ser una persona de provecho y no un mierdecillas como su padre. Eh, eh —apretó a su presa—. Nada de intentar volver a cabrearte conmigo. Además, hasta ahora has estado protegido y, créeme, este mundo es mucho más duro de lo que un cachorrito como tú se piensa.

Manuel, que recordó al centinela y a los magos, tuvo que darle la razón.

—Así que... ¿Aceptas obedecerme a cambio de la vida de tu hijo?

Él se preguntó dónde estaría el truco. Jamás había visto a Roja renunciar a una venganza.

—Acepto —acabó diciendo.

A una parte de sí mismo le habría gustado decidir que, si Roja mataba a David, iría a por ella, aunque le costase ser ajusticiado por los suyos. Pero sabía que lo del tormento eterno no iba con él. Por eso se juró que tendría paciencia. Ya tendría su oportunidad y, mientras tanto, la obedecería.

—¡Perfecto! —Sonrió ella y se levantó de un salto—. Quédate en París hasta que te diga qué quiero que hagas. Recuerda no pasarte matando, que ya no pienso volver a salvarte. Ahora estás libre de mi tutela, Manuel, disfrútalo mientras te dure. ¡Ah!, y ni se te ocurra tocar a la hija de tu mujer: es mía.

Él se puso en pie, nada contento con lo que ella parecía insinuar al sugerirle que disfrutara mientras durara. Pero Roja ya no estaba. Se había marchado. El aroma de su nuevo perfume era lo único que quedaba de ella. Y su risa, esa risa burlona que, por más que intentara olvidarla, seguiría resonando en la mente de Manuel hasta que algún día lograra acallarla.

Ella se creía muy segura, sabiendo cómo le excitaba que se hiciera la dura. Muy segura con su maldita superioridad y todos aquellos que le debían algo. Haría que deseara no haberlo creado nunca. Ninguna mujer se había burlado jamás de él y esa zorra no iba a ser diferente.

Feliz por sentirse libre e imaginar cómo sería el día en el que fuera él quien la golpeará a ella, Manuel caminó por la ribera, hacia la ciudad, buscando con quien practicar y alimentarse. La vida, por fin, le sonreía.

Se había olvidado de que Roja siempre cumplía sus venganzas y de que él, en esos momentos, era junto a David un cabo suelto.



39

Arturo, su mujer y sus tres hijos estaban en el funeral de Héctor.

Gran parte de la ciudad había asistido, abarrotando el cementerio. Los compañeros del cuerpo solo echaban de menos a Charles, quien se había ausentado repentinamente del trabajo el día anterior. Le había contado a María Luisa que su hermana estaba muriéndose y que tenía que irse de Zaragoza. Arturo se imaginaba que su ausencia tenía que ver con la muerte de Héctor y, desde luego, quería hablar con él de ese tema, averiguar por qué había ido al hotel. Un buen momento habría sido la noche del crimen, mientras Charles y María Luisa se encargaban de recoger pruebas. Sin embargo, en aquellos momentos Arturo estaba demasiado sobrepasado por los acontecimientos, por la confirmación de sus sospechas, como para pensar en interrogar a su compañero de la científica. Y le había llamado al día siguiente al teléfono, sí, pero Charles no se lo había cogido.

Frente al ataúd de Héctor, recordó cuando la difunta Lucía le decía a su hermano que era un héroe. No bromeaba. Cientos de personas, quienes le debían al oficial su vida o la de seres queridos, estaban allí lamentándose por su muerte. El fallecimiento de Gascón, en el cumplimiento de su deber, había tenido una amplia cobertura por los medios e incluso varios dirigentes políticos habían ido a despedirle. Arturo no tenía muy claro si su amigo habría querido tanta pompa fúnebre, pero sin duda se la merecía.

Cuando todo hubo acabado, cuando todos se hubieron marchado, incluso David y Nerea, Arturo se quedó allí, en el camposanto. Pasaron los minutos, las horas. Llegó la noche y él no se marchaba. La lápida, tan reciente, era un doloroso testimonio de que el policía había muerto joven, a los treinta y nueve años.

Durante todo ese rato, Arturo a veces se encendía un cigarro y otras simplemente fijaba la vista en la tumba, con la mirada perdida. Tenía por delante un deber que cumplir, uno solitario y duro, y no tenía muy claro cómo empezar.

Era duro asumir que en el mundo, donde había bien, también existía el mal. Pero no el humano, con ese estaba acostumbrado a lidiar, sino uno de carácter sobrenatural.

Katja Diatlova, desaparecida y en busca y captura, era un demonio. Así todo tenía sentido, incluso esas cuatro marcas en las costillas de las víctimas, pues las había visto y sabía que podían coincidir con los finos dedos de la mujer. Arturo volvió a enfrentarse a esa idea, al horror vivido cuando su compañero le habló pese a estar muerto, y por fin logró asumirlo. Entonces, todo fue más sencillo, pues supo que tenía que empezar, como en toda investigación, por el principio.

El principio...

Hacía un par de décadas, cuando estuvo destinado en Madrid, había escuchado rumores a los que no había prestado demasiada atención. Ahora empezaba a darles crédito. Se decía que allí había una iglesia muy antigua y que, en su interior, frente a una cruz de piedra esculpida en uno de sus muros, se podía alzar una plegaria. También que aquel que no tenía alma la escucharía y, si la fortuna acompañaba, el ruego sería atendido. Aunque exigiría un elevado precio por sus servicios.

Arturo apagó su último cigarro y habló solo, dirigiéndose a su amigo.

—Cumpliré mi palabra, te lo prometo. Aunque sea lo último que haga.

Sin más, el hombre se dio media vuelta y comenzó a caminar para salir del cementerio. Acababan de entrar en diciembre y la ola de frío parecía instalada para no dar tregua. El aliento formaba densas nubes en torno a su boca y las manos, enguantadas, seguían frías. Él no se daba cuenta. Hasta entonces, su vida había sido su trabajo y, en los últimos meses, contar las semanas que quedaban para que lo retiraran de las calles. Ahora, tenía una misión y, de algún modo, se sentía más vivo. Manuela iba a matarlo si tenía que irse fuera de España para perseguir a Amianka. Quizás se lo contara. Ella creía en Dios, así que a lo mejor hasta le creía también a él.

Sus pisadas abandonaron el camposanto y comenzó a nevar. El invierno, sin duda, ese año iba a ser muy duro.



Crónica principal a cargo de Fernando Trujillo Sanz

- La Biblia de los Caídos. (Tomo 0)
 - Tomo 1 del Testamento de Sombra.
 - Tomo 1 del Testamento del Gris.
 - Tomo 1 del Testamento de Mad.
 - Tomo 1 del Testamento de Nilia.
 - Tomo 2 del Testamento del Gris.

Apéndices

- Tomo 1 del Testamento de Jon
- Tomo 1 del Testamento de Roja



FELICES, AMAYA (Huesca, España, 1977). Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos. En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con *Aspirante a guerrero* y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*. En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores. En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica Ilusionaria III con su relato *Despierta, dragón esqueleto*, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López. En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa*

perfecta, una comedia romántica paranormal. En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet* y en 2015 en la antología benéfica *Broken hearts*, publicada por Ediciones Babylon, con su relato de ciencia ficción *Una nave llamada Shallot*.

Por último, tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en Create Space Amazon, en inglés y en español, en el año 2010. A partir de finales de 2014 se lanza a la escena indie con las sagas de fantasía urbana *Sexto infierno* y *Luz y tinieblas*.